

Hilando voces, tejiendo memorias

Tras las huellas de las violencias
de Lengupá, Boyacá

PANÓRAMA DE DERECHOS HUMANOS

**NOCHE
NIEBLA**

Y VIOLENCIA POLÍTICA EN COLOMBIA

Caso tipo

Hilando voces, tejiendo memorias. Tras las huellas de las violencias de Lengupá, Boyacá

Luis Orlando Pérez Jiménez, S.J.

Javier Giraldo M., S.J.

Compiladores

PANORAMA DE DERECHOS HUMANOS



Y VIOLENCIA POLITICA EN COLOMBIA

14



**BANCO DE DATOS
DE VIOLENCIA POLITICA**

ISBN

978-958-644-243-5

El contenido de esta publicación es responsabilidad de sus autores y no compromete a las organizaciones o entidades que la financian

Se permite la copia parcial o total de esta obra en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete y se cite la fuente.

Diciembre 31 de 2018



Con el apoyo de



Reino de los Países Bajos



Con el apoyo de:



Suecia
Sverige

Contenido

PRESENTACIÓN	7
Territorio de Lengupá	9
LENGUAPABA: FIN DE LOS DOMINIOS DEL CACIQUE	9
Climatología	12
Breve Historia. Pasado precolombino o pasado indígena	13
Lengupá y la Violencia	14
La presencia Jesuita	14
Los municipios	15
Bibliografía	19
RECUERDOS TRAUMÁTICOS DE LA VIOLENCIA EN LENGUPÁ 1946 - 1953	21
Los liberales se alzan en armas	24
Los guerrilleros entran por primera vez a Páez	28
Los hermanos Bautista se toman el cuartel de Páez	31
Páez y El Mincho en llamas	34
La cruz de la infamia	37
VOCES DE VÍCTIMAS DE AQUELLA ÉPOCA	39
Testimonio de Rosendo Alfonso Piñeros (1927-2009)	41
Testimonio de Vilma Martínez Lozano	44
Testimonio de Alicia Lozano Bautista	46
Víctimas fatales mencionadas	47
CHULAVITAS Y GUERRILLA LIBERAL	49
Resistencia civil armada en todo el país	52
Se recrudece la violencia en el país	54
Los revolucionarios al mando de los Bautista tomaban estrategias de defensa	55
Las acciones guerrilleras despertaban la reacción militar del destacamento del Upía	56
Los revolucionarios imponen las leyes del Llano	57
Muerte de los comandantes de la revolución, hermanos Bautista Vivas	58
Fuentes	61
ELEMENTOS DESCRIPTIVOS SOBRE LA VIOLENCIA PARAMILITAR EN LA PROVINCIA DE LENGUPÁ – BOYACÁ 1991 – 2005	63

EL BOOM DE LA EXPLOTACIÓN PETROLERA	63
La incursión paramilitar en la provincia de Lengupá	66
(1991 - 2003)	66
Bibliografía	70
ANEXO SOBRE LAS AUTODEFENSAS CAMPESINAS DEL CASANARE O “LOS BUITRAGUEÑOS”	73
APROXIMACIONES A LA VIOLENCIA ARMADA EN LA PROVINCIA DE LENGUPÁ (1991-2005)	75
CASOS PARADIGMÁTICOS	75
Persecución y ejecución de los miembros de la Unión Patriótica, la Alianza Democrática M19 y promotores de la Constituyente de 1991	77
El asesinato de tres hermanos y la persecución de la familia Martínez	79
El asesinato del profesor Henry Elín Ramírez Becerra y el desplazamiento forzado de su esposa Doris Moreno y sus hijas	81
El atentado contra el personero Nelson Arturo Ovalle Díaz	85
El asesinato de Carlos Ovalle Gordillo, la persecución y desplazamiento forzado de toda su familia	86
La entrada de los paramilitares el domingo de ramos a San Eduardo	90
La salida del primer grupo de paramilitares: el secuestro y asesinato de Carlos Castellanos Cala	91
Desaparición, tortura y ejecución de Danilo Cano González; encontrado sin vida en el Alto de la Buenavista	93
La solidaridad del pueblo de Campohermoso frente a la amenaza colectiva de las FARC-EP y los paramilitares	94
Exclusivo: por primera vez se publica el testimonio de un joven colombiano secuestrado y entrenado para matar por los paramilitares	95
CRONOLOGÍA DE LA AGRESIÓN EN LA PROVINCIA DE LENGUPÁ	
PRIMERA PARTE	99
VIOLENCIA PARAMILITAR EN MIRAFLORES: UN PASADO QUE SE FILTRA EN EL PRESENTE	127
Introducción	129
Reflexiones metodológicas	130
Felipe y Rocío: víctimas y testigos de la violencia paramilitar	132
Análisis de los casos	133
La desconfianza en Miraflores: El enemigo está en todas partes	133
Las justificaciones de la violencia	135
Conclusiones	136
Bibliografía	137

Presentación

“¿De cuál violencia quiere que le hable? Como hemos vivido tantas... y nos han jodido mucho”, esta es una narrativa que aún permanece en la memoria de nuestras gentes, víctimas de un conflicto infundado que arrasó con la pujanza y la armonía, desvaneciendo esperanzas.

¿Qué nos queda? Hacer memoria, conocer la historia. Dejar de lado cultura y tradición autóctona, para empezar otro camino ajeno a lo nuestro “y de encime” entender qué pasó.

Este documento es un ejercicio de aproximación a los hechos de violencia sucedidos y relatados por sus propios pobladores, entre ellos, quienes vivieron descarnadamente el horror perpetrado por organizaciones paramilitares: sobrevivientes, exalcaldes, ex personeros, líderes sociales y ciudadanos de a pie. El cuerpo del texto recoge, de manera relevante, los testimonios de las víctimas en un múltiple ejercicio, en el que se libera carga emocional, se sanan heridas, se recupera la confianza, se reconstruye el tejido social, se genera autonomía, se visibiliza el territorio ante el Estado-nación, y también se genera auto reconocimiento.

Del mismo modo, contextualiza los acontecimientos, para lo cual se apoya en trabajos inéditos de autores locales: Gilma Pardo y Efraín Sanabria; así como también el de investigadores académicos como la antropóloga Mariana Carvajal y el sociólogo Andrés Cruz.

La publicación no pretende generar una tesis que explique el conflicto, ciertamente son muchas las preguntas aún por resolver, en cambio, sí es una invitación a construir la memoria del territorio, un esfuerzo conjunto sobre el estudio de la violencia y sus causalidades, aún desde el prejuicio de propios y extraños, queriendo saber, quiénes, cómo, por qué y qué ideología justificó intervenir el territorio violentamente.

Así referida, la obra pretende crear conciencia colectiva; que la memoria se nutra con la palabra de todos y no de unos pocos. Es una gran convocatoria que reclama dejar la indiferencia; un grito de desahogo por saber la verdad y por destapar el engaño para acariciar en unidad la libertad que nos arrebataron.

Igualmente, exhorta a apropiarse la riqueza cultural, biótica, ancestral, identitaria y social, que por omisión desconocemos y de repente, sin saber, nos condenan a repetir el dolor, el sacrificio, la tortura, la soledad, el miedo, en fin, todo atropello a los derechos humanos.

Agradecimientos

Guillermo Cruz

Carlos Julio Molano Caballero

Tatiana Triana

Martin Ayala

Estela Pulido

Myriam Vargas

Miguel Ovalle

Yolanda Acevedo

Gladis Segura

Nelson Mendoza

Hildo Juez

Yalile Ávila

Jorge Vargas

Roman Alejandro Moreno

Fabiola Arias

Fabio Sandoval

Miriam Fernández

Nelly Cubides Monroy

Territorio de Lengupá

Lenguapaba: fin de los dominios del cacique



Fotografía: Carlos Julio Molano Caballero. Berbeo, Boyacá.

La provincia de Lengupá es una de las 15 subregiones de Boyacá (Colombia) denominada así por estar localizada en la hoya hidrográfica que lleva su nombre. Anteriormente, su administración correspondía a la Prefectura de la provincia de Neira. El nombre de Lengupá tiene similitud con el de “Lenguazaque” que significa “Frontera del Zaque” en idioma muisca. Sin embargo, algunos consideran que su significado etimológico es el siguiente: *Len*: sitio; *Gua*: del Río; *Paba*: padre o jefe.

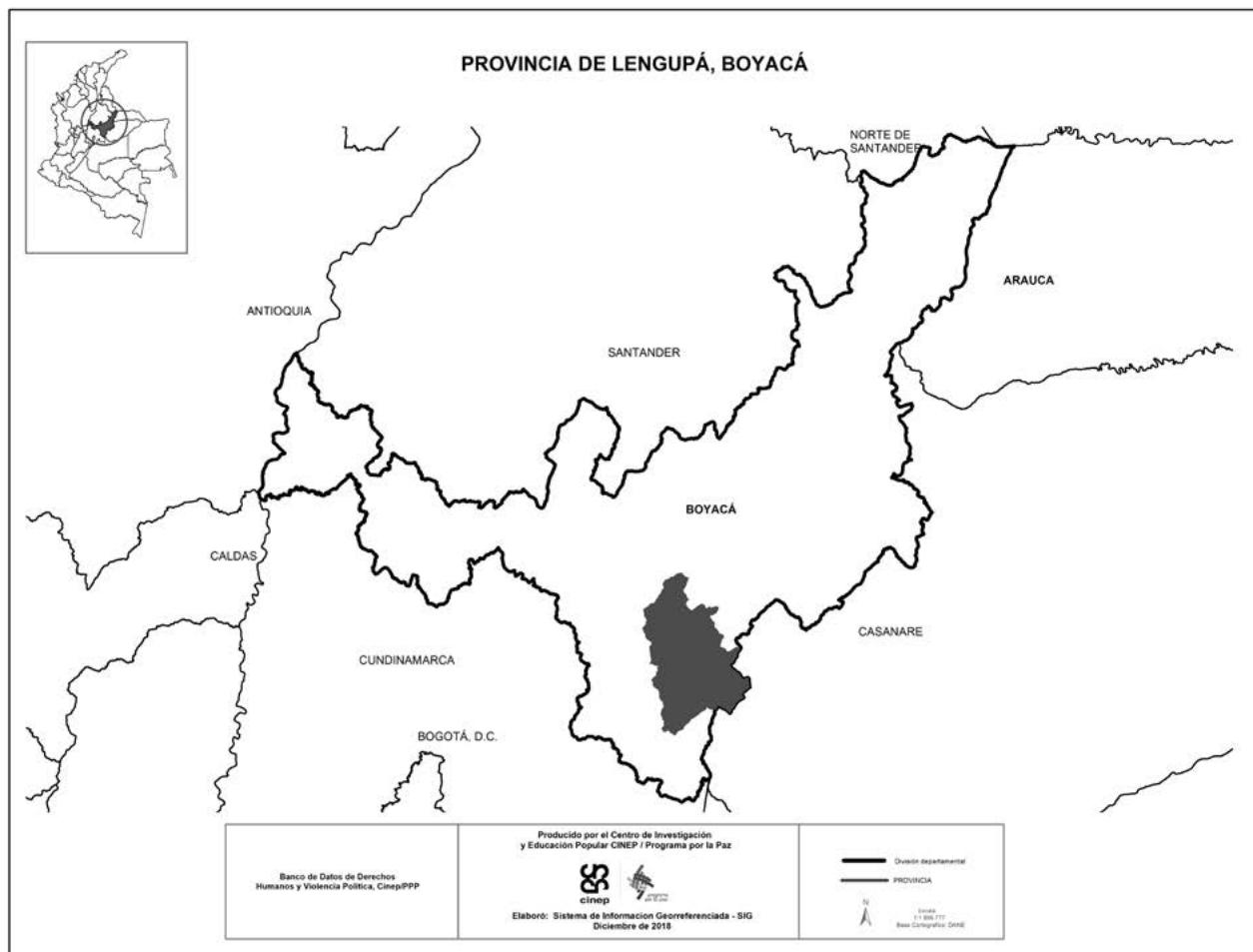
Esta región se extiende desde el páramo del Bijagual, hasta el comienzo de las llanuras del Casanare. Geográficamente, la región de Lengupá pertenece a la gran región de la cuenca de la Orinoquía. Dicha región o cuenca hidrográfica del río Orinoco abarca todo el piedemonte llanero de Colombia y Venezuela hasta el Delta Amacuro o desembocadura del río en el estado de Bolívar en Venezuela. Es decir, comprende un vasto territorio desde el mar Caribe, al norte, hasta los departamentos colombianos de Guaviare y Vichada al sur.

Es una extensa zona geográfica de 1.032.524 km cuadrados, de los cuales 388.101, es decir, el 37.6% están en Colombia. La zona enclavada de Lengupá corresponde al Cinturón Andino orinoquense y se encuentra regada por todas las vertientes que tributan sus aguas al Orinoco, entre ellas ríos gigantes como el Guaviare, Meta, Casanare, Arauca y Apure.

Los ríos que nacen dentro del macizo del Sumapaz y la Sierra Nevada del Cocuy, hacen parte de la vertiente del Meta que, en sus mil kilómetros de recorrido nutren también el Orinoco. El río Lengupá pertenece a esta vertiente que desemboca en el río Upía, que a su vez vierte sus aguas en el Meta.

El hecho de estar hermanados con esa riquísima cuenca hidrográfica diferencia sustancialmente esta región de la zona centro del país y de la zona amazónica del sur de Colombia y del norte de Brasil. Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que la posición geográfica de Lengupá en la región se encuentra culturalmente relacionada y depende de los grandes valles y planicies de Venezuela. Esta geografía, generalmente de colonización, se diferencia del altiplano cundiboyacense desde épocas precolombinas, a tal punto que las capitánías teguas se encuentran descritas en las *Crónicas de Indias* y se diferencia de la cultura Muisca.

De otro lado, el departamento de Boyacá, en una articulación cultural con Casanare, aporta 10.338 km² en su parte oriental, en la que se encuentran dispersos 50 municipios con 263.228 habitantes aproximadamente, es decir, se consolida como el mayor núcleo de población de



MAPA I.

Fuente: Ubicación de la "provincia de Lengupá" en Boyacá, consultado en wikipedia.org

los siete departamentos que conforman la región Andino-orinoquense: Arauca, Boyacá, Casanare, Cundinamarca, Meta, Norte de Santander y Santander. De esta extensión, 1321 km² pertenecen a los seis municipios de la región de Lengupá, así: Berbeo 62; Campo Hermoso 302; Miraflores 258; Páez 326; San Eduardo 106 y Zetaquirá con 255 km². Con relación a Casanare, en una extensión de 2.089 km², se encuentran cinco municipios en la cordillera Oriental colombiana: Chámeza 289; Recetor 179; Támara 1136; Sácama 291; La Salina 194.

Las dos regiones, anteriormente descritas de Boyacá y Casanare, conforman la estructura geográfica de los asentamientos Muisca, Achagua y Tegua, de origen precolombino en la región de Lengupá (Vargas Díaz, 2008, junio).

Climatología

La zona registra las más altas temperaturas durante los primeros cuatro meses del año, alcanzando los 32°C, y las más bajas en el período de junio a agosto, llegando a los 17,5°C; la temperatura promedio es de 20°C. Se enmarca en los pisos bioclimáticos Sub-andino, Andino y Bosque alto andino; la región es muy variada al contar con cuatro pisos térmicos: páramo, frío, medio y cálido. El periodo de mayor precipitación comprende los meses de mayo a agosto, llegando hasta los 412 mm/mes, en el mes de julio y un periodo de disminución de lluvias entre septiembre y noviembre, con un valor mínimo promedio entre los meses de enero y marzo, con 60.5 mm/mes.

El régimen climatológico es mono modal (un invierno - un verano), de humedad promedio 85%,

con cinco horas de sol día; zona de bajos vientos y pluviosidad entre 2000 mm y 3000 mm/año.

Breve Historia. Pasado precolombino o pasado indígena

No podemos hablar de un pasado precolombino o indígena exclusivamente de la provincia de Lengupá, porque, de un lado, pertenece a esa cultura andino-orinoquense articulada a los pueblos de Casanare, que incluye toda la región de Lengupá, y por otro lado, existen vínculos específicos con otras culturas aborígenes del altiplano cundiboyacense.

Lo que sí podemos asegurar, es que poseemos unas profundas influencias de las comunidades Teguas existentes en esta región geográfica, según lo investigado por Pedro Gustavo Huertas Ramírez, de quien se han tomado datos importantes en su estudio publicado por la Academia Boyacense de Historia.

Los cronistas dieron cuenta de la existencia de los pueblos de América, a través de las famosas *Crónicas de Indias*. Como el interés central de la conquista fue establecer el dominio español en América del imperio de Carlos I de España y V de Alemania, esta región quedó descubierta y aislada territorialmente hasta el periodo estrictamente colonial, cuando se crearon las primeras instituciones coloniales. Don Nicolás de Federman, el conquistador alemán, entró por Riohacha, bordeó el golfo de Maracaibo hacia el sur y buscó los llanos orientales en territorio venezolano y colombiano, hasta encontrar las estribaciones de la cordillera Oriental, a la altura del río Meta, para coincidir en la fundación de Santa Fe de Bogotá.

El espíritu de la conquista fue alimentado fundamentalmente por la búsqueda de “*El Dorado*”, es decir, por la sed de oro que financió las guerras internacionales de España; no tomó en serio la existencia de los pueblos nativos, su cultura y cosmovisión. El español asimiló a los pueblos mediante la religión y el tributo, cuando no con la esclavitud en la minería.

En 1537 los españoles exploraron la zona de Lengupá, dejando testimonio oral y escrito de dicha incursión. El territorio Tegua conformó parte de lo que hoy es la provincia de Lengupá, que comienza en la cuenca del río Cusiana, según los relatos de los cronistas es-

pañoles, y se extiende hasta las proximidades de lo que hoy es Zetaquirá como influencia, mas no como asentamiento.

El pueblo Tegua se caracterizó por su gran conocimiento de las plantas, de su uso y aplicación alimenticia y medicinal. Así, en las crónicas de conquista se habla sobre un cultivo botánico que realizaron los españoles en el altiplano cundiboyacense con plantas seleccionadas por los teguas, usadas tanto para curar como para matar. Hoy el vocablo “tegua” se aplica en toda la nación a las personas que se dedican al curanderismo o a la medicina empírica.

Muestras arqueológicas de sus asentamientos se han encontrado en la vereda de Teguas, en el municipio de Campohermoso, donde aún se observan sus terrazas agrícolas y vestigios de un cementerio donde fue construido un templo doctrinero.

Su influencia geográfica, además de toda la región de Lengupá, comprende las Capitanías Teguas del Suroriente, que abarcaron Garagoa, Macanal, San Luis de Gaceno, Santa María, Medina, Bajo Valle de Tenza hasta el municipio de Recetor, Sabanalarga y Chámeza en Casanare.

Los cronistas mencionan un límite geográfico entre los Muiscas y Terguas o Teguas, como se les llamó; estos mantuvieron relaciones de intercambio con los cacicazgos muiscas. También, culturalmente, se diferenciaban y los describieron como “*Indios de Guerra*”. En estos mismos textos, existen relatos de estas tierras que describen las diferencias entre los *moxcas* y teguas, porque estos últimos “*eran bien diferentes en traje y lengua de nuestros moxcas*”. Su radio de acción se extendió entre Recetor y Guatavita.

Desarrollaron una economía típica de piedemonte: algodón maíz, maní, yopo, pesca, recolección de cera negra, miel y otros. Elemento central de su economía fue la explotación de fuentes de agua salada, ubicada en la vereda de Vijua, municipio de Recetor (Casanare), de donde se generalizó el uso común de la “*Sal Vijua*” (Vargas Díaz, 2008, octubre).

Lengupá es un paraíso desconocido para gran parte del país, inclusive para su misma gente. La población de Lengupá está por los 26.000 habitantes, región poseedora de un capital histórico y natural incalculable. Posee ecosistemas de páramo

como: Bijagual, Mamapacha, Sucuncuca y parte del páramo de las Alfombras, igualmente, las cumbres del Peñón de Galera, la “Peña de Laura” o (el Aura - o el Abbra), la Cuchilla, la Buenavista, el cerro del Garabato, entre otros. Su paisaje lo irrigan el río Lengupá, el río Upía y el río Tunjita, además de lagunas y cascadas.

La influencia de inmigrantes provenientes de Santander, Valle de Tenza y otros territorios acrecentó su espíritu bravío y forjó el alma grande del lengupense (Plan Básico de Ordenamiento Territorial, 2001).

Lengupá y la Violencia

La región de Lengupá, históricamente, ha sido azotada en todas las épocas por el fenómeno de la violencia.

Tierra de colonización desde el mismo instante de la conquista, terreno obligado y de paso para Nicolás de Federman en la búsqueda de “*El Dorado*”. La región conformó un pensamiento liberal de vanguardia en el sentido clásico del liberalismo económico europeo en boga, estudiado y difundido por Ezequiel Rojas. Esta ideología exacerbó el odio de los gobiernos conservadores contra el radicalismo liberal.

La violencia ha sido una constante en la historia regional, que ha generado desplazamiento e inseguridad. Desde la vida republicana, Lengupá se caracterizó política y militarmente, pues aportó a la campaña libertadora, a las guerras civiles, a las guerrillas liberales, a la insurgencia guerrillera y aún al paramilitarismo. La violencia *liberal-conservadora* dejó un lastre de persecuciones en lo político y religioso contra los idearios liberales que se prolongan hasta hoy.

A mediados de la década del ochenta del siglo pasado, incursiona la insurgencia guerrillera; luego, con la construcción del oleoducto central, irrumpen las fuerzas paramilitares en la década del noventa y comienzos de este siglo. Esta violencia *liberal-conservadora* y la más reciente, incluye la represión a terceras fuerzas políticas (ANAPO, UP, AD-M19).

En síntesis, la vida de Lengupá, que aún no ha sido visible e historizada, transcurre de violencia en violencia, de bonanza en bonanza; del algodón que termina en los campos de tortura de la desmotadora; del café que

llena las arcas de los dirigentes de la Federación; del petróleo que ilusiona los ingresos de unos pocos y enriquece las fuerzas oscuras al otro lado del río Lengupá y el río Upía; y así llegamos de borrón y cuenta nueva, de olvido en olvido, a la bonanza del desamparo, de la soledad y formando parte del encabezado estadístico de los problemas más sentidos del departamento: la violencia intrafamiliar, el abuso sexual en niños y niñas, la violencia contra la mujer, los embarazos prematuros de adolescentes, el madre-solterismo, el alcoholismo juvenil en contraste con el bajísimo nivel de inversión social y la alta tasa de población víctima del conflicto armado y población desplazada. Es importante destacar a las víctimas del conflicto. Individualmente son historias inquietantes, descarnadas y ponen a prueba nuestra condición humana y social (Vargas Díaz, 2008, mayo).

La presencia Jesuita

La actual Colombia fue una de las últimas colonias españolas en tener presencia de jesuitas. De hecho, la Compañía de Jesús estuvo entre las últimas órdenes religiosas en llegar a América, terminada la ocupación sustancial del territorio, mucho más tarde que los franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios. Cuando se fundó la Compañía, en 1540, las demás llevaban casi medio siglo en América. Además, la actividad misionera de los primeros jesuitas se concentró más en las Indias orientales y en las colonias portuguesas, como el Brasil, a donde llegaron en 1549. Esta tardanza explica que su actividad se concentrara en las regiones interiores de la América española y en las ciudades coloniales, con sus colegios, residencias y en las poblaciones indígenas marginales del imperio español.

Así, según González, los jesuitas llegaron en 1566 a La Florida, en 1567 a Perú, en 1572 a la Nueva España (México), en 1586 a Quito, en 1593 a Chile y luego a la región de La Plata, donde iban a desarrollarse las célebres reducciones del Paraguay (2016). “En 1599 el arzobispo de Bogotá, Fray Bartolomé Lobo Guerrero, abogaba ante el rey por las fundaciones de los jesuitas en Santa Fe y Tunja” (Colmenares, 1, 1969).

Organizada La *Hacienda Lengupá* por los jesuitas, era apenas natural que allí se instalara una capilla y que alrededor se construyera el primer curato de esta región. En efecto así ocurrió y tal curato se denominó también *Lengupá*. Tuvo su sede en el sitio en donde se construyó la casa de la Hacienda, hoy Berbeo, y su fundación corresponde presumiblemente el mismo año de 1639, cuando llegaron los jesuitas a este valle (Rodríguez, 40, 1977).

La Compañía de Jesús dejó impronta en las actividades económicas más relevantes, al introducir la ganadería, el cultivo de caña de azúcar (miel y panela), café, plátano y frutales.

Los municipios¹

Miraflores

Fundada como parroquia San Joaquín de Miraflores, mediante acta del 15 de enero de 1745, construida donde hoy es el barrio Santa Bárbara. Su influencia comprendía los territorios de Miraflores, Campohermoso, Sabanalarga y Páez.

Fue posteriormente cuando nació Miraflores a la vida civil, el primer dato conocido de nombramiento de alcalde Pedáneo corresponde al año de 1777 [...] En efecto, el día 29 de diciembre de 1777, el Corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Tunja [...] dictó el auto respectivo confirmando y otorgando el título de alcalde Pedáneo. (Rodríguez, 58-59, 1977).

“El nombre ‘Miraflores’ [tal vez] lo tomaron indudablemente de aquel rincón español cercano a la ciudad de Burgos [...] en donde a finales [mediados] del Siglo xv” (Rodríguez, 431, 1977). Se funda *La Cartuja de Miraflores* [que] se remonta al año 1442 cuando el rey Juan II de Castilla (1405-1454) dona a la Orden de la Cartuja un palacio de recreo, que fuera erigido por su padre Enrique III en 1401, para que lo habilitaran como monasterio.

Monjes de las cartujas de *Scala Dei* y de El Paular, fundaron la comunidad de Miraflores y reformaron las dependencias.

La Orden Monástica de La Cartuja toma posesión de los palacios de Miraflores para convertirlo en monasterio bajo la advocación de San Francisco. Diez años más tarde (1452), la estructura sufrió un voraz incendio que obligó a plantear un edificio de nueva planta [...] Se cambia la advocación y se dedica a la Santísima Virgen María de Miraflores.

“La jurisdicción actual de Miraflores es casi la misma desde su fundación, a excepción del territorio que forma parte del municipio de Páez, antiguamente, inspección de policía de Miraflores” (Plan Básico de Ordenamiento Territorial, 2001). Hoy es capital de la provincia. “Posee una extensión aproximada de 258 km². El Municipio cuenta con 17 veredas según el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (igac), sin embargo, según lo reconocido por la administración municipal y la organización de la comunidad en Juntas de Acción Comunal (JAC), existen 23 veredas que lo definen como un territorio de características rurales. Su población se aproxima a los 10.000 habitantes, concentrando cerca del 60% de la misma en el casco urbano” (Plan Básico de Ordenamiento Territorial, 2001).

El municipio, situado al sur oriente del departamento, distante alrededor de 215 km de Bogotá, goza de un clima medio sobre una altitud alrededor de los 1.500 m.s.n.m. y comprende a zonas predominantemente montañosas que hacen parte de la cordillera Oriental, ya sobre el piedemonte andino-orinoquense. Esta posición hace que el clima varíe entre los 15 - 32 grados; con un promedio de 22 grados en el casco urbano. Cuenta con cuatro pisos térmicos: páramo, frío, medio y cálido, con temperatura mínima de 5°C en las partes altas de montaña y una máxima de 35 °C en las costas y valles del río Lengupá (Plan Desarrollo Municipal, 2016-2019).

Su economía es fundamentalmente agrícola y ganadera. Produce café, maíz, caña panelera, yuca, plátanos, ají, calabazas, lulo, tomate, tomate de árbol, pitahaya, uchuva, granadilla, gulupa y chamba, fruta insignia. Igualmente desarrolla actividades de

¹ Toda la información estadística de los municipios fue tomada de las páginas web que se referencian al final del artículo.

mediana y pequeña manufactura e industria micro-empresarial. Es un territorio influenciado por el paso del oleoducto y gasoducto con su planta de bombeo.

Zetaquirá

El municipio de Zetaquirá, nace a la vida civil el 21 de mayo de 1765, por nombramiento de alcalde pedáneo ordenado por el virrey de la Nueva Granada. El primer asentamiento estaba localizado en la actual vereda Juracambita, entre las quebradas La Chorrera y La Carboneira, donde existía una ermita llamada de Nuestra Señora del Rosario, erigida por los Padres Dominicos y posteriormente trasladada al sitio actual. Se trataba de una capilla que atendía con dificultad el cura de Lengupá, dado que el asiento de esa parroquia estaba ubicado al otro lado del río, donde hoy es Berbeo. De este hecho derivaría la fundación de la parroquia (Rodríguez, 50, 1977).

“Etimológicamente, el nombre del municipio proviene de la lengua chibcha. Zeta = culebra y Quira = ciudad, zona o morada, significando ciudad de la culebra” (Gómez, 160, 1982).

Es un territorio conformado por siete veredas y subsectores. Su climatología desde páramos hasta clima cálido medio. El casco urbano sobre los 1.700 m.s.n.m y una población estimada de 4.500 habitantes. Distante 68 km de la ciudad de Tunja y 17 de Miraflores.

Sus principales cuencas son los ríos Fuche y Mueche, que en su confluencia conforman el río Lengupá, además se encuentran lagunas como Mundo Nuevo, Chirimoyo, Peña Blanca, asimismo, aguas termales que auguran un desarrollo agro-turístico de importancia, a lo que se suma su rica biodiversidad y sitios de interés arqueológico, como la piedra del indio, el billar del diablo y la piedra del molino.

Se ha caracterizado por ser el primer productor regional de café y sus líneas especiales. Es de anotar que el cultivo de fique, otrora industria relevante para su economía local, hoy se proyectaría como alternativa a la industria del plástico. Así mismo, ha implementado cultivos tradicionales comunes a la región y ha diversificado su producción con renglones de frutas exóticas.

Rondón

La parroquia de Rondón se creó en tiempos relativamente recientes, por las mismas razones por las cuales solicitó que Zetaquirá erigiera un curato autónomo independiente de Lengupá y de Miraflores, alegando las grandes distancias. En 1902, la entonces prefectura de la provincia de Neira, erigió aquel territorio en corregimiento de Zetaquirá y dos años más tarde, en 1904, fue convertido en municipio, con el nombre San Rafael (Rodríguez, 52, 1977).

Luego, en 1936, la Asamblea Departamental de Boyacá, mediante ordenanza número 6, lo denominó Rondón, en homenaje al coronel Juan José Rondón, prócer venezolano que con sus lanceros de Boyacá, decidió la Batalla del Pantano de Vargas.

El municipio posee una extensión de 156.98 km², conformado por 12 veredas para una población de 2822 habitantes. El casco urbano situado a 2075 m.s.n.m. con alturas desde los 3300 a los 1500 m.s.n.m. Su climatología corresponde a frío, frío moderado y medio, con temperaturas desde 4°C hasta 27°C. Sus moradores lo reconocen como la ciudad de Los Canelos, árbol abundante entre sus bosques, que en su inflorescencia degrada su tonalidad desde el violáceo, rosado a blanco. (Plan de Desarrollo Municipal, 2012-2015)

Su actividad económica es la agricultura, con influencia de la ganadería extensiva, que particularmente ha deteriorado su ecosistema alto andino. También tiene cultivos de pequeña escala como caña, café, arracacha, lulo, tomate de árbol, mora, frijol y granadilla, entre otros. Por sus características geográficas, localización y cinturón de condensación sobre el páramo Bijagual, reviste de gran importancia como zona de recarga hídrica para el resto de la provincia.

Berbeo

Desde 1639 los jesuitas adquirieron la hacienda Lengupá en predios donde hoy es la vereda Centro... estableciendo la primera capilla, cuya jurisdicción abarcaba, con el nombre Lengupá a toda la región,... parroquia aquella que, al quedar segregada, se denominó *San Fernando de Aguablanca*... [porque] fue en 1743 cuando se creó el curato de Miraflores, segregado del de Agua-

blanca. Creado el municipio de Miraflores, el de Aguablanca le siguió perteneciendo hasta el 12 de mayo de 1797 (Rodríguez G. H., p.124, 1977).

Sin embargo; continuó llamándose San Fernando hasta 1913, cuando por ordenanza del 9 de abril, da vida jurídica al municipio integrado por nueve veredas que lleva por nombre Berbeo, en honor a Juan Francisco Berbeo, Superintendente y Capitán General de los Comuneros del Socorro en 1781.

La extensión del municipio es aproximadamente de 62 km², distante poco más de 11 km desde Miraflores y su casco urbano está sobre los 1370 m.s.n.m., para una temperatura media de 23°C, con cerca de 1932 habitantes, la mayoría rural y dependiente de los recursos naturales para la explotación de ganadería y agricultura principalmente. Sus cultivos principales son café, pitahaya, cacao, maracuyá, sachá-inchi, ganado doble propósito, tomate y cultivos de pan coger como yuca, plátano, frijol, entre otros.

Posee un clima placentero con un paisaje particular, aunado a la amabilidad de sus gentes, que le agrega para potenciales emprendimientos recreativos ecológicos y reconocimiento de su territorio. A 2 km del centro urbano existe un conjunto de petroglifos de posible origen indígena; los pobladores asocian estos tallados a los rituales de los Teguas. Infortunadamente, aún no se han adelantado investigaciones amplias sobre estas inscripciones.

San Eduardo

El municipio de San Eduardo fue fundado en el año de 1914 en los terrenos donados por sus fundadores, Bartolomé Rodríguez y Gabriel Vargas, con el nombre de Villanueva y ubicado al sur del actual poblado. Fue corregimiento del municipio de Berbeo, luego pasó a ser inspección departamental y en el año de 1965 fue erigido Municipio. Lleva su nombre en honor al obispo Eduardo Maldonado Calvo, quien visitara por primera vez la pastoral. El proceso de poblamiento se formó con los habitantes que llegaron de Garagoa, Chinavita y Tibaná principalmente.

Su poblado se encuentra a una altura promedio de 1700 m.s.n.m. con una temperatura promedio de 18°C y dista de Tunja 112 km. La principal vía

de acceso la constituye la carretera central: Tunja - Miraflores - Páez. El municipio asciende desde los 1200 m.s.n.m. hasta 3400 m.s.n.m. expresando una climatología media, fría y de páramo. Posee una extensión de 110 km² con elevada precipitación, que supera los 2000 mm/año y humedad relativa por encima del 85%. El número de habitantes está por debajo de 1900 y de ellos, 760 en cabecera. Su jurisdicción la conforman siete veredas.

Su economía agraria proveedora de materia prima con prevalencia en la ganadería y cultivos tradicionales de la región. Es un paraje rico en flora y fuentes hídricas, sobresalen sus lagunas que acentúan la belleza del paisaje, no obstante; su exposición al riego lo hace vulnerable.

Páez

Al oriente de Miraflores existió, a mediados del siglo XIX, un caserío mencionado *La Fragua*, sobre el camino que conduce a Chámeza y a Sabanalarga (Casanare). Presumiblemente, por quedar allí un sitio para caldear metales, modesta fábrica para herraduras de cabalgaduras, por ser tránsito forzoso para los llanos orientales. Los relatos han agregado que por sus tierras pasó el José Antonio Páez, General de la independencia de Venezuela. Fue por acuerdo municipal expedido en 1890, al ser dependiente de Miraflores, que adquiere el nombre de corregimiento de Páez, en memoria al prócer venezolano. Durante los años cincuenta del siglo pasado, y a raíz de la toma por los hermanos Bautista, guerrilleros alzados, la misma Policía quema el puesto de control e incendia la población.

“El municipio de Páez nació el 30 de noviembre de 1962 y ha permanecido sobre una pendiente próxima al río Lengupá” (Rodríguez ,158-161, 1977). Dista de Miraflores en 33 km, aproximadamente 250 km de Bogotá y a 57 km más o menos al sitio El Secreto, límites con el departamento de Casanare. Posee dos corregimientos, *Sirasí* y *La Ururía*. El número de habitantes totales es un poco menos de 3.000 personas, con algo más de 1100 en su cabecera municipal. Posee una extensión territorial de 443 km, distribuida en 32 veredas. Su régimen pluviométrico, se eleva por encima de los 3000 mm/año y tiene una humedad relativa cercana al 90%.

El municipio de Páez, enclavado al igual que los demás municipios de la región en la estribación oriental de la cordillera Oriental, tiene profundas interinfluencias con la cultura del pie de monte llanero, es su dominante cultural en términos de sus valores, usos, costumbres, como asentamiento poblacional donde se establecen unas relaciones de productividad, ligadas en lo esencial a la ganadería, la producción de café, cacao y pan coger. Recientemente fue construida una planta de bombeo de crudo.

Su territorio es montañoso y entre los accidentes geográficos se destacan las cuchillas de Gurupera, La Viola, Cantor y El Palmichal. Su clima varía desde el frío hasta cálido, cotas comprendidas desde los 2600 hasta 600 m.s.n.m. Sus cuencas hidrográficas principales son el río Upía y Lengupá, además de La Paradiseña. Su altura media es de 1300 m.s.n.m. y su temperatura media de 23°C. Acentúa su economía primaria con cultivos de tomate larga vida, lulo, mora, cítricos, caña de azúcar, plátano, piña, mandarina, naranja tangelo, limón tahití y la ganadería de ceba, preponderantemente, y el reciente comercio de leche.

Campohermoso

El primer núcleo indígena encontrado por los conquistadores españoles en búsqueda de los llanos orientales y en tierra de Lengupá, fueron los *teguas*, en jurisdicción actual de Campohermoso, con la llegada de los padres Dominicos. El Español Juan José de Neira adquiere las tierras de los resguardos indígenas a finales del siglo xviii y propone erigir una capilla, que se funda el 23 de febrero de 1780, con el nombre de “*Señor de San Roque y Nuestra Señora de los Dolores de Tegua*” en la vereda del mismo nombre, segregándola de Miraflores, que comprendía también La Fragua y Sabanalarga (Casasare). La fundación civil debe ubicarse el 5 de junio de 1780 (Rodríguez, 74, 1977).

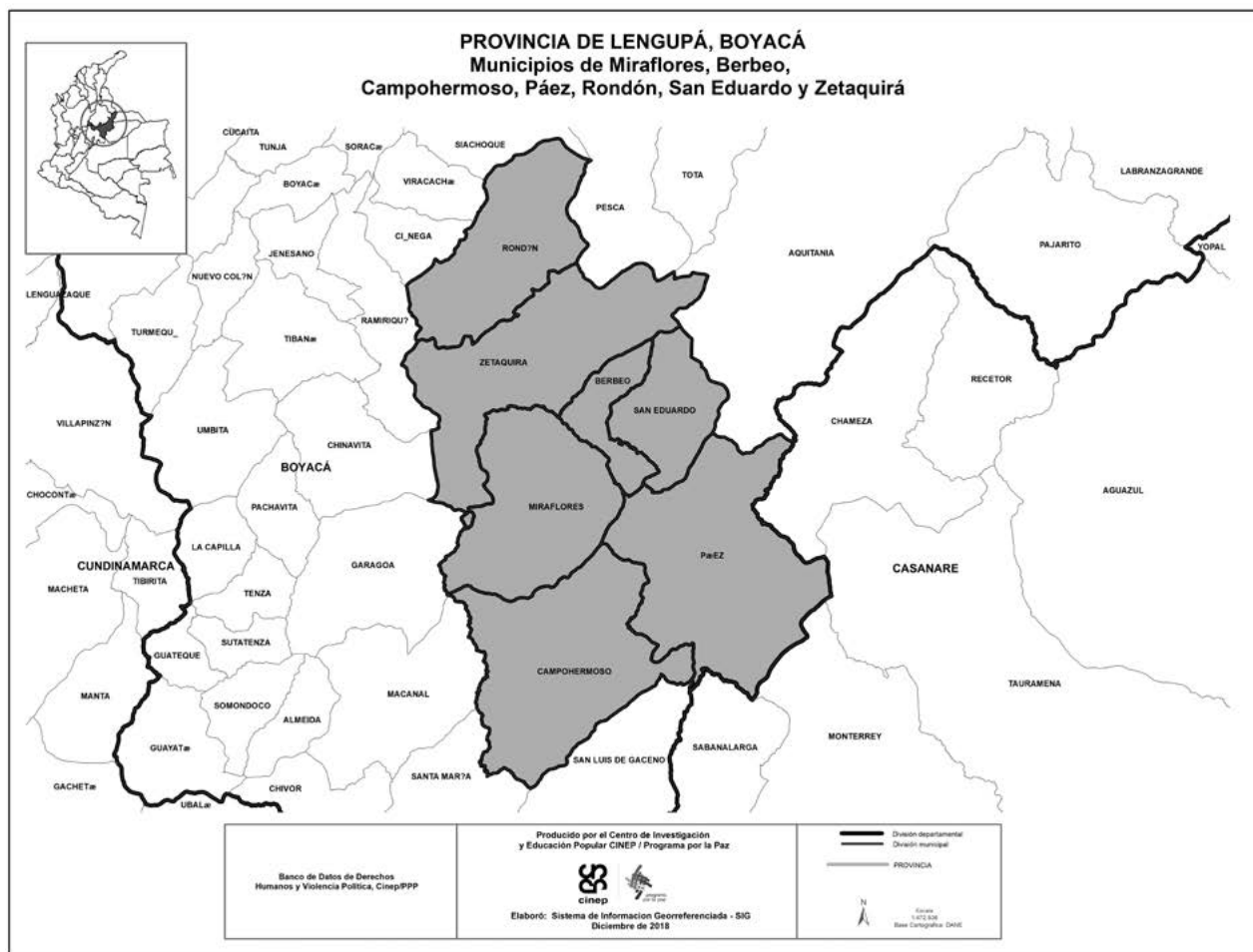
El antiguo territorio tegua se extendió hasta la confluencia del río Túa con el Meta, cubriendo a los actuales municipios de Macanal (entonces Pueblo Viejo), Santa María, San Luis de Gaceno, Sabanalarga, Villanueva y La Fragua. La nueva fundación fue el 30 de noviembre de 1602, sobre su actual sitio, que resalta el atractivo de su geografía y belleza paisajística.

Su extensión es de 302 km² y contiene 20 veredas. Distante de Miraflores unos 50 km, localizados en las márgenes del río Lengupá a 1100 m.s.n.m., para una temperatura promedio de 23°C. Su variedad climática, con alturas de 2500 m.s.n.m., en la cuchilla San Antonio hasta las vegas del Lengupá sobre los 650 m.s.n.m. El número de habitantes totales está sobre 3800 personas, para algo más del 950 en su cabecera. El municipio también comprende la inspección de policía Vistahermosa a 1350 m.s.n.m., y el corregimiento Los Cedros, distante 30 km de Campohermoso.

La precipitación varía entre los 2050 mm y los 4040 mm anuales, dependiendo de la altura, esto sitúa al municipio en un régimen de humedad muy alto, al igual que su temperatura, que oscila entre 13°C, en las áreas más altas y 24°C, en las zonas más bajas del municipio, la humedad relativa media es de 85%. (EOT Campohermoso, Corpochivor, 2000).

Su renglón económico principal es la ganadería, con emprendimientos lácteos y en menor escala de cultivos tradicionales, como yuca, plátano, fríjol, cacao, café, lulo, caña, cítricos, entre otros. Tradicionalmente celebran un festival llanero que acoge un sin número de visitantes y artistas reconocidos como expresión de alegría y el encanto de sus gentes. Igualmente ha surgido, como alternativa económica y aprovechamiento de su rica biodiversidad, el turismo de naturaleza.

**Miguel Angel Ovalle, Román Moreno
Guzmán y Tejiendo OSC.**



MAPA 2.

Fuente: Sistema de Información Georreferenciada - SIG

Bibliografía

- Alcaldía de Miraflores. *Plan Básico de Ordenamiento Territorial*. Miraflores: 2001.
- Alcaldía de Miraflores. *Plan de Desarrollo Municipal*. Miraflores: 2016-2019.
- Alcaldía de Rondón. *Plan de Desarrollo Municipal*. Rondón: 2012-2015.
- Corpochivor. *Esquema de Ordenamiento Territorial*. Campohermoso: 2000.
- Colmenares, G. (1969). *Las Haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- González, F. E., S.J. *Los Jesuitas en la historia colombiana: La Compañía de Jesús en los tiempos coloniales*. Bogotá: Compañía de Jesús.
- Gómez de Monroy, H. (1982). *Estudios Sociales de Zetaquirá. Mi patria Chica*. Bogotá: Editorial Montoya.
- Patiño Romero, L. A. (2010). *Memoria de San Eduardo. Su Historia y su Cultura desde el Contexto Regional de Lengupá*. Tunja: Academia Boyacense de Historia.
- Rodríguez, G. H. (1977). *Lengupá en la Historia*. Bogotá: ABC.
- Vargas Díaz, J. D. (2008, mayo). Lengupá y violencia. *La Ijana*, 1(2).
- _____ (2008, junio). Lengupá en el mapa de Colombia. *La Ijana*, 1(3).
- _____ (2008, octubre). Nuestro pasado precolombino o indígena. *La Ijana*, 1(5).

Páginas electrónicas:

Alcaldía Municipal de Rondón. *Nuestro Municipio*. Recuperado de: <http://www.rondon-boyaca.gov.co/municipio/nuestro-municipio>

Alcaldía Municipal de Berbeo. *Nuestro Municipio*. Recuperado de: <http://www.berbeo-boyaca.gov.co/municipio/nuestro-municipio>

Alcaldía Municipal de San Eduardo. *Nuestro municipio*. Recuperado de: <http://www.saneduardo-boyaca.gov.co/municipio/nuestro-municipio>

Alcaldía Municipal de Páez. *Nuestro Municipio*. Recuperado de: <http://www.paez-boyaca.gov.co/municipio/nuestro-municipio>

Alcaldía Municipal de Campohermoso. *Nuestro Municipio*. Recuperado de: <http://www.cam->

pohermoso-boyaca.gov.co/municipio/nuestro-municipio

Berbeo en Wikipedia.org recuperado el 23 de diciembre del 2018, de: <https://es.wikipedia.org/wiki/Berbeo>

Provincia de Lengupá en Wikipedia.org recuperado el 23 de diciembre del 2018, de: https://es.wikipedia.org/wiki/Provincia_de_Lengup%C3%A1

Martínez R. y Sánchez J. (2015). *Inventario Turístico de Miraflores Boyacá*. Recuperado de: <http://www.situr.boyaca.gov.co/attractivo-turistico/parroquia-san-joaquin-de-miraflores/>

Zetaquirá en Wikipedia.org recuperado el 23 de diciembre del 2018, de: <https://es.wikipedia.org/wiki/Zetaquirá>

Recuerdos traumáticos de la violencia en Lengupá

1946 - 1953



Fotografía: Luis Orlando Pérez Jiménez, S.J. Placas del monumento a las víctimas en San Eduardo, Boyacá.

El presidente Mariano Ospina Pérez se posesionó el 7 de agosto de 1946, ofreciendo plenas garantías para los liberales, trabajo, concordia, y respeto por la dignidad humana. En los primeros meses todo se hizo pacíficamente. La violencia oficial comenzó con el nombramiento de nuevos ministros recomendados por Laureano Gómez, entre los cuales merece especial mención el ministro de Gobierno, Juan Montalvo, con su lema “*hay que someter a los liberales a sangre y fuego*”.

La prensa conservadora con el periódico de circulación nacional *El Siglo*, que estaba dirigido por Laureano Gómez, y las prédicas de los curas desde los púlpitos que incitaban a la violencia, alimentaban la ira y el odio de las masas conservadoras, haciéndoles creer que los liberales eran enemigos de Dios, agentes del demonio, que el gobierno liberal durante 16 años había sometido a los conservadores, no les había permitido ocupar puestos públicos, que les confiscó sus bienes con leyes injustas y los instigó a cada rato a tomar venganza contra los liberales, sus hermanos de clase y sus paisanos.

Al poco tiempo, comenzaron a llegar noticias a través de los periódicos en las que se contaba de los abusos del Gobierno, cometidos por policías contra las regiones liberales. El único que hablaba y denunciaba los abusos del Gobierno de Mariano Ospina, era el doctor Jorge Eliécer Gaitán, quien había tomado las riendas del Partido Liberal y marchaba como seguro candidato a la presidencia de la república de 1950 y el 7 de febrero de 1948 en la Manifestación del Silencio pronunció una sentida Oración por la Paz.

En este momento la situación era muy tirante, todos los liberales de la región andaban muy preocupados y cruzaban los dedos para que la violencia no llegara a la región.

Así, los conservadores (godos) solo esperaban un pretexto o una orden que hiciera estallar las pasiones que hervían en sus mentes, para lanzarse como hordas de bárbaros sobre los pueblos y las regiones de mayoría liberal.

El momento llegó con los sucesos del 9 de abril de 1948, que permitieron al Gobierno decretar el Estado de Sitio y así iniciar la perturbación del orden público en toda la nación.

El 9 de abril de 1948, a eso de la una de la tarde nos encontrábamos todos sentados a la mesa almorzando, cuando de repente se escuchó a través de la radio un grito

angustioso: ¡Mataron a Gaitán! Inmediatamente, la Radiodifusora Nacional comenzó a transmitir todo lo que sucedía en Bogotá, que más tarde lo llamaron como el Bogotazo.

La gente de Páez se amotinó y se armó. Algunos bajaron al Mincho el sábado siguiente de la muerte de Gaitán, a afilar los machetes en las piedras de la orilla del río con el ánimo de ir a engrosar las filas de la revolución. Iniciaron la lucha apedreando la casa de La Agencia de Samacá², en donde ahora funcionaba la granja agrícola. Allí se encontraba el ingeniero, Edilberto Cepeda Guerra, director de esa entidad, su esposa y su pequeño hijo de dos años. De nada le valió a mi papá tratar de persuadirlos, para que no usaran métodos violentos porque la turba enfurecida no atendió razones y solo pedía venganza. Se dirigieron a la casa de la Agencia y procedieron a apedrearla y proferir insultos contra el doctor Cepeda. Cuando ya los revoltosos se retiraban, después del ataque a la casa, Cepeda hizo varios disparos al aire, que posiblemente los alzados no escucharon porque de lo contrario hubieran regresado y arrasado con todo.

Los amotinados llegaron a Páez y allí formaron un comando revolucionario para reemplazar y reducir a prisión al corregidor y a cuatro agentes de policía. No contentos con esto, sacaron de sus casas a empujones a cinco conservadores que habían vivido pacíficamente en el pueblo, entre ellos estaban don Carlos Escobar, hermano del padre Joselín Escobar, don Emilio Carranza y don Juvenal Cuadros. Los amarraron al samán, ubicado en el costado occidental de la plaza, les hicieron un juicio popular y la mayoría pedía a gritos su muerte. Ante este hecho inminente de barbarie y ante el llamado de los conservadores, mi papá se desplazó a Páez el domingo. A la entrada del pueblo, unos centinelas lo atacaron y le pusieron manos arriba en nombre de la revolución. Él les dijo “¡No sean tan pendejos!, ¿acaso no saben que la revuelta de Bogotá ya fue sofocada por el Ejército leal al Gobierno, que en la

plaza de Bolívar hay más de 5000 muertos y que el Gobierno amenazó con aplastar cualquier intento de rebelión que se presente en el territorio nacional?”. Los vigías quedaron boquiabiertos ante la noticia, le pidieron perdón y lo acompañaron hasta la plaza en donde tenían amarrados a los conservadores, que tan pronto vieron a mi papá le dijeron “don Raúl, nos ponemos en sus manos porque esta chusma nos quiere matar”. Mi papá ordenó que los soltaran inmediatamente y les dijo a los prisioneros que si querían salvar su vida se marcharan lo más pronto del pueblo.

En Páez ya no se tenía tranquilidad, comenzó la guerra de rumores: que los godos de Campohermoso, municipio vecino situado al occidente y enemigos acérrimos de los paenses desde la Guerra de Los Mil Días, iban a llegar de noche a quemar el poblado y a dar muerte a todos sus habitantes. A los de Campohermoso les pasaba igual, porque creían que de un momento a otro iban a llegar los Chusmeros de Páez a acabar con ellos.

En los meses siguientes a la muerte de Gaitán, con la guerra de rumores por fin apareció el lobo del cuento, lleno de odio y de saña, llegaron los Chulavitas por hordas asesinas a presionar a las gentes y a preparar la reelección de otro conservador que remplazara a Mariano Ospina Pérez.

Los liberales se alzan en armas

Vino luego la campaña para la elección del presidente de la república para el período 1950 - 1954 y los conservadores resolvieron a sangre y fuego mantenerse en el poder y lanzaron como candidato a la presidencia a Laureano Gómez, el más aguerrido enemigo de Gaitán, esto enfureció a los liberales, porque con esa candidatura era imposible llegar a algún acuerdo.

En Bogotá fue reprimida a punta de bala una manifestación encabezada por Darío Echandía, el candidato de los liberales, cerca de la Plaza de Bolívar cayeron muertos, algunos manifestantes, entre ellos el doctor Vicente Echandía, hermano del candidato. Ante esta falta total de garantías, la Dirección Liberal Nacional declaró la abstención y Darío Echandía

² La Agencia de Samacá era una sucursal de la Empresa de Hilados y Tejidos de Samacá, primera empresa que, en la región, reemplazó el trabajo de aparcería e inició contratos a sueldo de ocho horas de trabajo. Estaba ubicada al otro lado del río, en la ribera opuesta a El Mincho.

retiró su candidatura. Los conservadores, no contentos con que el Partido Liberal hubiera declarado la abstención, armaron bandas de forajidos vestidos de policías que iban a las regiones liberales a perseguir a las gentes y desplazarlas para ellos adueñarse de las fincas y los bienes. Entre estas bandas fueron famosas las de los Chulavitas, integradas por individuos oriundos de la vereda de *Chulavita*, ubicada en el municipio de Boavita, en el norte de Boyacá. Formada por campesinos analfabetas, supersticiosos, totalmente dominados por los curas, quienes desde los púlpitos los incitaban a atacar a los liberales, haciéndoles creer que estos eran enemigos de la Iglesia, que durante su gobierno se habían apoderado de sus bienes y que ahora debían cobrar venganza y quitarles todo lo que tuvieran, y en caso de que se resistieran, matarlos. Los Chulavitas llegaban a las poblaciones de mayoría liberal (Miraflores, Berbeo, Páez y Zetaquirá), pedidos por los políticos conservadores, y el precio con que se les pagaba a estos asesinos despiadados para que mataran, sin ninguna consideración ni misericordia a sus hermanos de clase, eran barriles de bebidas embriagantes, orgías, buena comida y a veces dinero en efectivo. Estos criminales en el Valle del Cauca recibieron el nombre de los Pájaros, entre estos se hizo famoso León María Lozano, el '*Cóndor*', quien apoyado por los jefes conservadores en Tuluá, asesinó y desterró a los Liberales y como premio el general Gustavo Rojas Pinilla le entregó La Cruz de Boyacá.

Además de los mal llamados Chulavitas, el gobierno de Mariano Ospina reemplazó a la antigua policía, debido a que en el 9 de abril la Estación Quinta situada en el barrio de La Perseverancia, al mando del capitán Armando Tito Orozco, se sublevó contra el Gobierno y trató de marchar hacia el Palacio Presidencial. Tal osadía del capitán Orozco fue castigada por el Gobierno. El capitán fue degradado, sometido a prisión y sin fórmula de juicio fue enviado a Miraflores (Boyacá), en donde un policía apodado el '*Machetilla*' lo despeñó por el abismo de la Buenavista. La historia de este capitán fue escrita en la Novela de Arturo Alape, titulada *El Cadáver Insepulto*.

A partir del 9 de abril se difundió la noticia que toda la policía era gaitanista y se había convertido en un peligro para la estabilidad de la nación. Así

que esta policía gaitanista fue reemplazada por los nuevos agentes Chulavitas, a pesar de que no todos provenían de la vereda de *Chulavita*, habían enganchado agentes de poblaciones de mayoría conservadora como Rondón, Viracachá, Ciénega, Umbita y Ramiriquí.

En general, la región del Lengupá había permanecido en calma hasta el 22 de octubre de 1949, cuando se encontraban reunidos en Miraflores la mayoría de los muchachos liberales de la provincia del Lengupá, que habían llegado hasta allí desde Sabanalarga, El Porvenir, Tauramena y Aguacalara, algunos a caballo y otros a pie, a registrar la cédula con mucho entusiasmo, con el ánimo de consignar su primer voto por el Partido Liberal y para participar en las elecciones presidenciales del 27 de noviembre. Los conservadores de Miraflores se llenaron de envidia al ver el entusiasmo de la juventud liberal, provocaron un incidente, en el cual atacaron a puño limpio y bala a un líder regional, y este al verse agredido, desenfundó su revólver e hizo disparos al aire. Las autoridades municipales llamaron a Tunja para solicitar que enviaran varios camiones llenos de Chulavitas, los cuales llegaron en la madrugada, sembrando el pánico entre los habitantes, disparando como locos, haciendo sonar las sirenas. El primer muerto en esa ocasión fue un sordomudo que se encontraba atravesando el parque principal y como no escuchó cuando le gritaron ¡alto!, le dispararon y cayó muerto al instante.

Entonces los hombres del pueblo y los visitantes, temiendo por sus vidas, pusieron pies en polvorosa y huyeron hacia Los Llanos por el camino de Páez. Ante la falta de garantías para participar en las elecciones, la Dirección Nacional Liberal declaró la abstención y por lo tanto los liberales no debían votar en las elecciones para presidente.

Debido a la terrible ola de violencia, el Gobierno adelantó la fecha de las elecciones para el 27 de noviembre de 1949, este día los liberales de Páez y Miraflores fueron sacados violentamente de sus casas en ropa interior por los Chulavitas y en fila india obligados a consignar su voto por Laureano Gómez.

Para estos comicios mi padre fue nombrado y ejerció como presidente de mesa en Páez, observó con atención el hecho de que al anverso de la cédula de la persona que consignaba el voto, se le

estampaba un sello. Como solo se podía votar por Laureano Gómez, mediante este sello era muy fácil identificar quién había participado o no en las elecciones. Mi papá no consignó voto por Laureano, pero sí estampó el sello en su cédula y en la de otros amigos, los que salieron bien librados de la persecución de los Chulavitas.

A principios de 1950, ya elegido presidente Laureano Gómez, todos los liberales de la región temblaban de miedo ante los abusos de la policía Chulavita, que comenzó a retener las cédulas y a castigar cruelmente a los habitantes que no habían dado su voto por Laureano Gómez.

Ante tanta impunidad y el aumento de los atentados, las gentes se vieron obligadas a salir huyendo por entre los montes y rastrojos, sin poder rescatar nada, buscando llegar a las ciudades, donde la violencia era menos notoria, deambulando por las calles sin trabajo y careciendo de todo lo indispensable.

Al fin, después de tantas vejaciones y torturas, se armó un foco de resistencia en el Llano para hacer frente a los abusos del Gobierno. Allí surgió la guerrilla dirigida por Eliseo Velázquez '*Cheito*', natural de Yacopí (Cundinamarca); Guadalupe Salcedo, natural de Tame (Arauca); los hermanos Pablo, Tulio y Manuel Bautista, naturales de Miraflores (Boyacá); Dúmar Aljure el '*Valiente*', de origen libanés y natural de Girardot (Cundinamarca). Esa guerrilla llegó dos veces a Páez, en donde primero ajusticiaron a unos maleantes, algunos oriundos de la región que se habían unido a empleados públicos puestos por los conservadores como el corregidor, el recaudador de rentas, el jefe de la Policía y sus agentes Chulavitas, que se habían dedicado a cumplir al pie de la letra las órdenes de destrucción y muerte impartidas por el gobierno conservador.

Al día siguiente de las elecciones de 1949, el periódico *El Siglo* publicó en primera página, con grandes letras azules, un titular que decía "Elegido como presidente de la República el doctor Laureano Gómez, por más de un millón de votos libres y en paz".

Después de las elecciones, los policías acantonados en Páez, citaron por bando a todos los habitantes mayores de edad de las veredas, para que se

presentaran en la comandancia, llevando consigo la cédula de ciudadanía.

Los campesinos, inocentes de lo que pretendían los malvados Chulavitas, se presentaron como ovejitas al matadero, ante un cabo que ejercía las funciones de corregidor. Allí, dos agentes inspeccionaban minuciosamente el documento por el anverso. Luego repartían a los asistentes en dos filas. A los de la primera fila, los felicitaban y los mandaban para la casa. A los de la segunda, sin darles ninguna explicación, los cogían a patadas y culatazos, llamándolos: "liberales, collarejos, cachiporros, dañados, hijueputas" y toda clase de improperios. Luego los arrastraban al patio trasero del comando de policía. Estas personas no comprendían el porqué de los malos tratos. La cédula de ciudadanía se convirtió entonces en un instrumento de persecución y de muerte, cuando no tenía en el anverso el sello que indicaba que el titular de la misma había votado por Laureano Gómez.

La policía política se la dedicó entonces a los jóvenes que debían votar por primera vez, es decir, los que recién habían cumplido los 21 años, entre ellos se encontraban Rolfe Ramírez, Fidel Hernández, Víctor Manuel Mendoza, Gerardo e Ignacio González, Jorge Turmequé, los hermanos Benavides, Aureliano Vaca, los hermanos Garzón, un muchacho al que llamaban Gil y otros veinte más.

Estos fueron perseguidos con saña y mantenidos presos durante un mes. Cuando salieron libres, temerosos de que la Policía los volviera a agarrar, se marcharon de noche hacia los llanos de Sabanalarga, El Porvenir, Tauramena y Aguacalara, en donde se decía que se estaba organizando la resistencia, dirigida por un señor Chucho Solano, presidente del directorio liberal de Sabanalarga, los hermanos Bautista, naturales de Miraflores, quienes cansados de soportar tantas vejaciones y persecución de parte de los agentes del Gobierno, se reunieron y comenzaron a planear la resistencia. Cuando los campesinos se percataron de que les quitaban la cédula para verificar quiénes habían votado por Laureano Gómez, no volvieron al pueblo y permanecieron alerta en las veredas. Los policías entonces se repartieron por los campos, llegaban a las casas, robaban el ganado, los cerdos, las gallinas y violaban a las mujeres que encontraban a su paso, muchas veces delante de los hijos menores.

La mayoría de las personas se encontraban desorientadas y desesperadas sin saber qué hacer para defenderse de los ataques de las hordas del Gobierno. En la casa de El Mincho, se reunieron en una ocasión varios habitantes que habían sido perseguidos con saña por los Chulavitas y le pidieron a mi papá, que así como mi abuelo en el pasado había organizado batallones de aparceros para ir a la guerra, por favor, ahora los organizara para enfrentar los ataques de los Chulavitas. Él haciendo gala de su espíritu pacifista les dijo, no voy a dirigir ninguna guerra contra el Gobierno porque carecemos de armamento y gentes preparadas para pelear, no podemos tumbar un Gobierno a sombreroazos, mientras que el Estado tiene todo a su favor, tropas, armas, aviones y tanques de guerra, no sea que nos pase lo de la Guerra de los Mil Días, en que el gobierno conservador triunfó y casi acaba con los miembros del Partido Liberal, tratemos de arreglar las cosas por las buenas, presentemos nuestras quejas ante las autoridades de Miraflores o de Tunja.

Mientras tanto el gobierno conservador se hacía el sordo ante los clamores de la población liberal, y por el contrario, se mostraba benévolo con los agresores. Indignado con las quejas de los vecinos y amigos, por un momento mi papá pensó en organizarlos y buscó en la caleta los cuarenta fusiles Grass que mi abuelo había dejado escondidos desde la Guerra de los Mil días y solo encontró cañones oxidados y la madera de las culatas carcomidas por el comején.

A la reunión de los indignados en la casa de El Mincho asistió un campesino, Antonio Gutiérrez, oriundo de Zetaquirá, quien había llegado al Mincho con los evangélicos, tenía una pequeña parcela en La Providencia y se había marchado con el pastor Oscar Smith y ahora tenía una fundación cerca del río Túa, en el Llano. Antonio tomó la palabra y dijo, no se afanen, que yo soy testigo, porque asistí a una reunión en la casa de don Chucho Solano, presidente del Directorio Liberal de Sabanalarga, en donde también estuvieron presentes don Tulio, don Pablo y don Manuel Bautista, ellos son de Miraflores y ustedes los deben conocer, también estuvieron allí, don Guadalupe Salcedo, que es natural de Tame, el cabo, Dúmar Aljure, que desertó del Ejército y llegó con diez soldados armados de

fusiles y una ametralladora F.A. Pero el más importante de todos era don Eliseo Velásquez, quien se vestía como un general y para mí que era muy parecido al mismísimo don Simón Bolívar. Yo me enrolé en las filas comandadas por don Tulio Bautista, con once combatientes, allí me encontré con los otros Bautista, sus primos, don Víctor Manuel Mendoza, Rolfe Ramírez, Pedro Mendoza y Aureliano Vaca, el hijo de don Adolfo Vaca a quien nombraron mensajero y espía, los hijos de don Gregorio Piñeros, Arquímedes y Evangelista. Acompañamos a don Tulio Bautista a su primer enfrentamiento con los Chulavitas en el caserío de El Engaño, para tomar venganza contra un tal Ezequiel Sánchez, que había matado a hombres y mujeres indefensos y con crueldad en la vereda de Horizontes, de San Luis de Gaceno. Don Tulio hizo prisionero a Ezequiel, le reclamó por los crímenes cometidos y luego, aplicando la justicia guerrillera, lo fusiló en su propia casa. Cuando los godos de Campohermoso y San Luis de Gaceno supieron la noticia que don Tulio había comenzado a reunir la revolución, se unieron para atacar El Secreto y Sabanalarga, pero Don Tulio, quien estaba mejor armado y tenía más hombres, los emboscó y los hizo huir como gallinas.

Las armas con que comenzó la revolución, allá en la casa de don Tulio, fueron: tres fusiles, cuatro Grass, cuatro carabinas y los revólveres de cada uno. Cómo les parece que a ese pequeño grupo comenzaron a llegar cantidad de muchachos que venían huyendo de todas partes de la persecución de la Policía y que cada uno traía sus propias armas, como escopetas de fisto y revólveres. Cuando ya a la revolución habían llegado más de 50 hombres, don Tulio nos dijo que por cuenta de la Dirección Liberal iban a llegar algunas armas y que un piloto, don Luis Calderón, las iba a lanzar desde su avioneta, las demás armas teníamos que conseguirlas quitándoselas al Ejército y la Policía.

También contó que los comandantes de la revolución estaban prevenidos y para evitar que los tomaran por sorpresa, tenían puntos de vigilancia en unos cerros desde donde se divisaba la vuelta de la M, situada en la carretera que conduce del páramo del Bijagual hacia Miraflores, pues observando las luces podían contar uno a uno los camiones con

soldados que bajaban hacia Zetaquirá. Al notar los vigías que por la carretera se acercaban a la región comisiones del Ejército, hacían sonar los cachos que iban transmitiendo su voz de alerta de cerro en cerro y su sonido llegaba hasta el otro lado del río Upía, así ponían sobre aviso a toda la población para que huyeran hacia el monte. Se acordaron unas claves para interpretar el sonido de los cachos. Si sonaba dos veces la tropa venía muy lejos. Si sonaba solamente una vez, había que salir huyendo porque se encontraba a pocas horas de distancia y comentó que los que no anduvieran con la pata limpia tenían que dormir con las botas puestas. También agregó que los comandantes de la revolución estaban muy bien asesorados por unos agentes de la China Roja, que habían llegado desde Venezuela.

Qué bueno que estén reunidos aquí porque yo vengo con la misión de llevarme al Llano a los que sean verracos, quieran matar Chulavitas y vengarse de todas las maldades que nos han hecho. Los Bautista son partidarios que empecemos por tomarnos los pueblos liberales en donde haya policías arbitrarios y matones, tienen en lista tomarse, Páez, San Eduardo y Chámeza. Con esta información los más incrédulos tuvieron que aceptar que la guerra iba en serio y decidir si tomaban el camino del exilio a las ciudades o se iban para el monte. Los presentes escuchaban con mucha atención los comentarios de Gutiérrez y como todos habían sido víctimas del gobierno godo y ante la persecución y el peligro que corrían quedándose, resolvieron marcharse con Antonio para el monte. Además, Antonio agregó que por la comida no debían preocuparse, porque la sal la llevaban de Chámeza y había muchos civiles, hombres y mujeres metidos en lo profundo del monte y allí cultivaban yuca, plátano, maíz y frijol para la tropa, y algunos ganaderos de la región regalaban novillas para la mamona.

Los guerrilleros entran por primera vez a Páez

Gustavo Pardo, que estudiaba en la Escuela de Páez con el maestro, don Benigno Parada, contaba que salió al recreo y le tocó tirarse al piso cuando es-

cuchó el tiroteo que duró como 10 minutos y para librarse de las balas que *burriaban* por todo lado, desde el suelo vio caer muerto de un tiro en la cabeza a don Víctor Torres, el recaudador de rentas. Ese día no había Chulavitas, porque el recaudador, Luis Eduardo Larrota, Helí Bernal y el cura decían que no necesitaban guardaespaldas, pues ellos eran muy arrechos y tenían armas suficientes para defenderse del ataque de la chusma, solos. Estando tendido, se dio cuenta que el que comandaba los Chusmeros era Gilberto Turmequé, a quien apodaban Gil, un muchacho trabajador y muy honrado que ayudaba a los Alfonso en el trabajo de matar ganado. Larrota había llegado al pueblo desde hacía dos años como recaudador de impuestos, decía que había nacido en Barbosa, Santander, se casó con Emma, una hija de don Rosendo Alfonso, todos lo distinguían como buen liberal Gaitanista. Pasadas las elecciones donde eligieron presidente al viejo Laureano Gómez, Larrota, en medio de una borrachera, gritaba: soy godo y chulavita, solo que me estaba haciendo el pendejo y ahora van a saber los cachiporros de este pueblo, quién es Luis Eduardo Larrota Lindo, estoy informado de todo, sé quiénes son los que ayudan a la chusma y me las van a pagar, porque conmigo van a comer mierda.

Se dedicó a quitarles las cédulas a los campesinos, darles trompadas y chapa con un cinturón ancho, con frecuencia iba a los campos acompañado del cura párroco de Páez y la Policía, portando carabinas punto treinta, sombrero de ala grande y en el pecho lucían carrilleras y cananas cruzadas al estilo Mejicano, en fin, se habían convertido en el azote y el terror de los pobres campesinos. Desde un principio Larrota le montó la seguidora al joven Gil, a tal extremo que un día que lo encontraron solo en la calle, le rasgaron los chiros a punta de pata y puñetazos, lo consumieron de cabeza en un retrete con agua sucia, lo llevaron a la mitad de la plaza y lo obligaron a gritar vivas al Partido Conservador y a Laureano Gómez, abajo a la chusma, y ya vuelto una piltrafa, le ordenaron que abandonara el pueblo inmediatamente o si no lo mataban. Por esto, Gil y los demás rebeldes habían jurado vengarse y acabar con los Chulavitas que se atravesaran en su camino.

Gustavo estaba convencido que el primer muerto había sido Larrota, pero no, porque este

cuando sintió tronar la bala pegó carrera, trepó por los muros y se escondió en el cielo-raso de la iglesia, hasta llegar al zarzo, en donde se encontró con el cura que temblaba de miedo y rezaba el rosario, mientras tanto los muchachos siguieron dando vueltas por el pueblo buscando a los malhechores para castigarlos y mataron a otros dos.

Cuando salían por el camino de la Horca, asomó Helí Bernal, otro bandido, natural del lugar, que desde antes del 9 de abril trabajaba como agente de Policía municipal, militaba en el Partido Liberal y de un momento a otro, para conservar su puesto, se transformó en godo, de los que orinan azul de metileno y como buen conocedor de las gentes era el más enemigo de todos y gozaba delatándolos ante los Chulavitas. Cuando los rebeldes notaron su presencia, alguien gritó, ese es Helí Bernal, agárrenlo, agárrenlo, pero se les zafó y salió a correr, entonces, le aplicaron la ley de fuga, le pegaron un tiro en el hombro, el hombre herido clamaba: no me maten, yo soy liberal, no me maten y los guerrilleros le contestaban ¿sí, liberal pero volteado, o es que no se acuerda, desgraciado, aquella vez que me agarró desarmado, me dio una tunda y me metió de cabeza en un inodoro lleno de porquería? Helí seguía clamando, y manifestando su inocencia, temblando de miedo. Con esta actitud fastidioso de tal manera a los rebeldes, que lo amarraron a la cola de su yegua y esta lo llevó de rastra por un camino pedregoso y horrible. Después de tantos padecimientos, el hilo del lazo se reventó, dejándolo tirado en la orilla del camino, donde murió.

Larrota y el cura permanecieron escondidos hasta la nochecita, cuando los rebeldes se retiraron a eso de las seis de la tarde entre oscuro y claro, el cura entonces, amarró el manto de la Virgen del Amparo a un barrote de una ventana y por ahí se descolgó junto con Larrota. No se acordó de la carabina que cargaba a la espalda, ni de las habitas tostadas para la chusma, sino que consiguió un caballo y juntos abandonaron el pueblo por el camino que iba hacia el norte a San Eduardo y Berbeo.

La persecución a los liberales redobló su ferocidad y a todos los campesinos de las casas de la orilla del camino real les tocó retirarse hacia los montes y solamente regresaban en la oscuridad de la noche a sacar provisiones.

Comenzaron a escasear los víveres, como la sal, la panela y la carne. Los policías decían a los que encontraban por ahí, “Por qué huyen hijueputas”. Si huyen es porque deben algo”, pero también estaban temerosos y no salían al campo por físico miedo a la chusma, porque se tiraban de valientes, pero con las personas desarmadas. La situación se hizo cada vez más difícil por la persecución organizada desde el Gobierno, y los habitantes andaban como seres errantes, sin cédula, porque las autoridades se la habían retenido y habían dado a conocer la orden mediante un bando, que los que no tuvieran cédula de una vez los mataran, porque eran Chusmeros.

Esto hizo que la mayoría de las familias abandonaran sus casas y con lo poco que pudieran recoger emprendieran el camino del desplazamiento hacia Miraflores, Tunja y Bogotá.

Los policías, al notar que las gentes no se presentaban por el pueblo, enviaron a las veredas “comisiones”, con la orden de tomar prisioneros a todos los hombres que encontraran. Poco a poco fueron juntando prisioneros a los que amarraban de las manos con lazos nuevos muy apretados, hasta hacerlos sangrar, los obligaban a caminar en fila india. Esta forma era muy molesta porque cuando uno se caía se llevaba por delante a todos.

El día que llevaron el primer grupo de prisioneros, estábamos dándole sal al ganado a la orilla del río, con mi papá, nos escondimos detrás de unas piedras y los vimos pasar por el puente, desorientados, cabizbajos, arriados por la tropa rumbo a Miraflores. Los amarraron con las manos atrás y a empujones los obligaron a cruzar el puente, al pasar por la tienda de la comadre Evita capturaron al dueño de casa, Marcos Lozano, a su hijo Vicente y a unos jornaleros que trabajaban en esa finca, hasta que completaron veinte prisioneros, entonces los condujeron a pie y amarrados hasta Miraflores, después de seis horas de camino, sin tomar agua ni descanso, los encerraron en la cárcel de la Desmotadora, esta era una construcción antigua de paredes de adobe y techo de zinc envejecido, por dentro era húmeda, con un olor característico a moho, orines y materias fecales porque carecía de servicios sanitarios. En esta casa los mantuvieron sin darles de comer ni de beber durante tres

días y luego comenzaron a sacar uno por uno para llevarlos ante la comandancia que les sindicaba el cargo de guerrilleros y asesinos. A los líderes o que tenían alguna influencia sobre los demás, los trasladaron al panóptico de Tunja condenados por el comandante del puesto a pagar de tres a seis meses de prisión. Allí se encontraron con otros presos que habían llevado la semana anterior.

Entre tanto, mi papá y yo nos encontrábamos escondidos detrás de unas piedras a la orilla del río. Era la primera vez que hacían prisioneras a las personas, por ende, este acontecimiento nos sorprendió mucho. Mi mamá mandó a Rosendo³ a que nos buscara y nos contara lo que había pasado, cuando el Ejército y sus prisioneros remontaron el alto, regresamos a la casa en donde mi mamá nos relató muy angustiada que entre esos presos que vimos, también se habían llevado a Rafael Barrera. Mi mamá le pedía a mi papá, que echara pal monte, porque los policías le habían advertido que pronto vendrían por él. Mi papá accedió a sus ruegos, empacó un encauchado, una muda de ropa y se marchó acompañado de Rosendo a las cuevas de La Peñanegra. Allí permaneció escondido por unos días. Mientras tanto le llevaban algunas provisiones como arepas de queso, panela, gallina, carne salada, plátanos y diferentes clases de frutas que le enviaba mi mamá. Mi papá al enterarse de que mi mamá se encontraba tan preocupada e indecisa, y temeroso del peligro que corría allí, salió de la cueva, empacó en una capotera su encauchado, entre otras cosas, y en compañía de su sobrino Gustavo y Rosendo, cogieron Quebrada Negra arriba en busca de otro escondite. En el nuevo escondite se sintió muy mal debido a la oscuridad y la humedad que se desprendía por las paredes de la cueva, con ayuda de la linterna amarró la hamaca de dos raíces, ordenó a Rosendo que prendiera una hoguera en la puerta de la cueva, para evitar que entraran las nubes de mosquitos o los murciélagos que intentaban chuparles la sangre y con las alas producían un sonido ensordecedor, el piso estaba hediondo.

³ Rosendo Alfonso Piñeros (1927-2009) fue trabajador de la hacienda El Mincho y hombre de confianza de Don Raúl Pardo, padre de la autora. Fue capturado por los Chulavitas y los militares y sometido a la famosa “carrera de la muerte” de la cual sobrevivió. Sometido a trabajos forzados por los militares, a la vez que testigo de muchos horrores.

En aquel horrible lugar mi papá pasó una de las peores noches de su vida, arrepentido decidió dejar de huir, entonces regresó a la casa grande, resuelto a enfrentar todos los peligros, así fuera la cárcel. Al percatarse que por el camino de Miraflores no se veía bajar la tropa, entró a su casa de noche y allí sufrió un ataque de pánico, comenzó a gritar y a jalarsé los cabellos como un loco, nos reunió a todos los niños, mi mamá y las empleadas del servicio y presintiendo que de un momento a otro lo podían matar, nos confesó todos sus pecados. Otra vez reiteró su promesa de que prefería morir en la casa y que no volvería al monte. Mi mamá lo tranquilizaba dándole tragos de agua con gotitas de acónito. Ella lo miraba tan asustada porque pensaba que había perdido la razón, le dijo que se quedara tranquilo, que según las noticias, el Ejército no iba a volver por ahora a molestar. Después se recostó en la cama y se quedó profundamente dormido.

A las cuatro de la mañana comenzaron a escucharse los golpes secos de las culatas de los fusiles contra las puertas de la casa, los gritos, los insultos, pidiendo que salieran todos con las manos en alto o de lo contrario iban a derribar los muros con dinamita. Lolita⁴ clamaba: Esperen un momento. ¡Ya voy a abrir! ¡No golpeen más! Espérenme que baje. Quitó las trancas y la tropa entró como una tromba marina, la empujaron y la tiraron a un lado. Subieron al segundo piso, mi papá ya se había vestido; inmediatamente lo amarraron con las manos atrás y mi mamá les pidió que lo dejaran calzar los pies con un par de cotizas que ella le alcanzó. Con mi mamá y mis hermanos nos agarramos de él y les clamábamos que no se lo llevaran porque estaba muy enfermo.

Con celeridad se dedicaron a requisar todos los cuartos y en uno encontraron al maestro Antonio, a quien había contratado para que realizara unos arreglos en la casa, el pobre hombre muy asustado saltó de la cama en calzoncillos y al levantar las manos, semejaba un crucifijo, los trasladaron a Miraflores y los metieron a la Desmotadora.

⁴ Lolita: María Toro, madre de la autora, familiarmente llamada “Lolita”.

Desesperados por el hacinamiento, la falta de agua y comida, los presos se amotinaron y pedían a gritos que los sacaran o los mataran. Mi papá los tranquilizó y les pidió que no obraran con violencia, que más bien pidieran a los guardianes que les trajeran agua y les permitieran papel, pluma y tintero para escribir una petición. Con el papel en la mano presentó una petición de Habeas Corpus ante el juez municipal, a quien le solicitó muy respetuosamente que revisaran sus expedientes y les explicaran la causa o delito por el cual se les privaba injustamente de la libertad. Seguro de que la mayoría de los presos eran católicos creyentes, mandó comprar un Cristo grande, le colocó una cinta roja y lo colgó en el techo de la cárcel. Por haber presentado la petición y haber conseguido calmar a los presos, le dieron el trato de dirigente Chusmero y fue condenado a recibir tres días de castigo metido en el Hoyo, en donde solamente le votaban baldados de agua fría por la cabeza.

Entre los guardianes y los detenidos, surgió el comentario de que para poder salir de allí deberían buscar al doctor Luis Vargas, abogado, de gran prestigio y buen conservador, a quien Raúl le otorgó un poder para que asumiera su defensa. El doctor Vargas al estudiar el expediente que le habían levantado y al ver que la acusación que había en su contra, que era en cierto modo temeraria, puesto que le señalaban de no haber detenido a la guerrilla que supuestamente pasaba todas las noches frente a la casa de El Mincho, como quien dice un imposible físico y moral, el doctor Vargas rindió una declaración en la que afirmaba que conocía a Raúl desde niño, como persona honorable, amigo de la paz, que había salvado a los conservadores el 9 de abril en Páez. Con esta declaración y después de 25 días de detención injusta, le dieron salida, el doctor Vargas le cobró por su defensa la suma de trescientos pesos, igual al valor de tres novillas de raza. Inmediatamente regresó al Mincho, resuelto a huir con la familia hacia Bogotá, tan pronto consiguiera comprador para unos novillos gordos que tenía para la venta. Cuando llegó al Mincho, tuvo sus dudas y hasta pensó ingresar a la guerrilla, para luchar por la causa que defendían los que se habían alzado en armas en el Llano. Se desanimó y optó por la paz cuando se vio rodeado de sus hijos

pequeños y llegó a la conclusión de que su deber estaba en defenderlos, liberarlos del peligro y le pidió a la vida que le diera licencia para verlos crecer y no fueran a quedar huérfanos.

Con el salvoconducto que le otorgaron, el cual tenía listo a todo momento, lo presentó ante las autoridades para que no lo molestaran, pero más tarde llegó a la conclusión definitiva, que el mejor camino era huir de El Mincho lo más pronto posible con su mujer e hijos porque la situación se iba a poner muy grave.

Decidieron viajar tan pronto recogieran la cosecha de café, que era de lo único que les daría plata para poder salir de la región.

Los hermanos Bautista se toman el cuartel de Páez

Una vez posesionado el viejo Laureano Gómez como presidente y mientras se preparaba para atacar con todo el poder del Estado a las guerrillas del Llano, hubo una especie de tregua y por un corto tiempo cesaron los procedimientos arbitrarios por parte del Gobierno, sin embargo, pronto comenzaron a bombardear con dinamita y desde los aviones los lugares selváticos donde se creía que se refugiaban los guerrilleros. En un lugar de las selvas de la Maravilla, en donde se habían escondido muchos civiles que huían de la violencia, una noche fueron sorprendidos con el ruido de aviones que lanzaron bombas sobre ellos, allí murieron masacrados por las bombas, Anatolio Arias, su esposa y dos de sus pequeños hijos. Solamente se salvó porque estaba recogiendo agua en una quebradita, Raúl, un menor de 8 años. El niño, al presenciar la muerte trágica de sus padres, corrió solo por el monte durante 15 días, cuando lo encontraron sus familiares no podía pronunciar palabra, algunos pensaban que por el estruendo del bombardeo y el terror que le produjo la muerte de sus padres, había perdido el oído. Lo llevaron a Bogotá y después de un largo tratamiento no recuperó el habla. Un médico psiquiatra les aconsejó que lo llevaran al lugar en donde había sucedido la tragedia, allí estaba y al escuchar el lúgubre canto de una ave nocturna (búho) exclamó, Oigan,

oigan, así cantaban los currucas la noche en que las bombas mataron a mis papás.

A finales de 1950 se instaló en Páez un destacamento permanente de 30 soldados al mando de un teniente que al poco tiempo comenzó un romance con la maestra de la escuela del pueblo, Paulina Ballesteros. Debido a este buen entendimiento entre el comandante y la profesora, las gentes poco a poco regresaron al pueblo y la vida se normalizó. Volvieron las fiestas los viernes y los sábados, los paseos al río Upía y al Lengupá. Todo era dicha y alegría. Los soldados habían cesado la persecución y la violencia, estableciendo una pequeña tregua mientras se celebraba la Navidad y el Año Nuevo. La comunidad y los militares se pusieron de acuerdo para celebrar la novena de aguinaldos. De cada vereda venían todas las noches los campesinos cargando luminarias y, a la terminación del oficio religioso, se presentaban en el atrio de la iglesia parejas muy bien disfrazadas, totalmente irreconocibles y por esta razón se convirtió en juegos y apuestas para saber de quiénes se trataba. También se presentaban bailes típicos de la región, como el de las perdices y el galerón. Los matachines, el Diablo Vejiga y la Vaca Loca hacían la diversión de los jovencitos y los niños. Comparsas en donde se representaban hechos notorios ocurridos durante el año y se ridiculizaban algunas personas importantes.

Durante una de las novenas, en la que toda la población participó en una comilona con tamales, chicharrones, morcillas, buñuelos, mantecadas, acompañadas de aguardiente y chicha fuerte, en medio del jolgorio se le ocurrió al teniente hacer un brindis para anunciar su compromiso con la profesora; ante la falta de un licor fino, salió acompañado de su prometida a la única tienda que estaba abierta a comprar una botella de trago, llegaron en el preciso momento en el que el muchacho que atendía estaba cerrando la tienda. El teniente le pidió que por favor le vendiera una botella de vino. El joven contestó que ahí solo se vendían cotizas, pilas para linterna y remedios para los animales. El militar le dijo: véndame aquella botella de vino Sansón que está en la vitrina, no sea mala gente. Y ante la sorpresa del dependiente, el teniente entró y tomó la botella de la estantería y le dijo: “Mañana se la pago”. Se reunieron en la casa de don Rufino Buitrago con

todas las señoras y señoritas que, con copa en mano se disponían a hacer un brindis. La profesora tomó la botella y le sirvió una buena copa al teniente, otra para ella y antes de comenzar a repartir a la concurrencia, brindaron por larga vida y felicidad para la pareja. El militar muy feliz, apuró de un solo trago la copa hasta el fondo, seguido de la maestra, ambos cayeron revolcándose en medio de terribles dolores. Todos los reunidos quedaron atónitos. Una señora atinó a acercarse para auxiliarlos. Gritó horrorizada: ¡Dios mío! eso huele a puro garrapaticida. El garrapaticida es un veneno que contiene arsénico y estricnina y sirve para matar las garrapatas. Las damas del pueblo presas de temor, buscaban por todas partes una sustancia para que el teniente vomitara el veneno. Todos ordenaban y nadie obedecía. A alguien se le ocurrió que la toma de orines les podía hacer vomitar el veneno. Hicieron orinar en un frasco a Héctor, un niño hijo del dueño de la casa y se los dieron a beber a los moribundos, vomitaron, pero era demasiado tarde porque ya el veneno había producido sus efectos letales.

Así se acabó la fiesta, porque el sargento y los soldados creyeron que había sido un envenenamiento intencional preparado por los amigos de la Chusma. En semejante confusión, algunos corrieron hacia el monte y otros se quedaron a ver qué podían hacer para salvar a la pareja. El teniente, en medio de la agonía, les dijo a los soldados que no fueran a tomar represalias contra los habitantes del pueblo, porque él mismo había sacado la botella de un armario, sin escuchar la advertencia del muchacho que atendía el negocio, quien le dijo que nunca habían vendido licor. Minutos después expiró en medio de terribles dolores, rodeado de sus hombres, que llenos de furia no aceptaron las peticiones de su jefe.

La reacción de los soldados ante la muerte del comandante fue violenta, inmediatamente buscaron al dueño de la tienda, al que sometieron a un juicio sumario con el ánimo de fusilarlo, pero después de pensarlo un buen rato resolvieron dejarlo vivo para que, mediante la tortura, delatara a sus cómplices y procedieron a apresar a los pocos hombres que aún quedaban y los colocaron contra el samán, sometiendo a una simulación de fusilamiento. Las mujeres gritaban, rezaban y se arrodillaban, suplicando a los soldados por la vida de sus esposos. Las

señoras que participaron en la fiesta, ante la muerte del teniente y la agresividad de los soldados, se esfumaron como por arte de magia.

La maestra, que solamente había probado un sorbo del contenido de la copa, logró vomitar el veneno; más tarde la llevaron en guando (camilla con guadua) a Miraflores, pero su salud quedó muy quebrantada, porque el efecto tóxico del garrapaticida es tan fuerte que deshace los intestinos y todo el aparato digestivo. La llevaron a Tunja para tratar de salvarla, pero todo fue inútil, al poco tiempo murió, porque para este veneno no se conocía antídoto.

Esa misma noche, mandaron pequeños grupos de soldados a las veredas en busca de los Chusmeros y su ánimo de venganza los llevó a infundir terror entre los campesinos ametrallando sus casas, hacían explotar granadas contra las rocas que producían incendios que destruían los pastizales, buscaban por todas partes culpables donde no los había, causando el caos y la desesperación.

Se acercaba la Navidad, según la costumbre en la casa de El Mincho, habíamos matado un marrano y preparamos chorizos, tamales, morcillas y amasijos, para recibir la Nochebuena con abundante comida. De pronto sentimos un tropel y por un huequito de la puerta divisamos que varios soldados de a caballo estaban cruzando por el puente hacia la casa de don Marcos Lozano. Una vez se acomodaron allí, se bebieron todo el guarapo y el aguardiente que encontraron en la tienda y ya totalmente borrachos, comenzaron a disparar ráfagas de fusil contra las paredes de nuestra casa. Nosotros aterrorizados porque no sabíamos lo sucedido en el pueblo, nos tiramos al piso, debajo de la mesa del comedor.

A lo lejos se escuchaban gritos aterradoros que decían: ¡Vamos a quemar todo! ¡Miserables, asesinos, mataron a mi teniente! Un borracho natural de Páez que estaba allí, gritaba ¡Que lo quemen! ¡Que lo quemen! Para silenciarlo, lo obligaron de una vez a ingerir una botella de aguardiente, que al final le produjo la muerte. En ese escándalo duraron hasta la madrugada. Luego, todo quedó en silencio. Tal vez se durmieron de la borrachera. Al rayar el día llegó Rosendo escurriéndose por entre los matorrales y nos contó con lujo de detalles todo lo sucedido.

Con la trágica muerte del teniente se acabó la tregua. Los soldados al mando del sargento, que

antes intimaban con la población, se tornaron agresivos y en todas partes atacaban a las personas diciéndoles: collarejos, dañados, amigos de la guerrilla; se recrudeció la violencia y comenzó la guerra sin cuartel, los soldados cometieron toda clase de atropellos, igual que los policías contra los pobres campesinos. Los habitantes que no habían huido y los que carecían de recursos para marcharse a Bogotá tomaron el camino del monte por trochas escabrosas; en medio de la oscuridad, echaron por delante sus vacas, cerdos, gallinas y lo que más pudieron y se marcharon a engrosar las filas de la revolución. Allí le contaron a los Bautista todas las maldades que cometían los soldados, y aquellos muy ofendidos juraron tomar venganza y prepararon un ataque contra los militares asesinos.

Los soldados amenazaban con quemar el caserío ante cualquier incursión de la chusma, saquearon y robaron los artículos de la tienda en donde habían comprado el famoso vino; a todos los hombres que encontraron en la región los obligaron a caminar descalzos, con las manos amarradas atrás 40 kilómetros hasta Miraflores, y allí los mantuvieron presos durante tres meses. Al señor Arias, dueño de la tienda, lo condujeron hasta Tunja al Panóptico, donde estuvo detenido por mucho tiempo.

La tropa, con su actitud agresiva y desafiante, se había ganado la animadversión de toda la población, el casco urbano permanecía desocupado y todos los negocios y las casas cerraron sus puertas; los campesinos, por temor, no llevaban sus productos al mercado y se produjo un total desabastecimiento.

En Páez se encontraban los 25 soldados que habían sido comandados por el finado teniente y ahora estaban bajo el mando del sargento mayor. Ya llevaban un mes acantonados ahí y después de haber cometido toda clase de desmanes, habían pedido que los relevaran por el miedo a las represalias de la guerrilla. Debido a esta situación, en los primeros días del año siguiente, el Comando de Miraflores resolvió retirar los soldados de Páez y remplazarlos por personal nuevo, reclutado en *los municipios del reino*.⁵

⁵ Los municipios del reino: nombre que se les daba coloquialmente a los municipios cercanos a Tunja.

Los guerrilleros se enteraron de este hecho y consiguieron uniformes iguales que los de los soldados. A los centinelas que se encontraban en el Topón los tramaron con el cuento que traían preso a un chusmero que habían encontrado por el camino de El Mincho y que también traían un mensaje para el comandante. Don Tulio se vistió con uniforme e insignias de cabo primero. El centinela, muy confiado, lo dejó entrar sin oponer resistencia, este subió rápidamente la escalera y con tono resuelto llegó hasta el dormitorio, golpeó en la puerta y le dijo que venía con los soldados que los iban a reemplazar. El sargento, que todavía estaba en la cama, pegó un brinco y se puso de pie, don Tulio le hizo el saludo militar y luego le dijo: Señor, reciba este sobre que le envía mi coronel Cuervo Araos, de Miraflores. El Sargento, medio dormido, abrió y leyó el sobre que decía: *“Señor Comandante del puesto Militar de Páez: le informo que tengo el pueblo completamente rodeado; no tiene escapatoria; ordene la rendición del personal y entrégueme el armamento con toda su munición. Su vida le será respetada y quedará en libertad, o si no, aquí los tronamos a todos. Es inútil toda resistencia. Tulio Bautista, Comandante de la Revolución”*. El Sargento prevenido, leyó la carta e intentó romperla. La leyó de nuevo y entonces entendió que la cosa era en serio y gritó: ¡Qué revolución ni qué hijueputas! Enseguida agarró el fusil con el ánimo de disparar, pero don Tulio, con la rapidez que lo caracterizaba, le disparó dos veces en la cabeza, dejándolo inmediatamente muerto. Algunos soldados que estaban en el patio siguieron su ejemplo, al escuchar las detonaciones, los guerrilleros que estaban frente al cuartel y los demás que habían tomado posiciones alrededor del pueblo, entraron en acción, comandados por Pablo Bautista; se armó tremenda balacera. Los soldados que estaban en el comedor tomando el desayuno no alcanzaron a reaccionar y se entregaron cuando ya estaban heridos; fueron trasladados, en guando por el camino de El Mincho hacia el hospital de Miraflores, 18 militares murieron, algunos en el baño, otros en la cocina y los demás en el patio del cuartel. Los guerrilleros tuvieron dos bajas e inmediatamente despojaron del armamento a la tropa que constaba de 33 unidades. Dos ametralladoras

F.A., un mortero, un radio, 10.000 cartuchos y los uniformes del personal.

A los que sobrevivieron los vistieron de civiles y después de recibir un discurso de parte de Pablo Bautista, en donde trató de explicarles la causa de su lucha, fueron enviados a Miraflores para que llevaran la noticia. La repercusión del triunfo obtenido por la guerrilla en la toma de Páez llegó a todas las filas de la revolución, estimulando y elevando la moral de los guerrilleros y causó la desmoralización de las tropas oficiales. El miedo a la guerrilla fue espantoso por parte del Ejército, porque la mayoría de estos soldados procedían del Reino, donde la gente es muy supersticiosa y creían en el poder de la magia llanera. Decían que los Chusmeros usaban la protección de los espantos de la llanura y además estaban rezados por los chamanes indígenas que los hacían inmunes a las balas.

Un soldado contaba, años después, que en cierta ocasión en que tenían acorralado a Guadalupe Salcedo en un Morichal, dispararon con dos ametralladoras F. A. y cuando lo creían muerto, acibillado por las balas, este se puso de pie y comenzó a sacudir su chaqueta, de la que brotaban todas las balas que le habían disparado, se la echó al hombro y salió caminando hacia el monte. Los soldados muertos del susto, frenaron en seco, dieron media vuelta y emprendieron una veloz carrera.

Páez y El Mincho en llamas

La toma de Páez llenó de entusiasmo a los alzados en armas, les elevó la moral para llevar adelante la toma de San Eduardo y la de Chámeza. Pues era increíble para las fuerzas militares que dominaban la región, que un grupo de campesinos con armas rudimentarias, mediante astucia e ingenio, hubieran logrado someter y dominar un contingente debidamente equipado.

Todo el mundo esperaba la terrible respuesta del Gobierno, que desde luego no se iba a quedar quieto ante semejante derrota. Las gentes atemorizadas volvieron a dormir en el monte y el pueblo quedaba totalmente solo en las noches, temían que de un momento a otro llegara por el camino de Miraflores

una comisión de soldados con orden de tomar venganza por la derrota que habían sufrido en Páez. Se activaron los observadores que vigilaban desde los cerros para ver en qué momento bajaba la comisión revanchista por las curvas de la carretera que baja del páramo de Bijagual. Los vigías de los cerros se encargarían, a través del sonido de los cachos, de mantener a todo el mundo alerta, para huir lo más pronto del alcance de los militares.

El casco urbano de Páez, estaba formado más o menos por 40 casas, la mayoría de dos pisos, cubiertas con teja de barro o de zinc, paredes de adobe o tapia pisada. Alrededor de la plaza estaba situada la iglesia, la casa cural, cuatro almacenes de ropa y abarrotes. Una casa grande en donde funcionaba la Corregiduría y el cuartel de la Policía. Una oficina en donde se registraba el nacimiento y la defunción de las personas. Sin embargo, los militares se enteraron de que la gente estaba prevenida y decidieron cogerlos por sorpresa. Esta vez la tropa bajó hasta San Luis de Gaceno por la carretera de Garagoa, arribaron a Sabanalarga, la cual incendiaron y solo quedó en pie la fachada de la iglesia. También redujeron a cenizas algunas casas del caserío de El Porvenir y continuaron su marcha de horror quemando todo lo que encontraban por el camino y ametrallando a las personas y a los animales. A marcha forzada se desplazaron de noche hacia Páez por el camino de la Ururía.

Al amanecer del día 28 de febrero, el caserío de Páez ardía en llamas que rápidamente consumieron las viviendas, solamente quedaron en pie la Iglesia y la casa donde se encontraba el cuartel. Todos los archivos se quemaron, incluyendo algunas historias acerca de la fundación de Páez, los sucesos ocurridos durante las guerras civiles, los orígenes de la rebelión en los Llanos, el archivo del registro de los nacimientos y las defunciones. Una vez que todas las casas quedaron reducidas a cenizas, el mismo día 28 la comisión abandonó el lugar y se marchó a trote lento por el camino de las vueltas hacia El Mincho.

Mi papá, dueño de la Casa Grande de El Mincho, después de huir por el monte durante 15 días, había regresado a esta la noche del 27 de febrero con toda su familia, integrada por Lolita, sus ocho hijos, la más pequeña de un año, dos empleadas

del servicio, un trabajador y un muchacho que le ayudaba con el cuidado del ganado y los caballos. Esa misma noche, cuando todos dormíamos plácidamente a salvo, dentro de la seguridad de la casa, a las dos de la mañana nuestro sueño fue interrumpido por sonidos espantosos, similares a los de una fuerte tempestad, muy rara en el mes de febrero, época de verano en la región. Nos pusimos alerta hasta que el estruendo se oía muy lejano y sin presentir el peligro que nos asechaba, rendidos de cansancio, volvimos a la cama.

Para fortuna nuestra, al rayar el día pasó por frente a la casa un jinete que venía cabalgando a todo galope, sobreviviente de la destrucción de Páez, quien con gritos angustiosos comunicaba a los moradores de las casas de la orilla del camino sobre lo que acababa de suceder en Páez, que en este momento ardía en llamas. Detuvo su caballo frente a la casa y nos insinuó en voz alta, ¡arranquen a correr pa'l monte porque la comisión de Chulavitas llegó anoche a Páez por el camino de La Horca! ¡Incendiaron todas las casas del pueblo, Páez ya no existe! ¡Y dicen que vienen con la orden de destruir todas las casas y matar a las personas que encuentren por el camino, hasta llegar al río Lengupá. Al escuchar los gritos desesperados del emisario, salimos a correr loma arriba por entre unos pajonales altos de pasto gordura llenos de garrapatas, evitamos correr por el camino real por temor a que los soldados nos divisaran y nos dispararan cuando bajaran por el camino de las vueltas. Después de media hora de marcha, llegamos a la Peña Negra, a la casa de Rafael, lugar desde donde se veía el camino de Páez, armamos un rancho de vara en tierra, el cual se cubrió con hojas de plátano y bijao para proteger a los niños de los rigores del sol y las alimañas. Los mayores se dedicaron a observar el camino para ver a qué horas bajaba la tropa. Al lugar donde nos encontrábamos empezaron a llegar familiares y otros vecinos de la vereda, que solían esconderse allí porque era un sitio estratégico, desde donde se podía dominar con la vista los alrededores sin ser descubiertos por el enemigo.

Los muchachos, mi papá y yo subimos al Alto del Buitre, desde donde se divisaba los alrededores de El Mincho y esperamos ansiosos en silencio, para ver qué pasaba.

A las ocho de la mañana, cuando el sol iluminaba la montaña de la Honda, vimos bajar por el camino de las vueltas, cual hilera de hormigas, 30 soldados. La mayoría venían a pie y unos cinco a caballo. Se trataba de la comisión que acababa de destruir a Páez y desde donde estábamos, se alcanzaba a ver el resplandor y el humo del incendio.

Posteriormente nos contaron que esta horda vengadora venía comandada por un capitán de apellido Quiñones, que había recibido la orden de los altos mandos del Ejército y del gobernador de Boyacá, de acabar a sangre y fuego con los civiles a quienes reconocía como integrantes de la Chusma.

Los militares, al llegar a la tienda de Berbeo, de propiedad de don Anacleto Vargas, le lanzaron una antorcha encendida y como el techo era pajizo, una enorme llamarada la consumió en cuestión de segundos. La comisión siguió hasta la tiendita de San Marino, a la que también incendiaron. Al llegar a los terrenos de La Agencia ametrallaron salvajemente a una manada de vacas y caballos. Bajaron y entraron a la Casa Grande de El Mincho, allí permanecieron en silencio por más de dos horas. De pronto vimos subir una columna de humo azul que rápidamente se extendió por el cielo. A eso de las 10 de la mañana la columna de humo se tornó espesa y oscura, mi papá se resistía a creer que estos vándalos se atrevieran a incendiar la casa de El Mincho, la que había resistido el paso de tres guerras civiles.

Un soldado de los que ayudaron a quemar la casa contó más tarde, que los comandantes de la “comisión” habían revisado y ojeado algunos libros y a pesar de que les pareció extraño encontrar tantos de ellos tan importantes en un lugar tan alejado de la civilización, ordenaron hacer un montón en el centro de la biblioteca a manera de pira, luego descuadernaron algunos, les regaron petróleo y les prendieron candela.

A las once de la mañana los soldados abandonaron la casa en llamas y siguieron su camino hacia Miraflores. Al subir la comisión por la colina de la Centella, se pudieron contar nuevamente y eran los mismos treinta y cuatro, por lo cual se tuvo la certeza de que no quedaba nadie por ahí. Inmediatamente mi papá, en compañía de Rafael Barrera, Rosendo Alfonso, mi tío Higinio, mi primo Gusta-

vo y otros de los vecinos que estábamos alerta, escondidos en el monte, bajamos apresuradamente, esperanzados, de que se podía rescatar algo. Al llegar a la casa, colapsó el techo del segundo piso sobre el primer piso y por las puertas y las ventanas, salían bocanadas de fuego y humo, que con mucha fuerza se expandían por los alrededores, crepitando y produciendo un calor infernal insoportable. El interior de la casa había tomado un color rojo blanco. Por doquier se escuchaba el chirrido de las maderas que ahora ardían como teas. A toda esta gran conflagración se le sumaba los aullidos lastimeros de mi mascota, una perrita, La Tolerancia, que en la huida de la familia se había quedado encerrada dentro de la casa junto a los galpones donde había muchos conejos y cajones de abejas, que al arder expelían un repugnante olor a carne chamuscada, miel y cera de abejas.

Ese día la familia recibió uno de los más duros golpes que nos daba la vida. Perdimos nuestro hogar, la vivienda que durante varias generaciones había servido de refugio a toda la familia.

En esta terrible catástrofe, se consumió por el fuego de la violencia partidista y quedó convertida en humo y cenizas esta famosa casa de El Mincho, que había sido construida con mucho amor y esmero en 1870 por mi bisabuelo Pedro Perilla Vaca y que había soportado el asedio de las tropas conservadoras durante tres guerras civiles de las más sangrientas: 1876, 1885 y la de “los Mil días”.

Ante tanta desolación, mi papá se cogió la cabeza con las manos, cayó de rodillas y lloró con tal sentimiento que consiguió que todos los presentes lo acompañáramos en su llanto. Mi padre no resistió más, me estrechó fuertemente y en ese momento, a pesar de mi niñez, comprendí la desgracia que había caído sobre la familia. Esto es el fin porque ¿A dónde voy a meterme con todos mis hijos? ¿Quedamos en la inopia porque acabamos de perderlo todo!

Los restos de la casa continuaron incandescentes y humeantes durante varios días, sin que nadie pudiera acercarse a las ruinas por el calor tan intenso que despedían las mismas.

La mayoría de las personas que vivían en Páez escaparon con vida de aquella destrucción, porque por precaución, en las noches se desplazaban a

dormir en las casas del campo, temerosas de que llegaran las tropas del Gobierno a matarlos. Tres días después de la conflagración, algunos campesinos de la vecindad, que habían quedado reducidos a la indigencia, pues sus ranchos miserables habían sido destruidos, se acercaron a los muros humeantes y recargaron contra estos unos cambuches, techados con ramas y pasto, en donde se refugiaron de la inclemencia del clima. Días después por allí volvió a pasar, por las ruinas del caserío, otra comisión del Ejército que los hizo salir de sus escondites y contra el tronco del Samán, fueron fusilados y sus cuerpos abandonados en ese lugar. Una semana más tarde comenzaron a sobrevolar a baja altura de las ruinas, multitud de chulos, lo cual atrajo la atención de los vecinos, que se acercaron cautelosamente para ver qué ocurría y se encontraron con el macabro hallazgo de que, en su mayoría, los cuerpos habían sido devorados por los zamos, los cerdos y hasta por los perros. Cavarón una fosa común en el cementerio y procedieron a darles sepultura.

Mis padres, los vecinos y allegados, ante este hecho tan atroz, comprendieron por fin la magnitud de la violencia, ejercida de frente por el Estado, que no daba tregua ni cuartel, porque con la declaración de “tierra arrasada”, caían bajo el fulgor de la metralla, no solo las personas sino también los animales y las cosas.

Los pocos habitantes que permanecían en la región se vieron obligados a salir definitivamente con sus familias, los pobres se iban para la guerrilla a pie por trochas peligrosas y de noche, buscaban refugio con otros civiles que, en lo profundo de la selva, cultivaban, maíz y yuca para alimentar a la tropa, los finqueros y comerciantes para Miraflores y más tarde para Bogotá.

Una tarde nublada, cuando caían los primeros aguaceros de marzo, aprovechados por los campesinos para la siembra, abandonamos el cambuche dispuestos a enfrentar lo desconocido. Jamás olvidaré ese momento que, junto con el recuerdo del incendio de la casa grande, quedaron para siempre grabados en mi memoria. La cabalgata de tristeza y desconsuelo najó paso a paso por el camino hasta llegar a las ruinas de la Casa Grande... Al llegar a las ruinas, mi mamá no pudo contener el llanto

y mientras las bestias que llevaban el trasteo atravesaban el puente, nos desmontamos y nos hizo recordar los momentos felices pasados en aquella casa, frente al río, de la que solamente quedaban las altas paredes negras que todavía expedían olor a humo, pedazos de vigas carbonizadas, montones de ceniza, residuos de vasijas de barro y aluminio... comenzamos a subir la pendiente de La Centella y al atardecer atravesamos el desfiladero y el boquerón de Buenavista. La niebla espesa no permitió que viéramos por última vez El Mincho.

La cruz de la infamia

Durante el gobierno de Laureano Gómez, el coronel Cuervo Araoz dio cumplimiento a la orden del gobernador de Boyacá de levantar un monumento muy especial para mantener viva la memoria de los soldados que habían muerto en la toma de Páez y la de los civiles conservadores sacrificados por la guerrilla de los hermanos Bautista durante la toma de El Morro. El coronel Cuervo Araoz reunió a todos los presos políticos que estaban en la cárcel municipal y en la Desmotadora, los obligó a trabajar durante diez y doce horas diarias en la cimentación y el levantamiento de una cruz, construida en concreto y varilla gruesa de acero, revestida con lajas de piedra de color amarillo. El eje principal de la cruz era cuadrado, tenía más o menos unos ochenta centímetros de ancho y su altura era de 10 metros aproximadamente. Los brazos eran del mismo grosor del eje principal y medían cada uno más o menos un metro con cincuenta centímetros. Los prisioneros duraron construyendo este monumento más de dos meses. La mencionada Cruz fue colocada en el sitio donde estaba la estatua del general Santos Acosta, la cual fue derribada y llevada a rastras hasta sumergirla en las aguas de la quebrada la Menudera, que recogía las aguas negras de la población.

Los habitantes de la región de Lengupá, todos de mayoría católica, creyentes y respetuosos de que la cruz es la insignia y señal del cristiano, la consideraron como una ofensa, mal recuerdo de los abusos y agresiones cometidos por los Chulavitas durante la violencia del medio siglo xx. La

cruz permaneció hasta el año de 1960, cuando ya el liberal Alberto Lleras Camargo era presidente de la república, trataron de volarla con dinamita y como no fue posible derribarla así, la demolieron a punta de macetazos, cada uno de los que se acercaban a golpearla lo premiaban con una cerveza Bavaria. Después de muchos golpes, en los que participaron muchos de los dirigentes liberales y ex guerrilleros que asistieron voluntariamente al llamado del Concejo Municipal de Miraflores, presidido en esa época por el Dr. Pablo Enrique Ramírez Silva con el beneplácito del reverendo Alejandro Rodríguez, párroco de Miraflores.

Al respecto, el escritor Arturo Alape, en su libro *El cadáver insepulto*, página 302, transcribe las

palabras del coronel Cuervo Araoz así: “¿y nosotros qué? *Ni siquiera quieren dejar la humilde cruz que yo hice levantar en la plaza de Miraflores. Y van 17 memoriales que piden que se quite ese monumento a los soldados caídos*”.

Tiempo después, el Gobierno de Venezuela, ante la coincidencia de que la sede del mismo lleva el nombre de Palacio de Miraflores, donó un busto del libertador Simón Bolívar, elaborado en mármol negro para que fuera colocado sobre el pedestal que ocupaba la cruz.

Gilma Pardo Toro

Estas páginas fueron cedidas para esta publicación por doña Gilma Pardo de su libro *“El Mincho, Crónicas no contadas de Lengupá”*, publicado en Bogotá en 2016.

Voces de víctimas de aquella época



Fotografía: Carlos Julio Molano Caballero. Vista panorámica de Miraflores, Boyacá.

Después de sesenta años de haber terminado la guerra como la llamaban las gentes de la región, sobreviven algunas víctimas que, para la época de los acontecimientos, eran niños y niñas, pero que aún no han podido olvidar el dolor y los sufrimientos que les causaron los perpetradores de uno y otro bando durante la contienda. Los hechos ocurrieron entre 1950 y 1958.

Testimonio de Rosendo Alfonso Piñeros (1927-2009)

Rosendo Alfonso Piñeros fue trabajador de la hacienda El Mincho y hombre de confianza de don Raúl Pardo, padre de Gilma Pardo Toro, autora del libro: *El Mincho- Crónicas no contadas de Lengupá*, publicado en 2016.

Rosendo fue capturado por los Chulavitas y los militares y sometido a la famosa “carrera de la muerte”, de la cual sobrevivió; fue sometido a trabajos forzados por los militares, a la vez que fue testigo de muchos horrores.

La carrera de la muerte

... Un día fui derecho a la plaza de Miraflores para ver si podía hacer un mercado y cuando estaba comprando la panela, de un momento a otro cerraron las cuatro esquinas de la plaza con alambre de púa enroscado para que no se volara nadie y por un parlante nos ordenaron a los hombres que formáramos cuatro filas. Ya hechas las filas, nos dejaron plantados por más de dos horas aguantando un solazo terrible. Después nos llevaron al trote hasta la cárcel de La Desmotadora, que se repletó de gente; tan apretados tábamos, que no nos podíamos ni acostar. Al otro día, sin pegar el ojo, llegaron los comandantes del puesto de Miraflores y nos dijeron que estuviéramos listos, que ya nos iban a dar salida.

Cuando tuvieron a la mayoría de los hombres de la región encerrados, comenzaron a contar a todos los prisioneros y nos ordenaron que hiciéramos dos filas, en una fila pusieron a los que habían señalado con el dedo los familiares de los muertos de El Morro, iban llamando uno por uno hasta completar 30. Ya en la calle nos hicieron quitar las cotizas y nos dijeron que nos alistáramos, que nos iban a dar un “paseíto”. En

ese mismo momento llegó un pelotón de soldados, a cada uno de nosotros nos pusieron un soldado a la pata para evitar que nos voláramos por el camino y nos mandaron seguir por el camino a Páez, luego nos gritaban troten, troten, más rápido y nos advirtieron que todo el que se cayera o volviera a mirar para atrás, sería fusilado ahí mismo. Al subir la cuesta de La Mocasía, el primero en caer fue un señor ya viejito, llamado Roque Peña, al cual le dispararon por la espalda y ahí quedó muerto.

En el puesto de Los Pomarrosos, después de haber subido la loma de La Sucia, antes de llegar a La Buenavista, hicieron un conteo de prisioneros y solo quedaban 20, yo escuché varios totazos, pero no supe quiénes cayeron, porque no podía volver a mirar. En este sitio los soldados fueron relevados por otros que estaban descansados. Así continuaron y en el barranco de La Buenavista, parece que mataron a varios. En el retén de Casablanca volvió a haber relevo y aún quedábamos diez vivos.

Cuando bajamos al retén de El Mincho, me di cuenta que el comandante que nos permitía coger el café, ya no estaba, quedaban algunos soldados amigos que, al vernos, trataron de darnos un poquito de agua, pero no los dejaron, yo alcancé a contar siete sobrevivientes, entre ellos don Marcos Lozano. Por más de que estaba acostumbrado a andar a pata limpia, ya tenía los pies desholleados, me dolían, pero ante el miedo a la muerte, seguía caminando. A Don Marcos le sirvió de escolta un soldado con el que ya se conocían. En medio del trote cruzaron unas palabras y al llegar a los abismos de La Honda, parece que este soldado le permitió saltar por entre los rastrojales al fondo del precipicio, en donde desapareció de la vista de todos. A Páez llegamos tres. El comandante del puesto les pidió un reporte a los soldados, quienes le informaron de la fuga del señor Lozano. El comandante les ordenó que se devolvieran a buscarlo y al no encontrarlo, hicieron prisionero al soldado que lo dejó escapar, lo amarraron en calzoncillos al samán de la plaza, lo dejaron al sol y al agua y a los tres días el pobre hombre murió de sed.

Al final, el único que llegó vivo al otro lado del Upía, hasta el puesto de Filo de Hambre fui yo. Al principio querían fusilarme por miedo a que yo contara algo, pero un sargento dijo, déjenlo vivo,

que ese muchacho es un verraco y merece vivir porque trotó más de día y medio, con la pata al suelo por esos caminos tan escabrosos y sin comida. Déjenlo, que aquí hay oficio para él, escarbando trincheras, preparando comida y si llega la Chusma, lo ponemos al frente para que lo maten. Después me mandaron a bañar, me dieron unos chiritos para cambiarme y así permanecí un largo tiempo con el Ejército, cavando trincheras para defender el puesto, y a veces con el machete en mano, abriendo trochas y trayendo leña para cocinar los alimentos...

El Ejército, me llevaba de retén en retén, para que siguiera cavando trincheras, hasta que llegué al puesto militar de la casa de don Marcos, un lugar que conocía perfectamente, ya que por allí había pasado la mayor parte de mi vida. Los soldados que estaban acantonados en ese lugar, me preguntaban cada rato, qué sabía sobre la carrera, que ellos llamaban “La Carrera de la muerte”, yo les contestaba que no me acordaba de nada y que todos los días daba gracias a Dios de que hubiera salido vivo de semejante trote. Los soldados me pedían que los acompañara hasta el excusado, que quedaba retirado a la orilla del río, me di cuenta que eran bien miedosos, después de las 6 de la tarde, se encerraban y ninguno salía ni siquiera a orinar al patio, porque yo vi con mis propios ojos, que al que salía le pegaban pedradas en la cabeza, que eran lanzadas desde el otro lado del río, de las ruinas de la casa grande, seguramente las disparaban con una honda o cauchera. Los soldados creían que las mandaban los de la Chusma y entonces resolvieron ponerle dinamita a los muros que aún estaban en pie después del incendio. También se propusieron cortar uno por uno todos los árboles frutales que estaban alrededor de lo que antes era la casa.

De nada sirvió la destrucción porque en las noches oscuras se sentía caer sobre las tejas de zinc de la casa una lluvia de piedras, a veces también costados de tierra, del otro lado se escuchaban lamentos, quejidos y ruegos, yo creo que eran las almas de los que habían fusilado en el puente y la orilla del Remanso, que pedían venganza. Los comandantes decían que ese era el producto de la magia y de los espíritus endemoniados de los Chusmeros,

con los que pensaban asustar a los soldados flojos para que se largaran pronto de por ahí.

Una noche muy oscura en que cayó la más grande lluvia de piedras sobre la casa, los militares y yo vimos salir de las ruinas una procesión de esqueletos que marchaban en fila hacia el puente y que traían en sus manos huesudas, cabos largos de vela prendidos. Los soldados, llenos de miedo, se escondían como viejas dentro del cuartel y rezaban el rosario en voz alta, el comandante que decía que él sí era un macho de armas tomar, al ver los esqueletos ordenó que montaran las tres ametralladoras FA y que dispararan sin lástima sobre los fantasmas. Pero como dicen que a los fantasmas no les entra la bala, siguieron avanzando, tambaleantes hacia el puente en donde se agarraban de los cables y se mecían de lado a lado, haciendo crujir los dientes, los huesos y las tablas del puente.

Otra noche, vimos caminar por el puente una calavera grande, que botaba chorros de candela por las cuencas y vomitaba fuego. Esa noche los soldados reventaron todo el parque que tenían y cuando el espanto estaba en la mitad del puente, salieron como culebra en quema, loma arriba hasta llegar a La Centella. Cuando volvieron a mirar y se dieron cuenta que ya la calavera los iba alcanzando, la detuvieron lanzándole granadas, para que se estallara y se volviera mierda, para aligerar el peso y para poder correr más, tiraron los fusiles y los cascos y pararon la carrera en el retén de Casa Blanca. La mayoría de esos soldados habían participado en la carrera de la muerte y seguramente el remordimiento de conciencia los volvió locos. En Miraflores los metieron en camión y los llevaron pa' Bogotá. El retén de El Mincho duró desocupado por seis meses.

Después llegó otra comisión que, para evitar y olvidar los momentos de terror, resolvieron colocar un crucifijo en uno de los muros del puente. Yo volví como prisionero a El Mincho y allí seguí hasta el fin de la guerra, cavando trincheras y rajando leña, los comandantes me prohibieron contar esto, lo mismo que lo de la carrera de la muerte.

A mí me tocó vivir muchos crímenes en esa guerra, como el de Antonio Gutiérrez, a quien el Ejército lo encontró en un camino cuando venía a recoger una cosecha de café, inmediatamente lo

cogieron a patadas, lo echaron al piso y como no les contestó en dónde se encontraba escondida la guerrilla, le quitaron la piel de los pies, lo levantaron, lo agarraron de los brazos, uno a cada lado y lo hicieron caminar sobre rescoldo caliente, el hombre cayó desmayado por efecto del dolor y a ratos pegaba unos gritos aterradores, entonces para que se callara, lo chuzaron por el cuello con una caña brava y lo colgaron a la orilla del camino.

Cuando estaba prisionero cavando trincheras a la orilla del cuartel de El Mincho, vi cuando trajeron a la entrada del otro lado del puente a mis dos amigos Alejandro González y Rosendo Díaz. A un bobito que andaba por los caminos y que no podía casi hablar, le preguntaron los soldados así, hola tonto hijueputa: ¿usted qué hace por aquí? Él contestó a media lengua, porque mi mamá me parió. Los soldados le contestaron tras de Chusmero grosero, párese ahí, le descargaron una ráfaga y lo aventaron al río, esto mismo hicieron con los otros dos amigos.

Luego citaron a los vecinos de la vereda de El Encenillo a un mandato para cavar trincheras a la orilla del río cerca del pozo del Remanso. Obedeciendo las órdenes del comandante del puesto del Ejército de El Mincho, se hicieron presentes: Juan Barines, su esposa y siete hijos menores; Félix Sosa, su mujer y 10 hijos, entre los 8 y 16 años, los llevaron frente al pozo del Remanso en donde les ordenaron, a la brava, cavar una fosa como de un metro de profundidad y 10 metros de largo, los obligaron a meterse en ella, los enterraron hasta el cuello, así duraron como dos días gritando y pidiendo auxilio debido al terrible dolor que sobre sus cuerpos ejercía la presión de la tierra caliente y seca que los asfixiaba sin clemencia, después el río creció, invadió la playa y los arrastró a todos.

Entre tanto, los hijos mayores de estas dos familias, que no quisieron concurrir al mandato por temor a que los fusilaran o los tomaran prisioneros, al saber la suerte que habían corrido sus padres y hermanos, inmediatamente se marcharon para la guerrilla y se convirtieron en guerrilleros valerosos y sedientos de venganza, que arremetían con furia, torturaban y mataban sin compasión.

También fui testigo y tuve que llevar hasta Tuta (Boyacá), sentada en un taburete, a la niña Vilma,

sobreviviente de la matanza que hicieron los soldados de las niñas Miryam y Elsy, hijas menores de doña Mercedes Lozano de Martínez, cuando el Ejército les disparó al encontrarlos refugiados en una cueva a la orilla de la quebrada La Melera.

Testimonio de Vilma Martínez Lozano

Después de la Declaración de Tierra Arrasada sobre las veredas de Yamuntica y Cápaga, pertenecientes al corregimiento de Páez, mi mamá, Mercedes Lozano, nos trasladó junto con mis hermanos, Raúl, Miryam y Elsy, los niños mayores a pata y a las pequeñas las llevaban unos muchachos que trabajaban para mi mamá. Ese traslado lo hicimos por la noche para evitar que el Ejército nos detectara y nos disparara. Al amanecer llegamos por fin a la casa de la finca de La Melera, la cual quedaba bien escondida, en medio de dos lomas y muchos árboles, allí pasamos tranquilos ocho días, esperando que dieran paso en la Buenavista Chiquita para salir rumbo a Miraflores. Una mañana que amaneció muy soleada, estábamos en el patio de la casa, sentados en una banquita tomando un desayuno rico con arepa de queso y caldo con huevo, cuando de pronto sentimos unas voces que venían del platanal y luego aparecieron como seis Chulavitas que se cubrían la cabeza con cascos de acero, con la cara pintada de negro, parecían como matachines y nos gritaron salgan todos los hijos de puta Chusmeros, porque la orden es quemarles el rancho, mi mamá salió con los brazos en alto, seguida de un muchacho que le ayudaba y cuando trató de preguntar qué pasaba, le dijeron cálese la jeta o los quemamos a ustedes también. Nosotros muy asustados nos pegamos a la falda de mi mamá, quien sostenía la niña más pequeña en sus brazos y en ese momento se quedó tiesa como una estatua, los Chulavitas nos preguntaban si sabíamos dónde estaban los Chusmeros y como contestamos que no sabíamos, nos agarraron a la fuerza y nos amarraron con un lazo a todos y nos pusieron en el pescuezo un nudo corredizo el que jalaban con intención de ahorcarnos. Mi mamá se repuso y sacando valor hasta de la planta de los pies, a pesar de

que le apuntaban con un fusil en el pecho, les gritó, si me van a matar, primero matan a los pequeños, porque ellos se quedarían solos en el mundo ya que ustedes se llevaron preso a mi marido, quién sabe dónde lo tendrán y ya hasta lo habrán matado. Entraron a la casa sacaron las cositas de valor, dos relojes, la máquina de coser, los machetes y los ahorros que tenía mi mamá para el viaje, que los guardaba en tarros de avena Quaker. Con la ropita que estaba extendida en una cuerda, la empaparon en petróleo y armaron antorchas con varas de cañabrava y le prendieron candela a la casa por los cuatro costados, el techo estalló en una inmensa llamarada que consumió toda la vivienda y nos decían cómo les parece la candelita, eso les pasa por no cumplir las órdenes de mi sargento de largarse pronto de por aquí y quedarse para darle alojamiento y comida a la chusma. Cogieron del corral dos marranos gordos, 20 gallinas, entre esas una que estaba criando y así clueca se la llevaron y dejaron abandonados a los pollitos, las cosas las metieron entre costales y las cargaron en un caballo que teníamos amarrado. Se largaron por el camino de los micos y nos advirtieron que por esta vez nos habían perdonado la vida, pero que en la próxima sí nos mataban a todos.

Mi mamita y nosotros no nos reponíamos del susto tan terrible, sin saber para dónde coger, porque a ella no le había quedado ni un centavo. Mientras tanto mi hermano Raúl, de 8 años de edad, que pasaba todo el tiempo buscando escondites por la orilla de la quebrada La Melera, le dijo a mi mamá que no se afanara, que él nos iba a llevar a una cueva grande que había descubierto cerca a la quebrada y que allí nos podíamos esconder sin peligro de que nos encontrara el Ejército. Cuando huíamos hacia la cueva, encontramos por el camino a don Zeledón, un burro de carga mansito con el cual nosotros nos divertíamos montando cada rato, también echamos por delante una vaca lechera a la que escondimos junto con el ternero muy cerca de la cueva, mi mamá, por precaución para evitar que nos delatara con sus bramidos, le amarraba la trompa con un trapo bien apretado. Allí pasamos escondidos durante una semana en medio de los murciélagos, las arañas y los cien patas. Debido a la humedad de la cueva, las niñas pequeñas se en-

fermaron de gripa y se les brotó todo el cuerpo. Raúl y el muchacho que nos acompañaba salían a un altico para mirar si venía el Ejército. Al burro que andaba suelto por los caminos, nadie le ponía atención, pero como era un pollino, un día que pasaba la columna con provisiones para el cuartel de Páez, de repente salió de un matorral y atacó a manotazos en las ancas a la yegua en que montaba el comandante, esta se asustó, comenzó a corcovear, tiró al piso al sargento y las demás bestias salieron en estampida loma abajo, una de esas bestias, se enredó y tiró la carga, la que más tarde recogimos y llevamos a la cueva, allí encontramos, arroz, lentejas, manteca y panela, que nos sirvieron para alimentarnos durante una semana.

Cuando se estaban acabando las provisiones y cansados de escondernos en la caverna, mi mamá dijo que, al día siguiente, íbamos a coger camino para Miraflores, porque ya habían quitado el retén de la Buenavista Chiquita. Todos estábamos sentados en un tronco tirado sobre el piso de la cueva, tomando café con arepa, cuando de pronto sentimos unas pisadas fuertes y acompasadas como de botas de la tropa, luego comenzaron a disparar desde la puerta de la cueva hacia adentro, Raúl se escapó escurriéndose por un lado de la cueva que llevaba a la quebrada, yo lo seguí de cerca y cuando escuché un grito de dolor volví a mirar y vi que mi mamá cayó hacia atrás bañada en sangre junto con mi hermanita, a la que ella le daba pecho, en ese momento, yo muerta del susto corrí y corrí y me deslicé quebrada abajo, convencida de que a mi mamá la habían matado, me escondí entre un matorral, porque un dolor en la pierna no me dejaba continuar, luego me di cuenta que de la herida que me había causado un disparo echaba mucha sangre, como pude hice una cataplasma de hojas, tierra, me la puse sobre la herida y me desmayé.

Mientras tanto mi mamá también recibió una herida en la cara con el mismo balazo que atravesó la cabeza de la niña, la masa encefálica de la pequeña le cubrió todo el rostro y como se desmayó, los bandidos al acercarse la creyeron muerta. Mi otra hermana, que tenía 3 años de edad y estaba sentada al lado de mi mamá, también recibió un balazo en el estómago, que la reventó por dentro, por la herida se le salieron las tripas y las demás vísceras. Cuando

los asesinos que les habían disparado se acercaron para comprobar el estado de los cuerpos, creyendo que todos estaban muertos, regresaron a la orilla del río en persecución de los muchachos fugitivos, pero como el río estaba crecido con las primeras lluvias de abril, iba de banda a banda y los arrastró hasta la Vega Chiquita. Los soldados, cansados de buscarlos, regresaron al cuartel de Casablanca.

Como todo fue tan de sorpresa, mi mamá después de un rato despertó y en medio del aturdimiento y el dolor de la herida que le traspasó la mejilla, no lograba entender qué había pasado o quién les había disparado, como pudo metió los cuerpos de las dos niñas en una mochila y con la punta de un machete abrió una fosa y los enterró. Fuera de sí comenzó a correr y se acordó de sus otros dos hijos Raúl y yo, quienes ella pensó que habíamos huido, pero desconocía nuestra suerte.

Agarró la ruta de la finca de La Moya. Tenía el cabello y la ropa pegados al cuerpo con sangre seca. La herida de la cara descubierta, los ojos desorbitados, lloraba y gritaba sin consuelo pidiendo ayuda. Estaba totalmente aturdida por el impacto y el ruido del disparo y así continuó caminando, hasta llegar a una casita muy humilde donde se encontró una anciana con un muchacho retrasado mental, un bobito, quien al verla en ese estado se asustó tanto y salió a correr porque pensó que se trataba de un espanto. Mi hermano Raúl, al ver que la tropa se había retirado, salió de su escondite y se dirigió a la cueva en busca de mi mamá. La noticia de mi desaparición se propagó por todas las casas y los vecinos salieron a buscarme, guiados por el rastro de la sangre me llamaban y aun cuando oí los gritos, no contestaba por miedo a que fueran los Chulavitas que me venían a rematar, por fin me encontraron, yo creo que al tercer día, porque ya la herida tenía gusanos, cuando abrí los ojos me encontré con la cara de mi mamá, que estaba hinchada y amoratada y al principio creí que se trataba de la cara de un toro, mi mamá contaba que tenía los sentimientos encontrados, feliz porque yo estaba viva y muy triste por la pérdida de las niñas pequeñas, yo estaba casi muerta por la anemia que me había producido la pérdida de sangre, la deshidratación y el hambre, tenía la pierna completamente inflamada y llena de gusanos por la infección, la garganta reseca y hervía en fiebre. Como pudie-

ron improvisaron con las ruanas una camilla y me sacaron a la casa de mi tío Marcos Lozano. Allí nos atendieron, nos curaron las heridas y más tarde nos mandaron a una finca que ellos tenían en el páramo.

Hoy en día tengo 75 años. Con lo relatado anteriormente manifiesto que soy una víctima sobreviviente de la violencia que ejercieron los Chulavitas y el Ejército en la región del Lengupá, que nunca me indemnizaron, ni nos dieron ninguna ayuda, y antes por el contrario, nos persiguieron y tuvimos que abandonar la región por largo tiempo, todavía conservo en mi pierna la cicatriz y la incapacidad que el balazo me produjo.

Testimonio de Alicia Lozano Bautista

Mis padres fueron Marco Antonio Lozano Larrota y María Eva Bautista, nací y me crié en la casa del otro lado del río Lengupá, frente a la casa grande de El Mincho, durante mi niñez y mi juventud ayudaba a mi mamita Eva en los oficios de la casa y especialmente a amasar los días sábados y domingos para venderles pan a todos los vecinos que por allí pasaban en esos días. Yo amasaba con harina de maíz, mantequilla y cuajada fresca, almojábanas, garullas, calentanos, pan de roscas y mantecada; con harina de trigo, mogollas, bizcochos, chicheros y pan de sal. Mi papá tenía detrás de la casa una cancha en donde los campesinos, los sábados y los domingos por la tarde, jugaban turmequé, que consistía en golpear y empujar con palos de guayaacán unas bolas redondas de piedra y enchocularlas en unos huecos; ese juego era solo para hombres, porque se necesitaba tener mucha fuerza para poner a rodar las bolas sobre el piso de tierra limpia y lograr que estas entraran en los huecos, ganaba el que más veces enchoclara la bola, el que perdía debía pagar la cuenta de las totumadas de guarapo o la cerveza que se tomaban los jugadores durante el juego. De mi papá todavía tengo el recuerdo de que era un hombre muy chistoso, a todos los amigos les sacaba cuentos y les hacía a veces bromas pesadas, que terminaban en carcajadas sin que nadie se disgustara por eso, a pesar de que la costumbre era azotar con el cinturón a los niños, a

nosotros mi papá nunca nos castigó con fuetazos, sino que nos llevaba con él a trabajar sembrando yuca o cogachando potreros, por eso lo queríamos y lo respetábamos, a sus amigos los ayudaba como podía cuando le pedían favores y a veces hasta les prestaba plata. Cuando crecí me transformé en una morenita, delgada, de buena estatura por lo que tuve muchos admiradores, entre estos Arquímedes Piñeros, hijo de don Gregorio Piñeros, a quien mataron los policías en el momento en que estaba arando la tierra, le metieron por la espalda varios tiros de fusil, cayó al piso boca bajo y así pasó un buen rato, hasta cuando los soldados se fueron, la viuda y los hijos pudieron recogerlo. Debido a que en esos tiempos los Chulavitas no respetaban a las mujeres, fueran casadas, viejas, solteras o niñas, y las violaban entre todos, delante de sus esposos y de sus hijos. Mis papás permitieron que, siendo aún muy joven, me casara con Arquímedes, después de la muerte del papá de este. Como la persecución continuó contra todos los Piñeros, después del matrimonio Arquímedes me llevó a vivir a una fundación que tenía bien lejos de mi casa, más allá del río Upía, allí tuve mi primer hijo, el Mely. Mi esposo tenía también una finquita más arriba del Vado Real, en donde cultivaba plátano y cogíamos una buena producción de café. Con frecuencia él se trasladaba de la finca del Upía a la del Vado Real, a darle vuelta al cafetal, desyerbarlo, fumigarlo y coger la cosecha. En uno de esos viajes lo acompañó mi primo Aníbal Lozano, atravesaron el río por el Vado Real y luego se dirigieron por una gran playa cubierta de arena, Aníbal me contó que él iba adelante, pero como la cotiza se le enterró en la arena, Arquímedes lo pasó y llegó de primeras a una alambrada, la que cruzó arrastrándose por debajo de las cuerdas, con tan mala suerte que cuando se iba a parar, se agarró de unas raíces en las que habían enredado un alambre eléctrico que al moverlo activó una bomba armada por los soldados en un tarro de avena Quaker con cuatro barras de dinamita y una pila de linterna. Al mover la cuerda, la bomba estalló y le voló al pobre de mi marido los brazos y las piernas. Cuando Aníbal sintió la explosión, se acercó para ver qué había pasado con Arquímedes y lo encontró todavía vivo, empapado en sangre, sin brazos ni piernas, pero consciente y en medio

de gritos y lamentos, le pedía que por favor cuidara de mí y de su hijo. Que lo arrastrara y llevara lo que quedaba de su cuerpo y lo tirara al río para evitar que los Chulavitas atraídos por el estallido de la bomba llegaran y lo encontraran vivo. Aníbal cumplió con el pedido de su amigo y huyónadando río abajo. Cuando vino la paz, yo regresé a la finca del Vado Real y encontré enredados en las ramas de un jalapo, lo que fueron los huesos de los brazos y las piernas de mi marido, envueltos en el cuero duro y reseco.

En cuanto a mi papá, Marco Antonio Lozano, siguió viviendo en la casa del otro lado un buen tiempo, como era tan simpático y amable con toda la gente, hacía amigos en todas partes y cuando pusieron el cuartel en nuestra casa se entendió muy bien con el comandante del puesto, este le permitió recoger y secar la cosecha de café, lo llevó a vender a Miraflores y cuando estaba allí lo cogieron preso, lo encerraron en la cárcel de La Desmotadora y le echaron la culpa de que él era uno de los Chusmeros que habían cometido la masacre de los godos del Morro. Lo condenaron a la Carrera de la Muerte, junto con Rosendo y otros más, después de semejante trote, alcanzó a llegar vivo al Mincho, allí uno de los soldados que lo conocía le dio una totumada de agua y luego lo escoltó por orden del comandante hasta Páez. Seguramente mi papá logró hablar algo con este soldado y al llegar a los abismos de la quebrada Honda, saltó por un barranco y se deslizó por las ramas de unos guarumos y cayó sin ni siquiera un rasguño al agua, siguió quebrada abajo hasta el pozo del Remanso, como se había criado por ahí conocía muy bien todas las trochas, entonces cogió por la quebrada Palmera arriba, sin que nadie lo viera hasta llegar a la finca del Páramo en el cerro de El Encenillo, por donde se oculta el sol. Ya en el páramo se escondía por el día en una matica de monte y por la noche iba a la casa a preparar comida para llevar al otro día. Cuentan que en el momento en que metió los brazos en un barril en donde guardaba el mercado estalló una bomba colocada allí a propósito por el Ejército, que le seguía los pasos muy de cerca, todo el cuerpo voló en pedazos y solo quedó entera la cabeza. En la casita del páramo vivía una tontica, Carmelita, a la que mi papá le había dado posada

para que le ayudara a preparar los alimentos y a lavar la ropa. Los soldados atraídos por el estruendo llegaron, recogieron la cabeza, la metieron en una mochila y la llevaron junto con la bobita hasta Miraflores, cuando estaban allá le cargaron la mochila con la cabeza a las espaldas de Carmelita y colocaron sobre la maleta un falso letrero en el que se leía: esta es la cabeza de Pablo Bautista, uno de los líderes de la guerrilla Liberal, y la hicieron recorrer con ella a cuestas por todas las calles del pueblo.

En este momento tengo 84 años, me encuentro muy enferma de diabetes, vivo con mi segundo marido en una finquita cerca de Fusagasugá (Cundinamarca). Lo que sí les digo a todos es que después de tantas tragedias y de ser una víctima de las más sufridas de la violencia de 1950 a 1958, nunca se me hizo ningún reconocimiento y no he recibido ninguna ayuda del Gobierno ni de las fuerzas militares que me causaron tanto daño.

Víctimas fatales mencionadas

- Roque Peña (Carrera de la Muerte)
- Marcos Lozano (Carrera de la Muerte)
- 27 Personas No Identificadas (PNI): muertos en la Carrera de la Muerte.
- Soldado que permitió huir a Marcos Lozano.
- Antonio Gutiérrez (torturado, ejecutado)
- Alejandro González (torturado, ejecutado)
- Rosendo Díaz (torturado, ejecutado)
- Persona con discapacidad mental (“bobito”)
- Juan Barines (torturado, ejecutado)
- Esposa de Juan Barines (torturada, ejecutada)
- 7 PNI: hijos menores de Juan Barines (torturados, ejecutados)
- Félix Sosa (torturado, ejecutado)
- Esposa de Félix Sosa (torturada, ejecutada)
- 10 PNI: hijos de Félix Sosa (de 8 a 16 años) (torturados, ejecutados)
- Myriam Martínez Lozano
- Elsy Martínez Lozano
- Arquímedes Piñeros
- TOTAL: 58 víctimas fatales mencionadas Lengupá 1948 -1953.

Chulavitas y guerrilla Liberal



Fotografía: Carlos Julio Molano Caballero. Campohermoso, Boyacá

El fallo de las urnas en mayo de 1946 devolvió el poder a una hegemonía conservadora integrada por los doctores Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, mientras el liderazgo del Partido Liberal lo disputaban el doctor Gabriel Turbay y el doctor Jorge Eliécer Gaitán. El presidente Ospina Pérez tomó posesión el 7 de agosto de ese año y procedió de inmediato a designar un gabinete paritario con destacadas figuras de los dos partidos. El líder Gaitán consolidó unas mayorías tan fuertes, que fue aclamado como jefe único de la colectividad liberal, con el desacuerdo y la apatía de la oligarquía gubernamental, de los capitalistas y de la cúpula militar.

A inicios de 1947 vino a Miraflores el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, invitado por su cliente, don Juan Barreto, a quien Gaitán defendía en un proceso por homicidio y pleitos de tierras. La afluencia de la comunidad de Lengupá fue masiva; la cabalgata proveniente de Casanare fue encabezada por Efraín Barreto, Tulio y Roberto Bautista Vivas. El recibimiento fue apoteósico y fraternal, acompañado de música, pólvora y algazara. El discurso fue desde el balcón de la casa de la esquina de la plaza de mercado de Miraflores, hoy Almacén Anita, contiguo al templo, cuya propietaria era la señora Rosa Gutiérrez, quien se desempeñaba como telegrafista del municipio. El evento fue abierto con un discurso sustentado en las ideas de nuestro insigne filósofo y político, Doctor Ezequiel Rojas Ramírez, fundador del partido. Gaitán presentó su programa de Gobierno y con todo el gusto abrazó a sus copartidarios seguidores y les entregó un carné a los que lo apoyaban en su candidatura, como símbolo de compromiso para trabajar unidos por la lealtad liberal, para conseguir el poder en 1950. Con estas frases cerró el discurso: “Yo no soy un hombre. ¡Soy un Pueblo!”. “¡El pueblo es superior a sus dirigentes!” - “¡A la carga copartidarios Mirafloreños!” - “¡Rompe las cadenas de la oligarquía; con tu apoyo venceremos!”.

Al acercarse la fecha de la IX Conferencia Panamericana, cuya sede sería Bogotá, se rompió la Unión Nacional por agudas discrepancias entre los partidos y el presidente Ospina reorganizó su gabinete con representantes solamente del Conservatismo. Fue entonces cuando, en pleno desarrollo de la conferencia, el Dr. Gaitán salió de su oficina a almorzar en compañía de unos amigos y ahí irrumpió el trágico viernes 9 de abril 1948, siendo la una y cinco p.m., cuando cayó abatido Gaitán por un oscuro asesino, Juan Roa Sierra, quien le propinó tres tiros en pleno centro de Bogotá. Este supuesto

agresor fue linchado por los lustrabotas, los loteros y turbas populares.

El pueblo enloquecido se lanzó a las calles con furia y vandalismo. Aquel acontecimiento se denominó *“El Bogotazo”*. El país entero se estremeció de dolor e indignación. La popularidad del Gobierno entraba a partir de ese momento en un declive irreversible. Después de los acontecimientos de la muerte de Gaitán, se desencadenó una violenta alteración del orden público, que se extendió por todo el país y fue marcando un período histórico en el siglo XX, que suele denominarse como *“La Violencia”* y que desató las hostilidades entre liberales y conservadores. Desde entonces se aplicó la política oficial de *“Sangre y Fuego”*.

Resistencia civil armada en todo el país

La causa de que se hayan formado grupos revolucionarios liberales, radica en los sistemáticos abusos, torturas, detenciones ilegales, asesinatos selectivos y colectivos, además de quemados de poblaciones de vocación liberal. Acciones tales realizadas por parte de la Policía Nacional, simpatizante del Partido Conservador colombiano y grupos paramilitares conservadores, conocidos como los *“Pájaros”* o los *“Chulavitas”*. Se ofreció un cuadro sombrío y aterrador: miles de mujeres violadas en las plazas, hombres castrados y torturados o quemados, o a quienes obligaban a cavar su propia sepultura junto a su familia. Las grandes ciudades se llenaron de refugiados.

Al inicio de las hostilidades, el Ejército Nacional se mantuvo al margen y por tanto no interfería en las operaciones adelantadas por la Policía. Sin embargo, a causa del desorden institucional existente y de los constantes alzamientos en el país, en los días que siguieron, esa violencia se hizo sentir especialmente, con todo el peso de tragedia en Lengupá. En esta región, tradicionalmente liberal, la sevicia de la persecución oficial se hizo más presente.

Esto originó la formación del grupo revolucionario integrado por Rubén y Pablo Bautista y otros miembros de la familia, quienes se reunían clandestinamente con *‘el Cojo’* Laurentino Rodríguez

y líderes de la región de Lengupá, invitándolos a sublevarse contra el gobierno conservador. Se multiplicaron seguidores; gente como los campohermoseños Quintiliano Barreto Huertas, y Efraín Barreto Rojas; Víctor Manuel Mendoza, Aureliano Vaca, Juvenal Quintero Mejía, Marco Fidel Hernández, Guillermo Holguín, Luís Rojas, Danilo Sierra, los hermanos Antonio, Rubén y Sirve León Perilla, y los berberianos Otoniel Peña, Pablo Pinzón y otros, jugaron un rol importante en la región.

Tulio Bautista Vivas, quien vivía en Iguaro con su esposa, por la violencia ingresó, primero a las filas guerrilleras, para destacarse como jefe valeroso, muy precavido y táctico, endurecido con la brega del campo, donde no había fatiga de invierno ni de verano ni de ríos crecidos que lo detuvieran.

Roberto Bautista Vivas residía en El Secreto, cerca de Sabanalarga, en propiedades de sus mismos hermanos medios. Hombre con una valentía a toda prueba, que sobresalía entre sus propios compañeros.

Manuel Bautista Vivas moraba en Sabanalarga, Casanare, con su esposa Cecilia Vargas y sus tres hijos, valeroso y sagaz, fuerte como un toro maute bravío.

Pablo Bautista Vivas, alto, nervudo, atrevido, de coraje feroz, temible a toda prueba, vivía vinculado como recaudador de rentas en Covarachía, Boyacá. Años más tarde regresó a su terruño, en Miraflores.

En Bogotá, Rubén Bautista Vivas, el menor, en edad aún escolar, era de un gran temple y decisión y el propio padre, Rubén Bautista, para quien no fue óbice su ancianidad para estar al lado de sus hijos, los integró a la defensa revolucionaria liberal. En la lucha revolucionaria, la familia Bautista Vivas, jefes de la revolución, comprendía tíos, hermanos e hijos. El alcalde de Miraflores, Jorge González Olmos, militar retirado, tuvo que abandonar el cargo para salvar su vida por ser liberal. Los Bautista tomaron asiento en las faldas de la cordillera que cae sobre Casanare, hacia el río Upía, se asociaron y recibieron asesoría del exteniente Jorge González Olmos, hombre de temple y de formación militar, quien se veía perseguido por los manzanillos. Fervoroso adicto a la causa política partidista de Casanare, liderada por los Bautista con 290 hombres armados

y otros que ejercían funciones civiles, ocupaban la zona comprendida entre los ríos Upía y Cusiana. Era llamada la “*Séptima Zona*”, de acuerdo con la organización revolucionaria. Estaba conformada por cuatro frentes comandados respectivamente por los hermanos Bautista: Tulio, Pablo, y Manuel y Dumar Aljure, un aguerrido girardoteño. Guadalupe Salcedo, quien se desempeñaba como cachila en pandillas llaneras, pronto ingresó a la revolución de la defensa liberal como comandante en los llanos casanareños con otros personajes de esa época.

Carlos Neira actuaba de secretario de Tulio Bautista y Jorge González Olmos, instruía militarmente a la tropa y en ocasiones dirigía las operaciones. Efraín Barreto Rojas, un campohermoseño de la vereda El Encenillo, comandante de gran temple, estaba casado con Soledad Roldán, quien hacía inteligencia como informante y guarnecía a los revolucionarios en los alrededores de su casa en la vereda Buenos Aires de Miraflores.

Meses después, el gobernador de Boyacá, Chepe Villarreal, y Mariano Ospina Pérez, mandaron el 29 de octubre de 1949 a los famosos y sanguinarios Chulavitas, al servicio de la Policía departamental. Eran oriundos de La Uvita, ubicada al norte de Boyacá, de la vereda *Chulavita*, nombre que se le dio por los cerros altos donde anidan los chulos. Llegaron al amanecer sorpresivamente con una flotilla de carros y cañones de morteros con 150 policías a Zetaquirá, dando órdenes los comandantes de evacuar a sus moradores. A lo largo de la carretera siguieron avanzando sin resistencia, penetrando violentamente a Miraflores a las tres de la mañana, aterrando a la población. El traqueteo de los disparos se confundía con el silbido de la velocidad de los rayos, tan veloces que se asemejaban a las candelillas en rastrojos en fuego. El estruendo de los cachos, taponados con pólvora y munición, estremecía las paredes de adobe haciéndonos saltar del lecho, mientras que la policía chulavita se parapetaba en las esquinas para enfrentar a la chusma, aperando fantasmas, siendo intensa, implacable, ruidosa.

Como dirigentes de guerra estaban: el comandante teniente Germán Borda Cepeda, natural de Rondón y los cabos sanguinarios: el tuerto Joaquín Medina, apodado ‘*el Cacho*’, y Orlando Quintanilla.

Fue un amanecer atroz, copado por sanguinarios visitantes con una furia extrema, que durante los días venideros sería de espanto, desolación sin tregua, por las insolentes requisas y detenciones. Concentraban a la gente en la plaza principal (que actualmente es el parque central) para identificarlos y encarcelados en La Desmotadora, donde eran torturados a latigazos con una vara de guayacán, con un recatón en acero, y al otro lado tenían un rejo torcido con un nudo en la punta del rejo. Cada latigazo les sacaba sangre, haciéndoles sentir el peso del gobierno conservador que imperaba en toda la república. Gentes humildes sin tradición política, dirigentes locales, eran sometidos a la humillación y a la amenaza; algunos fueron encarcelados y obligados a pagar contribuciones forzadas.

Asumió el cargo de alcalde de Miraflores, el comandante de la policía chulavita, Germán Borda Cepeda. Instaló retenes en Zetaquirá y Rancho Grande, jurisdicción en que los pasajeros de los vehículos que por allí transitaban, eran sometidos a humillantes requisas y ultrajes. Establecieron igualmente puestos de Policía en el sitio del Pomarroso, cerca de la Buenavista. Se tomaban las veredas, aterrorizaban a madres con sus hijas, en ocasiones las violaban delante de sus maridos, obligándolos a denunciar a sus propios copartidarios.

Éramos unos niños, absurdamente ajenos a la tragedia que se vivía; jugábamos a recoger las vainillas que estaban a nuestro alrededor, mirábamos a los soldados disparando sin descanso su fusil desde la plazuela del pueblo. Abajo, al otro lado del río Lengupá, en las vegas, la gente corría despavorida en tanto que los ranchos incendiados incrementaban las fumarolas con espirales de humo de las enramadas de los trapiches, donde se molía la caña de azúcar. A las familias que lograban salvarse les tocaba vivir en los montes y cuevas, sus noches amargas eran buscar comida y elementos para el sustento. Estos tiempos fueron mucho más que una carnicería cruel, que una persecución intensa de muerte y desolación, seguían segando vidas, asolando campiñas en esta geografía de la provincia del Lengupá, dejando viudas y huérfanos de guerra. Estos atropellos de la Policía departamental, que eran los Chulavitas, se manifestaban con el decomiso en las fincas, de todas las bestias de carga

y de silla, y el reclutamiento de los arrieros para obligarlos a prestar servicio regular como guardias o para hacer de estafetas, entre otros.

Los muertos llegaban en mula de las veredas, amarrados a las enjalmas, ateridos con las lluvias del pertinaz invierno, penetrados por el frío de la muerte, y allí, en las plazas de los pueblos de Miraflores, Berbeo, San Eduardo, Zetaquirá, Páez y Sabanalarga, quedaban encalambrados, como con el pétalo de la flor de la vida ensangrentada hasta el pecho.

Los hombres perseguidos y otros, se reunieron y huyeron hacia la vereda de Guamal, en los alrededores de la hacienda Acosta de Miraflores y ahí planearon reunirse con el comandante Pablo Bautista. Enrique Patarroyo González era espía, les llevaba información de lo que acontecía en el pueblo, pues era un adolescente; la guardia no sospechaba que era informante; igualmente don Dagoberto Lozano, quien transportaba leche de Guamal, era informante de los revolucionarios. En el sitio La Realidad habían hecho un hueco muy bien camuflado, desde donde les lanzaba mensajes con una honda que poseía para pajarear. El comandante chulavita empezó a sospechar que el muchacho lechero era informante. Un día, mientras saboreaba pomarrosas por el camino empedrado que conduce a Garagoa, el teniente Germán Borda lo encañonó con una pistola calibre 45, amenazándolo temerariamente de muerte para sacarle información, pero este, lloroso, valientemente se abstuvo de delatar a los revolucionarios; un soldado logró calmar al comandante convenciéndolo que era un pobre chino que lo único que hacía era traer leche y hacer mandados en el pueblo, le salvó la vida. Dagoberto ocasionalmente cuenta lo sucedido en su negocio, con ataque de nervios.

Días después, don Paulino Ramos, veterano de la Guerra de los Mil Días, donde había sido guardaespaldas del general Benjamín Herrera, este personaje, apasionado liberal, los condujo hacia las veredas de Tunjita y San Antonio, donde poseía sus propiedades; se reunieron con muchos más de diversas regiones de Boyacá y de Cundinamarca, emigraron hacia los Llanos del Casanare a engrosar los grupos revolucionarios armados, comandados por los hermanos Bautista, Eliseo Velásquez,

Eduardo Franco Isaza, Eduardo Fonseca Galán, los hermanos Antonio y Álvaro Villamarín, Dúmar Aljure, y Guadalupe Salcedo y fueron integrados a los diferentes frentes para combatir a los Chulavitas. Por estas razones, además, la persecución política se iba extendiendo paulatinamente hasta las últimas estribaciones de la cordillera Oriental que cae sobre Casanare, regiones en las cuales se produjo el fenómeno migratorio. Vinieron las represalias en veredas con objetivos selectivos, haciendo emboscadas, tanto al Ejército como a los Chulavitas, les quitaban las armas, municiones y elementos de intendencia.

Se recrudece la violencia en el país

Seguía la lucha abierta, a muerte, con especial intensidad en las zonas interiores de Boyacá y los Llanos casanareños, en Santander, en el Tolima grande y en Cundinamarca. Principalmente los hombres jóvenes, seguían exterminándose sin piedad, sin sentido, sin razón, todo por una pasión adversa; lamentablemente se recrudecía la pugnacidad partidista, especialmente en las zonas rurales; vinieron días amargos para la nación.

El 27 de noviembre de 1949, tuvieron lugar las elecciones; en Miraflores, sus moradores fueron obligados a votar encañonados con fusil y bayonetas, para elegir a quien ocuparía la presidencia en 1950. El liberalismo se abstuvo de acudir a las urnas y fue elegido por unanimidad el doctor Laureano Gómez. El presidente Gómez asumió su alto cargo, empezó a gobernar en agosto en circunstancias muy difíciles en el país, con un gabinete integrado por notables figuras del conservatismo. La administración de Laureano Gómez se prolongó hasta octubre de 1951, dada la situación de la violencia en todo el país, cuando sufrió una severa dolencia cardíaca que lo obligó a separarse del mando, y lo llevó a refugiarse en España. Ocupó entonces la presidencia el designado Roberto Urdaneta Arbeláez. Durante ese año, en el partido de gobierno se presentó una dramática pugna, debida prácticamente a las aspiraciones reeleccionistas del expresidente Ospina y la cerrada oposición que para

tal efecto le presentó el mandatario titular doctor Laureano Gómez.

Los revolucionarios al mando de los Bautista tomaban estrategias de defensa

Pablo Bautista le encomienda a Jorge González Olmos hacer el puente del río Upía y del Guamal, sobre la vía que conduce de Páez a Monterrey, una frontera impenetrable posicionada con barracas y trincheras. Una y otra vez la policía chulavita intentó, con el Ejército, el cruce del puente, y fueron repelidos por las tropas revolucionarias, causándoles numerosas bajas, aprovisionándose de las armas de los militares caídos en combate. El Ejército y la policía chulavita, montaron su cuartel en la vereda Caracoles, en la finca de don Cloroveo Ramos, desde ahí les lanzaban disparos de cañón con morteros a las bases de los revolucionarios, especialmente a aquellas de donde salía humo, que eran casas y enramadas; los campesinos inocentes y sus viviendas resultaron blanco de disparos de mortero, estas últimas terminaron prendidas en llamas.

La toma de Chámeza

A finales del año 1950, la guerrilla de la “*séptima zona*”, con Tulio y Pablo Bautista a la cabeza, se traslada hasta Chámeza y se presenta ante el Obispo del Casanare, quien desempeñaba en ese momento la noble labor de administrar confirmaciones a los fieles, con sus hombres rodea la pequeña población; Tulio Bautista se presenta solo y de improviso en la casa cural, se identifica ante el Señor Obispo y le pide que intervenga para que la docena de soldados acantonados a las afueras de Chámeza le haga entrega de las armas, bajo la amenaza de tomarse la población a sangre y fuego; el Obispo intercede y logra esa entrega. El Cabo Ciendúa, quien comandaba ese pelotón de soldados, deserta igualmente, engrosando las filas de la revolución al mando de los hermanos Bautista Vivas; días después se reunieron los comandantes revolucionarios en el campamento de la Ururía para planear otras tomas y emboscadas y para seguir armándose.

La toma de Páez

En enero de 1951 se reunieron en Miraflores, en las veredas Estancia y Tablón, en la hacienda Pineda también llamada San Salvador, y planearon la toma a Páez. Tulio Bautista rodeó el pueblo desde el día anterior al asalto; Hernando González Carranza era un niño de 11 años, que cargado con un canasto aprovisionó de pan y bocadillos a los soldados liberales llamados Chusmeros; Tulio ejecutó un audaz asalto a la guarnición acantonada en Páez: burló la vigilancia establecida en el sector y se presentó de improviso, al amanecer, con sus hombres, entre los cuales iban sus hermanos y los revolucionarios oriundos de Páez, Campohermoso y Miraflores. Al despuntar el día, Pablo Bautista rodeó el pueblo y Tulio Bautista, hacia las 6 de la mañana, penetró al cuartel con una pequeña escolta, vestidos todos con uniformes de la Policía y una nota con sellos oficiales en la cual daba cuenta al cuartel de Miraflores, de que los portadores estaban destinados a hacer el relevo de la Policía acantonada en Páez. Tulio y Efraín Barreto penetraron hasta el dormitorio en donde apenas despertaba el Sargento que comandaba aquella guarnición. Simularon el cargo que ordenaba la nota, pero bien pronto aquel oficial advirtió el engaño e intentó tomar su arma, pero una descarga le produjo la muerte. Se inició el tiroteo, en el cual cayeron abatidas unidades de la policía chulavita, y obtuvieron la entrega de sus armas. Entre tanto, Pablo Bautista se hizo presente en la plaza, eliminó al jefe del resguardo de rentas, quien quiso hacer actos de protesta. Tulio Bautista tomó los uniformes de los Chulavitas, y a sus unidades los vistió con ellos. A sus paisanos les ordenó regresar a Miraflores a dar cuenta de lo sucedido. El Ejército del Batallón Tarqui recrudeció la acción represiva e inició la recuperación de esa población; fue tan terrible la incursión en cruentos combates, que el pueblo de Páez quedó prendido en llamas y destruido, lo que los obligó a huir. Se replegaron a sus campamentos transitorios en los sitios Filo de Hambre, Yoteguengue, la Ururía, Chámeza y Sabanalarga.

Las acciones guerrilleras despertaban la reacción militar del destacamento del Upía

Fue así como el Batallón Tarqui del destacamento del Upía, acantonado en Miraflores, hacía gran despliegue con patrullaje para que los revolucionarios comandados por los Bautista, provenientes de los llanos de Casanare, no pudieran llegar a Bogotá por esta zona. Corresponde al mismo enero de 1951, fecha en la cual llevaron al excapitán de la Policía, Tito Orozco, a quien luego de capturado, atán y torturan, y lo trasladan desde Melgar a Sogamoso, a la cárcel de La Desmotadora de Miraflores, días después fue llevado en un destacamento por el camino que conduce a los llanos casanareños, y en el alto del cerro de la Buenavista, los dirigidos por los cabos Chulavitas, el Tuerto Medina, apodado ‘*el Cacho*’, Orlando Quintanilla y el policía Juan Hipólito Barreto, quien hace de su verdugo, lo tirotea y lo lanza al gigantesco despeñadero tajante, que termina sobre las aguas del río Lengupá, en la vereda de Yamunta, jurisdicción de Páez. Días después le llegó una orden al comandante del destacamento del Upía, para que no fuese fusilado el excapitán de policía Tito Orozco, pero esta llegó muy tarde. A pesar de lo anterior, los revolucionarios del Llano llegan a la vereda de El Morro, en donde hubo un enfrentamiento armado que dejó más de treinta muertos, entre miembros de la policía chulavita y el Ejército; las fuerzas militares obligaron a asistir al entierro de los cadáveres que se encontraban en completa descomposición, a todos los habitantes de Miraflores, especialmente a los jóvenes que estudiaban y a los ancianos; después del masivo entierro, el comandante chulavita, en represalia, la emprendió a tiros con otros de sus subalternos y destruyó el hermoso busto en bronce del General Santos Acosta, quien fue presidente de Colombia en 1867, y además dio la orden de echarlo al río Lengupá. El Ejército recrudeció la acción represiva, empezó a dar salvoconductos, a hacer retenes y batidas en diferentes sitios en la región, llevando los detenidos a los cuarteles y a La Desmotadora de Miraflores; a muchos de los que apoyaban a los revolucionarios los llevaron atados y torturados hasta el tristemente célebre sitio La Buenavista, en donde los arrojaron por los despeñaderos tajantes

que la serranía allí presenta. En esas batidas se salvó mi padre, Pablo José Sanabria Morales, detenido en La Desmotadora, porque mi madre, Etelvina Rondón, entregó a mis hermanos, Isaías y Pablo, al comandante chulavita, teniente Germán Borda Cepeda, con el compromiso de que le respetaran la vida a su marido; los reclutaron para arriar las mulas que llevaban municiones y víveres para aprovisionar las tropas del Ejército en los llanos casanareños. Se les llamaba La Columna, junto con el capataz de arriería don Luís Alfredo Gutiérrez Modera, residente en la vereda de Chapasía, hombre de gran temple, sagaz en la herrería, estratégico colaborador con la causa revolucionaria y miliciano de los comandantes Bautista; otros arrieros engrosaron estas caravanas para salvar sus vidas y las de sus familias; entre ellos había revolucionarios insertados, quienes en diferentes sitios selectivos, les dejaban información a los revolucionarios sobre los movimientos de las tropas. Fue también, poco tiempo después, que las autoridades militares dieron la orden y realizaron la evacuación de la población residente en el área urbana de Miraflores, para convertir el pueblo en un gran cuartel. Solo le permitieron la permanencia a cuatro elementos liberales, por razones obvias: el juez, el notario que era don Luis Patarroyo, el médico y el agente de la cervecería Bavaria. A partir de aquel día de 1951, Miraflores no pudo ser sino un desolado campo Militar, con vigilantes en todas las direcciones, alertas al ataque de los llamados Chusmeros. El Ejército mandó talar el hermoso bosque que adornaba la colina al sur de la Ciudad de los Ocobos, para destruir toda posibilidad de sitios que usarían como escondite los esperados invasores, pero los comandantes Bautista nunca tuvieron la intención de atacar a su pueblo, siempre lo apoyaron en su lucha justificada de la defensa liberal.

La toma a San Eduardo

Los Chulavitas tomaron el control de este pequeño poblado al atemorizar a sus habitantes. Don Jeremías Vaca, hombre de gran temple, con su yerno, Jorge Moreno, informaron a los comandantes Bautista de los atropellos que, por represalias, se estaban cometiendo contra la población civil. Pablo

Bautista comandó entonces la toma de San Eduardo, en la que redujo a los Chulavitas y a unos pocos soldados acantonados en la población; en una acción muy rápida y certera, se aprovisionaron de las armas y los víveres que estaban almacenados en el casino. En otra ocasión se tomaron a Pajarito, cerca de Sogamoso, en incursiones muy titánicas con objetivos selectivos; algunos moradores apoyaban la causa revolucionaria al mando de Pablo Bautista. En una de sus emboscadas al Ejército y a los Chulavitas, en el cruce del río Lengupá, límites de Berbeo, donde hubo muchas bajas, e igualmente en diferentes sitios del río Upía. Los acontecimientos eran como una carnicería humana. Al finalizar, hacían el levantamiento de los cadáveres y los traían a lomo de mula por el camino barroso hasta el cementerio de Miraflores.

La masacre en la vereda El Morro

El 12 de mayo de 1951, al mando del cabo Rubén Perilla, hubo una cruenta intervención en la vereda El Morro, por represalias políticas. En venganza por los atropellos constantes que le propinaron al cabo Rubén, algunos godos se aliaron con los militares de la vereda El Morro, donde la policía chulavita, después de apresarlos, le había dado severas culatadas y castigos. Tuvo que pagar cuantiosos sobornos al abogado Luís Vargas, con el fin de que lo dejaran en libertad, para lo cual vendió una gran cantidad de ganado, debido a esto quedó totalmente en la ruina y por tal motivo fue a engrosar las filas revolucionarias. En esa intervención quemaron las casas y enramadas donde había trapiches, eliminando a sus moradores. Don Eduardo Garzón se salvó al refugiarse en el pozuelo donde almacenaban la miel, pero su esposa Carmen no tuvo la misma suerte. Hubo 38 muertos, los cuales fueron traídos a lomo de mula a la plazoleta de Santa Bárbara, donde fueron velados y después sepultados en un entierro colectivo.

El comandante Pablo Bautista no estuvo de acuerdo con esta intervención guerrillera. El Ejército y las autoridades tomaron fotos para la correspondiente investigación.

Los revolucionarios imponen las leyes del Llano

Con la intensificación del conflicto en el periodo 1951 a 1952, ante la ausencia de las directivas nacionales del Partido Liberal, Guadalupe Salcedo y los comandantes de los grupos revolucionarios liberales de Los Llanos se reunieron para concretar acciones y articular esfuerzos en procura de poder rechazar la ofensiva del ejército nacional. A estas reuniones asistieron comandantes como los hermanos Bautista Vivas, Juvenal Quintero Magia, Dumar Aljure, Eduardo Franco Isaza, José Alvear Restrepo, Eliseo Fajardo y los hermanos Fonseca. Se promulgó la primera Ley del Llano el 11 de septiembre de 1952. Por la cual se debía: “(...) organizar a la población civil, darle una orientación militar a la resistencia y señalar, por lo menos de manera inicial, la necesidad de adelantar actividades de planificación de la producción en las zonas donde actuaban los frentes guerrilleros”.

La toma de Orocué

La cima de la fama de Guadalupe Salcedo provino del éxito en la toma de Orocué, Casanare, en 1952, cuando en el sitio conocido como El Turpial emboscó al Ejército, el cual sufrió 96 bajas. Esta acción la realizó debido a que el comandante del Ejército se había hecho fuerte por su carácter violento y sus constantes persecuciones y asesinatos de liberales en ese municipio y aledaños. Según narran los excombatientes, ‘el Cojo’ Laurentino Rodríguez se había infiltrado con otros, había hecho pactos con el Gobierno, el cual les había ofrecido integrarlos al DAS Rural del Casanare; su misión era perseguir y darle muerte a los comandantes Bautista y a sus soldados, porque no se querían amnistiar por el Gobierno. El ‘Cojo’ Laurentino traicionó a los compañeros que combatían por la justa causa revolucionaria; con todos los sinsabores y alertas permanentes y los hostigamientos de las fuerzas militares empezaron las traiciones entre los camaradas de lucha.

Muerte de los comandantes de la revolución, hermanos Bautista Vivas

Al comandante Pablo Bautista lo traicionaron sus propios subalternos, fue emboscado por el camino a Chámeza, en el sitio El Piñal, llegó herido a la casa de la madre de su soldado José Marlén Rodríguez, donde fue auxiliado de las heridas, el 21 de diciembre de 1952. Pablo mandó al joven hermano de su soldado Marlén Rodríguez, miliciano, quien se desempeñaba como informante de los movimientos de las tropas del Ejército y de los Chulavitas. Noel Rodríguez se ofreció voluntariamente a dar cuenta de lo sucedido con el comandante Pablo, llevó un mensaje al comandante del cuartel de Chámeza, Gabriel Roa, quien se desempeñaba como Sargento de la revolución. Noel, con valentía, corrió por el camino angosto y fangoso, atravesando desechos, evadiendo los peligros de los reptiles venenosos, para dar cuenta de lo siguiente: “Que Pablo había sido víctima de una emboscada y que lo habían herido levemente, matándole el caballo; en su caída le respondió con fuego cruzado, conoció que su agresor era Teódulo Barreto, un compañero revolucionario. Le ponía en conocimiento de que no sería muerto por el enemigo sino por sus propios compañeros de lucha liberal revolucionaria”

Pero la sorpresa de Noel fue que lo detuvieron. Horas después se enteró de la tragedia que les iba a ocurrir a sus comandantes. El sargento Gabriel Roa le manifestó: “hay que matar a todos los Bautista porque son un peligro para nosotros; ya fui informado; ya le dieron muerte a Pablo en la casa de su mamá”.

Noel le reprochó airadamente: ¿por qué van a hacer eso con esos hombres tan valerosos que están luchando por una justa causa? El comandante le contestó así: “Estos nos van a entregar al Gobierno; usted guiará a Pedro hasta la casa de su mamá para hacer el levantamiento de Pablo, luego lo entierran y buscan a ese tratanuta del guardaespaldas que está muy mal herido, Marcolino, y lo rematan”.

Este comandante fue el que organizó la muerte de sus camaradas. Teódulo Barreto le dio muerte en la vereda Gurubita, de Chámeza, a Pablo Bautista e hirió muy gravemente a su guardaespaldas Marcolino Alfonso, el 22 de diciembre de 1952. Le

fue encomendado hacer el levantamiento al ciudadano Pedro González en la finca de la señora Hortensia Muñoz, viuda de Rodríguez, madre del señor Noel Rodríguez. Ellos lo sepultaron cerca de la casa. El señor González y el señor Eduardo López ayudaron a echarle una piedra encima al cadáver, aduciendo lo siguiente: “con esta piedra no se sale este tratanuta a traicionarnos, aún muerto es un peligro para todos nosotros”.

Luego iniciaron la búsqueda de Marcolino; ese mismo día lo encontraron en un cañal muy mal herido, le habían propinado un tiro de fusil en una pierna; y al encontrarlo con la pierna ya infestada y engusanada, Marcolino le exclamó al compañero: “Pedrito, por favor máteme, yo ya no sirvo para nada”. Este le perdonó la vida porque habían sido compañeros en el Ejército y fue auxiliado. Ese mismo día le dieron muerte en Planadas a Manuel Bautista, y al siguiente día cayó Tulio Bautista, igualmente acribillado en vecindades de su campamento de Iguaro, en la espesura del monte en que se refugiaba. Igual suerte tuvo Roberto Bautista: murió en un ataque guerrillero contra las tropas oficiales que merodeaban el Guavio. En los siguientes días mataron al menor, Rubén Bautista. El soldado José Marlén Rodríguez, quien se encontraba en el cuartel de Puerto Nuevo, al enterarse de la muerte de su comandante Pablo, hizo actos de protesta y fue amarrado y torturado junto con su compañero de lucha Alirio Pinzón. (Testimonio en su casa campestre en Miraflores, de Noel Rodríguez, exalcalde de Chámeza 2008).

La cruz de la controversia

El comandante del Batallón Tarquí del Ejército, del destacamento del Upía acantonado en Miraflores, Daniel Cuervo Araoz, decidió, con el párroco radicalista José del Maya, quien tenía ideales de exterminio propios de los Nazis, hacer una bóveda en el cementerio para dar sepultura a los soldados y policías caídos en combate. En reconocimiento mandaron a construir la gigantesca Cruz de los Mártires, en la ingrata época del coronel Cuervo Araoz, el lugar fue la plaza central de Miraflores, se instauró a cambio del busto que habían decapitado a tiros de fusil del General Santos Acosta, que por

ley de la República se erigía en la plaza principal, pero fue arrojado a las aguas del río Lengupá. Dejaron una placa que tenía la siguiente leyenda: “Los caídos por Dios y por la Patria, Aquí presentes. Cdo. Tte. Cor. Daniel Cuervo Araoz. Miraflores - julio de 1953”.

Para erigir este Monumento hubo muchas barbaridades, tanto por parte de los comandantes del Ejército como de la policía Chulavita al mando del teniente Germán Borda Cepeda, quien fue alcalde encargado. Se mancharon las manos de sangre roja (liberal), en complicidad con el sacerdote radicalista José del Maya; fueron protagonistas de las violaciones a los derechos humanos de la población civil de esta región de Lengupá y del Casanare.

Segunda Ley del Llano y Golpe de Estado

Después de la muerte de los comandantes Bautista, dictaron la Segunda Ley del Llano, la cual se promulgó el 18 de junio de 1953. Fue un hecho constitutivo de un Estado independiente de *facto*, ya que se asumió que esta región había sido *liberada* y que allí tenía lugar la *gran revolución nacional*. Esa ley reconoce oficialmente al Estado Mayor Conjunto, mediante el cual los distintos grupos guerrilleros coordinaban sus acciones militares; sumadas a las del orden público, que ya en 1953 presentaban rasgos de la más preocupante gravedad, fueron creando el ambiente propicio para dar el golpe de Estado que tuvo lugar el 13 de junio de ese año. En efecto, en ese día el presidente titular decidió reasumir el mando y proceder a la destitución del comandante de las fuerzas militares, General Gustavo Rojas Pinilla. Y fue entonces cuando Rojas, con el respaldo del Conservatismo, de cuerpos armados y de la opinión liberal, derrocó y desterró al presidente Gómez y asumió el poder sin tardanza, sumándose a las fuerzas del orden público que ya en 1953, representaban al Gobierno. Finalmente, el Boyacense, General Gustavo Rojas Pinilla, dirigió el golpe de Estado (*llamado Golpe de Opinión*) contra el presidente interino Roberto Urdaneta Arbeláez, quien sustituía a Laureano Gómez desde 1951. Los liberales y los conservadores moderados se opusieron al proyecto constitucional que pretendía crear una dictadura en Colombia.

Durante su primer año de gobierno, el presidente Rojas gozó de una popularidad sin precedentes, debido principalmente a la rápida pacificación que logró, sin derramar una gota de sangre, en todo el territorio nacional. El presidente Rojas, preocupado por dar fin a la violencia, llamó a un Consejo de Seguridad de militares, acordándose una amnistía para los revolucionarios, ordenó un cese al fuego unilateral a las fuerzas militares y ofreció paz a los grupos alzados en armas. El 22 de julio del mismo año, los revolucionarios liberales ordenaron a su vez un cese de hostilidades. El coronel Olivo Torres buscó entonces la entrega de las tropas guerrilleras de la Séptima Zona. En Sabanalarga se entrevistó con Guadalupe Salcedo, Efraín Barreto, Jorge Olmos, Quintiliano Barreto Huertas, y el cojo Laurentino Rodríguez para acordar los términos de esa entrega.

Entrega de armas y amnistía

El 15 de septiembre de 1953, Guadalupe Salcedo se presentó en un puesto del Ejército ubicado en Monterrey, Casanare, con 300 hombres y entregó un pliego de peticiones de 24 puntos; firmó la paz con el Gobierno Nacional, ante el comandante de las Fuerzas Militares, general Alfredo Duarte Blum. Con sus armas se entregaron más de mil quinientos de los integrantes de la Séptima Zona; a estos excombatientes les dieron empleo de policías en el DAS Rural y de guardaespaldas. Guadalupe Salcedo fue duramente criticado por los comandantes revolucionarios, quienes lo declararon como traidor a la causa revolucionaria por haberse desmovilizado sin haber recibido garantías claras y concretas de no agresión por parte del Gobierno Nacional, por lo que se suponía que la desmovilización de Guadalupe restaría fuerza a esta exigencia. Los comandantes revolucionarios solicitaban, adicionalmente, acciones de reparación dirigidas a las familias afectadas por el conflicto.

El 13 junio de 1954, el gobierno de Rojas Pinilla promulga el Decreto 1823, mediante el cual se declara la amnistía para todos los delitos políticos cometidos antes del 1 de enero de 1954, con motivo de la violencia partidista y se indulta a todas aquellas personas procesadas o condenadas por hechos punibles. El carácter conciliador de este decreto

cobijaba a los revolucionarios liberales o conservadores, a paramilitares y miembros de la fuerza pública involucrada, dejando la discrecionalidad del indulto, según la gravedad o atrocidad del delito, al Tribunal Militar Superior, mediante el Decreto 2062 del 8 de julio de 1954.

Después de la entrega y desmovilización, cobijado por el indulto ofrecido de esta manera, Guadalupe Salcedo se retiró a su vida privada en su hato Guariamena, ubicado en la zona rural de Orocué, Casanare, donde descansaba viendo volar, en su esplendor, las manadas de corocoras, las garzas morenas y escuchando el canto de los turpiales, antes

de cerrar los ojos en un renacer de la naturaleza, en las tardes meditabundas. Se recostaba meciéndose en su chinchorro a la sombra de un almendro de la arboleda de su hogar; estaba seguro de que le respetarían la vida y se desplazaba tranquilo por la inmensa llanura y por poblados polvorientos, iba y venía tranquilo por los acuerdos que había logrado con el gobierno del General Rojas.

Pero en esa época también la violencia prolongó su eco en poblaciones sufridas donde había dejado desolación y pobreza, provocando tragedias en las poblaciones en las que sembró pánico, terror y muerte en ciudadanos humildes. Más tarde quedó odio,

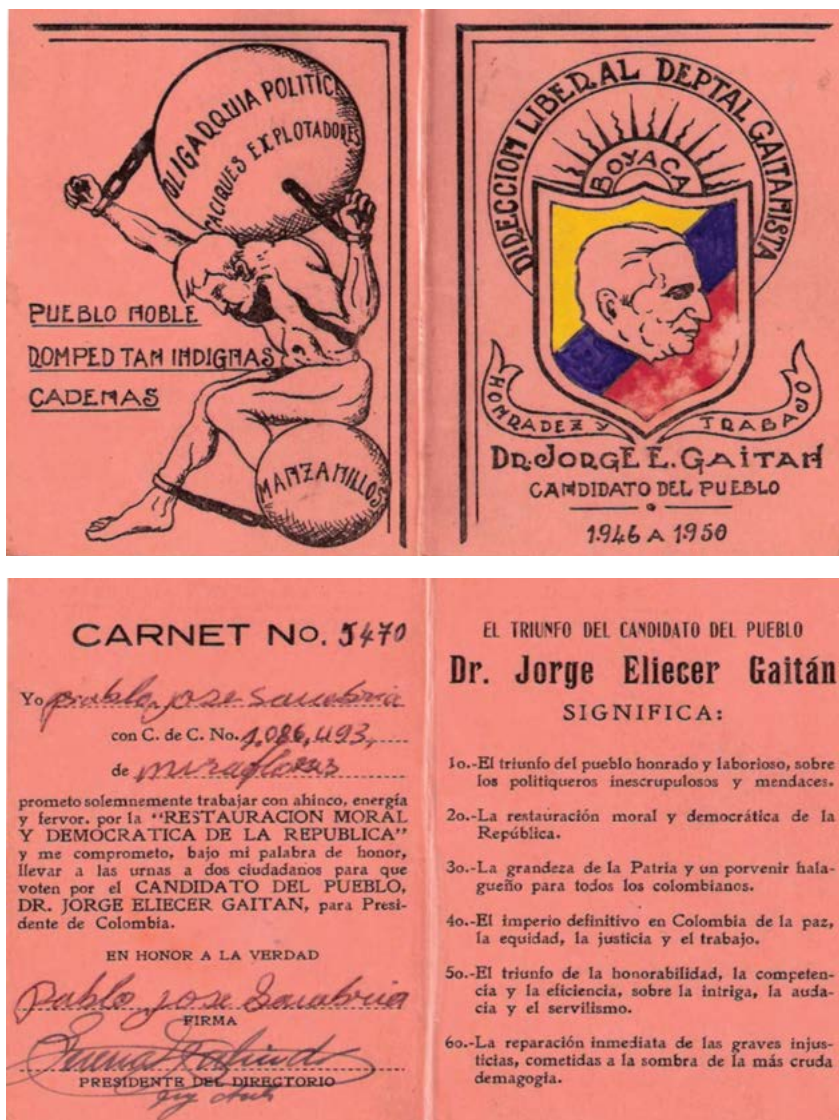


ILUSTRACIÓN I.

Carné que le entregó el doctor Jorge Eliécer Gaitán Ayala a mi padre, Pablo José Sanabria Morales, en Miraflores Boyacá. 1947.

Fuente: Archivo propio del autor.

venganza y resentimiento entre los mismos paisanos debido a venganzas por diferencias politiqueras.

Después que se dio la paz con la entrega de armas que hicieron los llaneros, Miraflores se convirtió en un gran centro comercial a donde llegaban los habitantes del Llano a hacer sus compras y de aquí despachaban las caravanas de camiones hacia el centro del país llenos de ganado, café, algodón y fique, que difícilmente transitaban por la carretera, que en ese entonces era una trocha, denominada actualmente El Progreso.

Asesinato del comandante Guadalupe Salcedo

El 6 de junio de 1957, Guadalupe Salcedo fue asesinado en confusos hechos al sur de Bogotá, cuatro años después de haber firmado la paz con el Gobierno. Se encontraba reunido con unos amigos en una cantina y en ese momento fueron rodeados por la Policía, en desarrollo de un operativo. Al ser requerido por los agentes, Salcedo explicó quién era y solicitó que se le respetara la vida. Al salir con los brazos en alto, junto con sus guardaespaldas, la Policía abrió fuego, encontrando así la muerte Salcedo y sus acompañantes.

En la historia, aquellos años de mediados del siglo xx fueron los años de la violencia. Ahora la lectura de varias obras trae lamentables recuerdos, los cuales reviven la trayectoria de aquellos pueblos sufridos; Monterrey, Casanare, una población que no existía, pero que refugió a los revolucionarios liberales tras la entrega de las armas, emergió de repente de una pista de aterrizaje, su fundación civil como municipio se dio en 1962. De relato en relato y de libro en libro, como cogidos de las manos, nos vamos acercando a los que hicieron historia en los años cincuenta, fechas en las que ocurrió la guerra. Esta obra investigativa se estructura con los relatos de los propios protagonistas.

Efraín Sanabria Rondón

Historiador empírico de Miraflores, cedió estas páginas de un conjunto mucho más amplio de escritos, basados en recuerdos, testimonios y entrevistas que ha ido recopilando. Se suprimieron algunos apartes que se refieren a episodios muy conocidos de la historia nacional y otros por ser anécdotas puntuales anexas a la narrativa central.

Fuentes

Testimonio dado por Efraín Barreto en Páez, Boyacá, en reunión de amigos ganaderos, grupo en el cual se encontraba este humilde relator historiador aficionado (1962).

Apuntes tomados de mis Padres: Pablo José Sanabria Morales y Etelvina Rondón: Miraflores 9 de abril de 1967

Entrevistas a varios excombatientes y a personajes que tuvieron la vivencia de esa época de la Violencia: Juvenal Quintero Mejía, exalcalde de Miraflores, 1969; Servelión Perilla, 1975; Dr. Gustavo Humberto Rodríguez, 1983; Enrique Patarroyo González, 1992; Dagoberto Lozano, 2003; Luis Malaver, 2007; Joaquín Celis, 2007; Noel Rodríguez, 2008. Hernando González Carranza, 2008. A estos personajes les doy mis agradecimientos por sus aportes a esta historia, la cual escribí con motivo de los 60 años de la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán Ayala (Ver: Iriarte, Alfredo. (1991). *Homenaje 80 años Caja Social*.

Elementos descriptivos sobre la violencia paramilitar en la provincia de Lengupá – Boyacá 1991 – 2005



El boom de la
explotación petrolera



Fotografía Carlos Julio Molano Caballero, corregimiento de Vistahermosa Jurisdicción de Campohermoso.

La colonización del Llano (Arauca, Meta, Casanare) fue un fenómeno de desplazamiento poblacional tardío con respecto a otras áreas de migración del país. En Casanare, los primeros frentes de colonización fueron promovidos por familias dueñas de hatos de las provincias de Boyacá, entre ellas Lengupá. Aun así, posterior a la entrega de las guerrillas del llano en el año 53, los pocos pueblos fundados vivieron muy desocupados, se calcula que en todo el Llano (casi la mitad del país), para la época, vivían unas 200 mil personas. A partir de 1969 Ecopetrol descubrió que el Casanare, junto con Arauca, era una de las regiones con más reservas petrolíferas del país. A la par de las actividades de exploración y explotación de pozos, avanzó la colonización y se consolidó junto con el boom del petróleo a inicios de los noventa; con el hallazgo de los pozos de Cupiana y Cupiagua, se convierte el Piedemonte Llanero en un corredor del hidrocarburo. Esto mereció que en 1991, el Casanare fuera elevado de intendencia a la categoría de departamento, de esa manera se integró a la división política administrativa del país. (El tiempo, 1991) y (Testigo n.º 2, 2018).

A mediados de la década del ochenta, Ecopetrol proyectó e inició la construcción del Oleoducto Central de los Llanos, un tubo por el que se llevó el petróleo del Casanare hacia el centro del país y que pasa por los municipios de Páez, Miraflores y Zetaquirá hacia el costado oriental de la Transversal de Boyacá, una vía de 123 km que comunica a Tunja con la provincia de Márquez y Lengupá. Además, se inició la construcción de una estación de bombeo del crudo en la vereda El Guamal del municipio de Miraflores, única en el centro del país, y junto a ella se estableció una base militar.

La llegada de las compañías petroleras ocasionó la especulación en la compra de tierras a particulares afectados por el trazado del oleoducto; el arribo de un flujo poblacional o “mayeros” en busca de trabajo, saturó la capacidad de servicios e infraestructura ofertada por los municipios; el desplazamiento de la oferta de mano de obra del campo, impactó la dinámica de la producción agrícola local y provocó la importación de alimentos desde Tunja; también incidió en la inflación de los precios de los víveres, los arriendos y la destrucción de las carreteras. En fin, una serie de problemáticas socio-económicas que motivaron el reclamo y la exigencias de garantías a las compañías petroleras por parte de algunos sectores de la población hasta finales de la década del noventa. (El Tiempo, 1990), (El Tiempo, 1997), (Testigos n.º 8 y n.º 12, 2018).

La incursión paramilitar en la provincia de Lengupá (1991 – 2003)

La provincia de Lengupá, ubicada al sur oriente del departamento de Boyacá, ha sido y es geográficamente un corredor estratégico para el ingreso desde los Llanos Orientales al centro del país (Bogotá, Tunja, Sogamoso) y viceversa. A mediados de la década del ochenta (1984 para ser precisos), Lengupá se convirtió en un territorio de interés económico y político y, por lo tanto, fue objeto de control militar por distintos actores bélicos.

En primer lugar, la incursión de las guerrillas de las FARC-EP con operación del Frente 38 y del ELN con el Frente Libertador, que ingresaron por Chámeza y subieron por los cerros del Aura moviéndose hacia Zetaquirá y municipios de la provincia de Márquez. Así mismo, tuvieron influencia desde San Eduardo hasta Garagoa, entre los ríos Lengupá y Tunjita. Además de ser un corredor para las guerrillas, estas llevaron a cabo un trabajo político y de control social con campesinos de la región; organizaron reuniones, impartieron justicia, cobraron vacunas a los sectores pudientes y el impuesto del gramaje a quienes procesaban la base de coca o la transportaban desde Villavicencio, San Juan de Arama (Meta) o el Casanare.

Sin embargo, para esta época, la incursión guerrillera fue más política que militar, pues no hay referencias de tomas o ataques a poblaciones, a excepción de la vereda La Trinidad en San Eduardo, donde la guerrilla abusó y agredió a los campesinos. A inicios de los noventa, se evidenció un repliegue de las guerrillas ante la incursión del Ejército y el inicio de labores de inteligencia sobre la organización social campesina (Boyacá 7 Días, 2015).

A su vez, la llegada de las compañías petroleras en Miraflores ocasionó la instalación del Batallón Especial Energético y Vial Prócer José María Carbonell, que para la época estuvo bajo el mando del Mayor Víctor Hugo Matamoros. Esto implicó la militarización y vigilancia de las veredas circundantes, el control del flujo de población y la construcción de trincheras sobre las zonas altas alrededor de la estación, como estrategia para brindar seguridad a las inversiones estatales en el

oleoducto. Así mismo, con ocasión del Decreto 180 de 1988, por el cual se declaró turbado el orden público y el Estado de sitio en el territorio nacional, el Ejército capturó a campesinos pertenecientes a juntas veredales, a organizaciones como la ANUC o la up en Miraflores, San Eduardo y Páez y los acusó de auxiliares de actividades terroristas, así mismo, los colocó a disposición de jueces de orden público. Lo anterior, alimentó las famosas “listas negras” que posteriormente usaron los escuadrones paramilitares introducidos por Carranza.

Después de esto, el Cartel del Llano, que representó un consenso entre Carranza y la agrupación de los Buitragueños, al percatarse de la amenaza que constituía la guerrilla de las FARC para el negocio de la coca por el cobro de impuestos, específicamente, en la ruta que existió o existe desde el Meta y el Casanare a través de la provincia de Lengupá, organizó e introdujo en la región un grupo paramilitar denominado los ‘*Masetos*’ o ‘*Carranceros*’, agrupación compuesta por alrededor de 40 a 60 individuos oriundos de Puerto López, Meta, comandados por Dumar Romero, lugarteniente de Víctor Carranza. Así se dio inicio a la toma y el control de la población y el territorio a través de la política del terror, que tuvo su máxima expresión en la ejecución de una serie de masacres simultáneas a inicios de los años noventa (Testigo n.º 8, 2018).

Las primeras masacres

El grupo paramilitar entró a la región anunciándose con la masacre de Tunjita, el domingo 24 de febrero de 1991. De acuerdo con las versiones recogidas, un grupo paramilitar de 30 hombres realizó un retén sobre el río Tunjita, en la vía que comunica a Garagoa con Miraflores, pararon el bus que cubría la ruta intermunicipal y lo abordaron, repartieron propaganda y se quedaron en el sitio conocido como Tunjita. Allí masacraron a cinco campesinos, el modo de actuar fue el uso de torturas y la decapitación. La versión entregada por los militares a la prensa nacional atribuyó el hecho al Frente 38 de las FARC-EP. (El Tiempo, 1991) y (Testigo n.º 4, 2018).

De la misma forma, el día 27 de febrero de 1991, en la vereda La Libertad del municipio de San Eduardo, la agrupación paramilitar llevó a cabo la

segunda masacre, en la que las víctimas fueron Zenón Martínez, dirigente de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y su hermano Manuel Martínez, a quienes torturaron, asesinaron y luego ocultaron en el sector conocido como el Aserrió. Lo anterior provocó el desplazamiento de los demás miembros de la familia fuera de la región. Durante el sepelio el municipio de Miraflores fue militarizado, se ubicaron tanquetas del Ejército en el parque principal, en el hospital y a la entrada del cementerio. (La Voz, 1991) y (Testigo n.º 6, 2018).

Posteriormente, el 1 de marzo del mismo año, la agrupación paramilitar se trasladó al municipio y asesinó a cinco campesinos en la vereda El Paraíso, a la vez que se produjeron los primeros éxodos de población desde la inspección de Vistahermosa hacia el centro urbano. Así, se inició una serie de desplazamientos de campesinos en la provincia de Lengupá, quienes huyeron aterrorizados por la oleada de violencia que suscitó la llegada de la agrupación paramilitar de los ‘Masetos’. (El Tiempo, 1991) y (Testigo n.º 4, 2017).

Por otra parte, ante los hechos violentos, se llevó a cabo una reunión multitudinaria en la Cooperativa de Cafeteros de Miraflores, con el fin de esclarecer la situación. A la reunión asistió el comandante del batallón con una escolta de militares y en su intervención se refirió así: “ustedes saben que esta es una región que toda la vida ha estado por fuera de la ley”, sacó una libreta y continuó “todos ustedes son unos guerrilleros y alchuetas, y tengo una lista”. La gente escandalizada le interpelló argumentando: “Bueno Mayor, muéstrenos los nombres para saber quiénes somos los guerrilleros”. Este no quiso abrir la libreta. Finalizando el año de 1991, el candidato liberal al senado, Jairo Calderón, denunció, después de visitar la región de Lengupá, la situación de orden público. (El Tiempo, 1991), (Testigo n.º 3, 2017 y Testigo n.º 11, 2018).

El establecimiento de los los ‘Masetos’ en Miraflores y su accionar en la provincia de Lengupá

De este modo, una vez sembró el terror en la población, la organización paramilitar de ‘Los Masetos’, financiada principalmente por Víctor Carranza, a

quien se referían como “el patrón”, estableció su centro de operaciones en Miraflores y continuó su accionar militar en los otros municipios, en donde perpetraron asesinatos y retenes en las vías. El grupo permaneció de civil y armado e hizo presencia en el centro urbano, haciendo labores de “limpieza social” (ejecuciones extrajudiciales en contra de sectores de la población considerados como indeseables) y alternó con labores de patrullaje hacia lo rural, ejecutando la política de exterminio, a través de las llamadas “Listas Negras”, en contra de las organizaciones democráticas y sociales que consideraron afines a la subversión.

A la par, la estructura comenzó a reclutar informantes y militantes en la región, con la promesa de pago a través de una voladora, es decir, llevarlos a las minas de esmeraldas en el occidente e introducirlos a los túneles. Con una red de apoyo local, la agrupación comenzó a asumir funciones administrativas, policiales y judiciales, condicionando a los alcaldes y funcionarios públicos, en fin, permeó las estructuras locales del Estado. Inclusive, Dumar Romero estableció una oficina en el Matadero, donde despachó y sesionó no solo en lo correspondiente con la organización criminal, sino también, en lo referente a todos los problemas y quejas que presentaron sectores legitimadores de la población. (Testigo n.º 8, 2018).

También convocaron al sector comercial y a las familias pudientes, y les exigieron la colaboración con aportes económicos, que irónicamente tuvieron que consignar en una cuenta bancaria a nombre del jefe paramilitar. La población se sumió en un miedo total, pues poco a poco comprendió la magnitud del horror, ante la debilidad de las autoridades para responder las denuncias o brindar protección del grupo agresor. Los pobladores que tuvieron oportunidades se desplazaron hacia Tunja o Bogotá, y los que no, se adaptaron a la fuerza a los abusos del control paramilitar. Después de las 6:00 p.m. la gente se guardó en sus casas y no pudo transitar entre el sector urbano y rural. Se acabó con los grupos de reunión en los parques, tiendas o billares y los miembros de agrupaciones políticas, ajenas a las corrientes tradicionales del liberalismo o conservatismo, fueron perseguidos, muchos de ellos se refugiaron en otras zonas del país. Como

lo afirma un testigo “Empezaron a matar gente por todas las comarcas, todo el que tenía una actitud de izquierda le caían, hacia lo que andaba políticamente a favor del movimiento izquierdista, de resto no los tocaban” (Testigo n.º 7, 2018).

Por otra parte, hacia el año 1992, la estructura paramilitar ubicó como punto de asentamiento a la finca Las Pampas, en donde concentraron efectivos y usaron el lugar para el almacenamiento de cocaína y la detención de personas. A propósito, los lugares significativos en donde se cometieron los homicidios o se desapareció a la gente durante este periodo de violencia o el posterior (además de las fosas comunes que hicieron en los cementerios), fueron el sector conocido como la Buenavista, un despeñadero de más de 500 metros usado desde la violencia de los cincuenta, en donde arrojaron a la gente o si no, dependiendo de las condiciones favorables del invierno, los tiraban al Lengupá, río por el cual bajaron muchos cadáveres. Los paramilitares también dejaron algunas fosas comunes en la vereda Morro Arriba de Miraflores, así como en inmediaciones de la quebrada La Tobasía, en la vía que conduce hacia Páez (Testigos n.º 7 y n.º 10, 2018).

Una vez consolidado el dominio sobre la región, los paramilitares promovieron el cultivo de coca en las zonas cálidas y la fiebre por el cultivo de amapola hacia las zonas frías. Como un testigo lo afirma: “La gente que cultivó debió pagar al jefe paramilitar Dumar una cuota por tarea (un área de 625 metros cuadrados), dependiendo de las tareas que tuvieran, 2, 3, 4 o 5. Dumar patrocinó los cultivos de amapola, en complicidad con el mayor del Ejército, Víctor Hugo Matamoros, y eso se sembró harta amapola y menos mal no les logró, económicamente eso no dio los rendimientos, pero adicionalmente había rumores de movimiento de coca, por aquí pasaba”. Hacia el año de 1993 se calculó que 4600 kilómetros cuadrados del departamento de Boyacá, estuvieron sembrados con amapola, las provincias más afectadas fueron Oriente, Márquez, Norte, Gutiérrez y Lengupá. Igualmente, hacia el año 1995, fueron detectados cultivos de coca en Macanal y Campohermoso, así como laboratorios para su procesamiento en la inspección de Los Cedros (El Tiempo, 1993), (El Tiempo, 1995) y (Testigo n.º 9, 2018).

Casualmente, un día del año 1995, Matamoros militarizó a Miraflores con contingentes de soldados y movilizó tanquetas. Ubicó al grupo de “paras” por los lados del terminal de transportes, los desarmó y expulsó de la región. Las versiones de los entrevistados coincidieron en afirmar que el motivo de ello se debió al secuestro y homicidio del finquero Carlos Castellanos, oriundo del Casanare y quien tuvo familiares que integraron fuerzas de seguridad del Estado, los cuales iniciaron la búsqueda del desaparecido (Testigo n.º 1, 2017).

Al parecer, cuando los paramilitares se percataron del seguimiento, trataron de borrar toda evidencia del crimen; sacaron al señor Castellanos de Miraflores, le propinaron un tiro de gracia y lo enterraron en una fosa común en Morro Arriba, maquillaron el lugar levantando un campamento con elementos alusivos a las FARC (armas, propaganda) e hicieron la denuncia diciendo que pertenecían al grupo guerrillero y señalaron datos de la ubicación del cuerpo. Meses después, apareció una comisión del Ejército en la vereda Morro Arriba con el plano del lugar donde, posiblemente, estaba el desaparecido, obligaron a campesinos de la región a servir como baquianos y después de dos días de labores, hallaron el campamento y luego un valle con un aproximado de 20 promontorios. Ubicaron uno de ellos y evidentemente hallaron el cuerpo de Carlos Castellanos, lo embalaron y sacaron del lugar a lomo de mula. Este hecho obligó a los militares a expulsar de la región a los “Carranceros” y así culminó ese periodo de violencia paramilitar (Testigo n.º 9, 2018).

La incursión de las Autodefensas del Casanare

Hacia el año 1995 aconteció la salida de la estructura paramilitar financiada por Víctor Carranza de la provincia de Lengupá, y se dio paso a un periodo de transición, que se caracterizó por la ausencia de actores paramilitares en la región. La segunda incursión, apareció a finales de los noventa e inicios del año 2000, con las Autodefensas del Casanare, comandadas por ‘*Martin Llanos*’ y que se estableció principalmente en Campohermoso, con el argumento de controlar los grupos guerrilleros que hicieron presencia en Páez y San Eduardo. Desde el

año 1998, las guerrillas (FARC y ELN) extendieron el brazo militar hacia Tunja e incrementaron su accionar bélico, a tal punto, que hicieron una incursión en el municipio de Rondón y en San Eduardo. Inclusive, dos años después, dinamitaron por primera vez el oleoducto en el tramo Inspección de Santa Teresa – Páez (Testigo n.º 12, 2018), (El Tiempo, 1998) y (El Tiempo, 2000).

Posteriormente, los paramilitares citaron a reuniones a las autoridades locales (alcaldes) en Chámeza o Santa Teresa, no solamente de las provincias de Boyacá, sino también del piedemonte llanero (Villanueva, Monterrey, Yopal), con los siguientes objetivos: socializar la estructura paramilitar; el funcionamiento de su brazo económico, político y militar; y condicionaron a los mandatarios en la participación de la estructura en los presupuestos de la contratación pública. Así que la guerra desplegada por los Casanareños, no solo la financiaron con el narcotráfico, sino también con el erario público (Testigo n.º 7, 2018).

La presencia del grupo paramilitar se percibió entre la población porque comenzaron los ejecutamientos y el reclutamiento forzado de jóvenes en la región, que posteriormente trasladaban hacia Santa Teresa (Inspección de San Luis de Gaceno), en donde hubo una escuela de entrenamiento paramilitar. El centro de operaciones se situó en Vistahermosa, en los demás municipios de Lengupá ubicaron grupos pequeños de civiles informantes, quienes mantuvieron una comunicación constante a través de radios. Así mismo, los integrantes uniformados y armados de la estructura los ubicaron en las veredas, fue poco común observar su presencia en la zona urbana de los municipios (Testigo n.º 9, 2018).

Por consiguiente, el andamiaje principal de la estructura de los ‘Casanareños’ para el control del territorio y de la población se centró precisamente en el rol que cumplieron los informantes o campaneros. La población los identificó, al igual que las autoridades policiales y militares, pues permanecieron en los lugares públicos como cafeterías, en los parques, en los terminales de transporte, en cualquier calle de los municipios. Cuando se desplegaron operativos desde Campohermoso para reclutar gente, asesinar o secuestrar, la agrupación

paramilitar dispuso de toda la información brindada por la red de apoyo, que inclusive vinculó algunas personas de la región (Testigo n.º 12, 2018).

Además, las Autodefensas del Casanare consolidaron su fuerza militar, al integrar a más de un millar de efectivos y al extender su dominio desde Tunja a través de las provincias de Márquez y Lengupá hasta Yopal. Lo anterior les permitió controlar la ruta y el negocio del narcotráfico, de hecho, para la época, ubicaron hacia Páez y Campohermoso laboratorios o “cocinas” especializadas para la transformación de la coca que traían desde el Alto Guaviare. Lo anterior, junto con las extorsiones, fue una de las fuentes de financiación de la estructura paramilitar (Testigos n.º 5 y n.º 7, 2018).

Hacia el año 2000, la oleada de violencia de los actores armados en contra de la población civil provocó una manifestación de habitantes y de las personerías municipales de Rondón, Campohermoso, Berbeo, Miraflores, San Eduardo y Zetaquirá, junto con el Comité Regional de Derechos Humanos, rechazando “los atropellos de los violentos que desde todas partes apuntan indiscriminadamente hacia los desarmados” (El Tiempo, 2000), además, reclamaron el derecho de vivir libres y en paz.

Después de esto, la estructura paramilitar declaró como objetivo táctico a funcionarios de las instituciones del Estado que, en cumplimiento de sus deberes, denunciaron el horror de la violencia en contra de la población civil. Para el año 2001, el personero de Miraflores, Nelson Ovalle, fue abordado por un sujeto que le disparó en repetidas ocasiones cuando se encontraba en una cafetería próxima al comando de Policía, en el parque principal de la localidad. Según testigos, el atentado contra su vida fue una retaliación ante el trámite que hizo sobre las denuncias instauradas por los pobladores, en relación con la violación de los derechos humanos. De la misma forma, el 26 de marzo de 2002, un grupo de individuos encapuchados y armados llegó hasta Rondón y sacó de su vivienda al médico, Edgar Vargas, alcalde de esa municipalidad, y lo asesinaron en la vía pública. Sobre el particular, de acuerdo con los testigos, la investigación la adelantó la fiscalía 34 de Ramiriquí y hubo condenas a los autores materiales del homicidio (Testigos n.º 8 y n.º 12, 2018). (El Tiempo, 2001 y 2002).

El declive, la guerra entre paramilitares

En el período comprendido entre los años 2001 y 2004, en el territorio del Casanare y el Piedemonte Llanero limítrofe con Boyacá, hacia Recetor y Chámeza, se desarrolló un feroz enfrentamiento entre las Autodefensas Campesinas del Casanare y el Bloque Centauros (franquicia de la Casa Castaño introducida en el Llano hacia el año 1997), originado por la disputa en el manejo del narcotráfico y el control territorial, es decir, de las rutas para la distribución del “perico” y sus derivados. Lo anterior puede ser un indicio para comprender el trasfondo de la incursión de los Casanareños en la provincia de Lengupá, como estrategia de retaguardia militar y económica en la guerra que enfrentaron en el Llano (Testigo n.º 5, 2018) y (Rutas del conflicto, 2013).

En el año 2003, posterior al Acuerdo de Santa Fe de Ralito, que abrió paso a la etapa de negociación entre el gobierno Uribe y las Autodefensas Unidas de Colombia, la guerra entre los dos grupos de paramilitares se exacerbó, pues a la confrontación se sumaron, en apoyo a los Centauros, por una parte, integrantes de los Urabeños, quienes se trasladaron desde Antioquia, y por la otra, las Fuerzas Militares (Testigo n.º 5, 2018), (Semana, 2005) y (El Tiempo, 2004).

Hacia mediados del año 2004, la confrontación se trasladó a la provincia de Lengupá. La estrategia contra las Autodefensas del Casanare consistió en que el Ejército, desde Miraflores, rodeó toda la parte baja de Lengupá, es decir, el Monte del Aura por las partes limítrofes de San Eduardo y Páez hacia las veredas del Sirasí y El Paraíso (allí el ejército bombardeó sobre una laguna) y a la vez un grupo de los Urabeños ingresó por Macanal en dirección hacia Campohermoso. De esta manera se desarrolló el final de la confrontación entre los paramilitares-Centauros, unidos con el Ejército y los Urabeños, aniquilando la estructura de “Los Casanareños” y desplazando sus posiciones hacia el piedemonte llanero en inmediaciones de San Luis de Gaceno. Posteriormente, el Ejército desarrolló operaciones en Páez, en el sector de la Ururúa, corazón de la retaguardia de Martín Llanos, y realizó capturas a los integrantes de las redes de apoyo en

los municipios de la región (Testigo n.º 4, 2017, n.º 5 y n.º 7, 2018) (El Tiempo, 2004).

Así, concluyó el horror y el accionar violento de los paramilitares en esta provincia del Sur Oriente Boyacense, que dejó a su paso una cantidad de víctimas y desaparecidos aún sin identificar y un miedo latente entre la población para referirse a esta realidad.

Andrés Cruz

Sociólogo invitado por la Corporación para el Desarrollo de Lengupá, Tejiendo OSC.

Bibliografía

- Boyacá 7 Días. (junio 18 de 2015): San Eduardo ya tiene dónde llorar a víctimas.
- Busnhell, D. (2012) Una economía que va bien, el país no tanto (1978-1990). En: D. Busnhell, *Colombia, una nación a pesar de sí misma- Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*. Bogotá: Planeta
- Castaño, C. (1999). Las Autodefensas y la Paz, Talleres Colombia Libre.
- Cruz, A. (diciembre 14 de 2017). Entrevistas semiestructuradas sobre la incursión paramilitar en la provincia de Lengupá, bajo condición de proteger los nombres de los testigos: Testigos 1, 3 y 4.
- _____ (agosto 13 de 2018). Entrevistas semiestructuradas sobre la incursión paramilitar en la provincia de Lengupá, bajo condición de proteger los nombres de los testigos: Testigo 7.
- _____ (agosto 14 de 2018). Entrevistas semiestructuradas sobre la incursión paramilitar en la provincia de Lengupá, bajo condición de proteger los nombres de los testigos: Testigos 2, 9, 10, 11 y 12.
- _____ (agosto 16 de 2018). Entrevistas semiestructuradas sobre la incursión paramilitar en la provincia de Lengupá, bajo condición de proteger los nombres de los testigos: Testigo 5.
- _____ (agosto 21 de 2018). Entrevistas semiestructuradas sobre la incursión paramilitar en la provincia de Lengupá, bajo condición de proteger los nombres de los testigos: Testigo 6.

- _____ (agosto 22 de 2018). Entrevistas semiestructuradas sobre la incursión paramilitar en la provincia de Lengupá, bajo condición de proteger los nombres de los testigos: Testigo 8.
- Insuasty, A., Valencia, J. y Restrepo, J. (2016). *Elementos para una genealogía del paramilitarismo en Colombia. Historia y contexto de la ruptura y continuidad del fenómeno (I)*, Medellín: Kavilando.
- La Voz (marzo 7 de 1991). La guerra de exterminio continúa.
- National Security Archive (21 de diciembre de 2012) Lifting the veil on colombia's 'Esmerald Czar'. Recuperado el 20 de octubre de 2018 de: <https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB408>
- Revista Semana (febrero 10 de 2005), Negociación con los paras. Recuperado el 22 de octubre de 2018 de: <https://www.semana.com/on-line/articulo/negociacion-paras/67080-3>
- Rodríguez, G. (1977). *Lengupá en la historia*, Bogotá: Editorial ABC.
- Rutas del Conflicto (2013a). "Masacre del Porvenir, Puerto Gaitán". Recuperado el 30 de octubre del 2018 de: <http://rutasdelconflicto.com/interna.php?masacre=114>
- Rutas del Conflicto (2013b). "Masacres ocurridas en el año". Recuperado el 25 de septiembre del 2018 de: <http://rutasdelconflicto.com/anio.php?anio=1987>
- Artículos del periódico El Tiempo
- El Tiempo (agosto 1 de 1990a). Paro por mal estado de las carreteras.
- _____ (septiembre 10 de 1990b). Hoy reanudan el bombeo en Caño Limón, pp. 1-2
- _____ (septiembre 10 de 1990c). Gobierno adelantará plan de desarrollo socio económico, p. 1-2
- _____ (septiembre 20 de 1990d). Libre Víctor Carranza, pp. 1-1
- _____ (octubre 3 de 1990e). Gobierno frenará paros cívicos, pp. 1-2
- _____ (febrero 27 de 1991a). FARC asesinan cinco campesinos.
- _____ (febrero 28 de 1991b). Muertos tres labriegos y secuestrados diez más.
- _____ (marzo 2 de 1991c). Asesinados tres campesinos y secuestrados otros cinco.
- _____ (abril 26 de 1991d). Compadrazgo de UP y FARC, dice Ejército, pp. 1-2.
- _____ (agosto 24 de 1991e). El hermano Casanare, pp. 1-2.
- _____ (septiembre 22 de 1991f). Hasta Miraflores.
- _____ (febrero 23 de 1993). Frente común contra violencia Boyacá.
- _____ (junio 16 1995). 55 mil matas en Lengupá y Neira.
- _____ (noviembre 8 de 1996). Convivir, remedio contra la subversión, pp. 1-2
- _____ (enero 30 de 1998). La guerrilla se acerca a Tunja.
- _____ (febrero 11 de 2000a). Dinamitaron oleoducto en Campohermoso.
- _____ (febrero 24 de 2000b). Lengupá no quiere violencia.
- _____ (agosto 31 de 2001). Herido personero de Miraflores.
- _____ (marzo 27 de 2002). Alcalde de Rondón asesinado.
- _____ (julio 13 2004). Hallan caleta de paras.

Anexo sobre las Autodefensas Campesinas del Casanare o Los “Buitragueños”

Héctor José Buitrago Rodríguez, alias ‘*Tripas*’, nacido en 1939 en Páez, cuyo padre, Rufino Buitrago, era dueño de casi media vereda El Paraíso, en jurisdicción de Páez, fue el fundador de las Autodefensas Campesinas del Casanare a finales de los años setenta con la colaboración de la familia de Feliciano Castañeda, dueño de gran cantidad de tierra en El Secreto, jurisdicción de Sabanalarga, con Víctor Carranza y José Omar, además de Jaime Matiz Benítez, considerado este último por muchos como uno de los grandes jefes políticos de la organización, a pesar de que las ACC eran en principio un grupo contrainsurgente.

Héctor Buitrago organizó frentes móviles paramilitares, conocidos en la región como “los Buitragueños”, para enfrentar a la guerrilla y a los grupos de delincuencia común. El grupo se movía en las siete poblaciones de la región de Lengupá y colaboraba con el comandante Dumar, coordinándose las ACC para combatir a las FARC con el mayor Víctor Hugo Matamoros, comandante de la base militar del Ejército, acantonada en la vereda Guamal en Miraflores. Fue en esa época, entre 1986 y 2003, en la que los Buitragueños empezaron a impulsar cultivos de amapola y laboratorios para procesar cocaína en los páramos de Miraflores, San Eduardo y Monterrey – Casanare, donde les quitaron las fincas a los señores Ernesto Martínez y Reinel Roa, ubicadas en la vereda El Cafetero, cerca de la inspección de Santa Teresa, jurisdicción de San Luis de Gaceno. En las fincas montaron campamentos de entrenamiento de paramilitares y ejecución de personas inocentes; años después, el Ejército bombardeó los campamentos, desterrando a los paramilitares.

En Miraflores obligaron a los taxistas y dueños de camperos y camionetas a colaborarles, al que no lo hiciera, le quitaban el carro para trasportar personas inocentes hacia sus campamentos. Pero también comenzaron a asesinar gente por montones y frente a los miembros del grupo Guías de Casanare, del Ejército. En ese entonces, los ganaderos, que estaban al lado de las Autodefensas, le regalaron una finca al Ejército para que montara la base militar. Se la compraron a don Julio Rojas, según contaron algunos lugareños que fueron testigos de la expansión de los Buitragueños. Reunían a la gente en sitios estratégicos y sacaban a los estudiantes de clases para alertarlos sobre una supuesta toma subversiva y para advertirles que no salieran de las casas porque corrían peligro, pero lo cierto fue que la presión para que la gente se encerrara, buscaba que nadie se enterara del paso de los camiones llenos de “paracos”.

El poder de los Buitragueños no se limitó a inventarse amenazas guerrilleras, sino que después de 1995 comenzaron, de manera sistemática, a apoderarse de las tierras; llegaban a fincas de ganaderos de una vez con las escrituras hechas y a nombre de otras personas, “o firma o firma”, les decían a los dueños. Lo mismo sucedía con las muchachas que no accedían a sus coqueteos, en contra de su volun-

tad, eran violadas o desterradas cuando no se acostaban con ellos, asegura una persona que vivió en la zona. Mientras ‘Martín Llanos’ lograba consolidarse en el sur y el oriente de Boyacá y Casanare con las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), se fue involucrando cada vez más en el negocio del narcotráfico y otros delitos como la expropiación de tierras y la extorsión a los hacendados, comerciantes y funcionarios públicos, a empresas, a políticos y a ciudadanos del común. Tras la captura de Héctor Buitrago en 1998, su hijo Héctor Germán, alias ‘Martín Llanos’ o ‘Patezorro’ y Nelson Orlando alias ‘Caballo’, tomaron control sobre la organización de su padre. Un tiempo después iniciaron una guerra con los antiguos socios de su padre. Nelson Orlando Buitrago fue capturado en Venezuela, pues fue el segundo jefe de las Autodefensas tiene que responder ante la jurisdicción de Justicia y Paz; hay por los menos 10.000 víctimas que fueron reportadas y que esperan que los exparamilitares comiencen a confesar los delitos que cometieron.

Efraín Sanabria Rondón

Historiador empírico de Miraflores, cedió estas páginas de un conjunto mucho más amplio de escritos, basados en recuerdos, testimonios y entrevistas que ha ido recopilando. Se suprimieron algunos apartes que se refieren a episodios muy conocidos de la historia nacional y otros por ser anécdotas puntuales anexas a la narrativa central.

Aproximaciones a la violencia armada en la provincia de Lengupá (1991-2005)

Casos paradigmáticos



Fotografía: Carlos Julio Molano Caballero. Alto de La Buenavista ubicado entre el municipio de Paez y Berbeo, Boyacá

Según los datos suministrados por el historiador Efraín Sanabria Rondón y otras fuentes de consulta, podemos decir que la provincia de Lengupá tuvo, luego de la violencia vivida en los años cuarenta/cincuenta, una breve calma para recuperarse de las heridas del conflicto. Dicha calma no duró mucho, pues a finales de los setenta la fiebre verde incubó y parió lo que años después se le conociera como las Autodefensas Campesinas de Casanare (ACC). A mediados de la década del ochenta aparece la guerrilla de la FARC-EP en la zona, pero las ya incubadas ACC, el narcotráfico, las Fuerzas Militares y de Policía, junto con ganaderos y comerciantes locales, hicieron un bloque creando un cordón que imposibilitó el avance de las guerrillas, que a la postre terminó causando nuevamente despojo, dolor y horror, al imponerse en la zona un nuevo orden en manos de Víctor Carranza y de los Buitrago, o mejor, el orden de las ACC.

Producto de ese nuevo orden, en este documento presentamos once casos emblemáticos de distintas partes de Lengupá, que permiten comprender el modo como el Estado colombiano, en connivencia con un orden establecido por el paramilitarismo, aparece como violador de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario consuetudinario, según sea el caso, contra la población civil en general y concretamente contra líderes comunitarios, personeros, profesores, alcaldes, comerciantes y personas que simpatizaban con movimientos de ideología de izquierda o simplemente que no se ajustaban a las imposiciones del momento.

Persecución y ejecución de los miembros de la Unión Patriótica, la Alianza Democrática M19 y promotores de la Constituyente de 1991

Paramilitares al mando de alias ‘Dumar’⁶ ejecutaron a miembros del Partido Político la Unión Patriótica, la Alianza Democrática M19 y promotores de la Constituyente de 1991.

Fuentes locales señalan que para el año 1983, unos jóvenes de Miraflores fundaron una taberna que se llamaba “Neroncitos”. Ahí se difundía la nueva trova cubana, música

⁶ Según informes de un testigo, su nombre real era Dumar Romero.

ca de pink floyd, música de Soledad Bravo, música latinoamericana, poesía y temas políticos.

En el año 1984, cuando hubo las negociaciones del gobierno de Belisario con las FARC-EP, surge el Partido la Unión Patriótica a nivel nacional. Entre un grupo de amigos artesanos, muchachos, muchachas y estudiantes de Derecho, se organizó la Unión Patriótica para Lengupá.

Fue una experiencia muy bonita porque, imagínese nosotros trabajando con las uñas. Timbramos las camisetitas con técnica de estampado, moldes y tinta. Y también diseñamos un rodillo porque yo había visto cómo era el asunto en Bogotá. Cuando eso el candidato era Jaime Pardo Leal, a él lo mataron en octubre de 1987. (Relato de uno de los sobrevivientes de la UP EN LENGUPÁ).

Continúa el relato

Nosotros fundamos la Unión Patriótica en Miraflores como una cosa muy abierta y como opción diferente de izquierda y por el lado electoral.

En las elecciones de 1986 inscribimos listas de candidatos al Concejo y esa vez los de la Unión Patriótica sacamos un renglón, encabezado por Hernando Ramírez y Don Luis Lobatón (Q.E.P.D.). Para el año 1987-88 comenzó el paramilitarismo en Miraflores. Empezó inicialmente como limpieza social. No se fueron directamente contra los políticos sino contra la delincuencia común. Y, además, se habían expandido las FARC-EP hacia este territorio de Lengupá.

Entonces, en 1988-1989 se nos vinieron encima los paramilitares a los de la Unión Patriótica. Nosotros salimos de Miraflores en abril del 1989. Miriam había sido la personera y también estuvo en todo el proceso de la Unión Patriótica al igual que Patricia, muchachos de aquí, gente de acá. Todos a volar para Bogotá porque comenzó la matanza de la gente vinculada a la Unión Patriótica. Comenzaron a perseguir a los supuestos contactos de las FARC-EP, supuestos o reales, no lo sé. Decían que perseguían a gente que les hacía los mandados, lo que se conoce como la remesa o que les daban alojamiento o que les vendían la yuca, el plátano.

Cuando inició la matanza en todo el país nosotros nos reunimos y decidimos salir, prácticamente en secre-

to, debido a las amenazas. Algunos salieron del país, como Fabio Moreno, que se fue para Europa. Él era personero local cuando todo eso ocurrió. Él es egresado de la Universidad Libre y también participó en ese proceso.

Lo curioso en Lengupá es que algunas de las personas que promovieron la campaña de la UP, regresan a la provincia posteriormente a promover la constituyente, resultado de las negociaciones entre el Gobierno y la desmovilización del grupo guerrillero M-19.

Después de eso, en 1990, regresamos a hacer campaña a Miraflores para la Constituyente de 1991. Y ganamos las elecciones. Era la primera vez que derrotábamos al Partido Liberal. Esto ha sido netamente liberal. Y eso no nos lo perdonaron nunca. La derecha liberal, la derecha conservadora, los “enemigos agazapados de la paz” decía Morales. Sin embargo, nosotros fuimos a hacer campaña hasta Campohermoso con el M19. Pronunciábamos discursos en la plaza pública, por pueblos de Boyacá. Elegimos concejales del M19 en Campohermoso, don Eliseo Silva Velásquez y un señor Plazas. El primero era ganadero y el segundo era operador de maquinaria pesada. (Relato de otro de los protagonistas).

En 1991 a Eliseo Silva lo mataron en Vistahermosa (Campohermoso), fueron los paramilitares enviados por el capo de las esmeraldas, Víctor Carranza. Por los sucesos ocurridos en la región, fuimos a denunciar eso en la Asamblea Nacional Constituyente; Otty Patiño (Pedraza, 2018) no se interesó mucho, a Angelino Garzón, que fue Ministro de Trabajo y que también fue de la UP, tampoco se le vio el interés, ellos nos dijeron que nos metiéramos a las procesiones de Semana Santa, con pancartas y denunciáramos lo que pasaba. Después arreció la violencia contra la gente de la región de Lengupá.

Creemos que un buen número de familias fueron desplazadas de toda la región y algunas despojadas por los paramilitares para quedarse con sus tierras. Cuando irrumpen los paramilitares ahí sí estuvo la matanza tenaz. Por ejemplo, que se sepa, de Vistahermosa hubo como nueve muertos, entre esos la hija de don Eliseo Silva, que estaba embarazada, le sacaron el feto y lo mutilaron, un caso de barbarie. Fue cuando vinieron

los asesinatos con motosierra. Y empiezan a reclutar muchachos de la región.

Los paramilitares se movían como Pedro por su casa, libres. Aquí había presencia militar real para proteger los intereses del petróleo, un tal mayor Matamoros⁷, que dirigía el Ejército Nacional aquí en la región, metió a los paramilitares. Todo eso coincide con el tema de la Constituyente de 1991.

Entre el 24 y el 26 de febrero de 1991, fueron asesinados veintidós campesinos promotores del voto de la UP, algunos de la Alianza Democrática M-19, y promotores de la Constituyente de 1991 en los municipios de Páez, Campohermoso y San Eduardo. Los nombres de los veintidós ejecutados extrajudicialmente por el grupo paramilitar al mando de alias Dumar⁸, se presentan a continuación por fecha y lugar:

El 24 de febrero de 1991:

1. José Santos Mendoza Roa (Páez)
2. Carlos Barreto Ibáñez (Páez)
3. Sergio Ávila (Campohermoso)
4. Jacinto Pineda (Campohermoso)
5. Benigno Rodríguez (Campohermoso)
6. Marco Aurelio Ruiz (Campohermoso)
7. Jairo Pineda Suárez (Campohermoso)
8. William Pineda (Campohermoso)
9. José Dionisio Grijalva (Campohermoso)
10. José Florentino Aguirre (Campohermoso)

El 25 de febrero de 1991:

11. Senón Martínez (San Eduardo)
12. Manuel Martínez (San Eduardo)
13. Jorge Jiménez Martínez (San Eduardo)
14. Jorge Bernardo Jiménez Martínez (San Eduardo)
15. Carlos Gamboa (San Eduardo)
16. Héctor Martínez (San Eduardo)
17. Tito Ovalle (San Eduardo)

El 26 de febrero de 1991:

18. Jesús Díaz Silva (Campohermoso)
19. Salvador Ávila Peña (Campohermoso)
20. Ángel María Silva (Campohermoso)
21. Elizabeth Jiménez (Campohermoso)

22. Otra persona sin identificar plenamente de apellido Cortez (Campohermoso).

La lista anterior hace memoria de las víctimas de la persecución ideológica en la región. Esta masacre de campesinos de Lengupá fue perpetrada dos meses después del triunfo de las elecciones a favor de la Constituyente de 1991⁹ en algunos municipios de la región.

El asesinato de tres hermanos y la persecución de la familia Martínez

Paramilitares al mando de alias 'Dumar', con el apoyo de Víctor Carranza y tropas del Ejército Nacional detuvieron, amenazaron, torturaron y, posteriormente, ejecutaron a tres hermanos campesinos; Senón, Manuel y Jesús Martínez; amenazaron a Héctor Martínez, Ana Delia Martínez Portugués y desaparecieron a María Concepción, familiar de las víctimas, además obligaron al desplazamiento forzado de esposas, hijos y familiares de las víctimas.

En entrevista a una de las hermanas de los Martínez, ella cuenta:

Hace más o menos 27 años empezó la violencia acá en la Región de la provincia de Lengupá. Voy hablar de la vida de mis hermanos en la vereda La libertad en San Eduardo. Empezaron a llegar paramilitares a la vereda. Eso es certeza. Mis hermanos eran finqueros, Senón, Manuel, Joaquín y Jesús Martínez. Al primero que tildaron de guerrillero fue a Jesús Martínez. Él tenía una finca en la vereda de la Libertad y acostumbraba a traer en su campero Toyota a la gente del pueblo, para hacer el mercado a Miraflores. Jesús trabajaba con madera y con ganado. Además sembraba cultivos. El 15 de mayo de 1989, el Ejército Nacional hizo un operativo en la vereda la Libertad ahí detuvieron a Jesús Martínez Ri-

⁷ Mayor del Ejército Víctor Hugo Matamoros, comandante de la base militar de Miraflores, quien actuó hombro a hombro con los paramilitares Carranceros.

⁸ Alias 'Dumar' comandó el grupo paramilitar denominado los Carranceros que dependían directamente de Víctor Carranza.

⁹ El presidente de Colombia, Virgilio Barco, del Partido Liberal, desde 1988 había acordado con Misael Pastrana Borrero, del Partido Conservador, convocar una Asamblea Nacional Constituyente, hecho que se ratifica luego con la desmovilización de grupos guerrilleros como el M19. El 9 de abril de 1990 fue convocada la elección de los 70 Asambleístas constitucionales.

vera de 47 años, Laureano Moreno de 70 años y a Jesús Moreno Martínez de 15 años.

Los llevaron presos a la base militar de Miraflores. Después los llevaron a los calabozos de la penitenciaría de Tunja. Ahí duraron doce días, mientras el Juez de orden público los mandó el 10 de junio de 1989 a la cárcel del Barne (Tunja). Como no les comprobaron nada, los dejaron libres el 14 de junio en ese mismo año. Cuando se llevaron preso a Jesús Martínez, su esposa Miriam Fernández estaba embarazada. Su hermana un día le preguntó a Jesús: “¿Qué pasa?, ¿por qué lo persiguen de esa manera?” Entonces él dijo: “yo no le debo nada a nadie, yo lo que hago es trabajar como usted ve”. Su hermana le dijo entonces: “váyase de la región porque yo no quiero verlo mal”. Y él contestó: “Yo no debo nada, yo no me voy”.

Al año siguiente, el 31 de enero de 1991, a Hernando Martínez lo mataron en Bogotá. Cuando eso sucedió, Hernando tenía 25 años de edad. A él lo mataron personas desconocidas cuando estaba sacando su camioneta. Lo enterramos sus familiares en Miraflores. Él era campesino y para ese año de 1991, vivía en Bogotá, allá tenía su apartamento. Hernando era el mayor de los sobrinos de la familia Martínez, era hijo de Senón Martínez.

Continúa la entrevista:

El 22 de febrero de 1991, los paramilitares detuvieron a Senón y a Manuel Martínez, acusados de ser guerrilleros en la vereda La Libertad (San Eduardo). Eso no era verdad. Senón pertenecía a la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia (ANUC) y fue un líder muy importante en la ANUC en el departamento de Boyacá. El día que detuvieron a Senón y a Manuel, ellos bajaban de una reunión que tenían del departamento. Senón y Manuel llegaron a su finca y ahí estaban unos tipos vestidos de civiles y armados. A Senón y a Manuel se los llevaron junto con Héctor Martínez, un hijo de Senón. Los llevaron para la cordillera y los torturaron, luego, delante de Héctor, les quemaron los genitales.

El 24 de febrero de 1991, como a las 7:00 de la noche, [comenta Héctor otro de los entrevistados], que a él le dijeron que tenía que irse. Que se fuera y que no mirará hacia atrás. Luego de que él salió corriendo, dieron un tiro al aire. Héctor dice que él sintió los tiros. Héctor

llegó como a las 9:00 de la noche a la casa de la esposa de Senón en la vereda la Libertad. Toda la familia y amigos estábamos en ese shock. Héctor contó que a Senón y a Manuel los estuvieron torturando y les preguntaron cosas sobre la guerrilla, pero ellos no sabían nada. El 25 de febrero de 1991 la comunidad de la vereda La Libertad se organizó para ir a buscarlos. Ese mismo día los encontraron en la vereda. Senón y Manuel estaban sin vida y tapados con unos retales de madera.

La gente decía que el lema de los paramilitares era matar a toda la familia Martínez. Por eso nos recomendaron que todos los Martínez nos fuéramos de la vereda. El día que los paramilitares se llevaron a Senón y a Manuel, Jesús Martínez se fue de la comunidad para salvar su vida. Se decía que los paramilitares preguntaron también por Joaquín Martínez, por eso él se escondió. El día del entierro de Senón y de Manuel, el Ejército Nacional estuvo vigilando. El Ejército Nacional fue cómplice. Cuando eso, estaba de comandante del Ejército un señor Matamoros. Él fue quien trajo a los paramilitares a esta región, los trajo de lejos.

El día del entierro en Miraflores, las tanquetas estaban en varias partes. Estaban vigilando porque supuestamente nosotros éramos una familia muy peligrosa. Eso es mentira. Nosotros nos fuimos de la finca. Mis hermanos, mis papás, todos se fueron de la finca. Todos fuimos trabajadores del campo, solo que ellos eran personas a las que les gustaba ayudar a la comunidad, proteger, cuidar: esos eran mis hermanos. Ese mismo día, en las dos funerarias había dos en cada funeraria. En una estaban mis hermanos y en la otra estaban dos personas que también habían matado los paramilitares. Eran muchos los muertos porque en ese tiempo los traían de diversas partes; algunos de Páez, otros de Vistahermosa, otros de San Eduardo y así sucesivamente, era mucha la violencia que había en ese momento. Enterramos a mis hermanos y siguió la violencia, terrible.

Dos meses después, el 14 de mayo de 1991, los paramilitares desaparecieron forzosamente a Concepción Rincón, una mujer campesina de 44 años, familiar de Senón y Manuel Martínez, en hechos ocurridos en la vereda La Libertad, según la fuente esto fue lo que sucedió:

El 14 de mayo de 1992, entre las 10:00 a.m. y las 11:00 a.m., Concepción se encontraba en la casa haciendo el almuerzo, dos hombres llegaron y dijeron: “Nosotros sabemos que Concepción Rincón es informante de la guerrilla”. Cuando todo esto pasó, un familiar se enteró que las Autodefensas Campesinas se la habían llevado. Después de estos hechos toda la familia de Concepción salió hacia Miraflores y de allí se fueron a vivir al Tolima durante tres años. La fuente dijo que: “Nos dijeron que si denunciábamos nos mataban, por eso yo no denuncié, pero un hermano de Concepción sí denunció ante la Fiscalía”.

En 1995, regresaron a vivir en la vereda La Libertad (San Eduardo).

Así siguió la violencia por mucho tiempo, hasta que persiguieron a Jesús Martínez en Bogotá. Él tuvo que irse de la vereda La Libertad con la familia, aguantando hambre y sin nada para la capital del país. El 14 de septiembre de 1992, a Jesús lo buscaron y lo mataron en Bogotá los paramilitares en un parqueadero. Lo mataron a tiros, pero comenta la denuncia: “Jesús murió de pie, el cuerpo estaba de pie cuando lo encontraron.

Después del asesinato de Jesús, su hijo mayor quedó de 7 años de edad y su hija menor de 3 años.

A los hijos de Manuel Martínez tocó sacarlos de la región. A uno de ellos, de nombre Ariel Martínez, lo acusaron de ser narcotraficante en San Vicente del Caguán. A Ariel lo iba a extraditar, pero se comprobó que la acusación era mentira. Lo ayudó un sacerdote católico en San Vicente del Caguán. A él lo tuvieron preso como siete meses en Bogotá. Su esposa y sus hijos sufrieron mucho. Actualmente tiene un taller de madera.

Comenta Ana Martínez Portugués, hermana de Manuel, Senón, Jesús y Joaquín:

Yo fui víctima del paramilitar alias ‘Dumar’. Fui torturada psicológicamente y amenazada. Sufrí extorsiones, porque cuando llegaban los paramilitares a mi tienda en Miraflores, ellos nunca pagaban. Eso fue en la época del coronel Matamoros. El coronel andaba por las calles vestido de militar. En esa época, algunas personas le llevaban ganado a Matamoros. Eso lo hacía la gente

para que Matamoros dejara de perseguir a las personas o soltara a las personas.

Actualmente, Ana Martínez es integrante de la ANUC y tiene deseos de seguir trabajando por la comunidad

A mí me gusta trabajar para ayudar a la gente, yo ya los perdóné a los que nos persiguieron, a los que mataron a mis hermanos...; fueron muchos años de estar pensando en lo que nos pasó, pero yo ya les deseo lo mejor, ya no les guardo rencor.

A Joaquín Martínez lo sacaron para Tunja. Años después falleció de muerte natural. Su esposa y sus muchachos sufrieron mucho. Finaliza el testimonio:

Aquí derramaron mucha sangre. Los niños de este pueblo estaban traumatados. Aquí estábamos acusados de que éramos guerrilla. Eso es falso.

El asesinato del profesor Henry Elín Ramírez Becerra y el desplazamiento forzado de su esposa Doris Moreno y sus hijas

Paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), según investigaciones de la fiscalía, con participación del grupo armado los Centauros, ejecutaron a Henry Elín Ramírez Becerra, hirieron a otra persona y amenazaron a su esposa y a sus hijas en hechos ocurridos en la Vereda de Barriales —Municipio de Chámeza— Casanare, en proximidades del local de la escuela.

Según la denuncia:

Ese día sábado 24 de agosto de 1991, Henry me dijo: “vaya al banco agrario, les deja plata [a las hijas que estudiaban en Miraflores] y se devuelve”... Acordamos que el niño iría por las mulas al potrero para irnos en la mañana del 24. Henry me dijo: “yo la acompaño hasta abajo donde don Alejandro, y el niño la deja en el río. Si puede regrese el domingo 25... el niño me dijo que él

me acompañaba. Una señora que estaba a la orilla del camino nos dijo: “profesores ahí está un poco de gente armada. En los potreros ahí están con toldos.

Nosotros en lugar de retroceder, avanzamos... cuando esa gente nos salió al camino. Eso nos causó mucho terror... Eran dos muchachos, uno como de 17 años y otro mayorcito. Detrás de ellos venía un poco de gente. Había toldos, cauchos negros. En el potrero habían instalado un campamento. ¡Era una cosa terrible! El muchacho joven me colocó un fusil en la espalda. A Henry le pusieron otro y al niño también. Nos dijo el muchacho: “amarren las mulas y sigan para allá para que hablen con el comandante... Había un grupo numeroso de hombres llenos de municiones, de armas. Eran civiles...El señor nos dijo: “¿Para dónde van?” Le contestamos que para Miraflores. Mi esposo traía un revolver con papeles del grupo Guías de Casanare. Se lo quitaron y le dijeron que el comandante lo iba a tener, mientras llamaban al teniente Díaz en Páez para ver si ordenaba entregarlo [...] El comandante dijo que nos había visto en Miraflores. Y preguntó a mi esposo. Para dónde se dirigía. Le informa mi esposo que él solo me acompañaría parte del camino y regresaba. Nos preguntó que quiénes vivían y pasaban por el camino. Después nos dijo que, si habíamos visto guerrilla y nosotros dijimos que sí, que sí había por la zona. Entonces, el señor nos dijo: “¿ustedes saben quiénes somos nosotros? Les contestamos que no. Nosotros somos paramilitares, somos de las Autodefensas Unidas de Colombia, somos de las AUC, y vamos a estar en este terreno estos días.

Me dejaron seguir. Mi esposo se quedó ahí. Me dijo: “si cuando regrese, la situación está muy crítica en Sirasí, no vayas a pasar”. Nos despedimos. Yo miré y la montaña estaba llena de gente. Henry me dijo: “La gente está toda asustada y se fueron todos a la casa de don Alejandro. Voy a ver qué les pasa, voy a darles moral. Mija, devuelve el chino rápido que yo lo espero acá. Me saluda a mis hijas y tenga mucho cuidado por el camino. Me fui. El niño me llevó hasta al puente. Cuando me sale el Ejército Nacional”. Yo pienso que ellos iban apoyados por el Ejército Nacional”. Estaban todos pintados la cara. Yo llegué y la mula se asustó toda. Se me acercó un señor todo pintado y me dijo: “por favor señora, se baja de la mula”. Me preguntó: “qué lleva ahí”. Yo le dije que una muda de ropa, una máquina de escribir para una hija mía” Y me dijo: “ah, bueno, ¿y cuándo

viene usted?, ¿cuándo regresa? ¿Usted vive por acá?” Yo le contesté que sí que yo vivía en la vereda arriba, le comenté que era la maestra de la escuela. Me preguntó que a cuánto estaba Chámeza, advirtiéndome de paso que no dijera que ellos estaban por allá.

Pasé y más adelante me encontré a otro grupo. Tres veces me bajaron y tres veces me interrogaron. Hasta que llegué al Carmen de Sirasí. Allí, se me acercó el inspector de Policía, don Pedro y me dijo: “profe, camine que la invito a desayunar”. Pero yo le contesté que iba a la carrera, que iba a buscar un carrito o algo que me sacara para ir a mi pueblo: “voy a buscar a mis hijas”, “voy como gallina a buscar mis hijas”. Le comenté que quería que me llevaran hasta Páez para salir hasta Miraflores. Dijo: “camine y desayuna”. Don Pedro me quería preguntar algo. Me dijo: “profe, dígame la verdad. ¿Usted se encontró con gente en el camino? Y yo sentí como que Dios me decía: “sí, dígame”. Entonces yo le dije: “sí, yo me encontré con el Ejército Nacional”. Después me dijo: “profe, el Ejército bajó antes de las cuatro de la mañana por acá, nosotros los vimos pasar...profe: hay gente, qué pasó para San Eduardo, esa gente va a hacer una matazón allá”. Días antes habían amarrado gente en los postes de Sirasí para fusilarlos”. Nos despedimos y continué mi camino hasta que llegué a Miraflores.

El domingo 25 de agosto, yo estaba ya lista para regresar a la vereda. Había sacado un expreso y le dije a mi hija menor “mamita nos vamos a ver a su papi”. Esa niña estaba feliz... Después vino mi mamá. Me tomó de las manos. Y ella me dijo: “fue que mataron a su esposo”. Yo me puse muy mal, comencé a gritar por las calles de mi pueblo. En las calles de Miraflores había cascabeles por todos lados. Esto era una situación horrible...

Lo que dice el niño y que nosotros creemos es que él se regresó con su papá... Que había un poco de gente más arriba de la finca de los Camacho y que los pararon. Que a él le dijeron que se fuera. Pero él no se quería ir. Lo amenazaron con un arma. Le dijeron: “es que tenemos que hablar con su papá”. Entonces, Henry le dijo que se fuera... El niño se fue en el caballo... y esperó toda la noche solito y a la luz de una vela [...] Pero su papa no volvió. Fueron algunas personas y les dijeron a otros vecinos que por qué no hacían una ronda, que ellos habían visto bajar por el camino a los profesores. Le dijeron al niño: “mijo, ¿y su papá y su mamá dónde están? El niño dijo: “mi mamá se fue para Miraflores, y

mi papá no ha subido, lo detuvieron unos señores” ... Que los tipos subieron a la escuela. El niño pregunta por su papá y ellos le contestan: “su papá, ese negro... si no está herido, está muerto”. Se robaron los aperos de las bestias, dinero, algunas joyas, el radio, los documentos de mi esposo, comieron y se fueron.

A los 8:00 de la mañana., según las versiones de unos vecinos, se escucharon un poco de tiros [...] Ese mismo día tirotearon a otra persona, pero esa persona se voló y se fue herido y avisó en Chámeza a las autoridades. Nadie quería venir a buscar al profesor, no quería venir ni el alcalde, ni las autoridades. Los maestros se unieron y subieron a la vereda. Fueron los maestros, los que encontraron a mi esposo tapado con unas ramas encima de su cuerpo. Lo asesinaron dentro de un potrero.

Cuando el cuerpo de mi esposo llegó a Miraflores, algo que me marcó mucho, fue cuando iban a descargar el féretro en mi casa y la gente no permitió porque mi tío tenía una funeraria y él dijo; para Henry lo mejor y ofreció todos los servicios. Cuando mi chinita, la mayor vio el féretro, ella se fue corriendo detrás del carro, gritando “papito, papito”. Ella corrió a alcanzar a papá. Eso es algo que marca la vida y que uno no puede borrar de su mente. Eso es un fracaso, es como decir: “se me acabó la vida, se acabó todo”.

Luego un problema con la estadía de los sindicalistas. Tocaba pedir permiso al comando para que los dejaran esa noche. Eso era una cadena de cosas. Después a arreglar los hospedajes. Unos se quedaron en un hotel, otros se quedaron en mi casa. En la funeraria entraban los paramilitares que lo habían asesinado, a ver si era verdad o no que mi esposo estaba muerto.

Hubo entierros simbólicos. Lo llevaron de la funeraria a la Iglesia. Se reunieron los colegios, gente de los municipios. Una de mis hermanas, al pie del féretro de mi esposo, afuera de la Iglesia de Miraflores, manifestó: “no pueden estar matando a la sangre de nuestro territorio de esa manera, nosotros somos un territorio de paz y esto no puede estar ocurriendo”. Qué tristeza. Pero en estos crímenes participaron personas de nuestros pueblos.

Yo me pasé atrás del féretro y pensaba: “¿a qué hora nos dan tiros a todos, a qué hora nos matan a todos ahí?” Todo el pueblo acompañándonos con flores y más flores. Las gentes estaban compungidas y aterrorizadas. Él era una persona de 36 años, súper divertido, con muchos amigos en el pueblo... hay personas que lo recuer-

dan después de 28 años de fallecido y dicen: “Nunca pensamos que a un maestro lo quisieran tanto”. “Es que él fue un hombre bueno, él nunca le hizo daño a la gente, siempre le dio la mano a todo el mundo.

Continúa la profesora Doris Moreno, esposa de Henry Elín:

Yo llegué a Cali con una hija de diez años y medio y la otra hija de seis años y medio. Me fui de Chámeza porque pensé: “me matan”. Yo era la fiel testigo de todos esos hechos. Mis hijas son líderes como su papá. La gente en Cali me dio la mano cuando más lo necesitaba. Formamos la familia que no teníamos allí. Tengo un amigo sacerdote que me ayudó. Me bécó a las niñas en el colegio. Nos tocó pedir fiado el mercado. Duraron un año mis hijas sin poder estudiar por el cambio de calendario. Yo les dictaba clases en la casa.

En Cali empezamos otro proyecto de vida. Mi hija menor es psicóloga y maneja primera infancia en el área rural. Está terminando una especialización en psicopedagogía. Mis hijas salieron muy juiciosas. Yo les dije: “su papá ya no vuelve, aunque lloremos lágrimas de sangre. Hay que hacer lo que habíamos proyectado con su papá y con el favor de Dios vamos a cumplirlo.

Somos un equipo de trabajo y somos amigas del alma. Mi otra hija es contadora pública. Yo hice dos carreras: una en la Universidad San Buenaventura en Cali e hice otra en Los Libertadores de Bogotá. Todo esto pasó. Yo creo que esto tan doloroso, ni yo, ni nadie en Chámeza, Páez, Sirasí, Miraflores, y poblaciones circunvecinas debió vivir. Somos gente de bien. Murió mucha gente; nuestra región se convirtió en un cementerio y por sus calles corría el terror cuando la noche llegaba.

Debo anotar que algunos de nuestros estudiantes, padres de familia y vecinos murieron en esta guerra inútil. El derecho a la vida se violentó. Mataban y torturaban a diestra y siniestra por cualquier situación, por pequeña que fuera: Por una cerca, por una deuda, por un comentario, por problemas conyugales, etc.

El padre Bernardo Arbeláez (paisa) era un gran líder en Chámeza. Tenía un internado. Debí salir porque también lo asediaban y lo querían matar. Por los años 90 y 91, llegó la guerrilla y nos sacaban a cualquier hora. Llegaban los paramilitares y nos formaban. Llegaba la Policía y nos culpaban. La Policía llegaba en la noche

y uno tenía que darles hospedaje. Entonces llegaba después la guerrilla y nos decían: “ustedes trajeron a la policía”. Eso, decían que como era la comunidad más grande de Chámeza, el asesinato de mi esposo iba a ser un escarmiento. Asesinan a la alcaldesa del municipio, una mujer de trabajo, con proyectos e iniciativas para mejorar su pueblo. Pobres de nosotros [...] Estábamos entre la espada y la pared.

Yo por eso [...] no puedo callar esto. Mi esposo fue un hombre sano y hay que darle como ese honor a esa persona. Yo ya no siento miedo. Al principio, cuando venía a mi pueblo, duré con trauma mucho tiempo. Yo no me acercaba ni al bosque porque sentía que me iban a salir de todas partes. Duré mucho tiempo sin ir al río, pero después dije no “que se haga la voluntad de Dios, pero yo a mi pueblo tengo que volver”.

Mi esposo fue una persona que dejó mucha huella. Nos formó con valores, con compromisos muy serios; con un gran proyecto de vida que poco a poco fuimos reconstruyendo. La gente a donde llegamos nos dio la mano y tratamos de hacer lo que él siempre quiso, que fue tener sus hijas preparadas.

Recientemente fui a Chámeza para sanar mi corazón y ahí estaba toda esa comunidad que tanto quisimos. Quería hacer el duelo que durante 27 años no había podido hacer. En Chámeza, al frente del templo, hay una placa en mármol donde están todos los muertos de esa época. Ahí están. Yo nunca he dejado de llorar a mi esposo y menos un día del maestro. La gente ahora que yo bajé, después de 27 años, me decían: “profe, yo creo que usted nos ayudó a sanar un poquito, porque nuestro profesor se fue y nunca más lo volvimos a ver, y él fue nuestro padre, nuestro orientador, la persona que nosotros quisimos, nuestra alegría, la fiesta, ya que él era muy divertido.

En el templo se celebró la santa misa en honor a mi esposo y las demás víctimas y allí expresé: “Les doy las gracias por habernos permitido trabajar en su comunidad. Lamentablemente no salimos como teníamos que salir, por las cosas que sucedieron aquí. Ustedes son unos guapos, unos emprendedores”. Yo saqué todo lo que tenía. Ese día me liberé. Todos lloramos, aplaudimos, todo mundo se expresó.

Chámeza es un pueblo hermoso, que estuvo sumergido en el fango, pero en donde sus gentes con mucha entereza, lograron reconstruir su pueblo y sus vidas. Pensaba: “cómo esta gente volvió a nacer otra vez”. Mis

muchachos me llaman y me recuerdan. Yo al principio me sentía muy derrotada por la docencia, pero analice que: “la comunidad no era culpable de nada”. Fueron víctimas. Algunos huyeron para Bogotá y otras poblaciones a vivir en condiciones de hacinamiento, sufriendo necesidades y revictimización por parte de algunas personas de la sociedad y del propio Gobierno.

Toda esta situación la denuncié ante organismos departamentales, a Amnistía Internacional, en reuniones, universidades. Le escribí al doctor Iván Cepeda para contarle mi caso. Él me dio respuesta a través de un documento. Denuncié el desplazamiento forzado y el trato inhumano que se daba a las víctimas, ya que de pronto unos tenemos más oportunidades que otros, ¿pero el desplazado? Yo por lo menos tenía trabajo, ¿pero el campesino que no tiene una palabra para expresar todo lo que le ha pasado? Yo fui a RCN y aseveré a los periodistas: “es que esta media Colombia no sabe lo que le pasó en la otra media Colombia”. Me decían que si lo que yo contaba era cierto o era de ficción.

Ese dolor nunca pasa, yo por eso a mis niños de la escuela [en Cali] cuando empezaban con sus armitas de juguete y las armas de palo, les decía: “no, no, no papiitos qué pena, empiezan con estos juguetes de palo y terminan metidos en cuentos que no son. La vida no es esa”.

Por esa razón y ya en Cali escribí en una cartelera “Jóvenes reconstruyendo el mundo”, plasmando el verdor de las montañas y los valles y no el color gris de las explosiones y las bombas; el colorido de las flores que brotan y disparan amor y respeto y no metrallas que lanzan balas para asesinar a los hombres; el azul celeste del firmamento, que simboliza la paz y la vida en armonía de mi Colombia entera.

Me convertí en la furibunda defensora de los niños desplazados. Me aterraba y reclamaba: ¿por qué en un colegio le van a pedir a unos niños desplazados documentos? Yo les decía: “pero cómo se les ocurre, si yo soy desplazada y mis hijas tuvieron que llegar sin documentos. Esos niños a veces salen de sus casas, que han sido incendiadas y quedan indocumentados, ¿y por ello no van a tener acceso a la educación? Yo denuncio si no los reciben”. Como sufrí en carne propia esa situación, debía ayudar a otros”. las consecuencias de la guerra solo la conocen los que han estado en ella. El caso de mi esposo se publicó en la revista Fecode n.º 24. Dicen que ahora hay detenidos en Yopal y en

internet hay una en la que aparece un texto titulado: Casanare: exhumando el genocidio, en donde se relatan los hechos que estoy denunciando.

Como víctima de la guerra, exijo de las autoridades colombianas justicia, reparación y no repetición de estos hechos abominables, como los acaecidos en nuestra tierra. Que se explique el motivo de esos crímenes, desapariciones y desplazamiento forzado. Deseo conocer la verdad de lo sucedido de boca de los victimarios y que se conozca qué estamentos y personas fueron cómplices de estas masacres. De esta manera solo será posible la reconciliación nacional. Si por esta denuncia muero... que llegue la muerte para liberar a otros, a quienes les han callado la voz.

El atentado contra el personero Nelson Arturo Ovalle Díaz

Un desconocido, armado, atentó contra Nelson Arturo Ovalle Díaz, en hechos ocurridos en la carrera 6 No. 3-14, en el parque central del Municipio de Miraflores, Boyacá. Según la denuncia, el día 28 de agosto del 2001, siendo las 8:00 p.m., Nelson Arturo Ovalle Díaz salió a cenar a una cafetería cercana a su oficina de personero. Ovalle estaba sentado en la cafetería, situada a cincuenta metros en diagonal de la estación de Policía, cuando un hombre armado llegó y le disparó cuatro veces. Los disparos fueron dirigidos hacia la cabeza y luego al pecho. Por el disparo de la cabeza se vino hacia abajo; el del pecho le pasó por un lado del corazón y le cogió el pulmón. La Policía tardó más de 15 minutos en llegar al lugar de los hechos.

Nelson Ovalle fue llevado inicialmente al Hospital regional de Miraflores, y luego fue trasladado al Hospital San Rafael de Tunja donde fue estabilizado. Después, fue trasladado a un centro clínico de Bogotá dada la complejidad de las lesiones y por su propia seguridad. Le hicieron varias cirugías plásticas en la cara. Del pulmón tuvieron que extirpar una parte. Y de los brazos se recuperó a pesar de las lesiones.

De acuerdo al oficio no. 50004-2585 suscrito por Luis Bernardo Díaz Gamona, Defensor del Pueblo, Regional de Boyacá, de fecha 29 de agosto del

2001, dirigido al doctor Juan Carlos Botero Ospina, Defensor del Pueblo, Bogotá, D.C., “Días antes del atentado, [Ovalle] ya no se hospedaba en su domicilio particular, porque era acosado por personas extrañas que lo seguían”; de acuerdo al mismo oficio, la víctima denunció ante la Defensoría de Boyacá “varios casos de personas desplazadas por amenazas provenientes de paramilitares, que incluso llegaron a forzar el reclutamiento de varios jóvenes”.

En el Congreso Nacional de Personeros, realizado en junio del 2001, de acuerdo a la constancia emitida por el personero de Medellín, Jorge Alberto Rojas Otálvaro, “desde el año 2001 tuve conocimiento del estado de amenazas contra su vida, que un grupo armado ilegal venía haciendo reiteradamente sobre el doctor Nelson Arturo Ovalle Díaz [...] Dichas amenazas se originaron en su desarrollo de las labores de control, defensa y promoción de los derechos humanos de Miraflores”.

Debido a estas amenazas, el mismo abogado Ovalle solicitó protección a las siguientes dependencias según consta en el oficio 008874 de la Directora Nacional de Atención y Trámite de Quejas de la Defensoría del Pueblo de Colombia, dirigido al Sr. General, Luis Ernesto Gilibert, director general de la Policía Nacional de fecha 9 de abril del 2001, donde se pide que, dada la negativa del Comando de Policía Local de Miraflores para brindar protección a Nelson Ovalle, se solicita al señor General “adoptar las medidas necesarias para salvaguardar la vida e integridad personal del señor Nelson Arturo Ovalle Díaz”.

El Doctor Fabio Adalberto Serrano Salamanca, Fiscal Segundo Especializado de Tunja, solicitó al Mayor Juan Carlos Serrano Gil, Comandante del Batallón Contraguerrillas n.º 44 Héroes del río Iscuandé, “garantizar la vida e integridad personal del Doctor Nelson Arturo Ovalle Díaz”.

Veinticinco días antes del atentado contra el doctor Ovalle, mediante el oficio no. 1110. DIV05 BR1 BCG44 CDO de fecha 3 de agosto del 2001, el Mayor Juan Carlos Serrano Gil respondió: “me permito comunicarle que la misión que cumple el Batallón de Contraguerrillas n.º 44 (...) es la vigilancia y seguridad del oleoducto km 42 al km 249 al igual que la Estación de Bombeo de Miraflores”. Esa protección del oleoducto se debe, como denunció el

desprotegido abogado, a que las mismas empresas involucradas en la construcción del oleoducto pagaban para que el Ejército Nacional las protegiera.

Cinco días antes del atentado, Carmen María Lasso Bernal Coordinadora del Grupo de Protección a Testigos y Personas Amenazadas de la Dirección General para los derechos humanos del Ministerio del Interior, mediante el oficio n.º 6018 de fecha 23 de agosto del 2001, le comunicó al doctor Nelson Arturo Ovalle Díaz lo siguiente:

En atención a los antecedentes que nos remite, relacionados con su caso en el que nos solicita se le brinde seguridad, me permito informarle que el Ministerio del Interior [...] adelanta un Programa de Protección a Personas que se encuentran en situación de riesgo [...] [con] causas relacionadas con la violencia política o ideológica, o con el conflicto armado interno que padece el país cuya población objeto corresponde a: [...] dirigentes y activistas de derechos humanos, testigos de violaciones a los derechos humanos [...] Cabe anotar que por las características del caso en estudio, el mismo no encuadra dentro de la población objeto descrita en la norma[...]

Nelson Ovalle, en 1997, fue secretario de Gobierno en el municipio de Apulo, Cundinamarca. En ese año, tuvo que hacer frente a los hechos de violencia cometidas por las FARC-EP. Le tocó organizar las elecciones municipales y tenía la responsabilidad del orden público y denunció amenazas de las FARC-EP contra los electores.

Durante su periodo como personero de Miraflores (1998-2002), Nelson Ovalle denunció casos de violaciones a los derechos humanos e interpuso acciones populares contra empresas, la administración pública y personas involucradas en temas que afectaban directamente al medio ambiente. También hizo denuncias de casos de mala gestión de recursos públicos de la región. Asimismo, denunció el reclutamiento forzado de menores por parte de las Autodefensas Campesinas del Sur del Casanare, lideradas por Héctor Buitrago (Padre e Hijo), alias el ‘Tripas’, alias ‘Martín Llanos’ y alias ‘Caballo’.

En ese entonces (1998-2002) se denunciaba en los medios de comunicación lo que estaba pasando en la zona de despeje de San Vicente del Caguán

con las FARC-EP. Nelson Ovalle, al mismo tiempo, denunció en la radio lo que estaba pasando en el sur oriente de Boyacá: el Estado había dejado ese espacio para los paramilitares, por ejemplo en Berbeo, Rondón, San Eduardo y en Campohermoso el Gobierno quitó las policías y dejó el espacio a los paramilitares.

Nelson Ovalle Díaz denunció ante la Fiscalía que, al contrario de las FARC-EP, en sus áreas de influencia, en las elecciones del año 2000 y siguientes, en sus zonas de influencia las Autodefensas Campesinas del Sur del Casanare eran promotoras del voto de ciertos candidatos y quienes ganaran debían compartir el 30% del presupuesto público con ellos. Este hecho hizo que algunos actores políticos de la región se molestaran y esa misma denuncia fue la que más enemigos le generó.

Nelson Ovalle señala: “Yo salí para Canadá el 30 de enero del 2002. Me ayudó el Comité Internacional de la Cruz Roja. Después del asesinato de mi papá, el señor Carlos Ovalle Gordillo, el 26 de febrero del 2002, yo dejé de denunciar”.

El asesinato de Carlos Ovalle Gordillo, la persecución y desplazamiento forzado de toda su familia

Paramilitares, autodenominados Autodefensas Unidas del Casanare, ejecutaron a Carlos Arturo Ovalle, intentaron atentar contra la vida de su esposa María Elvia Díaz y amenazaron de muerte a un trabajador de la finca en hechos ocurridos en la vereda Chapacía en horas de la mañana. Igualmente, declararon objetivo militar a los miembros de la familia campesina Ovalle Díaz.

Según la denuncia:

Ese día 26 de febrero del 2002, en horas de la mañana, María Elvia y su esposo Carlos Arturo se encontraban trabajando en la finca de su propiedad en labores de agricultura. Habían solicitado el servicio de un tractor a la Alcaldía de Miraflores (Boyacá). Escucharon que el tractor venía lejos y dijeron: toca ir a decirle al señor Carranza, el tractorista, por dónde entrar a la finca. Ellos se fueron para la casa y Carlos Arturo entró

al baño; cuando escucharon que el tractor estaba muy cerca de la casa, María Elvia dijo a su esposo que ya había llegado el tractor. Carlos Arturo le dijo a María Elvia que había que buscar el recibo de las horas que se habían pagado, tocaba mostrarle al operario del tractor el recibo en el que constaba que ya estaba pago el servicio. Él salió del baño, cogió el recibo y se fue para el lote donde el tractorista tenía que trabajar.

Carlos Arturo dejó en la casa el revólver que siempre llevaba. María Elvia se quedó en la casa haciendo oficio y los ladridos de la perra de la finca llamaron su atención. En un momento salió de la casa y vio en el potrero varios hombres desconocidos y armados, se fue caminando hacia el lugar donde estaban Carlos Arturo y el tractorista. María Elvia se sorprendió e ingresó nuevamente a la casa, se dirigió hacia el patio y desde allí vio a otro hombre armado apuntando con un arma de fuego a un obrero que se llamaba Giovanni Vargas. María Elvia ingresó nuevamente a la casa sin ser vista y se ubicó en un lugar por donde escapar, corrió rápidamente y pasó sobre una malla que rodeaba la casa por el frente y se metió entre unas matas de cayeno debajo de un palo de mango, justo en ese momento escuchó dos disparos y un grito de su esposo Carlos Arturo, siguió por entre los árboles y el cafetal. Enseguida escuchó una ráfaga. Apuró el paso y siguió corriendo hasta llegar a la casa de una finca vecina, sin saber con certeza el estado de su esposo.

Uno de los vecinos de la casa donde ella se resguardó se fue hasta el pueblo para avisarle a su hijo Miguel Ángel, quien acudió a la Policía Nacional para que lo acompañaran al lugar de los hechos, pero se evidenció la falta de voluntad de los mismos. Al día siguiente fueron las exequias de Carlos Arturo. En el velorio, el Defensor del Pueblo de Tunja abordó a María Elvia y le manifestó que era necesario que toda la familia abandonara el municipio, pues la amenaza era sobre todos. Toda la familia Ovalle Díaz se trasladó a la ciudad de Bogotá y posteriormente salió del país.

Continúa la denuncia:

En los últimos días de enero de 2002 contactaron a otro de sus hijos, Miguel Ángel Ovalle Díaz, para ir a Tunja (Boyacá) a la Defensoría del Pueblo. Miguel Ángel fue en febrero a la oficina de alertas tempranas y allí le dijeron: “Usted y su familia están en alto riesgo y deben salir del municipio. Deben buscar protección”. Le dijeron que toda la familia era objetivo de los paramilitares. Miguel Ángel se fue a hablar con su papá Carlos Arturo Ovalle en la finca en Chapacá. Ese día él estaba en una reunión en la escuela. Le comentó a su papá la información de Tunja, le dijo que tenían que salir. Su papá le dijo: “mijo, lo que pasa es que yo no le he hecho nada a nadie, yo no le debo nada a nadie, yo lo único que he hecho es trabajar por la comunidad y por la finca; yo no voy a salir corriendo porque yo no le he hecho nada a nadie”. Mi papá era de un carácter fuerte. Mi papá tenía de toda la vida un arma.

Carlos tenía un revólver. Ya le habían hecho varias emboscadas, lo seguían, por eso él andaba con su arma. Un día él estaba haciendo un mandato del acueducto de la vereda. El mandato era de la comunidad. Y donde él estaba, andaban por ahí abajo los paramilitares. Una de sus intenciones era llevárselo para forzar la presencia de mi hermano Nelson Arturo en la comunidad. Ese mismo día, cuando mi papá terminó de hacer el mandato, fue a una tienda junto con otros compañeros campesinos y pidió algo para tomar. En la tienda estaban como cinco del grupo paramilitar. Uno de ellos se le acercó y le dijo: “don Carlos tiene que acompañarnos”. Pero mi papá sacó su revólver, se lo puso en la cabeza y le dijo: “si alguien lo va a acompañar, le mando esta compañía”. El sujeto quedó frío porque no pensó que mi papá tuviera ese carácter y esa valentía. Pensó que mi papá sí iba a acompañarlo. Entonces el sujeto se fue con su grupo. Mi papá se quedó con el arma en la mano, se tomó la cerveza y se vinieron a casa con los vecinos.

Otro día, un domingo, en enero del 2002, mi papá se fue a comprar un pedazo de carne en la plaza para almorzar antes de mediodía, pidió su carne y se sentó. En ese momento llegó otro tipo de esos y le dijo: “Don Carlos tiene que acompañarnos”. Mi papá sacó el revólver se lo puso en la cabeza y le dijo: “si alguien se va a ir con usted, aquí le voy a regalar lo que se va a ir con usted, déjeme en paz, déjeme tranquilo”. Esa fue la segunda vez que intentaban llevárselo. Mi papá era una persona de carácter fuerte y que no se iba a dejar

amedrentar con palabras. Después de esas dos veces, le empezaron a planear algo más fuerte.

Un día mi papá estaba tomado por allá con unos amigos conocidos de él. El ya andaba prevenido. Ese día notó que llegaron personas de ese grupo que se bajaron del carro; apenas vio eso le dijo a la señora de la tienda: “permiso que voy pa’l baño”. Pero mi papá en realidad se escapó. Se fue por el solar de esa casa, paso a otro solar y luego a otro. Ese día llegó por atrás de la casa de mi tío Jorge Ovalle, entró por un hueco que daba a un sótano. Eso fue poco antes del 26 de febrero del 2002, para entonces, ya le habían planeado la emboscada en la finca.

Ellos lo andaban persiguiendo, tenían mucha información. Ellos ya sabían que mi papá tenía un arma. Le temían por su carácter. Es que haber cinco personas armadas y él sacar un arma, eso no lo hace cualquiera. Saber que hay personas armadas y él sacar un arma y ponérsela en la cabeza al jefe de ese grupo porque entre ellos hay uno que es la cabeza [...] eran personas acostumbradas a que todo el mundo hiciera lo que ellos dijeran. Y no se esperaban que de pronto alguien, un señor les dijera: “aquí las cosas no son así”.

Agrega la denuncia que:

Después del atentado a mi hermano Nelson Arturo, el 28 de agosto del 2001, él inició trámites para salir del país; luego de la muerte de mi padre, el resto de la familia también. El primero en salir del país fue mi hermano, que ya se podía valer por sí mismo, luego de varios meses de recuperación. Él salió del país como en enero del 2002. Los que ordenaron el atentado contra mi padre no sabían que mi hermano había salido del país. Los paramilitares querían que regresara al pueblo para matarlo. A mí me hacían seguimientos. A veces bajaban en carros, se estacionaban cerca. Yo vivía en la vereda Pueblo y Cajón (Miraflores, Boyacá). Uno sabía quiénes eran los informantes de ese grupo, uno sabía que le echaban el ojo. De noche uno sentía que estaban cerca. Pero yo nunca pensé que pudiera ser víctima de un atentado o algo. Pero cuando me advirtieron que saliera, yo pensaba mucho en eso que pasaba alrededor mío. Fue cuando pensé, sí puede ser. En ese momento, yo tenía dos niñas y mi esposa.

Nos vinimos para el pueblo (Miraflores). Le dije a un vecino que nos cuidara las cosas. Después, asesinaron a mi papá, Carlos Arturo Ovalle. Ya no había más que hacer. Lo único que hicimos fue enterrarlo [...] con odio, con rencor, con tristeza, de todo, pero no había nada más que hacer. No podíamos quedarnos un día más. Salimos a Bogotá unos días y aplicamos para salir del país rumbo a Noruega, Costa Rica, Canadá. Nos salió a Costa Rica y a Canadá. Decidimos irnos para Canadá. Allí estuvimos dos años. Bueno, yo estuve dos años con mi señora y mis dos niñas. Tanto en Bogotá como en Canadá el cambio fue muy duro, no fue un traslado planeado. Casi que cuando íbamos de aquí (Miraflores a Bogotá) nos queríamos devolver. Es que no le habíamos hecho daño a nadie. Al contrario, nuestra familia siempre se destacó por servirle a la comunidad, a los vecinos.

Uno pues siente un gran vacío, un rencor por toda esa situación, pero fue beneficioso haber salido un tiempo, porque si uno se queda aquí, vencer el rencor no es fácil. Digamos, llegar a perdonar, a que eso no le afecte a uno digamos para la vida y seguir para adelante es muy duro. Después se supo que los asesinos de mi papá alardeaban de haberlo asesinado. Cuando están allá se sienten reyes y dicen “yo soy esto”, “yo soy lo otro”. No es fácil ver a una de esas personas y no sentir rencor, es duro, es difícil. Dar el paso hacia la reconciliación no es fácil, no es de hoy para mañana, eso lleva tiempo. Lleva tiempo que uno tenga esa capacidad de decir: no gano nada con odiar, no gano nada con desearles el mal, no gano nada con buscar hacerle algo a esas personas. A veces, uno piensa: “tengo que buscar quién fue, tengo que hacer algo contra ellos”. Son muchas las razones que a uno lo llaman a hacer eso, pero lograr vencer el rencor es bueno. Es bueno porque a uno le da la tranquilidad, le da paz.

Ahora puedo estar aquí un poco más tranquilo, tomando un tinto y sintiendo misericordia. Hoy, siento tristeza por esas personas que no supieron actuar en su vida. Quizás se dejaron llevar, se dejaron influenciar, se dejaron creer de un arma en la mano. Se sintieron grandes con las armas, pero no pensaron que le estaban haciendo daño a otras personas. Fue muy duro, sobre todo los primeros meses, después de haber regresado a Colombia. No sé si cambia uno o uno se acostumbra, pero algo pasa [...] Para mí sigue siendo duro no tener a la familia acá. Mi mamá sigue en Canadá. Yo soy el

único que regresé en el año 2004. Acá no tengo a mi hermano, no tengo a mi papá [...] Tengo a mis dos hijas que ya crecieron, pero no tiene uno a los otros seres queridos acá. Pasan los cumpleaños de uno, pasan los cumpleaños de otro.

Uno se acostumbra a sobrevivir, pero lo más importante es que ya no tengo rencor. De esas personas siento tristeza, misericordia y puedo hasta pedir que les vaya bien y que no les vaya mal, porque yo sé que solo me hago daño si trato de odiarlos, de tenerles rencor, de buscar que les pase algo o hacerles algo. No voy a conseguir nada, solo me voy afectar a mí mismo. Tras abandonar Miraflores, pensando en ubicarnos en otro país, fuimos a la Defensoría e hicimos la declaración y ahí en Bogotá teníamos una piecita. Éramos, mi mamá, mis hijos, mi señora, un primo y mi hermana. Estábamos como siete en una piecita con dos colchonetas.

Nos tocaba por el día parar las colchonetas y cocinábamos ahí mismo. Por la noche, poner otra vez las colchonetas. Teníamos un baño que había afuera, el cual compartíamos con otras personas. En Canadá, los primeros días más o menos igual. Vivíamos escondidos en un sótano. Allá, un señor caritativo nos dio hospedaje. Canadá es muy diferente que acá en Miraflores. Allá no es como acá que pueden llegar diez personas a una casita y nadie dice nada. Allá, si hay un movimiento “extraño”, informan. Entonces nos tocaba estar muy discretamente para que al señor que nos hospedó no le llamaran la atención, porque hay reglamento.

Nosotros pedimos un préstamo por la Organización Internacional de Migrantes (OIM). Y con ese préstamo cubrimos todos los gastos del viaje. Nos pusimos unas vacunas, nos hicimos unos exámenes, un montón de vainas que teníamos que hacer. Los primeros días uno ni siquiera hablaba. Una de mis hijas tenía cuatro años y la otra tenía dos años. Y pues, no se podían mover mucho porque tocaba ser discretos, porque si no los vecinos se podían dar cuenta de que nosotros estábamos ahí. Y no podíamos salir todos. Teníamos que hacer turnos: digamos, uno salía a las 5:00 a.m. y a las 6:00 a.m. salía el otro, y por ahí a las 7:00 salía otro. Y no había mucha cosa que hacer. Salíamos a buscar trabajo o alguna cosa como comprar el mercado. Y para llegar a la casa lo mismo, se sentía feo.

Uno estaba acostumbrado a vivir con amplitud acá en Miraflores y allá era muy diferente: mirar a un niño que no pudiera reír, que no pudiera saltar, a uno le daba tris-

teza. En todo momento, los teníamos que callar cuando estaban acostumbrados a gritar, a correr, a revolcarse, a dar botes. Era muy duro tener que decirles: “quédate ahí, ahí, ahí y tampoco llore”. Uno se estresaba, eso no era vida. Cuando nos fuimos a Canadá teníamos un lote pequeño y cuando nos íbamos a ir tocó ofrecerlo al mejor postor. Vendimos unos animalitos. Se cogió algo para irnos. Con esa plata pagué deudas y el resto lo gasté en Bogotá con los trámites en la Embajada, el pasaporte, la visa... Nos quedó un poquitico que cambiamos por unos 50, 80 dólares, era lo único que llevábamos. Mi predio era pequeño y pudo haber valido un buen precio, pero como tuvimos que venderlo así de afán, era pequeño, pero estaba bien ubicado, sobre la vía que va para Tunja.

Al regresar a Miraflores en 2004, mi mamá no quería que nos devolviéramos porque aún había presencia de los paramilitares acá. Y había desconfianza. Pero afortunadamente fue pasando el tiempo y nos fuimos a la finca como viendo a ver qué pasaba. Giovanni, el trabajador, estaba viendo la finca. Después vino la negociación de Álvaro Uribe con los grupos paramilitares, en Justicia y Paz. Ellos no eran de la sombrilla de Uribe, al contrario, ellos tenían rivalidad. Vinieron paramilitares del grupo de Carlos Castaño del Urabá. Murieron muchos de los paramilitares que estaban en el grupo de acá [...] Los que no entraron a ese negocio iban a tratar de ser derrotados por los otros. Ese grupo tuvo muchas bajas. No desapareció del todo, pero de acá se fueron saliendo hacia no sé cuál departamento, pero se redujeron bastante y de acá se fueron saliendo.

Ahora estamos en un buen ambiente, claro que las cosas que pasaron no las podemos solucionar, no podemos volver atrás. Es duro no tener papá, no tener a la familia cerca, al hermano. Ser inmigrante es para toda la vida. En esos países los migrantes también tienen barreras, dicen que no a la discriminación, pero hay cortinas que están ahí, aunque no las muestran. Ser inmigrante es ser inmigrante.

Cuando salimos de Miraflores, luego de la muerte de mi padre, las autoridades nos mandaron compañía hasta la Defensoría del Pueblo en Bogotá. Sin embargo, iban también como dos del grupo paramilitar. Ellos iban viendo a dónde íbamos. Iban juntos con la Policía. Había omisión. No digo que el 100% de la Policía. Uno no sabe hasta dónde estaban mezclados, pero en algunos puntos sí estaban mezclados. No en un ciento

por ciento la autoridad se corrompe, pues hay personas que sí guardan su ética en su trabajo. Ya en Bogotá, no llegamos a la casa de nuestros familiares para no involucrar a nadie. Por eso tocó ubicarnos en algún lugar donde no tuviéramos contacto con los familiares, para que nadie tuviera complicaciones. Se sabía que todos éramos objetivo militar. Sabíamos que ese grupo estaba bien financiado, que tenían hombres que hacían inteligencia. Que tenían el dominio en el frigorífico Guadalupe en Bogotá y allí sacrificaban el ganado que robaban, también extorsionaban, junto con eso vendían droga. Allá ellos dominaban esa plaza, tenían como un control y ellos allá vendían la carne en la ciudad, allá se hacía efectiva la plata. Eran grupos que robaban ganado y lo hacían efectivo. No era nada difícil que pusieran a alguien a seguirnos, por eso estábamos lo más aislados posible.

Miguel Ángel termina diciendo:

Ahora, en el tiempo presente, me siento bien. Tengo ánimo para trabajar y para seguir adelante, para muchas cosas. Hemos mejorado la finca y la pusimos a producir. Fue difícil volver a producir, endeudarnos. Ahorita, pues tenemos ánimo para volver a empezar. Los paramilitares ya no están y estamos en paz, en un ambiente tranquilo, aunque no haya empleo. En esta zona no hay mucha riqueza, pero habiendo tranquilidad se vive bien, con poco se vive bien. En eso está la felicidad, en poder ver a los hijos bien, libres. Qué más le puede pedir uno a la vida.

Por su parte, actualmente, Nelson Ovalle señala:

Yo sigo en el tema de los derechos humanos, estudié una maestría y un doctorado en Derecho en Canadá, aprendí francés e inglés. Las FARC-EP me sacaron de un territorio, los paramilitares me sacaron de otro, pero eso no significa que yo haya abandonado la misión; hay que desplazarse de espacio geográfico. He tenido la fortuna de construir una segunda vida. Por distintas razones, hay personas que aún están en el duelo y en el dolor. Yo he tenido una gran fortuna de poder seguir haciendo lo mismo, sin tener que cargar ese peso. Me imagino que los que están allá [en Miraflores] y que son sobrevivientes, que sufrieron el

asesinato de familiares, desapariciones, no deben estar pasando bien, por distintas razones pueden estar en el duelo, en el dolor, pobreza económica; yo tuve la gran fortuna de poder seguir haciendo lo mismo, promover los derechos humanos.

Lamento no poder ser más activo, pero no tengo las fuerzas para regresar a Miraflores o hacer cosas más concretas. Los felicito a ustedes porque asumieron este bonito compromiso, que alguien lo tenía que asumir, y me satisface que ustedes estén haciendo ese trabajo. Saludos a mis paisanos, que me disculpen que no puedo hacer frente. Actualmente, estamos formando jueces y magistrados para que apliquen estándares internacionales en derechos humanos. Y estamos sacando una publicación con expertos de toda América Latina sobre el Sistema Interamericano de Derechos Humanos en tres idiomas: español, inglés y francés.

La entrada de los paramilitares el domingo de ramos a San Eduardo

Paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare incursionaron en el casco urbano del municipio de San Eduardo y tras intimidar a los pobladores, se llevaron por la fuerza a diez campesinos. Según la fuente:

En la Semana Santa de 1990, el 8 de abril, cuando se celebraba el Domingo de Ramos, las Autodefensas Campesinas del Casanare realizaron una toma de San Eduardo. A Parmenio Alonso se lo llevaron y lo mantuvieron cautivo durante 8 días, toda la Semana Santa. A Parmenio se lo llevaron acusado de ser cómplice de la guerrilla de las FARC-EP, lo cual señaló su esposa María Silvina, que no es cierto. Lo tenían encerrado en una escuela desde donde veía montañas, pero no reconoció el lugar exacto. El Domingo de Pascua, 15 de abril de 1990, lo llevaron a la vereda Los Cedros del municipio de Campohermoso, donde lo dejaron en libertad. Parmenio Alonso falleció a los 84 años de edad. Ese domingo, los paramilitares se llevaron a diez personas, acusadas de ser colaboradores de la guerrilla de las FARC-EP, entre ellos a: Abelino Riaño, Juanita Mendoza, Inés González, Rafael Rodríguez, entre otros.

Continúa la denuncia:

Era un domingo de Ramos cuando entraron varias camionetas y comenzaron a sacar a la gente de sus casas, apuntándoles con armas. A los niños los metieron en la Iglesia y a los adultos nos llevaron al parque. Fueron casa por casa, entraban y revolvían todo. Quién sabe qué buscaban. A unos los llevaron en toalla, a otros descalzos, otros en pantaloneta, es decir, como los encontraron. Los paramilitares traían a un niño de la guerrilla de las FARC-EP, de entre 9 y 12 años, amarrado. El niño señalaba a los que supuestamente habían ofrecido cualquier tipo de ayuda a las FARC-EP. Les ponían la cabeza sobre un tronco. Los humillaban. Fueron soltando a la gente poco a poco.

La salida del primer grupo de paramilitares: el secuestro y asesinato de Carlos Castellanos Cala

Paramilitares, al mando de alias ‘Dumar’, con el apoyo de Víctor Carranza y tropas del Ejército Nacional detuvieron, amenazaron y torturaron psicológicamente a Jorge Enrique Vargas, de 38 años de edad, presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda Morro Arriba, ubicada en el municipio de Miraflores, quien, a pesar de la persecución en su contra, vive y tiene actualmente 62 años. Este es su testimonio:

El 20 de agosto de 1994, a las dos de la tarde llegó el Ejército Nacional a mi casa en Morro Arriba. Me llamaron, me preguntaron el nombre y luego sacaron una hoja y me preguntaron: “¿usted entiende estos planos?” Yo les dije que sí, que era un plano: “este es el camino pa’ Campohermoso, este es el camino de la escuela”. Cuando yo le dije eso, me dijeron: “¿entonces usted sabe dónde está el muerto?” Yo les dije: “¿de qué me hablan?” Y ellos me dijeron: “sí, usted sabe dónde está el muerto, camine con nosotros”. “Yo estaba descalzo, me puse zapatos y me fui con ellos”.

Llegamos a un punto cerca de la Laguna de Morro Arriba. Ahí estaba otro grupo del Ejército Nacional. Ahí le dijo uno de los comandantes: “El señor entendió el plano”. Entonces el otro comandante dijo: “usted sabe dónde

está el muerto, camine a ver”. Yo le dije: “¿de qué me habla?” Él me dijo: “Siga el plano, usted sabe dónde está el muerto”. Llegamos a la escuela. Yo estaba muy nervioso. Cruzamos por la escuela. Y seguimos. Llegando a cierto punto, cerca de la montaña del filo que colinda con Campohermoso, se dividió el Ejército. Yo les dije: “este camino del plano es para Campohermoso”. Pero ellos decían que no. Un grupo nos fuimos por el camino que yo decía. Y el otro grupo cogió otro camino. Y seguían con la cantaleta: “¿dónde es que está el muerto?”. Y por coincidencia bajaba un muchacho de nombre Nelson Díaz. Llamé al muchacho y le pregunté: “¿Cierto que este es el camino para Campohermoso?” Y Nelson dijo que sí. Eso lo hice para que vieran que no les mentía. En eso vimos un grupo de chulos (pájaros carroñeros) volando en el cielo y los tipos miraron hacia arriba. Cuando los tipos le dieron tanta importancia a los chulos, yo me dije: “es cierto que están buscando un muerto”. Apenas ahí les creí que estaban buscando un muerto, pero seguía sin saber por qué me culpaban a mí.

Eran como las 5:30 de la tarde y se comunicaron con el otro grupo. Cuando se comunicaron con el otro grupo hubo unos disparos en el aire. Yo creo que era para que, si estaba la guerrilla en la zona, se dieran cuenta que ellos estaban ahí y no correr peligro. Yo capté que era por prevención de ellos. Luego nos regresamos nuevamente para la escuela de Morro Arriba. Siguieron a un salón. Me mandaron llamar y me dijeron: “cuenta lo que sepa, si quiere le damos plata”. Yo les dije que yo no sabía nada. Entonces después me preguntaron que, quién les podía hacer la comida, qué dónde podrían cuadrar unos pollos. Ellos eran un grupo como de 35 personas, entre civiles y militares. Los vecinos me colaboraron e hicimos la comida por ahí a eso de las diez de la noche. Comieron muy contentos y a lo que comieron me dijeron: “se puede ir a la casa, pero en la mañana, aquí sin falta”. Al día siguiente, llegué por ahí 5:30 a.m., ellos ya habían calentado la comida. Y como a las 6:00 a.m. me dijeron que consiguiera una mula y las herramientas para sacar el difunto. ¡El mismo cuento! Yo le pedí a Ernesto Ramírez, un muchacho de 20 años que me acompañara. Ya no seguimos la misma ruta, sino otra ruta. Lo que indica que ellos ya conocían esa ruta. Llegamos al pie de la montaña y había camas rústicas hechas en madera, se veían como de un año; había un caño de agua ahí. Y ahí el comandante del Ejército Nacional me llamó y me dio las gracias por la comida.

Según lo que escuché, el Ejército venía de Sogamoso, Boyacá. Después, el comandante me mandó llamar otra vez, me dijo: “le doy tanto dinero, cuente todo lo que sabe”. Me iba subiendo la cuota, en esa época me ofreció 50 mil pesos que en este tiempo serían como 500 mil pesos. Pero como yo le decía que no sabía nada. Me comenzó a acorralar frente a un abismo, al tiempo que iba subiendo la oferta. Y me empezó a amenazar con un arma: “este hijo de puta por qué no habla”. Yo le dije: “nada sé, haga conmigo lo que quiera”. Como me sostuve en mi posición, el tipo se regresó de mal genio, y me preguntó: “¿de aquí pa’ dónde es el camino dónde está el muerto?”. Yo le dije: “no sé”. Pero ellos sí sabían por dónde seguía el camino.

Ellos siguieron el camino. Y al entrar como 500 metros al monte encontraron un cambuche, una hamaca y un toldillo, y cuadernos y unas armas. En el cuaderno había como anotaciones de la guerrilla de las FARC-EP. Ellos llegaron con prevención ahí al cambuche. Yo ahí entendí, que todos esos cambuches eran paramilitares de ‘Dumar’ y no eran de la guerrilla. Si no que los paramilitares estaban haciéndose pasar por la guerrilla, de acuerdo a los comentarios que ellos mismos hacían: “el malparido de ‘Dumar’ nos hace comer cuento que esto es de las FARC-EP”. Y luego volvían y me decían: “y este gran guevón, sabiendo que esto había por qué no avisa”. Seguimos caminando, y más adelante encontramos vestigios de ropa y vainas, aparentemente, otra vez de la guerrilla. Y me decían: “¿y usted por qué no habla?, ¿qué más hay aquí pa’riba?”. Había unos peñascos horribles pa’ subir.

Llegamos nuevamente al filo de la cuchilla entre Cam-pohermoso y Morro. Ellos llegaron un poquitico adelante del grupo donde yo iba. Cuando llegamos ahí, quedé sorprendido con lo que vi. Había unos huecos, unos seis, siete huecos o tal vez más. Era un sitio arenoso. El comandante me dijo: “¿en cuál hueco está el muerto?” Yo le dije: “yo no sé nada”. Y ahí me obligaron: “vaya y escarbe donde está el muerto”. Yo les dije: “¿y dónde voy a escarbar, yo no sé nada?”. Eso fue un viernes a las 10:00 a.m., como yo rechacé saber dónde estaba el muerto, pusieron a otros militares junto conmigo a escarbar. Dijeron que escarbáramos en el hueco más fresco. Conforme avanzábamos me preguntaban: “¿pero sí está ahí el muerto?”. Había capas de recebo y luego piedras gruesas; eso no daba ninguna facilidad. Escarbe y escarbe... hasta que uno de los soldados del

Ejército Nacional dijo: “aquí parece que no hay nada”. Y uno que estaba de civil metió una barra, sacó la barra y olió la punta y dijo: “aquí está el muerto”.

Seguimos escarbando, pero pidieron que no se sacara de la tierra, sino que solo se quitara la tierra de encima del cadáver para ver si era el muerto. Ahí fue cuando descubrí que el muerto era Carlos Castellanos Cala, que estaba desaparecido desde el 12 de mayo de 1994. El señor Castellanos se fue de Miraflores para Tunja a mediodía y nunca llegó a Tunja. El carro de él lo encontraron en el Vijagual, cerca de Ramiriquí, Boyacá. Ese día ‘Dumar’ lo había secuestrado y nadie sabía dónde estaba.

Cuando ya apareció el muerto me dijeron: “vé cómo sí estaba ahí, por qué no hablaba”. Después, se fue un grupito de soldados a hablar como a 20 metros. Yo me hice el tonto y me acerqué a poner oreja. Y escuché un poco de vainas: que el ‘Dumar’ había llamado al Ejército Nacional a Sogamoso para informarles dónde estaba el muerto. Cuando les marcó, ‘Dumar’ se hizo pasar como parte de la guerrilla de las FARC-EP. Y les dijo que yo [Jorge Vargas] les podía indicar el camino.

Resulta que Carlos Castellanos era un tipo de plata. Eso lo vine a entender en lo poco que hablaban. Y en ese entonces, estaban apareciendo los cajeros automáticos allá en Bogotá. Y el ‘Dumar’ mandó a uno de los paramilitares a sacar esa plata. La tarjeta de crédito la rastrearon los del Ejército Nacional. Carlos Castellanos tenía unos hijos militares. Los hijos reclamaban el cuerpo. Y eso hizo que investigaran. Hicieron ese seguimiento al paramilitar de ‘Dumar’ y lo cogieron sacando la plata. El paramilitar confesó que la plata era de ‘Dumar’. Y cuando el ‘Dumar’ se vio descubierto por parte del Ejército Nacional, lo que hizo fue sacar a Carlos Castellanos, al que tenía secuestrado en una casa que queda en el parque principal, en un segundo piso, a cincuenta metros del puesto de policía.

Cuando el ‘Dumar’ se vio descubierto, sacó a Carlos Castellanos y se dirigió al filo del Morro, en un carro para matarlo. Pero cuando iban por el lado de la laguna del Morro, había un muchacho viendo unos caballos. Él miró a Carlos Castellanos y le dijo: “adiós”. Dice que Carlos iba contento. Lo que pasa es que lo envoltaron con que lo iban a soltar, pero lo llevaban arriba para matarlo. ‘Dumar’ pensó en matar a Carlos Castellanos, dejar unos vestigios falsos y decir que fue la guerrilla de las FARC-EP lo había matado. El oficio de los pa-

ramilitares de ‘Dumar’ era secuestrar gente, sacarles plata y enterrarlos allá. Por eso es posible que ahí haya más cuerpos.

Cuando encontraron al difunto, me obligaron a traerlo en la mula hasta la escuela, porque no había carretera. Eso fue como dos horas más, hasta un sitio llamado Cafetero en la vereda la Buenos Aires (Miraflores) donde estaba otro grupo del Ejército Nacional. Ahí, cambiaron la forma de tratarme, se les pasó la duda. Llegamos como a las nueve de la noche. Bajaron el difunto y dos comandantes se acercaron y me dieron las gracias. Como que me dieron a entender que los disculpara, que según ellos, ya habían entendido que yo no tenía nada que ver con ese hecho. Me dieron de cenar. Y me pagaron la comida que les había dado un día antes. De igual manera me dijeron que si se me aparecía un problema por eso, que los llamara a Sogamoso o que hablara con las autoridades. Que me podía ir tranquilo para la casa.

A los tres días que regresé al pueblo, había comentarios entre la gente de que esa muerte de Castellanos les había generado problemas al comandante Matamoros del Ejército Nacional y a alias ‘Dumar’, el jefe de los paramilitares. Tres meses después vi a ‘Dumar’ entrar a la Alcaldía Municipal. Después de eso ya no se volvió a ver en Miraflores, ni tampoco a sus paramilitares.

Desaparición, tortura y ejecución de Danilo Cano González; encontrado sin vida en el Alto de la Buenavista

El 16 de julio del año 2000, paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare desaparecieron, torturaron y ejecutaron a Danilo, un campesino de 40 años. Como antecedentes, en el año 1991, Danilo había sido amenazado por los paramilitares y el Ejército Nacional, quienes lo retuvieron durante varias horas en zona rural de San Eduardo. Según la fuente:

El 15 de agosto de 1991, Danilo iba hacia el sector de Alejandría con Ramiro Gaona, de 16 años aproximadamente. Los paramilitares tenían una base en el sector de La Punta, de la vereda Cardozo. Danilo iba detrás de un toro y, cuando ya traían el toro, tropas del Ejército

Nacional y los paramilitares les dispararon 60 tiros; sin embargo, no lograron atinarles, porque había neblina. Danilo y el muchacho se detuvieron y le pidieron al soldado que no los matara. Al mismo tiempo, el soldado le gritaba a Danilo: “guerrillero”. Esto se sabe porque el mismo soldado del Ejército Nacional le contó el mismo día por la tarde a un familiar de Danilo.

Danilo le contó a su familiar que fue amarrado junto con el muchacho que lo acompañaba. Los hicieron pasar por medio de los alambrados de los potreros. A Danilo, el soldado le quitó 500 mil pesos. Después los llevaron a un sitio donde los soltaron. Sin embargo, a Danilo el soldado le puso las siguientes tareas para probar su lealtad: a) Ir a la vereda Quebradas (San Eduardo) y llevar una razón a un profesor; 2) Ir a la vereda Bombita (San Eduardo) a dar otra razón y 3) Lo citaron al día siguiente a las 8:00 a.m., en un potrero de la vereda La Libertad. Ese mismo día, en la vereda La Libertad dejaron libre a Danilo y le regresaron los 500 mil pesos que le habían quitado.

Continúa la denuncia:

Se sabía que el Ejército Nacional y los paramilitares trabajaban juntos. Igualmente, desde 1989-1992, los guerrilleros del Frente 38 de las FARC-EP visitaban con frecuencia el pueblo de San Eduardo y les pedían a los habitantes comida, ropa y plata. También las tropas del Ejército Nacional frecuentaban el pueblo de San Eduardo. En San Eduardo (Boyacá) el 15 de julio del 2000, le avisaron a Danilo que se fuera del pueblo, sin embargo, Danilo no se quiso ir porque no debía nada. El 16 de julio del 2000, mientras Danilo se dirigía a su casa, un hombre en una motocicleta lo seguía. A las 2:00 de la tarde, fue bajado del camión en el que iba a la salida del pueblo. Danilo Cano iba a vender ganado a Bogotá acompañado de dos personas más, cuando le atravesaron una camioneta de platón para detenerlo. Danilo fue bajado de su camioneta, lo amarraron de pies y manos y luego se lo llevaron montado en la camioneta.

El mismo día la esposa recibió una llamada telefónica de personas que se identificaron como integrantes del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía (CTI), le avisaron que Danilo se encontraba detenido y en buen estado. El lunes 17 de julio, una señora les informó a los familiares de Danilo, que lo habían visto cerca de La

Honda, sector que está ubicado en la vía a Páez (Boyacá). Fue hasta el jueves 20 de julio a las 3:00 p.m., que una persona, de manera anónima, llamó a los familiares de Danilo a Telecom, pidiéndoles que fueran a reconocer un cadáver en el Alto de la Buenavista, ubicado en el municipio de Páez.

El mismo 17 de julio, sobre las 9.00 p.m., volvieron a llamar donde un vecino y para confirmarle que era Danilo, les dieron señales de cómo estaba vestido y les dijeron la edad aproximada. Como era una zona controlada por las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), le pidieron a la esposa que señalara los nombres de los que irían a identificar el cadáver, el tipo del automóvil en el que se desplazarían y el número de las placas. Los citaron en el Alto de la Buenavista, el 21 de julio a las 8:00 a.m. Fueron cinco personas al Alto de la Buenavista a reconocer el cadáver.

En el Alto de la Buenavista había un letrero con la siguiente leyenda: “Prohibido recoger basura, quien lo haga, no respondemos”. Los familiares esperaron hasta la 9:00 a.m., y como no llegó nadie al lugar, sintieron miedo y pensaron que tal vez era una trampa. Así que decidieron irse al pueblo de Páez. Sobre la carretera a Páez, a dos kilómetros del Alto de la Buenavista, un automóvil comenzó a enviarles señales con las luces, indicándoles que pararan. Al hombre que manejaba el automóvil lo acompañaban dos personas más. El hombre les preguntó si eran ellos los que iban a reconocer el cadáver de Danilo Cano González. Los familiares respondieron que sí. Al instante, les pidieron que se regresaran por el mismo camino y que pararan en una tienda que estaba en la zona. También les pidieron que consiguieran una lona y una mula. Asimismo, les comentaron que sería muy difícil encontrar el cadáver, dadas las condiciones físicas del Alto de la Buenavista. “Nosotros dejamos una marca roja en el lugar donde se encuentra, va ser muy difícil entrar al lugar”.

Una vez que consiguieron la mula y la lona, comenzaron a caminar por el Alto de la Buenavista. En el camino encontraron picos y palas. Cuando llegaron al sitio, encontraron el cuerpo sin vida y en avanzado estado de descomposición. Había sido decapitado, no tenía el brazo izquierdo y mostraba huellas evidentes de tortura. El domingo 22 de julio fue el funeral de Danilo en San Eduardo (Boyacá). En el pueblo todos estaban impactados. Tiempo después, un paramilitar le informó a la familia que alias ‘Palillo’, de las Autodefensas Campe-

sinas del Casanare, fue el que ejecutó extrajudicialmente a Danilo Cano. La Unidad de Víctimas reconoció los hechos de Danilo como homicidio. También se puso una demanda, pero está archivada la investigación.

La solidaridad del pueblo de Campohermoso frente a la amenaza colectiva de las FARC-EP y los paramilitares

El 20 de enero del 2002 a las 6:00 p.m., llegaron a pie alrededor de veinte personas armadas de las FARC-EP a la zona urbana de Campohermoso. El testigo estaba en la puerta de su casa, cuando le preguntaron: “¿Dónde está la Alcaldía? Él les indicó dónde estaba. Después los guerrilleros le dijeron que se fuera porque iban a quemar la Alcaldía. Ese día hubo una fiesta de quince años. El testigo fue corriendo a avisar lo que había escuchado. Alrededor de 300 personas, que estaban en la fiesta, acordaron ir a correr a los de las FARC-EP.

Continúa la denuncia:

Nos vinimos todos hacia el parque, incluido el sacerdote de la comunidad el padre José Del Carmen Romero y el alcalde de ese tiempo, Plinio Rolando Forero. Mientras unos rezaban el rosario, otros presionaban a los guerrilleros para que no incendiaran la Alcaldía. Los rodearon de tal manera que quedaron separados. Hasta que los de las FARC-EP decidieron dialogar. La comunidad les dijo que ese edificio era de la comunidad, que no le hicieran daño. Los guerrilleros decían que era del Estado. Hasta que los de las FARC-EP aceptaron no incendiar la Alcaldía sino el Banco Agrario. Intentaron abrir la caja fuerte con pólvora, pero no pudieron. Cuando a los lejos, en ese momento, llegaron los paramilitares y comenzaron a tirar disparos hacia el cielo. Los guerrilleros de las FARC-EP dejaron botado todo y se fueron.

Continúa la denuncia:

Todo el pueblo ese día decidió organizarse para patrullar el pueblo. Y se acordó que, cuando algo similar volviera a pasar, la alarma comunitaria sería tocar la campana del templo. Nos vestíamos con ponchos blancos y

salíamos a cuidar por sectores. Se hacía aguapanela, era una olla comunitaria. Al día siguiente, el 21 de enero del 2002, a las 6:00 p.m., los guerrilleros quemaron un bus de transporte público de la empresa La Macarena, que venía de Bogotá, a la altura de la vereda Castañal (Camposhermoso). Los guerrilleros de las FARC-EP subieron al bus y dijeron: “si no se bajan se queman” y comenzaron a rociar con gasolina el bus. Le prendieron fuego. No hubo heridos.

A los ocho días, el domingo 27 de enero del 2002, llegaron los paramilitares en tres carros camperos marca Toyota y Nissan. Eran las 11:00 de la mañana. Venían cuatro personas armadas por carro. Se estacionaron en la plaza; comenzaron a subir a los muchachos que encontraban en la calle. Cuando tenían como ocho jóvenes arriba de los carros, empezaron a salir las mamás y los familiares exigiendo que los soltaran, algunas estaban prendidas a la cintura de los jóvenes. En ese momento había misa en la comunidad. Una persona comenzó a tocar las campanas y la gente salió de misa directo a los carros. Las personas rodearon los tres camperos y comenzaron a levantarlos. Los paramilitares tiraron bala al aire libre pero la gente no se hizo para atrás.

Algunos señores de la comunidad fueron a hablar con el jefe de los paramilitares, alias ‘Palillo’, le decían: “Por favor no se los lleve a la fuerza, si alguno se quiere ir que se vaya, pero así no”. Mientras eso pasaba uno de ellos, que le dijo a una de las mamás: “quítese vieja triple hija de puta o le vuelo la cabeza de un tiro”, la señora le dijo: “hágalo”. El tipo bajó la pistola. En eso llegó alias ‘Palillo’ y les dijo: “suelten a esos triple hijos de putas”.

En la semana siguiente regresaron los paramilitares y se llevaron a varios muchachos. Después de eso vino la vacuna de los paramilitares a los que tenían negocios y a los más pudientes de las veredas. Les pedían que les depositaran dinero en el Banco Agrario. Bajo la amenaza de “consigna o lo bajamos”.

El asesinato del alcalde de Rondón por un grupo paramilitar

Edgar Fernando Vargas fue asesinado el 26 de marzo de 2002 a las 7:30 a.m. en Rondón-Boyacá en un costado del parque principal, a pocos metros de su vivienda, cuando se dirigía a laborar a la alcaldía.

Edgar Fernando fue electo por elección popular para el periodo comprendido entre el 1 de enero de 2001 al 31 diciembre de 2003. Edgar era médico de profesión y gozaba de alta aceptación entre los habitantes del pueblo por su esfuerzo en trabajar por la comunidad campesina. Durante su gestión como alcalde, adelantó con mucha decisión la vía que comunicara a Rondón con Pesca, no con contratos, sino con mano de obra netamente campesina.

Los paramilitares habían convocado una reunión en Monterrey (Casanare) a todos los alcaldes de la provincia de Lengupá y Edgar Fernando fue el único que no asistió. Además, se corría la voz que por el lado de Pesca había guerrilla y los paramilitares le acusaban de ser colaborador de la guerrilla. Otro motivo de incomodidad, para algunos, era que en su administración se veían las obras y eso motivó investigaciones por malos manejos a los anteriores alcaldes. En el momento del asesinato, varios vecinos vieron a dos hombres que le dispararon y por lo menos a cinco paramilitares más, que trascurrido mucho tiempo después, se fueron en dos camperos con destino a Miraflores.

Exclusivo: por primera vez se publica el testimonio de Fernanando Ortiz, secuestrado y entrenado para matar por los paramilitares¹⁰

Yo tenía 19 años cuando fui secuestrado, en junio de 2002, para ser reclutado por la fuerza por paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC) dirigidas por los Buitrago. Permanecí en su campo de entrenamiento exactamente 3 meses y 23 días. Fui representante de los alumnos de mi colegio y fui traicionado por un amigo, quien se puso celoso cuando yo fui elegido. Desde ese momento él comenzó a frecuentar las redes de información de los paramilitares. Esa gente recibía en ese tiempo cien mil pesos por cada persona secuestrada; para ellos esta era una fuente de ingresos.

¹⁰ Artículo publicado en *La libre Belgique* por Geneviève Maurer el 19 de septiembre de 2010. Traducido del francés por Javier Giraldo M., S.J.

Todo ocurrió hacia las 6:00 de la tarde, dos casas más allá de la mía. Un carro se parqueó y un hombre salió de él y me preguntó dónde quedaba la Alcaldía, luego, inmediatamente, otros hombres me rodearon y me forzaron a subirme al carro; yo tenía mucho temor. Todo el mundo sabía que al menos 600 jóvenes habían desaparecido en la región, la mayoría entre 1999 y 2002, y habían sido asesinados por los paramilitares en operaciones de “limpieza social”.

Más tarde yo les oí decir a los paramilitares que me secuestraron, que ellos habían arrojado los cuerpos desde el borde de Buenavista. Los huesos deben estar aún allí, si se tiene en cuenta el relieve y la densa vegetación de ese sitio. Que yo sepa, no ha habido inspección del suelo en ese sitio. Un Concejal de un municipio vecino está al tanto de esos 600 muertos”.

Fernando fue llevado a un lugar de tránsito donde había otros 10 jóvenes, entre ellos tres muchachas, todos conocidos entre sí. Por una ventana los paramilitares se burlaban de ellos y él reconoció allí al amigo que lo había traicionado. Ya avanzada la noche, se les mete apretados en un carro. Ese vehículo pertenecía a un vecino. Él dice que los paramilitares lo obligaron a colaborar. Pero él es alcohólico y cuando está ebrio, incluso ahora, grita que va a hacer desaparecer a todo el mundo.

Sigue un largo trecho. Los militares ven pasar el carro con los jóvenes. Militares y paramilitares se saludan.

Nosotros íbamos absolutamente inmóviles, haciéndonos fuerza para no llorar, pues se sabía que si no, nos ejecutarían también por complicidad y debilidad.

Pasamos por un caserío llamado El Secreto, cerca del río Upía, en pleno territorio paramilitar. Después llegamos a la hacienda 060; los paramilitares cambian todos los nombres por números. Estábamos entre Monterrey y Villanueva. A 5 ó 10 minutos del pueblo. Allí, cerca de otros 200 jóvenes vinieron a recibirnos. Estaban tristes, nos ponían la mano en el hombro y nos decían: todos estamos atrapados. En ese momento yo tomé la decisión de salir de todo eso. El problema era que toda la gente del pueblo colaboraba con los paramilitares. Ellos nos decían que todo el que intentara fugarse sería atrapado, torturado y asesinado ante los demás. Se sabía que los comandantes eran tres, pero el número uno nunca se presentó; el segundo sí, muy brevemente, estaba absolutamente prohibido mirarlo, pues no se

le podía conocer; el tercero, HK, fue el que se presentó ante nosotros”.

Luego de una semana en la hacienda 060, se les da su uniforme de combate el cual lleva la sigla ACC. Son entonces trasladados en camión hasta el río Tua y, al otro lado, al campo de entrenamiento, en la selva.

El día siguiente llegó nuestro instructor, “030”. Era una persona muy alta, seria, intimidante. Llevaba siempre una cachucha, una camisa negra y una pistola 9 milímetros. Era la encarnación del mal. Yo no sabía que existían seres humanos como él. Él dirigía todo en nuestro campo. Él nos decía: La diferencia entre el ejército y los paramilitares es que el ejército forma soldados y nosotros máquinas para matar. Decía que había sido militar hasta el grado de Sargento y que había abandonado las fuerzas armadas a raíz de un error, sin precisar nada; de hecho, él dejó el ejército para ponerse al servicio de los paramilitares. Él hablaba muy bien de Uribe, quien, en ese momento iba a asumir las funciones de Presidente: Por el momento somos ilegales pero él nos va a legalizar y entonces podremos ejercer nuestra justicia. Su autoridad era terrorífica. Muchas veces nos dijo que llevaba 20 años reclutando y entrenando jóvenes para el paramilitarismo. Jóvenes que habían sido todos secuestrados, como yo. Que cada dos meses había un grupo nuevo de 200 jóvenes que él entrenaba, entre los cuales él mataba siempre entre 20 y 30 que no servían para nada. Yo he calculado que él habría asesinado así a más de 2000 jóvenes hasta el año pasado; esos que no servían para nada eran blanco de entrenamiento en el polígono de tiro. Esto era lo que 030 y sus asistentes nos decían. Había 25 pistas de entrenamiento. Eso era muy duro. Era imposible negarse a hacer lo que fuera. Todo el tiempo había que cantar cantos de guerra paramilitares. Todo se hacía en medio del estruendo de los tiros para ver si nos dejábamos llevar por el pánico. La última prueba era el río Tua, que era muy ancho y por encima del cual los paramilitares tendían un cable. Había que pasar al otro lado y regresar. Había cuatro paramilitares, dos a cada lado, para matar a los que caían a la orilla para que no se escaparan. Un día, una de las muchachas se aterrorizó frente a la orilla. Tenía 15 años. Dijo que ella no podía hacerlo, que le quedaba imposible. 030 la hizo salir de la fila, sacó su pistola y la mató delante de todos disparándole a quemarropa. Todos estábamos absolutamente aterrorizados”.

Fernando se encuentra con Felipe una luz en las tinieblas del cautiverio.

Yo tenía un gran amigo, Felipe. Estudiaba matemáticas. Era muy creyente, cristiano-evangélico. Había sido secuestrado en una calle de mi barrio a las 9 de la noche, cuando salía de la Iglesia con una Biblia en la mano, en compañía de su hermanito. Había logrado llevar su Biblia hasta el campo. Estaba muy preocupado por su familia y quería regresar a su casa. Sufría mucho por la angustia que su familia debía sentir. En la tarde se dedicaba a organizar grupos de discusión alrededor de la Biblia y eso nos hacía mucho bien. Un día, en el momento de la reunión de todos, o30 nos echó un discurso muy largo sobre el tema: los que realmente se quieren ir solamente tienen que dar un paso adelante para salirse de la fila y podrán irse del campo. Yo sabía muy bien que él mentía, que eso era una trampa, pero yo estaba muy lejos para gritarle a Felipe para que no hiciera nada. En un momento dado, dos muchachas, por pura maldad —manera de sobrevivir— lo animaron a salir de la fila. Entonces él dio un paso adelante y dijo que quería volverse a su casa. o30 lo hizo sentar en el suelo, lo insultó, le dio puñetazos y patadas, lo trató de flojo, le decía que era necesario usar las armas para establecer la paz en Colombia. Todo el tiempo Felipe decía que todo eso era falso; que las armas sólo llevaban a la guerra. Entonces o30 sacó su 9 milímetros para matarlo y le apuntó a su rostro. En ese momento Felipe movió la cabeza. La bala destruyó el frente de su rostro, a nivel de la nariz, pero no lo mató. Se puso a invocar su religión. o30 le apuntó de nuevo pero su arma se trabó. Entonces ordenó a sus asistentes dispararle por encima, cada uno a su turno. Durante todo ese tiempo, Felipe, desfigurado, imploraba a su Dios bañado en sangre. Los asistentes le disparaban pero no se atrevían a matarlo a causa de la fuerza de su fe. Eso los atemorizaba y entonces disparaban sobre otras partes de su cuerpo: brazos y piernas. Finalmente o30 lo eliminó con dos balas en la cabeza. En total, Felipe recibió 12

balazos pero solo los dos últimos fueron mortales. Su agonía fue terrible. Muy prolongada. Nosotros nos mirábamos absolutamente inmóviles y aferrándonos a todas nuestras fuerzas para no llorar, pues, si no, se sabía que seríamos asesinados a la vez por complicidad y debilidad. Los muertos eran siempre despedazados para ser enterrados en huecos de 50 centímetros, imposibles de encontrar después. Ellos parten los cuerpos en pedacitos para amontonarlos en esos huecos. Sobre la superficie hacen una incisión en forma de cruz, ese es su rito. Solamente las muchachas partían los cadáveres. Los paramilitares decían que era necesario endurecerlas; que eran el sexo débil y eso las volvía más fuertes. Aquella tarde yo escuché a las muchachas que regresaban y las vi: tenían sangre en los brazos y en las manos. Fueron a lavarse y yo me acerqué para oír lo que decían: necesito lavarme otra vez, a pesar del jabón, me queda el olor a sangre; yo tuve que cortar los dedos; para mí fue peor, yo tuve que cortarle la cabeza. Hablaban de Felipe. Venían de acabar de despedazar su cuerpo. Poco después, yo fui allá donde enterraban los muertos. Encontré el sitio donde Felipe había sido sepultado: se veía todavía que la tierra había sido movida; había moscas y más arriba gallinazos. Yo busqué una flor. Fue difícil encontrarla pues en esa selva no había flores por la ausencia del sol. Sin embargo, logré encontrar una, muy pequeña. Y la puse sobre el sitio donde había sido enterrado su cuerpo. Le prometí ser buena gente y escribir un libro sobre él para hacer conocer su historia. Pude ver otros jóvenes asesinados delante de nosotros, en total, hubo 17; tres de ellos habían intentado huir pero fueron capturados. Más tarde se supo que o30 había sido ejecutado por traición ante otros paramilitares. HK también está muerto, fue asesinado en un cuartel del ejército”.

Epílogo: Fernando logró abandonar el campo de entrenamiento. En toda la región, como en todo el país, las estructuras políticas y económicas que han sostenido a los paramilitares están intactas.

Cronología de la agresión en la provincia de Lengupá

Primera parte*



Fotografía: Carlos Julio Molano Caballero. Vistahermosa, municipio de Campohermoso

* La segunda parte de estas cronologías se tiene planeada para una próxima publicación

Nota preliminar¹¹

Al recibir los testimonios de las víctimas fueron notorias algunas divergencias entre ellas, cuando se trataba de identificar a sus victimarios: los hechos que eran atribuidos por algunas víctimas a un grupo guerrillero, eran atribuidos por otras víctimas a grupos paramilitares e incluso a miembros del Ejército.

Es un hecho comprobado que en la región hubo presencia guerrillera, sobre todo después del establecimiento de la estación de bombeo de petróleo, a partir de 1988, cuando también se intensificó la presencia militar y paramilitar. Para algunos, la presencia de las FARC-EP se limitó a una labor de convicción ideológica, para otros, este grupo guerrillero también cometió infracciones graves al Derecho Internacional Humanitario.

La confusión no solo se debe a la similitud de uniformes, sino a tácticas expresamente diseñadas en Manuales del Ejército Nacional. Así, por ejemplo, en el *Reglamento de Combate de Contra Guerrillas* (EJC-3-10, aprobado por la Disposición No. 036 del 12 de noviembre de 1987 del Comandante General de las Fuerzas Militares), en la página 286, se lee: “Emplear patrullas uniformadas transitoriamente como guerrilleros para descubrir simpatizantes, auxiliares, y provocar un choque con el enemigo”. En ese mismo Manual, al desarrollar lo relativo a la *Guerra Psicológica*, se refiere a que: “la vulnerabilidad psicológica es aquel punto débil, tirante o de tensión, que se descubre en el carácter, posición o situación del blanco auditorio, (siendo) su identificación indispensable para poder explotarlo en provecho de la Unidad Contra Guerrillas” (p. 307) y más adelante, señala como vulnerabilidades comunes en la población civil: “abusos de la guerrilla, contribuciones forzosas, violencia carnal, robos, pérdida de cosechas y otras” (p. 307).

Pero además, consta que el Ejército y los paramilitares se hicieron pasar, en repetidas ocasiones por *guerrilleros* y atribuyeron a la guerrilla hechos notorios como el asesinato del Señor Castellanos (padre de varios militares), no solo atribuido a la guerrilla, sino acompañado de propaganda y literatura falsamente guerrillera, regada en los alrededores de la sepultura, mientras los mismos órganos de inteligencia del Estado comprobaban, de manera contundente, la autoría del comandante paramilitar ‘Dumar Romero’.

¹¹ Las cronologías aquí presentadas se organizaron según la fecha del suceso y en el siguiente orden: día, mes y año.

15.09.84. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP reclutaron al menor EUGENIO ROJAS MARTÍNEZ, de 14 años de edad, desaparecido forzosamente. Según la fuente, “en el verano de septiembre de 1984, sobre las 4.30 p.m., me informaron que un guerrillero de las FARC-EP se había llevado a Eugenio Rojas para el corregimiento La Gabarra (Tibú, Norte de Santander)”. Se desconoce el paradero y estado de Eugenio.

19.02.85. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, fue asesinado por hombres armados no identificados, el joven campesino de 14 años, JOSÉ ALFONSO BARRETO. Según la fuente, “María Helena, su esposa y sus hijos vivían en la vereda La Libertad del municipio de San Eduardo. El 19 de febrero de 1985, José Alfonso, el hijo de 14 años, quien portaba una camiseta azul, color relacionado con el Partido Conservador Colombiano, fue asesinado”.

09.06.85. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, el joven campesino de 24 años, GREGORIO SEGURA SÁNCHEZ, fue amenazado de muerte por guerrilleros de las FARC-EP y obligado a desplazarse. Según la fuente, “en la tarde del 9 de julio de 1985, un conocido le pidió al papá de Gregorio, Hugo Luis Segura Cano, que sacara a Gregorio de la vereda La Libertad porque la guerrilla lo iba a asesinar por un comentario. Hugo Luis le dio dinero y le solicitó que saliera esa misma noche del municipio. A la 1:00, Gregorio salió rumbo a Monterrey (Casanare), pero finalmente consiguió trabajo en el corregimiento Los Cedros, en la vereda Olla Grande del municipio de Campohermoso (Boyacá), en oficios varios del campo. Un día llegaron los guerrilleros de las FARC-EP al corregimiento Los Cedros, reconocieron a Gregorio y le manifestaron que podía estar tranquilo, que ya se había aclarado la situación y que podía volver a San Eduardo sin problemas”.

04.08.85. En la vereda Guadual de Páez, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP amenazaron y dieron muerte a los campesinos SILVERIO DAZA de 33 años y a ADÁN DAZA de 37 años. Según la fuente, “llegaron tres hombres vestidos de civil con ruanas y cachuchas verdes, armados con pistolas; dijeron que eran de la guerrilla. Eran las 6:00 horas, llamaron a Silverio y lo apartaron junto a su hermano Adán Daza hasta las 20:00 horas, de ahí se los llevaron para las montañas a unas tres horas en la vereda El Salitre. A las 3:00 a.m., los man-

daron para la casa, les dijeron que no se fueran a ir porque ellos los buscarían a donde se fueran. Al día siguiente a las 6:00 a.m., volvieron los de la guerrilla y se llevaron a Adán y también a Silverio hasta el sitio La Horqueta, ubicado en la vereda El Guadual del municipio de Páez y allá los mataron. Al día siguiente, un vecino encontró los cuerpos y dio aviso a la familia. Adán Daza dejó cinco hijos. No se colocó denuncia, solo en el 2009 colocaron un denuncia ante la Personería de Páez. Está por tramitar la reparación administrativa por medio del personero de Páez. Y la familia, está a la espera de que le entreguen los resultados por parte de la Fiscalía, quien exhumó el cuerpo el 24 de mayo de 2009”.

08.08.85. En Paéz, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP dieron muerte al joven campesino de 19 años, OMAR GILBERTO GRIJALVA MAHECHA. Según la fuente, “Los hechos ocurrieron cuando dos guerrilleros llegaron al caserío Vista Hermosa, sacaron a la víctima de su casa, lo llevaron a una hora de camino a la vereda Salitre, y allí lo asesinaron aproximadamente a las tres de la tarde”.

15.04.88. En la vereda La Libertad de San Eduardo (Boyacá), tropas del Ejército Nacional utilizaron como escudo a los MIEMBROS DE LA FAMILIA CAMPESINA BARRETO; guerrilleros de las FARC-EP los amenazaron de muerte causando su desplazamiento forzado. Según la denuncia: “María Helena, su esposo y sus hijos vivían en la vereda La Libertad del municipio de San Eduardo. Para 1988, miembros del Ejército Nacional transitaban por la vereda y a la única casa donde llegaban era a la propiedad de la señora María Helena, razón por la cual miembros de las FARC-EP dañaron los cultivos de la familia y dispararon en la casa de tabla. En abril de 1988, miembros de las FARC-EP llegaron a la casa de María Helena y su familia, señalando que tenían un plazo de tres días para salir de la vereda. María Helena, su esposo Pastor Barreto y las seis hijas se fueron a una estancia en la vereda Bombita, del municipio de San Eduardo. El 11 de julio de 2018, María Helena declaró los hechos que generaron el desplazamiento forzado en la Personería municipal de San Eduardo. En ese tiempo la gente no denunciaba”.

14.09.88. A las 11 horas, en la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, fue amenazado de muerte por guerrilleros de las FARC-EP, el campesino de 27 años

GREGORIO SEGURA SÁNCHEZ. Según la fuente, “Gregorio se encontraba trabajando en la vereda La Libertad, en el predio del señor Melquisedec Martínez, mientras estaba descargando una carga de caña, llegaron seis guerrilleros preguntando: ‘¿quién es don Gregorio Segura?’. Gregorio respondió que él y entonces le dijeron: ‘tenga la bondad de irse con nosotros porque lo vamos a liquidar’. Melquisedec Martínez y su esposa, Betulia, les rogaron que no se lo llevaran porque era el único hijo que veía por los papás, ‘piensen en los viejitos’, les dijeron. Sin embargo, dos hombres se lo llevaron hacia un voladero ubicado a 500 metros de la enramada, desde donde lo iban a echar a botes. Al llegar al lugar, ubicaron a Gregorio frente a un hombre que le apuntó con un arma. Gregorio les solicitó hablar en reiteradas ocasiones, pero sus peticiones le fueron negadas. Finalmente, les dijo: ‘Por la verdad murió Jesucristo’, ante lo cual el comandante ‘Ramiro’ le permitió hablar. Gregorio les aclaró que no le debía nada a nadie y que lo dejaran ir porque no le había hecho mal a nadie; los guerrilleros de las FARC-EP accedieron y lo dejaron ir bajo la condición o prueba de no quitarle nada a los vecinos, dado que, supuestamente le dijeron, algunos de la vereda lo habían denunciado de quitarles las gallinas o la labranza a los vecinos. Pasados 20 días, le dijeron que ya había superado las pruebas”.

06.05.89. En la finca El Playón en la zona rural de Miraflores, Boyacá, hombres vestidos con uniformes verdes amenazaron y ejecutaron hacia las 18:00 horas, al campesino LUIS ALBERTO CUBIDES de 39 años y amenazaron y desplazaron a la FAMILIA CUBIDES. Según la fuente: “llegaron tres tipos vestidos con uniformes verdes y le dijeron a Blanca que llamara a su papá, el señor Luis Alberto, ella inicialmente pensó que eran policías y por ello llamó a su padre. Cuando Luis Alberto llegó a la casa y vio a los tipos, se puso pálido. Los tipos le hicieron preguntas, luego llegaron varios sobrinos del agricultor junto con la abuelita y la bisabuela de Blanca, en total habían alrededor de diez personas; los tipos continuaron con las preguntas y en eso don Luis invitó a los tipos a entrar y a tomar tinto, pero ellos le respondieron que no, que los acompañara al otro lado del puente El Limonar, ubicado sobre el río Lengupá, don Luis se negó y les dijo que mejor hablaran ahí, entonces le preguntaron por su hermano, que se llamaba Héctor, el agricultor respondió que no sabía nada de su hermano y los

hombres insistieron en que los acompañara al otro lado del río y el de nuevo se negó, entonces los extraños hombres le pidieron a Blanca que se retirara del lugar, y cuando ella lo hizo, procedieron a dispararle con una subametralladora”. Continúa la denuncia: “En esa época de 1989 y los años siguientes se vivió un periodo en el que hubo muchas muertes; en 1991 se hizo oficial la entrada de los paramilitares, quienes siguieron con la matanza, se llevaban la gente y la despedazaban. Tras la muerte de Luis Alberto, un mes después Blanca encontró un papel en el que le decían que abandonara su hogar porque iban a bombardear toda esa zona. El papel decía que iban a ‘acabar hasta con el nido de la perra’. Entonces Blanca y su familia se desplazaron hacia la vereda Ayata, donde estuvieron un mes, luego regresaron y nunca más tuvieron que volver a desplazarse. La familia asistió durante todo un año, con una constante de cada quince días a la inspección de policía, sin obtener resultados sobre el caso y se cansaron. Desde el momento en que no volvieron a la inspección de policía, no se volvió a hablar del caso de la familia Cubides, específicamente del asesinato de Luis Alberto”.

15.05.89. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, miembros del Ejército Nacional amenazaron y detuvieron, arbitrariamente, al campesino JESÚS MARTÍNEZ RIVERA de 47 años de edad, LAUREANO MORENO de 70 años de edad y a JESÚS MORENO MARTÍNEZ de 15 años de edad, militantes del Partido Político Unión Patriótica. Así mismo, allanaron la casa de la FAMILIA MARTÍNEZ. Según la fuente: “el Ejército Nacional hizo un operativo en la vereda la Libertad. Ahí detuvieron a Jesús Martínez, Laureano y Jesús Moreno. Los llevaron presos a la base militar de Miraflores. Después los llevaron a los calabozos de la penitenciaría de Tunja. Ahí duraron doce días, mientras el Juez de orden público los mandó el 10 de junio de 1989 a la cárcel del Barne (Tunja). Como no les comprobaron nada, los dejaron libres el 14 de junio en ese mismo año. Cuando se llevaron preso a Jesús Martínez, su esposa Miriam Fernández, estaba embarazada. El Ejército Nacional lo acusó de ser colaborador de la guerrilla, pero la verdadera razón fue porque era del Partido Unión Patriótica. Jesús, fue ejecutado por los paramilitares, el 14 de septiembre de 1992 en el barrio La Floresta de Bogotá”.

29.03.90. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, tropas del Ejército Nacional amenazaron de muerte a DORIS MARGARITA BOHÓRQUEZ, una maestra de la escuela e intimidaron a los niños ESTUDIANTES. Según la denuncia: “llegaron los del Ejército a la escuela a buscar un guerrillero. No lo encontraron. Asustaban a los niños, los humillaban. A la maestra Doris Margarita casi la matan porque ella los enfrentó. Doris Margarita se fue casi enseguida del lugar”. Continúa la fuente: “En ese tiempo en San Eduardo llegaban las FARC-EP, los paramilitares y también estaban los del Ejército Nacional y nos insultaban, hasta que el Ejército y la guerrilla comenzaron a enfrentarse”.

08.04.90. En San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, incursionaron en el casco urbano del municipio de San Eduardo y, tras amenazar a la COMUNIDAD DE SAN EDUARDO, se llevaron por la fuerza a PARMENIO ALONSO, ABELINO RIAÑO, JUANITA MENDOZA, INÉS GONZÁLEZ, RAFAEL RODRÍGUEZ, Y CINCO CAMPESINOS MÁS NO IDENTIFICADOS. Según la fuente: “en la Semana Santa de 1990, el Domingo de Ramos entraron varias camionetas y comenzaron a sacar a la gente de sus casas, apuntándoles con armas. A los niños los metieron en la Iglesia. Y a los adultos los llevaron al parque. Fueron casa por casa, entraban y revolvían todo. Quién sabe qué buscaban. A unos los llevaron en toalla, a otros descalzos, otros en pantaloneta, es decir, como los encontraron. Les ponían la cabeza sobre un tronco. Los humillaban. Los paramilitares traían a un niño de la guerrilla de las FARC-EP, de entre 9 y 12 años, amarrado. El niño señalaba a los que supuestamente habían ofrecido cualquier tipo de ayuda a las FARC-EP. Los paramilitares se llevaron a diez personas acusadas de ser cómplices de la guerrilla, entre ellos a Abelino Riaño, Juanita Mendoza, Inés González, Rafael Rodríguez y Parmenio Alonso. A todos los soltaron el Sábado de Pascua, el 15 de abril de 1990”. Continúa la denuncia: “Los paramilitares se llevaron a Parmenio Alonso y lo mantuvieron cautivo durante 8 días, toda la Semana Santa. A Parmenio se lo llevaron acusado de ser cómplice de la guerrilla de las FARC-EP, su esposa María Silvina, señaló que no era cierto. Lo tenían encerrado en una escuela desde donde veía montañas, pero no reconoció el lugar exacto. El Domingo de Pascua, 15 de abril de 1990, lo llevaron a la vereda Los Cedros del municipio de

Campohermoso, donde lo dejaron en libertad. Parmenio Alonso falleció a los 84 años de edad”.

30.04.90. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP amenazaron a estudiantes de la escuela, y reclutaron a los menores de edad, CONSUELO MARTÍNEZ, GUSTAVO MENDOZA, Y HERMES RODRÍGUEZ, CARLOS ALONSO. Amenazaron a la COMUNIDAD DE SAN EDUARDO. Según la fuente: “El lunes 30 de abril, miembros de las FARC-EP llegaron con armas a la escuela de la vereda La Libertad (Boyacá) y dijeron: ‘Tranquilos, sigan con su clase’. Uno temblaba de miedo. Llegaban con sus armas. El 30 de abril tuvimos una reunión con los papás. Ellos entraron y se tomaron la vocería. En San Eduardo estaban los paramilitares y también estaban los del Ejército Nacional y nos insultaban, hasta que el Ejército y la guerrilla comenzaron a enfrentarse. La guerrilla reclutó niños y niñas de tercero de primaria. Algunos nombres que recuerdo son: Consuelo Martínez, Gustavo Mendoza, Hermes Rodríguez y Carlos Alonso. Decían que a la mayoría de niños reclutados los pusieron de escudo y casi a todos los mataron. A Carlos Alonso se lo llevaron de quinto de primaria. Varias veces las FARC-EP se tomaron el pueblo. Nos sacaban al parque y nos echaban discursos. No nos hacían nada. A veces, se enfrentaban con la Policía. Esto pasó durante varios años. En junio del 2002 pusieron los de las FARC-EP una bomba en la Alcaldía. Todo el pueblo estaba reunido. Detonaron la bomba mientras estaban echando discursos. No hubo muertos, pero sí heridos”.

01.05.90. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare amenazaron y causaron el desplazamiento forzado de HILDA JIMÉNEZ MARTÍNEZ, su esposo JOSÉ TORRES VARGAS y a otros MIEMBROS DE LA FAMILIA MARTÍNEZ. Según la fuente: “los grupos armados decían: ‘Esta vereda la vamos a acabar’. Por ello, la familia decidió abandonar su domicilio. El 1 de mayo salieron hacia Miraflores (Boyacá), desde donde tomaron un bus hacia Bogotá, en donde vivieron dos años. Días después de su salida, en 1990, los hermanos de Hilda: Beyer, Jorge, José Bernardo Jiménez Martínez y el cuñado José Agustín Mendoza, fueron desaparecidos por las Autodefensas Campesinas del Casanare en la vereda La Libertad. Todos los habitantes de la vereda La Libertad fueron objetivo

militar de las Autodefensas Campesinas del Casanare; sin embargo, la familia Martínez, de la que hace parte Hilda, fue objetivo específico de dicho grupo. En el 2015, Hilda y José denunciaron los hechos ante la Personería de San Eduardo. Actualmente, Hilda y José han sido reconocidos por la Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas (UARIV) como víctimas de desplazamiento forzado”.

08.05.90. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, desaparecieron forzosamente a los jóvenes campesinos, BEYER JIMÉNEZ de 14 años, JOSÉ BERNARDO JIMÉNEZ MARTÍNEZ de 16 años y a JORGE JIMÉNEZ MARTÍNEZ de 21 años; y amenazaron a la FAMILIA MARTÍNEZ. Según la fuente: “su papá ese día les puso trabajo en su casa y él se fue a trabajar porque era obrero. Cuando su papá regresó a la finca, ya no los encontró. Nadie sabía nada. Y ahí estaba esa gente (paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare). Nadie les podía hacer nada. La Policía Nacional y el Ejército Nacional no les hacían nada. Se llevaron gente de toda la provincia de Lengupá (Boyacá) y desde hace 18 años no aparecen. Mataron mucha gente. El 10 de mayo de 1990 los paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare se llevaron por la fuerza a José Agustín Mendoza, esposo de Gloria María Jiménez Martínez”.

10.05.90. En la vereda La Libertad, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, arribaron hacia las 6:30 horas y se llevaron por la fuerza al campesino JOSÉ AGUSTÍN MENDOZA VARGAS, cuyo estado y paradero se desconoce. Asimismo, amenazaron a la campesina GLORIA JIMÉNEZ. Según la fuente: “José Agustín se levantó a las 6:00 horas con la señora Gloria Jiménez a ordeñar. Volvieron a la casa sobre las 6:30 horas, momento en el cual llegaron cuatro hombres saludando ‘buenos días’, le dieron la mano a José Agustín y le dijeron ‘señor, vamos a hacer una requisa’. Ingresaron e intervinieron de forma violenta la vivienda, preguntaron si había armas a lo que la señora Gloria respondió que no. Posteriormente, tomaron al señor José Agustín, lo sacaron de la casa y se lo llevaron. José Agustín y Gloria tuvieron cuatro hijos, en el momento de los hechos, el menor tenía un año. Gloria alzó al hijo menor, salió en búsqueda del esposo, quien ya no se encontraba en el lugar. Gloria tomó los cuatro hijos y

se dirigió por la carretera hacia el salón comunal de la vereda donde se encontraban los paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare, quienes vestían de camuflado, portaban armas y municiones. Llegó al lugar a buscar al esposo. Gloria les preguntó: Quiénes se lo llevaron. Y los paramilitares le respondieron: ‘Sabe quién. Fueron los guerrilleros’. Gloria les dijo: ‘Si ustedes están aquí, cómo van a estar los guerrilleros’. Un paramilitar le dijo: ‘Aquí arriba se llevaron a una señora y dejó sus hijos pequeñitos. Váyase señora, tenga cuidado con sus hijos que él llega a la casa. Nunca se volvió a saber de José Agustín. La comunidad de la vereda La Libertad estaba asustada y se temía porque seguían arremetiendo en contra de la familia Martínez’. Continúa la denuncia: “Después de muchos años se dijo que era posible denunciar los hechos en la Personería municipal, por lo que Gloria Jiménez denunció los hechos en 2007 y 2010. Actualmente existe el reconocimiento de víctima ante la UARIV. La Fiscalía archivó el caso. En el momento de los hechos, las autodefensas estaban en los pueblos tomando cerveza. A los hermanos, Jorge, José y Beyer Jiménez Martínez, se los llevaron el 8 de mayo de 1990 los paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), dos días antes que José Agustín”.

17.10.90. En la vereda Morro Arriba de Miraflores, Boyacá, desconocidos asesinaron a JULIO ROBERTO AMAÑA, un campesino de 31 años de edad, hacia las 19:30 horas. Según la fuente: “frente a la finca de Julio Roberto, en las inmediaciones de la laguna de El Morro, lo sacaron de la casa varios tipos armados, unos se quedaron en la carretera frente a su casa. Los otros llegaron con su señora doña Antonia Ramírez y le dijeron que les hiciera un tinto. También le dijeron que tenían que hablar con Julio Roberto en la carretera. Después se escucharon unos tiros. Lo mataron. El levantamiento del cadáver lo hizo la Alcaldía. Él no tenía problemas con nadie, trabajaba como administrador de una hacienda. Julio Roberto era colaborador en todo, él salía a todos lados a hacer los mandados. Él era muy activo y negociaba ganado, era muy trabajador. La Personería lo incluyó en el Registro Único de Víctimas en el 2014”.

06.12.90. En la zona urbana de Berbeo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, amenazaron y extorsionaron a

MARCO TULIO CAMACHO, ARCELIA PERILLA, JACKELINE CAMACHO PERILLA Y NIXON CAMACHO PERILLA. Según la fuente: “Marco Tulio Camacho, papá de Nixon, tenía un camión Ford 350 para el transporte de alimentos y mercancía que distribuía en su almacén de víveres ubicado en el parque principal del municipio de Berbeo, Boyacá. La casa de la familia Camacho Perilla quedaba ubicada en el centro, la parte de atrás colinda con la quebrada. Los paramilitares manifestaron que les llegó la información de que el señor Marco Tulio sacaba mercado a grupos guerrilleros por la parte de la quebrada. Marco Tulio y Nixon Camacho se dirigían en el camión hacia Miraflores, en el sector de El Cruce, alias ‘*Llanero*’ paró el vehículo y le preguntó a Marco Tulio, si era cierto que le estaba pasando remesa a la guerrilla por la quebrada. Marco Tulio le respondió disgustado, que a cualquier civil que llegue a su establecimiento, se le vende, si paga por lo que compra, pero nadie le ha pedido víveres a nombre de la guerrilla. El paramilitar lo instó a decir la verdad y posteriormente permitió que continuaran su camino. Al llegar al municipio de Miraflores, Boyacá, se detuvieron en el lugar donde actualmente funciona la estación de policía y allí llegó alias ‘*Dumar*’, el comandante de los paramilitares, el cual le pidió a Marco Tulio que transportara a unas personas de Miraflores a Berbeo. El vehículo se encontraba con carga de café y personas, razón por la cual le pidió tiempo para descargar el café, a lo que alias ‘*Dumar*’ respondió de manera grosera, por no acatar la orden de inmediato. Los paramilitares intentaron quitarle el camión que conducía su hijo Nixon. Por ello, Marco Tulio se ofreció como conductor para evitar que se llevaran a Nixon y/o al vehículo”. Continúa la denuncia: “En otra ocasión, hombres armados que se identificaron como Autodefensas Unidas del Casanare, llegaron a la casa de Marco Tulio Camacho y Arcelia Perilla, padres de Jackeline Camacho. En su domicilio funcionaba un establecimiento de comercio. Los hombres encañonaron a Arcelia, la amenazaron y la acusaron de ser colaboradora de la guerrilla, porque en la parte de atrás de la casa, solían dejar la basura, entre la cual se encontraban los alimentos que se descomponían. Arcelia le respondió: “si quiere entre y se da cuenta de lo que realmente hay atrás, que no es mercado”. La parte de atrás de la casa no se encontraba cercada, razón por la cual era posible ingresar desde la calle”. Continúa el testigo: “Los primeros paramilitares que

llegaron a Berbeo en 1990 eran “Los llaneros”. En Berbeo no se veía guerrilla, pero pusieron radioteléfonos bajo ese argumento. Los grupos paramilitares llegaron diciendo que los habitantes del municipio eran informantes de la guerrilla y hacían uso de los radioteléfonos para comunicarse. Asimismo, dijeron que iban a hacer limpieza social. El primer lugar donde se asentaron fue en el sector de “La Enramada”, ubicado en el cruce entre Berbeo y San Eduardo. En ese lugar, el Comandante Matamoros se reunía con los paramilitares. En una de las casas de “El Cruce”, de propiedad de la señora Carmen Hernández, encontraron a dos hombres desconocidos amarrados, con muestras de tortura en uñas y ojos. La señora Carmen habló con alias ‘*Dumar*’, le exigió que se fueran y un rato después se llevaron a los hombres en vehículos. Una noche tres paramilitares pidieron cosméticos, se maquillaron y se vistieron de mujeres, se fueron al club a una fiesta para hacer seguimiento”. Continúa la denuncia: “Las personas que torturaban las traían de otros lugares, los amarraban en los árboles. Dentro de los alias que reconocen, se encuentran: alias ‘*el negro Pitatú*’, de los más antiguos y a los que tenían que darle dotación constante, alias ‘*Llanero*’, ‘*Carreta*’, ‘*Currucú*’ (dos hermanos), ‘*Sangreyuca*’, ‘*Canaguaro*’, ‘*Bizcocho*’, ‘*Marmaja*’, ‘*Cuque*’ y ‘*Pollo*’.

30.12.90. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP se enfrentaron a la Policía Nacional. Durante el enfrentamiento, ambos grupos armados utilizaron a la comunidad como escudo. Asimismo, guerrilleros de las FARC-EP dieron muerte a los jóvenes campesinos, GEOVANI DUEÑAS, de 25 años de edad; ROLFE GUSTAVO ROMERO BARRERA, de 21 años de edad; INAEL MELO, de 20 años de edad; y a una persona no identificada, conocida como el COPETÓN, de 38 años de edad. En días posteriores, la Policía amenazó a la comunidad. Según la fuente: “los guerrilleros llegaron a la comunidad de Campohermoso alrededor de las 22:30 horas, y sostuvieron combates con unidades de la Policía Nacional hasta las 4:00 horas del día 31 de diciembre. Para esos días había como 25 policías en el pueblo, decían que la guerrilla se iba a meter a la comunidad. A mí me llamó la Policía a las 22:00 horas para que cerrara el bar que administraba, porque había indicios de que la guerrilla había tumbado un puente entre Miraflores y Páez (Boyacá), ese mismo día en la mañana. Y, según ellos, habían tumbado el puente para evitar que viniera apoyo desde

Miraflores hacia Campohermoso. Ese día había llegado gente de Muzo (Boyacá), que estaba trabajando en las minas y estaban descansando en el bar. A las 22:30 de la noche, un guerrillero de las FARC-EP comenzó a dispararle a un policía. Así empezaron a disparar más o menos alrededor de cada 20 minutos y después paraban”. Señala el testigo: “Yo me encerré en mi casa, cuando en esas entró la Policía a mi casa y se subieron a la azotea. Eso pasó en muchas casas. O entraba la Policía o entraban guerrilleros. Todos subieron a las azoteas. De todas las casas salía bala. Hacia las 6:00 horas del 31 de diciembre, llegaron helicópteros del Ejército Nacional. Después de ese enfrentamiento, la Policía salió de Campohermoso y no volvieron hasta el año 2004. El municipio duró 13 años sin presencia de la Policía Nacional. Posteriormente, a varios miembros de la comunidad, los acusaron de ser cómplices de la guerrilla. La Policía decía: “Cómo es posible que la guerrilla haya metido todo ese armamento a la comunidad, es porque hay cómplices aquí”. El antecedente es que, el 9 de diciembre de 1990, en Campohermoso, en las elecciones se obtuvieron 54 votos a favor de la Constituyente de 1991. Y algunos habían promovido el voto a favor del Partido Político Alianza Democrática M-19. Al siguiente año, los paramilitares asesinaron a once personas del mismo Partido de la Alianza Democrática M-19.

07.01.91. En la vereda Morro Arriba de Miraflores, Boyacá, paramilitares amenazaron de muerte y causaron el desplazamiento forzado de los campesinos JORGE HERNANDO AMAYA CÁRDENAS de 50 años de edad, RAFAEL CÁRDENAS y la FAMILIA AMAYA. Según la denuncia: “Se voló Rafael Cárdenas y me preguntaron a mí, que me venían a buscar porque ya habían asesinado a mi hermano Julio Roberto Amaya. Me estaban buscando los paramilitares y por eso me fui para Bogotá. Me fui con Efraín Cárdenas, él me acompañó a Bogotá. Esa noche me fui de esa casa en la vereda Morro Arriba. Ellos llegaron a la casa mía y ya no estaba, me preguntaron y les dijeron que no estaba, estaba en otra finquita, dijeron que me volara. Habían matado a mi hermano; en la región había presencia de guerrilleros y también estaban los paramilitares. Si unos mataban, los otros también mataban. En el 2014 regresé a la vereda Morro Arriba. Cuando volví, llegué donde el comandante de la Policía Nacional y él me dio un papelito donde decía que yo era un buen elemento y así me vine. Estoy en el Registro

Único de Víctimas desde el 2014 y no he recibido ninguna ayuda”.

27.01.91. En la zona urbana de Guateque, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) desaparecieron al obrero EDWIN OSORIO de 32 años de edad. Según la denuncia: “Edwin estaba viajando de Campohermoso hacia Villavicencio (Meta) y se bajó en Guateque. Ahí lo estaba esperando una muchacha mona. Después de eso no se supo nada de él. La familia denunció el hecho en la Fiscalía de Macanal (Boyacá), en la Fiscalía de Miraflores (Boyacá) y en Tunja (Boyacá). Nunca lo encontraron. En la zona de Guateque estaban los paramilitares de Víctor Carranza. Edwin había trabajado en las minas de Muzo y hasta la fecha se desconoce su paradero”.

24.02.91. En la vereda Yoteguengue, hoy Puerto Triunfo, de Campohermoso, Boyacá, paramilitares ejecutaron a los campesinos SALVADOR ÁVILA de 36 años y SERGIO GUILLERMO de 23 años de edad; desaparecieron y dieron muerte a los campesinos, ÁNGEL MARIA SILVA, ELIZABETH JIMENEZ de 19 años de edad, DIONISIO GRIJALVA y a JESÚS DAZA. Asimismo, desaparecieron a JOSÉ MARÍA JIMÉNEZ; amenazaron y desplazaron a las FAMILIAS CAMPESINAS DE YOTEGUENGUE. Según la denuncia: “Salvador salió a visitar a su madre a la vereda Yoteguengue, acompañado de Sergio Guillermo. En el camino fueron ejecutados por un grupo de paramilitares vestidos de civil y armados. El cuerpo de Salvador tenía impactos de bala en todo su cuerpo y la cabeza estaba partida en dos pedazos. El cuerpo de Sergio Guillermo tenía un disparo en la cabeza. Los familiares encontraron los cadáveres y pidieron ayuda a las autoridades, pero ninguna autoridad quiso ayudarles; por esa razón, los miembros de la Junta de Acción Comunal hicieron el levantamiento de los cuerpos. La gente del pueblo decía que no los podían velar. Su papá, Francisco de Paula Peña, trajo los cuerpos sin vida al caserío, prepararon los cuerpos y los pusieron en ataúdes. Los dejaron en los ataúdes en la Iglesia, porque se decía que iban a matar a los hombres. Al día siguiente, el 25 de febrero, los enterraron en el cementerio de la vereda. Ese mismo día, 25 febrero, entre las 18:00 y 19:00 horas, los paramilitares se llevaron por la fuerza a cinco personas más: Ángel María Silva, José María Jiménez, Elizabeth Jiménez de 19 años y Dionisio Grijalva, Jesús Daza. Todos eran campesinos. A los ocho días fueron hallados

sus cuerpos casi desechos en el caserío Ururía (Páez, Boyacá). Él único que sobrevivió fue José María Jiménez, quien salió desplazado de la vereda. Después de eso, las familias de los campesinos ejecutados se desplazaron de la vereda Yoteguengue. En esa zona operaban tropas del Ejército Nacional, paramilitares y la guerrilla de FARC-EP”.

24.02.91. En la vereda Candes de Páez, Boyacá, paramilitares desaparecieron al campesino, JOSÉ SANTOS MENDOZA ROA de 41 años de edad, a CARLOS PASCUAL BARRETO IBAÑEZ; amenazaron y desplazaron a la FAMILIA MENDOZA BARRETO. Según la denuncia: “a las 19:30 horas llegaron cinco hombres, ingresaron a la casa, capturaron y se llevaron por la fuerza a José Santos, maltratando a su familia. El cuerpo nunca apareció. El abuelo del señor Mendoza, de nombre Carlos Pascual Barreto Ibáñez, también fue desaparecido el día 25 de febrero de 1991. A raíz de esto, la familia se desplazó para evitar el acercamiento con los grupos paramilitares. José Santos no había recibido amenaza de ningún tipo. La señora Noemí Barreto Vallejo, su esposa, entabló la denuncia seis meses después de la desaparición de su esposo y de su padre. La investigación no ha mostrado resultados, ya que solo llaman a los familiares a rectificar datos y no se ha iniciado el proceso de reparación. La denuncia se hizo en la Fiscalía de Miraflores (Boyacá)”.

24.02.91. En la inspección de Vistahermosa de Campohermoso, Boyacá, paramilitares desaparecieron y ejecutaron al campesino, JOSÉ FLORENTINO AGUIRRE DAZA de 39 años de edad y a otras cinco personas no identificadas. Según la denuncia: “al llegar de trabajar lo abordaron y lo retuvieron con otros cinco hombres más, lo llevaron cruzando el río Upía y lo asesinaron, junto con los otros cinco hombres. Su cuerpo fue encontrado cinco días después. Se lo llevaron por preguntar por el hermano de la señora Rosa Lilia, de no ser así, no lo habrían asesinado. Fue ejecutado de un tiro en la cabeza. En el 2008 se entabló la denuncia para iniciar la investigación. En junio de 2009 exhumaron los restos para iniciar la investigación; el martes 30 de agosto de 2010 la Fiscalía regresó el cuerpo para ser enterrado nuevamente y se inició el papeleo para realizar la reparación”.

25.02.91. En Páez, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, des-

aparecieron forzosamente al adulto mayor, CARLOS PASCUAL BARRETO IBAÑEZ.

25.02.91. En la vereda La Libertad, de San Eduardo, Boyacá, paramilitares al mando de alias ‘Dumar’, con el apoyo de Víctor Carranza y miembros del Ejército Nacional, detuvieron, amenazaron, torturaron y ejecutaron al líder de la ANUC, SENÓN MARTÍNEZ y a su hermano, MANUEL MARTÍNEZ, asimismo, amenazaron al joven campesino, HÉCTOR MARTÍNEZ.

27.02.91. En Miraflores, Boyacá, paramilitares al mando de alias ‘Dumar’ obligaron a desplazarse forzosamente al personero del municipio, FABIO ORLANDO MORENO GUZMÁN de 29 años de edad. Luego de varios asesinatos cometidos contra compañeros que promovieron conjuntamente con él la Constituyente de 1991 en los municipios de San Eduardo, Páez y Campohermoso. Según la denuncia: «En enero de 1991, a las 8:00 horas al llegar a mi oficina, recibí una advertencia contra mí, contra Guillermo Cruz y contra Salomón Bohórquez. El texto no es una amenaza en sí, sino una advertencia. La recibí en un sobre que me deslizaron por debajo de la puerta de mi oficina. Tengo una copia de la carta, pero la transcribo aquí, modificando la ortografía porque es muy mala; tan mala que al principio pensé que era hecha así a propósito y la caligrafía es casi infantil, mezclada de mayúsculas y minúsculas. La advertencia dice lo siguiente: Enero de 1991. Señor Fabio Moreno. Fabio lo saludo y espero que se encuentre bien. Después de este corto saludo es para comentarle lo siguiente: Fabio amigo le cuento que está en una lista negra junto a dos amigos tuyos por favor dile a ellos que se vayan del pueblo a Guillermo Cruz y a Salomón B., yo lo siento por ellos no avisarles pero no puedo me pueden dar a mí y por eso no lo hice personalmente a los 3 los tienen ubicados muy bien x favor vallasen x favor es un bien para ti y tus amigos no es broma Fabio ud. sabe por qué hágalo lo más pronto cuidesen los 3 att. Tu amigo. Sé que los van a matar”. Continúa la denuncia: “por esa razón yo salí el miércoles 27 de febrero, pero me escondí desde el martes 26 al saber de la muerte de Senón Martínez. Yo considero que quienes cometieron los asesinatos fueron el grupo paramilitar creado y financiado por Víctor Carranza. El comandante conocido como ‘Dumar’, el jefe operativo, el coronel Víctor Hugo Matamoros, adscrito al ejército colombiano. Puedo agregar que el miércoles anterior

a la matanza de Vistahermosa, Páez y San Eduardo, bajó un convoy de fuerzas de la policía y el ejército, con mucho armamento y tanquetas. Yo estaba en la Casa Consistorial, creo que con Hilda Soler y el Juez de Instrucción Criminal Ricardo Céspedes, cuando vimos bajar el convoy. Después de todo lo que pasó he pensado siempre, que fue una fuerza que formó un anillo de protección a los paramilitares para poder ejecutar las matanzas. Aunque últimamente he concluido que la única forma de que los militares llegaran a la región fue justamente en ese convoy. Porque como está conformada la región, como se vio después, el mando directo era el comandante de las Fuerzas Armadas en la región. No había otra entrada posible para los paramilitares sino bajar con custodia del ejército”.

??.02.91. En San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC) amenazaron con asesinar a toda la FAMILIA MARTÍNEZ, razón por la cual PEDRO ANTONIO MARTÍNEZ PABÓN decidió desplazarse a Puerto Lleras (Meta). Según la fuente: “ese mes asesinaron a mis tíos Senón y Manuel Martínez y amenazaron con asesinar a toda la familia Martínez, por eso me fui. Durante 17 años trabajé como agricultor en el municipio de Puerto Lleras (Meta). Hasta que el 9 de mayo de 2007, una persona me dijo: ‘Marica, váyase porque lo van a matar’. Salí con mis dos hijos y mi compañera a las 3:00 horas para el municipio de Lejanías (Meta). Salí sin ningún recurso, perdí el trabajo de 17 años. En Lejanías duré 7 meses trabajando cortando limón, naranja y trabajando en lo que saliera. El 10 de mayo de 2007 denuncié los hechos en la Unidad de Atención y Orientación a Población Desplazada (uao)”. Agrega la fuente: “Regresé en el 2008 a San Eduardo (Boyacá). Ya no había peligro de nada. Llegué y me puse a cultivar. Hasta el día de hoy me he organizado con mis compañeros para seguir trabajando la tierra”.

??.04.91. En la vereda Cardozo de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare y miembros del Ejército Nacional, desaparecieron, ejecutaron y presentaron como *falso positivo* al campesino, JOSÉ LEONIDAS RUBIO ROA de 25 años de edad. Según la fuente: “En marzo de 1991, José Leonidas se encontraba en el municipio de Miraflores (Boyacá), donde vivía su esposa Rosa Tulia Palacios. Él se dirigía hacia San Eduardo, donde

vivían sus familiares. Unas personas lo vieron y lo obligaron a subirse en el carro del comandante de los paramilitares, alias ‘Dumar’, y fue conducido a la parte de arriba de la vereda Cardozo, del municipio de San Eduardo. Al día siguiente, miembros del Ejército Nacional, que hacían presencia en el municipio de San Eduardo, trajeron el cuerpo sin vida en una volqueta y lo dejaron a la entrada de la alcaldía municipal, lo que generó una conmoción en el municipio, en razón al anuncio de un enfrentamiento en la vereda Cardozo, en la cual dieron de baja a un guerrillero. Los militares se fueron del lugar y llegaron los paramilitares. Los habitantes se acercaron a ver el cuerpo, que presentaba un impacto de proyectil de la nuca hacia la boca, razón por la cual fue difícil de reconocer. Algunas personas cercanas a José Leonidas lograron identificarlo a partir de un anillo que portaba, el cabello liso y los ojos. El cuerpo portaba una camisa manga larga verde, pantalón verde y botas pantaneras ‘como de Policía’. Continúa la denuncia: “no pudieron manifestarlo debido a que aquella persona que controvertiera la versión dada por los militares y paramilitares, sería asesinada. El alcalde, José María Patiño mandó hacer un cajón en cuatro tablas y lo enterraron en el cementerio municipal, el cual estaba rodeado de paramilitares, quienes expresaron que no permitirían que guerrilleros llegaran a tomar el cuerpo. La mamá, María de Jesús Roa, los hermanos y los primos de José Leonidas, vivían en San Eduardo, un año después supieron que el supuesto guerrillero se trataba de su familiar. Habitantes de la vereda Cardozo encontraron la ropa de José Leonidas, una camisa a rayas (azul, blanco y rojo) y un pantalón azul, las mismas prendas que portaba cuando salió de la casa, según su esposa, igual a la de una semana antes, cuando lo vieron en la tienda del sector de la punta, en la misma vereda”.

1704.91. En el casco urbano de Monterrey, Casanare, paramilitares autodenominados ‘Los Masetos’ amenazaron y dieron muerte al campesino RODRIGO ÁVILA RODRÍGUEZ de 24 años de edad, a las 18:00 horas. Según la fuente: “iba con un niño (sobrino) por la calle en Monterrey y llegaron dos hombres que iban caminando y cogieron a Rodrigo, le pegaron unos puños y unas patadas y se lo llevaron por la calle mientras él gritaba pidiendo ayuda. Más arriba se les escapó en una calle y gritaba ‘estos manes me van a matar auxilio’. Mientras corría, le disparaban,

pero él siguió corriendo hasta que entró en una casa y los hombres lo persiguieron y allí lo remataron. Ya en 1991 lo habían amenazado en su casa. En ese entonces, entraron dos hombres a su casa en la inspección de Vistahermosa y le pusieron una pistola en el pecho. La mamá salió y los paró diciendo que era su hijo, los señores dijeron que se lo iban a llevar. Los hombres se fueron sin el muchacho. En 1991 en Ururúa, camino a una fiesta, le salieron hombres armados y le dijeron: “usted se va con nosotros” y lo amenazaron con armas, él dijo que no porque estaba acompañando a su madre y los tipos dijeron que él estaba bueno para llevárselo, lo humillaron, pero no se lo llevaron. El 17 de abril de 1991 interpusieron una denuncia ante la Fiscalía 16 seccional de Monterrey (Casanare), investigación en previa No. 281. El 30 de abril de 1993, las diligencias fueron tramitadas como sumario bajo el radicado 605 y mediante providencia del 18 de agosto de 1995, nuevamente se le otorgó la condición de investigación previa, radicándolo con el No. 730. Finalmente, el 19 de marzo de 1996, se decretó la suspensión de la investigación, ordenando en consecuencia el archivo de las diligencias”.

15.05.91. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, miembros del Ejército Nacional y paramilitares amenazaron al militante del Partido Político Alianza Democrática M-19, ILDEFONSO CONTRERAS de 29 años de edad y a varios MIEMBROS DE LA ALIANZA DEMOCRÁTICA M-19. Según la fuente: “En mayo de 1991 llegó el Ejército Nacional a patrullar las calles de Campohermoso. La gente dice que venían revueltos con paramilitares. Se decía que traían una lista con 350 nombres de personas del municipio. Y que a esas personas las iban a matar. A mí me avisaron que eso estaba pasando. Yo había apoyado al Partido Político Alianza Democrática M19 y por eso me fui. Decían que a nosotros nos iban a matar más fácil. Siete días después me avisaron que ya había acabado la persecución. Luis Efrén Blanco, que era alcalde del municipio, fue a Tunja (Boyacá) a la sede de la Brigada del Ejército Nacional para exigir que no mataran a la gente”.

16.05.91. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, miembros de las FARC-EP desaparecieron al joven campesino HUGO LUIS SEGURA SÁNCHEZ, de 18 años de edad y amenazaron a la FAMILIA SEGURA. Según la denuncia: “La familia Segura Sánchez acababa de cenar cuando dos hombres de aproximadamente

30 años, con la cara tapada y una linterna tapada con un trapo verde, se acercaron a la casa de la familia, hicieron una requisa por toda la casa y señalando a Hugo Luis, dijeron: ‘él se va con nosotros’. Hugo Luis respondió: ‘Si me van a llevar para matarme, mátenme aquí, frente a mis papás, para que sepan dónde me van a enterrar’. Los hombres manifestaron que necesitaban a Hugo Luis para que les enseñara el camino. Se llevaron al joven amarrado y les indicaron a los familiares que, si alguno salía detrás, los asesinaban, porque estaban rodeados. Los asesinatos de los Senón y Manuel Martínez, la desaparición de la señora Concepción Rincón y de Hugo Luis sucedieron en el mismo año 1991. Previo a los hechos relatados sobre Hugo Luis Segura, se dio un enfrentamiento entre tropas del Ejército Nacional, los paramilitares y las FARC-EP”.

09.06.91. En el sector La Mocacia de Miraflores, Boyacá, paramilitares comandados por alias ‘Dumar’ amenazaron, desaparecieron, torturaron y ejecutaron al sastre, ÁNGEL BUITRAGO MORENO, de 37 años de edad. Igualmente, amenazaron de muerte y causaron el desplazamiento forzado de los miembros de la FAMILIA BUITRAGO SÁNCHEZ. Según la denuncia: “El 9 de junio, un grupo de personas armadas llegaron a la casa, nos amenazaron y nos trataron de lo peor. Nos encerraron a toda la familia y se llevaron a Ángel. Eso fue un domingo, a las 18:00 horas. No supimos nada de él, sino hasta el miércoles. Ese día, un señor nos dijo que lo habían visto en El Mincho (Páez, Boyacá). Que él escuchó cuando llevaban a Ángel, atado y le iban chuzando las piernas. Otro señor que se escapó, que también iba con Ángel, fue el que nos informó que a Ángel lo degollaron y lo echaron al río». Continúa la denuncia: «Emprendimos la búsqueda con el permiso del señor alcalde. Fuimos a varios municipios: Páez, Campohermoso, por allá lo recomendamos. Los pescadores lo encontraron a los ocho días en un sitio llamado El Cortaderal. Lo sacaron a lomo de mula. Tocó ir a reconocimiento. Sí era él. Ya estaba desecho. Pusimos la denuncia. Después de eso, regresaron los paramilitares y nos amenazaron: ‘que si seguíamos denunciando nos iban a bajar la cabeza’. Tuvimos que dejar nuestra casa y pasar hambre. Uno de mis hijos tenía 7 años de edad, el otro tenía 9 años y el otro tenía 14 años de edad. En la Fiscalía se perdieron los papeles. No nos ayudaron”.

15.08.91. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare y miembros del Ejército Nacional, amenazaron de muerte al campesino DANILLO CANO, de 31 años de edad, y a RAMIRO GAONA, de 16 años de edad. Según la fuente: “Danilo iba hacia el sector de Alejandría con Ramiro. Los paramilitares tenían una base en el sector La Punta de la vereda Cardozo. Danilo iba detrás de un toro y, cuando ya traían el toro, miembros del Ejército Nacional y paramilitares les dispararon 60 tiros, sin embargo, no lograron atinarles porque había neblina. Danilo y el muchacho se detuvieron y le pidieron al soldado que no los matara. Al mismo tiempo, el soldado le gritaba a Danilo: «guerrillero». Esto se sabe porque el mismo soldado del Ejército Nacional le contó, el mismo día por la tarde, a un familiar de Danilo. Danilo le contó a su familiar, que fue amarrado junto con el muchacho que lo acompañaba. Los hicieron pasar por medio de los alambrados de los potreros. A Danilo el soldado le quitó 500 mil pesos. Después los llevaron a un sitio donde los soltaron. Sin embargo, a Danilo el soldado le puso las siguientes tareas para probar su lealtad: a) Ir a la vereda Quebradas (San Eduardo) y llevar una razón a un profesor; 2) Ir a la vereda Bombita (San Eduardo), a dar otra razón; y 3) Lo citaron al día siguiente a las 8:00 horas, en un potrero de la vereda La Libertad. Ese mismo día, en la vereda La Libertad dejaron libre a Danilo y le regresaron los 500 mil pesos que le habían quitado”. Continúa la denuncia: “Se sabía que el Ejército Nacional y los paramilitares trabajaban juntos. Igualmente, desde 1989-1992, los guerrilleros del Frente 38 de las FARC-EP visitaban con frecuencia el pueblo de San Eduardo y les pedían a los habitantes comida, ropa y plata. También las tropas del Ejército Nacional frecuentaban el pueblo de San Eduardo”.

16.08.91. En el parque de Campohermoso, Boyacá, paramilitares, al mando de alias ‘Dumar’, desaparecieron y ejecutaron al campesino MARCO EMILIO MORA SANDOVAL, de 62 años de edad. Según la fuente: “Dos hombres vestidos de civil, llegaron en un carro Daihatsu carpado, color rojo al domicilio de Marco Emilio. Al llegar, preguntaron a un familiar por él. Conocían su nombre, pero no lo conocían físicamente. El familiar les indicó que Marco estaba a 50 metros de su domicilio, sobre la calle del parque central. El carro avanzó hacia donde estaba Marco, y uno de ellos

bajó con un arma, lo encañonó por la espalda y lo subió al carro”. Continúa el testigo: “Tomaron la vía que va al corregimiento de Los Cedros. Quince días después, el 26 de agosto, encontraron el cuerpo de Marco en la vereda La Punta (Macanal), botado en un potrero a la orilla de la carretera. El cuerpo ya estaba descompuesto y había sido decapitado. La cabeza no la encontraron. Lo reconocieron porque tenía el mismo sombrero y la ropa con la que se lo llevaron. La familia no presentó denuncia. En esa época, los paramilitares y la guerrilla de las FARC-EP tenían amenazada a la comunidad”.

24.08.91. En la vereda Barriales de Chámeza, Casanare, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), y según investigaciones de la fiscalía, con participación del grupo armado los Centauros, ejecutaron a HENRY ELÍN RAMÍREZ BECERRA y amenazaron a su FAMILIA. Para más información, ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

18.10.91. En la vereda Vistahermosa de Campohermoso, Boyacá, paramilitares amenazaron de muerte y causaron el desplazamiento forzado de la joven campesina FLORENTINA BUITRAGO, de 23 años de edad. Según la denuncia: “Hacia las 15:00 horas a su casa llegó un señor muy bien arreglado, con corbata y le dijo: ‘Se tiene que ir y tiene que dejar a todos sus hijos porque usted es una piedra en el zapato para nosotros. Tiene ocho días para irse. Ella le dijo que cómo se iba a ir, si tenía sus cinco niños pequeños”. Continúa la denuncia: “El 21 de octubre decidí irme. Un paramilitar me dijo también que, si me llevaba a alguno de mis hijos, matarían a mi papá, por eso me fui sola a vivir un año en el municipio de Miraflores (Boyacá) y después a Bogotá. Dejé a mis cinco hijos, la hija menor tenía seis meses y la niña mayor tenía ocho años. A veces regresaba a la comunidad a visitar a mis hijos de manera oculta. En diciembre del 2013 regresé a vivir a la vereda Vistahermosa. El 24 de febrero de 1991 habían ejecutado a su esposo Salvador Ávila. Puso una denuncia en Bogotá hace nueve años y no ha recibido ninguna respuesta”.

01.05.92. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, al frente del Hotel Bochica, paramilitares al mando de alias ‘Dumar’ ejecutaron al joven campesino, LUIS HERNANDO RODRÍGUEZ LANDINEZ, de 16 años de edad. Según la fuente: “María Celia Martínez era ciega y Luis

Hernando la llevaba a todos lados y la cuidaba, mientras ella pedía dinero en las calles de Miraflores. De eso vivían los dos. El 1 de mayo, en horas de la mañana, en el sitio donde actualmente es el terminal de autobuses, llegó alias *El Carreta* y le disparó en la cabeza. El informe del médico dice que murió de ‘múltiples laceraciones hemorrágicas del tejido cerebral’. Por lo anterior, se hizo la denuncia. La Policía solo hizo el levantamiento”. Continúa la denuncia: “En esa época las Autodefensas de alias *R15* o alias ‘*Dumar*’ andaban vestidos de civiles en la mañana, y en la noche se ponían el camuflado. Andaban armados. ‘Quién sabe por qué decían que son grupos al margen de la ley, si ellos andaban juntos con la Policía y los Militares, pero en esa época no se podía decir nada’.

14.05.92. En la vereda La Libertad, San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, desaparecieron forzosamente a una mujer campesina, CONCEPCIÓN RINCÓN SARMIENTO de 44 años de edad y desplazaron a la FAMILIA NOPE RINCÓN. Según la fuente: “El 14 de mayo, entre las 10:00 y las 11:00 horas, Concepción se encontraba en la casa haciendo el almuerzo, dos hombres llegaron y dijeron: ‘Nosotros sabemos que Concepción Rincón es informante de la guerrilla’. Después de estos hechos toda la familia salió hacia Miraflores y de allí se fueron a vivir al Tolima durante tres años”. Continúa el testimonio: “Nos dijeron que si denunciábamos nos mataban, por eso yo no denuncié, pero un hermano de Concepción sí denunció ante la Fiscalía. En 1995, regresaron a vivir en la vereda La Libertad, San Eduardo. Agrega la fuente que: “la guerrilla de las FARC-EP llegó en 1991. Esa gente empezó a hablarles a todos en la comunidad. Les decían: ‘No vayan a ser informantes de la Policía ni del Ejército Nacional. Si son sapos, los vamos a acabar’. Por eso, les tocó callarse. Cuando el Ejército Nacional supo de la presencia de las FARC-EP, comenzaron a venir a la vereda La Libertad a preguntar sobre ellos. Ellos decían: ‘de vez en cuando cruzan por aquí’. En esos tiempos llegaba la guerrilla a todas las casas. A los que no estaban de acuerdo con guardar silencio, comenzaron a acusarlos de ser informantes de la guerrilla”.

14.09.92. En la ciudad de Bogotá, paramilitares asesinaron al campesino JESÚS MARTÍNEZ RIVERA. Para mayor información, ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

22.09.92. En la vereda Guanatá, sector Portachuelo, paramilitares amenazaron, torturaron y desaparecieron al campesino CRISANTO GUERRERO, de 42 años de edad. Según la denuncia: “Crisanto estaba en su casa cuando llegaron dos hombres armados a buscarlo. Preguntaron por su nombre. Él se escondió, pero otros hombres que estaban afuera de su casa, lo vieron y avisaron. Entonces lo encontraron y lo sacaron a pie hasta la carretera, golpeándolo. Lo amarraron de manos y pies y lo echaron en un carro donde se lo llevaron para el Puente Hormigas. Lo bajaron del carro lo volvieron a golpear y después, alias ‘*Dumar*’ le disparó y lo botó al río. Quince o veinte días después fue encontrado un cuerpo y se le dio un acta de defunción, pero su esposa dice que ese no era el cuerpo de su marido. Un mes atrás los paramilitares le habían dicho que se fuera de la región con su esposa. Crisanto habló con el paramilitar Hermelindo Páez y le dio como 1.000.000 (un millón) de pesos para que hablara con el general de los paramilitares alias ‘*Dumar*’ y no lo mataran. Una semana antes de matar a Crisanto, mataron a Hermelindo Páez. La esposa de Crisanto quedó con seis hijos, entre 7 y 15 años de edad”.

09.01.93. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), amenazaron al técnico electricista y transportador de la comunidad, GUSTAVO MARTÍNEZ, de 27 años de edad. Según la denuncia: “el 9 de enero a las 9 p.m., llegaron cuatro personas armadas y vestidas con ropa de color negro a mi casa. Traían un brazalete de las AUC. Me exigieron que les diera mi carro o que los transportara. Yo les dije que no tenía gasolina. Ellos me dijeron: “usted debe saber dónde hay gasolina, súbase”. Fuimos a casa de Pedro Galindo para que les vendiera gasolina. Yo creo que no le pagaron. Le robaron una caneca. Me pidieron que los llevara al sector de Toldo Arriba (Campohermoso). Ahí subieron al carro a varias personas amarradas. De ahí los llevé más o menos a un kilómetro de Páez (Boyacá). Ahí los bajaron del carro y yo me regresé a Campohermoso. Mi carro era una camioneta Ford 60 de color azul. Los paramilitares me querían reclutar. Yo les rogué que no, que me dejaran. Les dije que yo era el transportista de la comunidad. Me dijeron que no me podía ir del municipio. De ahí en adelante me pedían que los llevara a lugares. Yo qué podía hacer, si no obedecía me mataban”.

00.03.93. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, paramilitares reclutaron y desaparecieron forzadamente a VEINTE MENORES DE EDAD, a quienes llevaron engañados en horas de la mañana, entre ellos al estudiante, ARIOLFO BERNAL RODRÍGUEZ, de 14 años de edad. Según la denuncia: “El señor Luis Adán González vino de San José del Guaviare (Guaviare) y se llevó a Ariolfo y a 19 menores de edad más. Les prometió buen trabajo y buenos sueldos para trabajar en el Guaviare. Ariolfo estaba estudiando y dejó los estudios engañado. Tenía 14 años. Los subieron a los buses engañados. En la comunidad estaban los paramilitares, liderados por alias ‘Dumar’. Desde hace 25 años no se sabe nada de él”.

22.12.93. En la zona urbana de Berbeo, Boyacá, paramilitares dispararon contra los HABITANTES DE BERBEO que se encontraban en el Club Social donde se hacían las fiestas. Según la fuente: “desde el centro del parque, los paramilitares duraron más de una hora haciendo disparos hacia el lugar de la reunión. Los paramilitares llegaron afirmando que la población de Berbeo era cómplice de la guerrilla, toda vez que presionaron para que la Policía saliera del municipio. Hacia 1990 los agentes de policía fueron retirados de Berbeo, acusados de chantajes, sobornos y extorsiones, que se evidenciaron a partir del testimonio de un muchacho que fue herido cuando la Policía lo envió a reclamar dinero de un chantaje y recibió impactos de arma. Los paramilitares portaban mucho armamento, vestían de color negro y los habitantes llegaron a pensar que eran fuerzas armadas del Estado. En principio fueron entre 50 y 70 hombres armados que venían del departamento de Casanare. Hacían proselitismo cuando sacaban a los jóvenes a la cancha del parque para convocarlos a hacer parte de los grupos de autodefensa. Los profesores, prudentemente, protegían a los muchachos al motivarlos a abstenerse de vincularse a estos grupos. A raíz de esto, muchas familias decidieron salir de la región para evitar que los reclutaran”.

04.05.94. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, paramilitares al mando de alias ‘Dumar’, secuestraron, torturaron física y psicológicamente a la campesina, MARÍA INÉS MONDRAGÓN VILLAMOR, de 43 años de edad. Según la fuente: “Se la llevaron arrastrando, la cogieron del pelo y se la llevaron al sitio La Cabaña. Ese día dos jóvenes que habían sido obli-

gados a colaborar como paramilitares, Danilo Roldán y Arnulfo Buitrago, ambos de 19 años de edad, reconocieron a la señora María Inés, pues ella los había cuidado de niños. Ellos reaccionaron y les preguntaron a los otros paramilitares: ‘por qué le van hacer eso, ella es casi nuestra mamá porque ella nos cuidó’. Le habían pelado toda la espalda y le habían cortado la planta de los pies. Danilo y Arnulfo fueron con el jefe de los paramilitares inmediatamente. Los mismos muchachos le informaron a la familia y fueron por ella”. Continúa la denuncia: “La trajeron alzada y la llevaron al centro de salud donde la atendieron. A raíz de todas esas preocupaciones, la señora murió de un ataque cardíaco a los 44 años. Al día siguiente, los paramilitares desaparecieron a su esposo Carlos Alberto Martínez”.

05.05.94. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, paramilitares al mando de alias ‘Dumar’, desaparecieron al campesino, CARLOS ARLBERTO MARTÍNEZ MENDOZA de 62 años de edad. Según la fuente: “Tres personas armadas llegaron en carro Daihatsu, color rojo al domicilio de Carlos Alberto, hacia las 6 a.m. Le preguntaron: ‘¿Usted es Carlos Alberto?’ y él respondió que sí. Lo golpearon y lo subieron al carro. La familia pensaba que lo habían asesinado. A los quince días regresó Carlos Alberto a su casa. Carlos contó que lo habían soltado con la condición de que juntara dinero para pagarles a los paramilitares. A Carlos lo tuvieron amarrado en el monte en un sitio llamado El Limonal, ubicado en Miraflores (Boyacá). Le daban una comida diaria. Carlos regresó en un bus a la zona urbana de Campohermoso”.

20.08.94. En la vereda Morro Arriba de Miraflores, Boyacá, miembros del Ejército Nacional detuvieron, amenazaron y torturaron psicológicamente al campesino, Jorge Enrique Vargas, de 38 años de edad. Para más información, ver “Casos paradigmáticos” en esta misma publicación.

???.?.95. En la vereda El Mincho de Páez, Boyacá, paramilitares, al mando de alias ‘Dumar’, desaparecieron y dieron muerte al campesino, CARLOS ARTURO ACEVEDO RUBIO. Según la fuente: “Carlos declaró ante la inspección de policía el robo de ganado que se presentó en la hacienda donde él trabajaba. En la noche del mismo día llegaron hombres de un grupo paramilitar, y se lo llevaron a ‘la Picadera’ vía a la vereda ‘El Oso’, en jurisdicción de Páez, Boyacá. Allí lo ase-

sinaron, lo picaron y lo enterraron. El tío de Carlos averiguó del paradero de Carlos y los paramilitares le expusieron los hechos y las razones por las cuales lo desaparecieron y lo asesinaron”.

28.01.96. En el sector La Melera de Berbeo, Boyacá, paramilitares al mando de alias ‘Héctor Buitrago’, amenazaron y dieron muerte al comerciante y transportador, JORGE MARTÍNEZ PIÑEROS, de 39 años de edad, aproximadamente a las 14:00 horas. Asimismo, amenazaron de muerte a los PASAJEROS DEL CAMIÓN. Según la fuente: “Hombres armados se le atravesaron al camión que conducía Jorge y donde viajaban otras personas. Los paramilitares los bajaron y les ordenaron acostarse bocabajo en la carretera y, los amenazaron diciendo que, a quien alzara la cabeza, lo mataban. A Jorge le dispararon y luego se fueron del lugar. El lugar del asesinato fue en la carretera que de Páez conduce a Miraflores en el sector La Melera. El sector del asesinato es montañoso -como a 15 km de Miraflores- muy cerca de la Buenavista. Esta vía era frecuentada por los paramilitares”. Continúa la denuncia: “La víctima era comerciante y transportador. Además, pertenecía a un movimiento cívico que había logrado elegir al primer alcalde de elección popular en Miraflores en 1988. En el momento del asesinato, Jorge les dijo a los paramilitares que les pagaría lo que le pidieran. Por ello, la posible causa del asesinato fue que él conocía el accionar de los paramilitares y se negaba a pagar la extorsión de dicho grupo”.

15.07.97. En la vereda Castañal de Campohermoso, Boyacá, paramilitares ejecutaron al joven estudiante, ARIOLFO DUEÑAS de 16 años de edad, en hechos acaecidos hacia las 2:00 horas, mientras viajaba en un bus de transporte público hacia Bogotá. Según la fuente: “Salió el bus de Campohermoso rumbo a Bogotá a las 2:00 horas, por la vía Macanal-Guateque (Boyacá). En el bus viajaban diez personas, entre ellos Ariolfo. Hacia las 2:30 horas, un carro pequeño paró el bus y un señor que iba armado subió al vehículo y les dijo a todos: ‘ustedes no vieron nada’. La gente comenzó a llorar porque pensaron que los iban a matar a todos. El señor se acercó a Ariolfo Dueñas y le disparó en la cabeza. En ese momento todos bajaron del bus. Mandaron a algunos a avisar a la inspección de policía del corregimiento Los Cedros. En esa época la zona era controlada por paramilitares”.

25.08.97. En la vereda Agua Larga de Campohermoso, Boyacá, desconocidos dieron muerte al joven campesino MARCOLINO GRIJALVA ÁVILA, de 37 años de edad. Según la fuente: “Marcolino salió de la casa a buscar leña un día domingo a las 19:00 horas y no regresó. Al día siguiente, la comunidad emprendió la búsqueda junto con la familia y lo encontraron en un potrero, a orillas de una quebrada, a una hora de camino. No se le encontraron tiros, solo presentaba unas marcas blancas, como si le hubieran dado fuetazos. La Policía Nacional realizó el levantamiento del cuerpo. En la zona existía miedo para denunciar, por eso no se hizo la denuncia. María Custodia, su esposa, vive con un hijo, los demás ya organizaron sus hogares y se apartaron de la casa. Le quedaron cinco hijos: cuatro hombres y una niña”.

???.?.97. en la vereda Puerto Triunfo de Campohermoso, Boyacá, la empresa Ocesa generó un daño sobre la superficie del terreno en la finca de la señora JILMA MORALES de 48 años de edad. Según la fuente: “La empresa Ocesa utilizó las piedras de la quebrada para el recubrimiento y mantenimiento del oleoducto. Ello provocó que la planta se desviara hacia los terrenos de la finca, generando erosión sobre los suelos y dañando una mata de bosque que se ubicaba en este sitio. Al presentar la queja, no recibieron respuesta ni visita por parte de la empresa Ocesa. La quebrada tenía un caudal fijo, el cual no afectaba los terrenos de la finca. El suelo no tenía erosión. El tubo dañó completamente la superficie del suelo, debido a que su recubrimiento tiene piedras de la quebrada que se desvió. Al presentar quejas y derechos de petición ante Ocesa, en Tunja (Boyacá) y tutela ante el Juzgado de Campohermoso (Boyacá), no han recibido ninguna respuesta y ninguna visita. Al lado de las instalaciones de Ocesa en Miraflores, Boyacá, está un campamento del Ejército Nacional”.

14.05.98. En la inspección Vistahermosa de Campohermoso, Boyacá, paramilitares autodenominados los Buitragueños, amenazaron de muerte a un CAMPESINO DE 67 AÑOS, NO IDENTIFICADO, a quien llevaron por la fuerza de su finca ubicada en la inspección Vistahermosa hacia las 18:00 horas. Según la fuente: “El 14 de mayo llegaron a la casa. Tenían un carro con la puerta abierta al frente de su casa, cuando llamaron al señor por su nombre, le pusieron una escopeta en la cabeza y lo subieron al carro, lo esposaron,

le vendaron los ojos y se lo llevaron de Santa Teresa para abajo y lo entraron a una finca. En el camino le preguntaron muchas cosas y lo golpearon, le decían que él era colaborador de la guerrilla porque les había dado de comer y allá lo tuvieron amarrado dos días. Al segundo día, como a las 15:00 horas, llegó un amigo del señor, lo soltaron y le quitaron la venda, lo llamaron al frente de un comando y le dijeron que lo iban a liberar, que se fuera para su finca y que ya no había más problemas con ellos. Él se fue para su casa. Cada dos días lo iban a buscar para ver qué hacía. El señor se quedó y acá está”.

15.08.98. En la vereda Yoteguengue de Campohermoso, Boyacá, guerrilleros de la FARC-EP reclutaron al joven campesino, RENÁN OLMOS, de 22 años de edad. Desde esa fecha se desconoce su paradero y estado. Según la fuente: “Renán Olmos, desde el 15 de agosto no amaneció en su casa. Desde ese día no se ha sabido nada de él. Su último trabajo fue en la empresa Ecobosques, dedicada a sembrar árboles y adecuar el terreno después de la construcción del Oleoducto Central que llega a Coveñas (Sucre). En ese tiempo, la zona era frecuentada por paramilitares de las Autodefensas Unidas del Casanare y guerrilleros de las FARC-EP. La familia no denunció nada porque en esa época era común que los campesinos se fueran a trabajar a San José del Guaviare (Guaviare). Un familiar fue al municipio de Cumaribo (Vichada) a buscarlo y allá le dijeron que había sido reclutado por la guerrilla de las FARC-EP”.

12.07.99. En la zona urbana de San Eduardo, guerrilleros de las FARC-EP amenazaron de muerte a la señora MARÍA ALICIA CABEZAS PEÑA. El 10 de enero del año 2000, a raíz de las amenazas se desplazó forzosamente junto con su FAMILIA CABEZAS. Según la fuente: “En tres ocasiones la guerrilla de las FARC-EP la buscó. La primera vez fue el 12 de julio de 1999, en la escuela del centro de San Eduardo. Luego el 9 y 16 agosto de 1999, la buscaron varias veces en la escuela de la vereda de La Libertad. Los guerrilleros aparecían, preguntaban por ella y se iban, razón por la cual se vio obligada a desplazarse hacia el municipio de Chiquinquirá (Boyacá) con sus dos hijos. Les cogió miedo y se fue, seguro que si se hubiera quedado la habrían matado. Su mamá le decía que no se fuera. Los paramilitares pedían plátano, yuca y si no les dabas te podía ir muy mal. Los paramilitares eran más agresivos que la gue-

rrilla. ‘Como yo le di comida a los paramilitares, quedé identificada’”.

Agrega la fuente, que “María Alicia realizó declaraciones en la Personería del municipio de Muzo (Boyacá) y el 22 de marzo de 2012, rindió declaración en la Fiscalía de Villavicencio. Actualmente es reconocida como desplazada y recibe capacitaciones sobre proyectos productivos con la Unidad de Atención y Reparación Integral a Víctimas (UARIV) y el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA)”. Concluye la fuente que: “En 1998 se vino a trabajar a San Eduardo. María Alicia se dedicaba a pintar escuelas en el centro de San Eduardo y en la vereda La Libertad. Antes de que ocurrieran las amenazas que la obligaron a desplazarse, estaba por firmar un contrato para trabajar en las escuelas de San Eduardo. En 1999 hacían presencia en San Eduardo, paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare y guerrilleros de las FARC-EP, quienes se disputaban el control territorial”.

18.II.99. En la vereda La Libertad de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, amenazaron de muerte a la campesina MARÍA ELENA RIVERA, mamá de GIOVANNI VALLEJO RIVERA, de 18 años de edad y de JUAN DOMINGO VALLEJO RIVERA, de 23 años de edad, a quienes desaparecieron forzosamente. Según la denuncia “Dos hombres llegaron al domicilio de Juan Domingo y Giovanni, diciendo que necesitaban a los muchachos, que les iban a dar un trabajo muy importante. Ellos salieron pacíficamente y se fueron con los hombres. Juan Domingo le dijo a su mamá: ‘cuando tenga buena plata se la vamos a mandar’. Después de que los muchachos salieron de la casa, uno de los hombres se devolvió y amenazó a la mamá de Giovanni y Juan Domingo al decirle: ‘Tenga mucho cuidado patrona, no vaya a meterse a denunciar en ningún lado porque no respondemos por ustedes’. Hasta la fecha no se sabe dónde están. El 3 de septiembre del 2008 se solicitó reparación administrativa ante el Comité de Reparaciones Administrativas, subdirección de atención a víctimas de la violencia, pero las solicitudes han sido negadas y hasta el momento no hay reconocimiento ni reparación por parte de las instituciones del Estado”.

03.01.00. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares comandados por alias ‘Martín Llanos’ desaparecieron y lesionaron físicamente al obrero, HILDEBRANDO VALLEJO BUENO, de 20 años de edad, a las 14:00

horas, mientras se encontraba en la avenida Romero Hernández. Según la fuente: “las personas que se lo llevaron, pertenecían a un grupo paramilitar que comandaba alias ‘Chilaco’. A Hildebrando lo subieron en una Trooper verde. Los que se lo llevaron estaban vestidos de civil. Por comentarios, se dice que fue asesinado en el año 2001. Junto con Hildebrando se llevaron a otros cinco muchachos. Hildebrando trabajaba por días y era ayudante de albañilería. Hacía como cinco meses que Hildebrando y su hermano, William, se habían venido de Bogotá hacia Miraflores con la ilusión de trabajar en Ecopetrol porque pagaban buen sueldo. No se tiene noticias de haber recibido amenazas. En ese tiempo, los paramilitares se llevaron muchachos para sus filas de manera forzada. Había constante presencia de paramilitares en el municipio”. Continúa la denuncia: “No se tiene idea de las causas por las cuales se lo llevaron, dicen que los subieron al carro a los golpes (como era costumbre) en la avenida Romero Hernández y luego se fueron por la carretera que conduce a Páez. Meses después, un familiar le preguntó a alias ‘Chilaco’ que si sabía algo del muchacho y la respuesta fue una serie de insultos y amenazas, le dijeron ‘que tuviera la jeta cerrada’ y finalizó diciéndole que pagara una misa, porque estaba muerto entre Puerto López y Villavicencio (Meta). A los 15 días de haberse llevado a Hildebrando, también se llevaron a su hermano menor de nombre William”.

18.01.00. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares comandados por alias ‘Martín Llanos’, desaparecieron y lesionaron físicamente al obrero, WILLIAM VALLEJO BUENO, de 16 años de edad. Según la fuente: “dos semanas después de que los paramilitares desaparecieron a su hermano Hildebrando, se llevaron también a William. William regresó muy maltratado, 20 días después, ‘parecía un Cristo’, con heridas superficiales y muchos golpes. Nunca contó nada y si le preguntaban, se enojaba y decía que no quería recordar ese infierno”.

22.01.00. En la zona urbana de Miraflores, paramilitares dieron muerte al taxista, YADIR HUMBERTO ALFONSO BOARA, de 29 años de edad; amenazaron y desplazaron a la ESPOSA DE YADIR y a su FAMILIA. Según la fuente: “Humberto llegó a las 17:30 a la casa. Dijimos que comíamos algo afuera. En ese momento llamó un señor pidiendo que le prestara el servicio de taxi, entonces Yadir dijo: ‘mientras ustedes comen, yo hago

la carrera de taxi’. Nunca más volvió, dizque recogió a un tipo en la esquina del terminal, pero no me consta, y que fue a una carrera al lado del trapiche. Lo encontraron muerto en el taxi y con los pies en los pedales, hacia las 20:30 horas en el antiguo botadero Patio Bonito. Una profesora que vive cerquita lo encontró. Él era bastante bromista y muy amigüero, incluso los amigos le hicieron un poema. Después, nos tocó irnos con mi hijo pues nos amenazaron. No sé porque lo hicieron. Me siguieron persiguiendo. Me fui el 2 de febrero del 2000 para Sogamoso (Boyacá) con mis tres hijas, que no son de él. A los 10 días, empecé a recibir llamadas a altas horas de la noche, en las que me decían que me tenía que ir, que si no, le damos a usted y a sus hijos, decían. Sogamoso fue terrible. Un familiar nos brindaba la posada, pero fue difícil. En el 2008 decidimos devolvernos, aquí lo conocen a uno [...]”.

15.02.00. En la vereda Mochilero de Páez, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP arribaron a una finca y secuestraron a la campesina, FLOR RAMOS, madre de la Personera municipal de Páez, y al campesino ARMELIO RODRÍGUEZ. Según la fuente: “Armelio y su esposa, Ana Bertilde Barreto, trabajaban administrando la finca de Flor Ramos, cuando en marzo la guerrilla de las FARC-EP se llevó, en el mismo carro a Flor Ramos, mamá de Yarifi (personera municipal), y a Armelio Rodríguez. Flor Ramos duró secuestrada alrededor de un mes, mientras Armelio regresó el mismo día”.

20.03.00. En la vereda Mochilero de Páez, Boyacá, paramilitares amenazaron de muerte a la campesina, ANA BERTILDE BARRETO PABÓN y a su FAMILIA RODRÍGUEZ BARRETO, quienes se vieron obligados a desplazarse hacia el departamento de Casanare. Según la fuente: “Ana Bertilde narra que, a finales de marzo del año 2000, los paramilitares llegaron a la finca e iban vestidos como del Ejército Nacional, pero el camuflado era más oscuro. Los paramilitares hostigaron a Ana Bertilde, la acusaron de conocer a la guerrilla. Los paramilitares la rodearon con sus fusiles y le decían: ‘Usted tiene que decir toda la verdad’. Meses después, del 22 al 30 de septiembre, los paramilitares continuaron llegando a la finca. Cinco veces fueron a buscar a Ana Bertilde. Unas veces en la mañana y otras en la tarde. Ella no podía dormir y se la pasaba llorando, por eso ella se fue llorando a la Personería, porque los paramilitares no la dejaban en paz. Ana Bertilde acudió a la Personería de Páez buscando ayu-

da, y dijo que después de dialogar con la personera, ya no la molestaron. Después de lo anterior, el 1 de octubre, Ana Bertilde, su compañero Armelio Rodríguez, su hija Flor María y su hijo Yimmy Yesid, decidieron irse para Páez y por miedo a los paramilitares, se desplazaron hacia la vereda de Caribayona, municipio de Villanueva, en el departamento de Casanare. En la vereda de Caribayona (Villanueva), Ana Bertilde y su compañero de vida, Armelio Rodríguez, consiguieron trabajo administrando una finca. Se dedicaban a ordeñar 17 vacas”. Agrega la fuente que: “Contó Ana Bertilde que un día entre semana, a las 10:00 a.m., empezando a ordeñar las vacas, llegó un grupo de paramilitares vestidos de camuflado y armados con fusiles. Se querían llevar a su hija Flor María Rodríguez Barreto, de 8 años, supuestamente para que les indicara algunos caminos de la vereda de Caribayona, pero finalmente no se la llevaron. A ella y a sus hijos los amenazaron los paramilitares de que tenían tres días para irse, les dijeron ‘si no se van, los matamos’. El 1 de enero del 2007 decidieron irse de Caribayona. De ahí se regresaron a Páez”.

??.05.00. En la vereda El Rodeo de Campohermoso, Boyacá, paramilitares desaparecieron forzosamente al campesino, JUAN DE JESÚS VENEGAS, de 60 años de edad. Según la fuente: “a Juan de Jesús se lo llevaron en horas de la mañana. Juan fue a la plaza de Campohermoso a vender una res, cuando se lo llevaron, delante de toda la gente. Salieron rumbo a Santa Teresa. Días antes de que lo desaparecieran, los paramilitares fueron a su casa y le revolvieron todas sus cosas. Además, hicieron varios disparos. Hasta el día de hoy no se sabe nada de él. Cuando se lo llevaron estaba casado con María Betulia Ávila y tenía 8 hijos”.

??.??.00. En la vereda Rodeo de Berbeo, Boyacá, hombres armados desaparecieron al campesino y comerciante, RAFAEL ANTONIO MORALES ESPINOSA. Según la fuente: “Rafael iba hacia Miraflores (Boyacá) por la vereda el Rodeo del municipio de Berbeo. Cuando llegó a la casa de su amigo, Sergio Aguirre, ubicada en Berbeo, llegaron también actores armados, lo sacaron y se lo llevaron. Nunca más volvieron a saber de él. Familiares de Rafael fueron al alto de Buenavista para buscarlo, pero no lo encontraron”. Continúa el testigo: “Los actores armados hicieron presencia de 1998 al 2001. La parte más afectada fueron las veredas de la parte alta, que están más cerca a los cerros y a

las montañas. Desde 1998 actores armados hicieron presencia en veredas como La Libertad, Alejandría y Cardozo del municipio de San Eduardo. La zona se llenó de guerrilla y paramilitares, particulares señalaban a personas que eran desaparecidas y asesinadas. Al que señalaban lo recogían y se lo llevaban sin contemplación. En muchos sectores aparecían los cuerpos enterrados, colgados o botaban los cuerpos al río Lengupá. Nadie decía nada, porque al que cogían, no volvía. Los grupos armados llegaban a las casas a hacer preguntas, las personas preferían no contestar, porque no sabían quiénes eran ni qué implicaciones podrían tener sus respuestas. A los servidores públicos, a la administración municipal, las FARC-EP los llamaban para darles su instrucción, bajo amenazas, los citaban a reuniones y perseguían a los que no asistían. En las reuniones trataban la búsqueda de beneficios en los presupuestos municipales, como una especie de “vacuna”. Asimismo, llegaban panfletos amenazantes de las FARC-EP, donde ordenaban a los servidores públicos “desocupar el pueblo”. Posteriormente, los paramilitares recogían a los señalados “a los marcados”.

16.07.00. En San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare desaparecieron, torturaron y ejecutaron al campesino, DANILO CANO GONZÁLEZ, de 40 años de edad. Para más información ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

23.10.00. En la vereda Guanatá sector Portachuelo de Zetaquirá, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas de Colombia (ACC), desaparecieron hacia las 20:00 horas, al campesino JOSÉ GERMÁN SALAMANCA, de 43 años de edad. Según la denuncia: “La familia ya estaba durmiendo cuando llegaron siete hombres y le dijeron a José que tenía que irse con ellos, que al otro día regresaba. José no sospechó nada, se vistió y se fue con ellos y nunca más se volvió a saber de él. Al mes, su esposa puso el denuncia por la desaparición de José en la SIJIN del municipio de Miraflores, desde allá la estuvieron citando por cuatro años para hacerle preguntas sobre lo que sabía del caso. En el mes de agosto del 2010, el personero de Zetaquirá le informó que el caso se había cerrado, pero no le entregaron la resolución. José Germán no tenía antecedentes penales, había comprado una finca hacía unos ocho años aproximadamente, tenía una yunta de

bueyes, araba los terrenos a los vecinos y colaboraba en las actividades de la junta de acción comunal. Su esposa quedó con tres hijos menores (un hombre y dos niñas). Hoy día vive con una nieta, pues sus tres hijas se organizaron y se fueron”.

03.08.00. En Miraflores, Boyacá, paramilitares desaparecieron al conductor y comerciantes, SALVADOR HUERTAS SILVA, de 36 años de edad. Según la fuente: “El día de los hechos Salvador estaba trabajando en su almacén de víveres en el barrio Santa Bárbara, cuando aproximadamente a las 20:00 horas llegaron los paramilitares y se lo llevaron. En esa época, el jefe paramilitar de la zona era Pablo Carvajal alias ‘*El Chilaco*’, quien obedecía órdenes de Héctor Buitrago. El 4 de agosto del 2000 presentaron una denuncia ante la DIJIN de Miraflores y de ahí pasó a la Fiscalía 30 de Miraflores (Boyacá)”.

03.08.00. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, a las 6:15 horas, desconocidos asesinaron al contratista LUIS HERNANDO LEGUISAMO SANABRIA, de 40 años de edad. Según la fuente: “Luis Hernando se encontraba despachando a sus trabajadores en una esquina, cerca de su casa. Dicen que por detrás le llegó un hombre a pie y le disparó a quemarropa. Luis Hernando cayó al suelo y allí el asesino lo remató, le pegó otro tiro. Después, el victimario bajó tranquilamente y cogió la salida hacia Páez, en presencia de sus trabajadores y otros conciudadanos. Se hizo una denuncia ante la Fiscalía, quien hizo el levantamiento”.

10.09.00. En Páez, Boyacá, paramilitares desaparecieron en horas de la tarde a la estudiante de sexto grado, LEIDY YADIRA JUYA, de 14 años de edad. Según la fuente: “Leidy se fue para Páez a hacer mercado, iba sola, pues allá vivía una tía y se suponía que ella iba a llegar donde la tía, pero no llegó. Leidy le dijo a alguien que el paramilitar alias ‘*Pollo Purina*’ le había ofrecido una motocicleta y ella se fue engañada con él. La abuela la vio en una camioneta llena de paramilitares, junto a otra muchacha. La camioneta iba en Puerto Triunfo (Campohermoso), rumbo a Casanare. No se supo más de ella. Presentaron una denuncia en el juzgado de menores en Miraflores (Boyacá), pero aún no han dicho nada”.

19.11.00. En la finca El Tesoro de Miraflores, Boyacá, paramilitares desaparecieron al joven JOSÉ EMILIANO MAHECHA GARCÍA, de 17 años de edad y amenazaron a la FAMILIA MAHECHA. Según la fuente: “En horas de

la noche llegaron cuatro hombres armados, rodearon la casa y tomaron por la fuerza a José Emiliano, quien previamente había recibido amenazas. La familia también recibió maltratos. Estos hombres decían tener autoridad para llevarse al joven, pues lo acusaban de robo y de violar a una mujer de 70 años, quien días después desmintió esta acusación. El joven había recibido amenazas en su lugar de trabajo, cuyos patrones eran vecinos de la finca Los Camerones, donde habitaban: José Audenago Camerón, Vidal Camerón, Pablo Monroy y Arturo Monroy. La madre colocó una denuncia dos años después de la desaparición; luego de esto intentó hacer seguimiento del proceso, pero la Fiscalía no permitió que se estudiara el caso y le dijo a la señora María que era mejor que no investigara más y que se quedara callada. Esto sucedió en la Fiscalía 30, ocho días después de entablar la denuncia”.

07.12.00. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares desaparecieron y ejecutaron a la cocinera, MARÍA MATILDE PARRA, de 20 años de edad. Según la fuente: “la captura la llevaron a cabo en frente de un restaurante ubicado en el marco de la plaza de mercado, en el que ella trabajaba y a la vista de todos. Los paramilitares la subieron a la fuerza con malos tratos a una camioneta Toyota y se fueron por la vía que conduce a Páez (Boyacá). María Matilde era conocida como “La Churuca” y era madre de una niña de meses y un niño de dos años de edad”. Continúa la denuncia: “María trabajaba en labores de cocina en un restaurante. No se sabe de amenazas previas. María era muy observadora y conocía actuaciones de los paramilitares que no les convenían. Un testigo escuchó cuando la subieron al carro, que los paramilitares comentaron: ‘la llevamos por no tener la jeta cerrada’. Al día siguiente la encontraron sin vida cerca del río Lengupá, en jurisdicción de Miraflores”.

07.01.01. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares comandados por alias ‘*Martín Llanos*’, desaparecieron al estudiante JUAN PABLO CHACÓN CRUZ, de 18 años de edad, y a OCHO JÓVENES más, mientras se encontraban en la plaza de mercado de Miraflores, a las 21:00 horas. Así mismo, desplazaron a la FAMILIA CHACÓN CRUZ. Según la fuente: “Juan Pablo estaba en la plaza del mercado cuando los paramilitares lo subieron de manera forzada, a él y a ocho jóvenes más, a dos vehículos camperos. Los camperos tomaron la

vía que comunica con Páez. A Juan Pablo lo tuvieron en entrenamiento militar en los Llanos Orientales, cerca de Monterrey y Tauramena (Casanare). Después de meses de entrenamiento, lo mandaron a una misión junto con varios compañeros. El grupo no cumplió la misión, sino que se escapó. Caminaron por más de ocho días con mucho temor de ser asesinados por haberse fugado y por no cumplir la orden”. Continúa la denuncia: “Seis meses después, el 18 de julio de ese mismo año, Juan Pablo llamó a su papá. Le dijo que se había escapado y que toda la familia debía salir del pueblo, porque sus vidas estaban en peligro. Su familia tuvo que salir de Miraflores. Vendieron su casa a un bajo precio. Juan Pablo y sus compañeros se entregaron a la Cruz Roja en el municipio de Moniquirá (Boyacá). Posteriormente, Juan Pablo estuvo preso 6 meses y 6 meses más con libertad condicional y presentación semanal en un juzgado”.

10.01.01. En la vereda Colombia Chiquita de Páez, Boyacá, paramilitares dieron muerte a la campesina, MARÍA ISABEL MENDOZA CUERVO, de 43 años de edad, en hechos acaecidos entre las 9:00 y las 10:00 horas. Señala la fuente que: “María Isabel era mamá de cuatro niños: uno de 12 años de edad y una de 14 años. Además, tenía ocho años de viuda. María era integrante de la directiva de la Junta de Acción Comunal de la vereda Colombia Chiquita (Páez). Previo a los hechos, no se conoce que haya recibido amenaza alguna. El sector La Cumbre, donde María vivía, a bordo de la carretera, era por donde constantemente se movilizaban los paramilitares y es una vía muy transitada por el público en general. En algunas ocasiones, los paramilitares llegaban a tomar café a la vivienda de la víctima. En esa época era común que la gente de la región se viera obligada a atender a los paramilitares, por miedo. El día que la ejecutaron, un vecino pasó por el lugar y la encontró muerta de varios disparos, a unos pocos metros de su casa. El vecino fue quien dio aviso a sus familiares. Sus pequeños hijos, la niña y su hermanito, no estaban en casa por estar en cita de odontología en Páez. Es posible que la hayan asesinado porque María Isabel, igual que otras personas, habían presenciado la masacre en Vistahermosa (Campohermoso), acaecida el 26 de febrero de 1991”. Según la fuente: “Ese día, cerca del mediodía, veníamos de Santa Teresa a Páez, los paramilitares tenían a toda la gente del caserío boca abajo en la plaza y, con lista en mano, seleccionaron a varios pobladores; les amarra-

ron las manos y los cargaron con maletas de víveres que saquearon de las casas. Pasadas las 17:00 horas se los llevaron rumbo a la Ururía, justo por donde se había corrido la voz que estaba plagado de guerrilleros. Lo extraño es que, quien daba las órdenes y con lista en mano, era el mismo que días antes coordinó reuniones en la comunidad a nombre de la guerrilla. Nos dijo que debíamos estar preparados porque era posible que llegaran grupos de autodefensas a tratar mal a la comunidad. Y justo se llevaron a las personas que aportaron ideas de cómo defenderse, si llegaran personas extrañas. El día de la masacre en Vistahermosa estaba María Isabel en camino a Páez, junto con nosotras. A nosotras también nos requisaron, nos pidieron papeles y como no estábamos en la lista, nos dejaron seguir para Páez, como a las 15:00 horas. A pocos kilómetros nos encontramos a Santos Mendoza, quien iba para Vistahermosa, y también a él se lo llevaron. Ese día también se llevaron a José Jiménez, quien llegando a la Ururía, se logró escapar votándose por un peñasco y salió para la vereda de Cafeteros del municipio de San Luis de Gaceno. María Isabel comentó el caso de José Jiménez, que tuvo que dejar a su hija, a quien también llevaban amarrada. Luego todos aparecieron muertos”.

10.01.01. En la vereda San Pablo de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, desaparecieron al campesino, JOSÉ EDUARDO CABEZAS PEÑA. Según la fuente: “José Eduardo se encontraba trabajando en la construcción de un tanque en una finca. Sobre las 10:00 horas, cuando cargaba arena en una mula, llegaron a buscarlo a su casa unos hombres en una camioneta. José Eduardo salió a correr y sonaron tiros, los hombres le dispararon. Se encontraron algunas prendas y el sombrero enredados en las cuerdas de las cercas. No se volvió a saber de él. Hay diferentes versiones y comentarios en torno a lo que sucedió después, pero los familiares consideran que es probable que el cuerpo se encuentre en el Alto de Buenavista, lugar donde llevaban los cadáveres de las personas que asesinaban”.

??01.01. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, amenazaron a los miembros de la FAMILIA CABEZAS PEÑA. Según la fuente: “Los paramilitares tenían una base de operaciones en Miraflores,

en el hotel Bochica, en coordinación con la Policía Nacional. El padre y los hermanos de José Eduardo fueron a averiguar con los paramilitares por su familiar, que se encuentra desaparecido, indicándoles que, si lo habían asesinado, por favor les entregaran el cuerpo de José Eduardo. Los paramilitares les respondieron: ‘no se pongan a buscar y no se metan en más problemas’. José Eduardo Cabezas Peña fue desaparecido el 10 de enero de 2001 por paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare, en el municipio de San Eduardo, vereda San Pablo”.

15.06.01. En Páez, Boyacá, paramilitares autodenominados Los Urabeños, amenazaron a LUIS ALFONSO CORONADO DÍAZ y desplazaron a la FAMILIA CORONADO. Según la fuente: “En el año 1989 fue asesinado José Roberto Coronado Díaz, quien se negó a prestar una escopeta a su vecino, y en retaliación, este lo señala como auxiliador de la guerrilla. Fue sacado de su residencia, torturado, asesinado y lanzado al río. Por estos hechos, el señor Luis Alfonso pidió hablar con alias ‘Dumar’, quien negó el hecho y en cambio sí se inicia una estigmatización, no solo hacia él, sino también a toda su familia, quien geográficamente se encontraba ubicada en un sector por donde no solo transitaba el Ejército Nacional, sino que también lo hacían los grupos guerrilleros y paramilitares. Por esta razón es obligado a abandonar su territorio”.

04.07.01. En la zona urbana de San Eduardo, Boyacá, paramilitares autodenominados los Buitragueños reclutaron, amenazaron y torturaron al seminarista, WILBER MEDINA CABEZAS, de 13 años de edad. Según la fuente: “Cuando Wilber fue reclutado, él estaba de visita familiar, pues, estudiaba en el Seminario de Chiquinquirá, donde cursó hasta séptimo grado. A Wilber se lo llevaron engañado en una camioneta Toyota de color rojo a las 14.00 horas. Se lo entregaron a alias ‘Veneno’, quien pertenecía a ‘las especiales’, encargados de ‘hacer limpieza’; preguntaban por ladrones de ganado y guerrilleros. Wilber estuvo en Santa Teresa, entre Páez y Campohermoso, en cercanías al departamento de Casanare, donde duró casi dos años y medio con ellos en entrenamientos. Confrontaciones y combates entre paramilitares conocidos como los Buitragueños y Los Urabeños, le dejaron serias heridas: un disparo en una pierna, en el mentón y daños en el oído ocasionados por la detonación de una granada. Todo esto ocurrió en un lugar conoci-

do como El Tropezón, ubicado cerca de la vereda El Triunfo (Meta). A Wilber también se lo llevaron al departamento del Meta, a combatir contra las FARC-EP, como Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). El entrenamiento fue en el departamento del Meta como mes y medio”. Agrega la denuncia que: “Wilber dijo que durante los entrenamientos les pegaban, les disparaban, les hacían pasar por debajo de alambres de púa y barro en codos, a quienes no pasaban los mataban, a los que no servían los dejaban para que otros los picaran. Había muchas fosas comunes. Eran como 120 y después reclutaron a 1500 jóvenes. Las especiales, era un grupo contraguerrillero, patrullaban de a diez personas y hacían presencia en Bogotá, Funza y Chiquinquirá (Cundinamarca), Villanueva y Monterrey (Casanare), Miraflores (Boyacá), Villavicencio y Puerto López (Meta). Eran grupos especiales para matar. En Bogotá mandaban las Águilas Negras. Los Buitragueños y Los Urabeños, peleaban por poder y territorio”. Agrega la denuncia que: “un compañero de Wilber, que fue también reclutado en la misma época, llamó y le contó a un familiar que Wilber estaba herido en una clínica privada en Bogotá: Santa Rosa de Lima. El familiar se fue a la clínica en septiembre de 2003, sacó a Wilber de la clínica y se lo llevó al municipio de Chiquinquirá (Boyacá). En el 2004 se fueron para Muzo (Boyacá), donde Wilber comenzó a trabajar en una mina. En el 2008, se fueron a Bogotá, donde Wilber fue reclutado por el Ejército Nacional y conducido a prestar servicio militar en el Batallón de Selva de Villavicencio (Meta), de allí lo llevaron a Puerto Inírida (Guainía)”. Según la denuncia: “desde el Ejército Nacional le comunicaron que Wilber estaba atravesando crisis psiquiátricas. Por intermedio del coronel Nelson Orlando Rincón, se solicitó la remisión de Wilber a Bogotá, donde inició tratamientos médicos psiquiátricos y le diagnosticaron esquizofrenia, paranoia y trastorno bipolar. A partir de los diagnósticos, le otorgaron una pensión con la que subsiste actualmente. El Estado desconoce el derecho a la reparación por el reclutamiento forzado y tortura del que fue víctima”.

13.08.01. En la vereda San Juan de Mombita de Aquitania, Boyacá, miembros de un grupo armado asesinaron a CRISANTO ROA APONTE. Su esposa quedó a cargo de cinco hijos.

28.08.02. En Miraflores, Boyacá, fue víctima de un atentado contra su vida el personero municipal NELSON ARTURO OVALLE DÍAZ, sufrió varios impactos de bala y luego fue amenazado repetidas veces, sin que ninguna autoridad nacional ni regional quisiera protegerlo. La fuerza pública, que estaba a pocos metros del lugar, también se negó a auxiliarlo. Para más información ver “Casos paradigmáticos” en esta misma publicación.

15.09.01. En la vereda Teguita Baja de Chámeza, Casanare, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare, desaparecieron al campesino JOSÉ RAÚL PEÑA GÓMEZ, de 50 años de edad y desplazaron a la FAMILIA PEÑA. Según la fuente: “a José Raúl lo sacaron de la habitación de su casa cuando llegaba del ordeño, junto con un nieto de nombre Fernando Peña. Se lo llevaron hacia la montaña de la vereda Teguita Alta en el municipio de Chámeza (Casanare). Meses atrás, en el año 2000, también se llevaron al hijo mayor de José Raúl, de nombre Eliécer Peña Gómez. Posteriormente a la semana en que ocurrieron los hechos, mientras se desplazaba en un vehículo, la esposa de José Raúl recibió amenazas por parte de las Autodefensas Campesinas del Casanare. José Raúl había recibido presiones de los paramilitares para que les pagara la extorsión. En una de esas oportunidades también la guerrilla lo extorsionó, lo que no les gustó a los paramilitares, quienes decidieron desaparecerlo o asesinarlo. A José Raúl le quedaron diez hijos sobrevivientes, quienes se tuvieron que desplazar unos para Miraflores (Boyacá) y otros para Bogotá. Presentaron una denuncia ante la Fiscalía de Tunja. Esta investigación la lleva actualmente una Fiscalía especializada en derechos humanos de Villavicencio (Meta)”.

20.01.02. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, a las 18:00 horas, guerrilleros de las FARC-EP amenazaron a la COMUNIDAD DE CAMPOHERMOSO y causaron daños en el Banco Agrario. Para mayor información ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

21.01.02. En la vereda Castañal de Campohermoso, a las 18:00 horas, guerrilleros de las FARC-EP amenazaron a los PASAJEROS DEL BUS DE TRANSPORTE PÚBLICO de la empresa La Macarena y lo quemaron. El bus venía de Bogotá. Para mayor información ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

27.01.02. En la zona urbana de Campohermoso, Boyacá, a las 11:00 horas, paramilitares amenazaron y extorsionaron a la COMUNIDAD DE CAMPOHERMOSO bajo la amenaza de “consigna o los bajamos”. Les obligaron a que les depositaran dinero en el Banco Agrario. En la semana siguiente regresaron los paramilitares y se llevaron a varios muchachos. Para mayor información ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

26.02.02. En la vereda Chapacía de Miraflores, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas del Casanare, ejecutaron al campesino CARLOS ARTURO OVALLE, de 41 años de edad, intentaron atentar contra la vida de su esposa MARÍA ELVIA DÍAZ LÓPEZ y amenazaron de muerte a un trabajador de la finca, GIOVANNI VARGAS, de 19 años de edad, en hechos ocurridos en horas de la mañana. Igualmente, declararon objetivo militar a los miembros de la FAMILIA OVALLE DÍAZ, entre ellos al campesino MIGUEL ANGEL OVALLE DÍAZ. Para mayor información ver “Casos paradigmáticos” de esta misma publicación.

14.03.02. En el corregimiento Los Cedros de Campohermoso, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), amenazaron a los miembros de la familia BUITRAGO MARTÍNEZ; les robaron algunos bienes y se llevaron por la fuerza a los campesinos, VÍCTOR N., de 33 años de edad y GILBERTO MARTÍNEZ, de 27 años; amenazaron a la docente IIDALY MARTINEZ, de 65 años; a la estudiante JESSIKA BUITRAGO, de 12 años de edad; a JAVIER BUITRAGO, de 5 años de edad; JHONNER BUITRAGO, de 4 años de edad; NUBIA BUITRAGO, de 30 años de edad; y a los campesinos PAULINO BUITRAGO, de 68 años de edad; VLADIMIR OVALLE, de 27 años de edad y a DAGOBERTO TOLOSA, de 25 años de edad. A raíz de los hechos, otros CAMPE- SINOS RESIDENTES en el corregimiento Los Cedros, se vieron obligados a desplazarse de la región. Según la fuente: “Unos hombres y mujeres armados y vestidos con ropa oscura, que llevaban maletas en las cuales iban amarradas ollas, botas de caucho, pañoletas rojas y un brazalete de las AUC, arribaron a la casa de la familia Martínez hacia las 17:00 horas. Uno de ellos se metió a la cocina, sin pedir permiso, y dijo: ‘necesito que me regalen panela con limón para mi gente’. La señora Idaly le dijo: ‘¿usted quién es?’ El señor dijo: ‘yo soy el comandante y estamos revisando las casas’. Los paramilitares se llevaron lo que encontraron de

valor, incluyendo gallinas. Ese día estaban nueve integrantes de la familia Martínez Buitrago, además de Víctor y Gilberto, dos obreros que estaban trabajando en el páramo para la familia, quienes al ver gente bajaron a la casa. Y en eso, el comandante mandó por ellos. Cuando los tenían abajo, les dijeron: ‘Nos vamos a llevar a Gilberto y a Vladimir. A Víctor no porque tiene un defecto en la mano’. Los niños de la familia se lanzaron a los pies de su padrastro Vladimir y comenzaron a pedirle al comandante que no se lo llevaran. El comandante paramilitar al verlos llorando dijo: “está bien nos llevamos al de ‘brazo malo’, es decir a Víctor”. Continúa la denuncia: “La señora Idaly pidió hablar con el jefe de los paramilitares. La citaron al día siguiente en el sitio Divino Niño, que es un alto donde uno parte para la vereda Teguas y el corregimiento Los Cedros. Idaly fue y conversó con el jefe y le insistió en que los soltaran, ya que eran personas muy humildes. Logró que soltaran a Gilberto, Víctor y a otro joven de nombre Dagoberto Tolosa. Dagoberto era de la vereda El Toldo (Campohermoso). Después de eso, Dagoberto, Víctor y Gilberto se fueron de la región”.

22.03.02. En la vereda El Centro de Zetaquira, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas del Casanare (AUC) desaparecieron al campesino, JOSÉ OBDULIO ARIAS MENDOZA y amenazaron al campesino, OLIVO ARIAS. Según la fuente: “José Obdulio se encontraba trabajando en la casa de su familia haciendo algunos arreglos cuando llegaron tres carros, sus ocupantes se bajaron, lo recogieron y se lo llevaron, le preguntaron a su padre, don Olivo, que dónde estaban las armas y que tenía que irse con ellos; lo encañonaron y lo amenazaron, pero en ese momento pasó un bus que se dirigía a Zetaquira y el Comandante de las AUC dijo que lo dejaran sano. Sin embargo, se llevaron a José Obdulio. Salieron rumbo a Zetaquira. Don Olivo se fue de inmediato para el pueblo, donde el inspector Víctor Varcara, quien le dijo que dejara así y por esta razón no se colocó ningún denuncia”.

14.05.02. En la inspección Vistahermosa de Campohermoso, paramilitares desaparecieron hacia las 7:00 horas al campesino, OSTILO CUBIDES, de 35 años de edad. Según la fuente: “En la mañana llegaron los paramilitares a su casa y le dijeron que les fuera a arreglar un carro. Lo subieron en un carro y no se sabe nada de él hasta la fecha de hoy. En la casa esta-

ban sus tres hijos (dos gemelos y una niña), menores de edad (entre dos y cinco años). En la zona había presencia paramilitar desde 1991. No estaba amenazado. La familia presentó una denuncia en el juzgado de menores en Miraflores (Boyacá). El 23 de julio del 2002 presentaron denuncia en Campohermoso, pero no han recibido respuesta. Cuando los familiares fueron a preguntar a las autoridades, estas se pusieron bravas con ellos. La respuesta ha sido “hay que esperar”. La Personería puso una denuncia en la Cruz Roja Internacional”.

19.05.02. En el sector Teguas de Campohermoso, Boyacá, paramilitares amenazaron a la FAMILIA HUERTAS, se llevaron a dos hermanos campesinos N. HUERTAS, y JUAN DARÍO HUERTAS ÁVILA. Según la fuente: “los paramilitares llegaron a la casa de la familia y les manifestaron que debían asistir a una reunión en la escuela de la vereda. Debido a estas amenazas, el señor Huertas y sus dos hijos acudieron a la reunión, pero cuando llegaron a la escuela, se dieron cuenta que allí solamente se encontraban los paramilitares armados, quienes retuvieron a los dos hermanos y se los llevaron. Más adelante dejaron en libertad al menor de ellos y desaparecieron a Juan Darío, quien en ese momento tenía 23 años de edad”.

20.05.02. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares autodenominados Casanareños, liderados, entre otros, por alias ‘*Martin Llanos*’. A las 20:00 horas amenazaron y desaparecieron al vendedor ambulante GEOVANI DE JESÚS CATALÁN SALCEDO, de 38 años de edad. Según la fuente: “El 20 de mayo ya no llegó a su casa. Esa noche que no llegó, fui a preguntar a un conocido y me dijo que lo habían visto en la bomba de gasolina. Yo fui y averigüé en la bomba y me dijo el muchacho de la bomba de gasolina, que él había estado ahí, que le había ayudado a tanquear un carro, y que lo había visto cuando él salió al bordo de la carretera y que no había vuelto. Eso fue todo. No supe nada más. Al otro día, lo estuve esperando todo el día. Él vendía tinto en el parque. Yo trabajaba en la esquina. Lo esperé todo el día. Como a las 11:00 horas, a mí me dio un presentimiento horrible, y me puse a llorar. Fue como un sentimiento: ‘¿será que lo mataron, será que algo pasó?’ Nunca supe nada de él. Después me enteré que esa misma noche que lo desaparecieron, lo mataron los paramilitares. Que lo habían aventado en el Alto de la Buenavista. Geovani

no estaba en ninguna organización social, ni política. El único detalle de él, es que era amigo de la Policía. Ellos eran muy buenos clientes de él. Geovani les vendía tinto. Fue el único problema de él. Una semana antes de que lo desaparecieran había recibido una carta firmada por los paramilitares, donde le pedían que se fuera del pueblo, si no lo mataban. Geovani fue a hablar con el jefe de los paramilitares a una finca en una vereda de Berbeo. El jefe le dijo: ‘nosotros no nos ponemos a mandar cartas a las personas’. Por esa razón Geovani no se fue del pueblo”.

15.06.02. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares amenazaron al ebanista, escritor y líder comunitario vinculado al Movimiento de Dignidad y Respeto por los Derechos de Boyacá y Casanare, EFRAÍN SANABRIA RONDÓN, de 51 años de edad. Según la fuente: “Efraín recibió una llamada de un teléfono cuyo número no se pudo identificar porque aparecía como privado y le dijeron: ‘sigue jodiendo y reclamando a las empresas del oleoducto Andino y a la Administración y lo callamos como les ha pasado a muchos sapos, a usted le dicen El Verraquera’. Con anterioridad también había recibido otras llamadas y había sido extorsionado por paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Efraín había apoyado las denuncias de la comunidad frente a las empresas contratistas del oleoducto Andino”. Agrega la denuncia: “Efraín fue sobornado por las autodefensas, a quienes tuvo que darles mercado y plata para proteger a su familia. La Policía Nacional recibió quejas de la comunidad y al poco tiempo los paramilitares sabían de esas denuncias. Hubo un comandante de las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), de nombre o alias ‘Dumar’, quien coordinaba con el Comandante Matamoros de la base militar de Miraflores y le prestaba protección a Ecopetrol. Matamoros llegó a tener cultivos de amapola en las veredas Guamal, Estancia Tablón y Tunjita en el año 1991 y siguientes”.

21.06.02. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares autodenominados Casanareños, liderados, entre otros, por alias ‘Martín Llanos’, desaparecieron a la joven, SANDRA PATRICIA GÁMEZ HEREDIA, de 15 años de edad. Según la denuncia: “Sandra se quedó en la casa cuando salí a trabajar. Estábamos las dos solas. Ella se quedó a lavar. Cuando yo regresé, estaba la ropa sobre el lavadero. Y como a las 18:15 horas me

llamó al trabajo y me dijo: ‘Mamí, el papá de un amigo vino para Bogotá, y me vine con él’. A mí se me hizo raro. Le dije: ‘Más bien, apúrese a hacer la comida, porque su hermano va a llegar a comer y se va poner bravo’. Ella me dijo: ‘Bueno, mamí’. En esas me tocó hacer un domicilio ahí donde yo trabajaba, y me di una vuelta a la casa, pero no estaba. Llegué en la noche. Le pregunté al hermano que si cuando él había llegado ella no estaba. Y él me dijo: ‘no mamí, cuando yo llegué no había nadie’. Me fui, miré la ropa, no había tocado nada. Ni siquiera el cepillo de la boca, nada, nada. Todo estaba ahí. Yo le comenté al hermano: ‘es que me marcó hace rato y me dijo que se había ido para Bogotá’. Mi hijo me dijo: ‘es que esa china es loca o qué. Dejamos así’. Al otro día temprano, yo llamé a donde un tío que vivía en Bogotá, porque ella ya había estado allá. Cuando yo llamé donde mi hermano en Bogotá, mi cuñada me dijo: ‘no, por aquí no ha llegado’. A mí me cogió la preocupación porque ella no tenía plata. Yo me imaginaba, si se la llevó este señor y me la dejó por allá en el centro de Bogotá y sin plata, cómo estará, ¿se perdió? Todo fue un viernes en la tarde. Como ella no había podido estudiar, ella pasaba en la casa. Yo le pregunté a unos inquilinos de donde vivíamos y ellos me dijeron: ‘lo único que escuchamos es que alguien timbró y ella salió a abrir’. No todos teníamos llave y a veces nos tocaba timbrar. Me dijeron que la muchacha estuvo hablando con alguien y se reía, pero que no volvió a entrar. Y eran como la una o dos de la tarde. Al domingo siguiente, llegó un sobrino que vino a visitarme. Yo me atacqué a llorar delante de él. Entonces me preguntó por qué lloraba y yo le dije: ‘es que su prima está desaparecida desde el viernes. Hasta la fecha no se sabe nada de ella’. En ese tiempo en Miraflores había un grupo de paramilitares”.

15.07.02. En el crucero de Zetaquirá-Guanetá, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), desaparecieron al joven estudiante JOSÉ DANIEL RAMÍREZ, de 29 años de edad. Según la fuente: “José Daniel salió ese día a trabajar en un mandato convocado por la Junta de Acción Comunal. Ya habían terminado el trabajo y, cuando se dirigía a su casa hacia las 14:00 horas, lo agarraron en la vereda Guanetá unos paramilitares, entre ellos alias ‘Gallo Fino’, lo subieron a una camioneta y se lo llevaron rumbo al Casanare. Se dice que allá lo mataron. Aun no se conoce dónde pudieron dejar los restos.

Un mes después de que se lo llevaron, los familiares se enteraron de que a José Daniel lo habían asesinado. Se sabe que se lo llevaron a cometer crímenes en contra de otras personas. Era un joven muy activo y trabajador, muy creyente de la fe católica y deportista, con grandes esfuerzos compró una finca a donde se fue a vivir con su mamá. Aún no había pagado en su totalidad la finca cuando se lo llevaron. Daniel estaba en último semestre de Licenciatura en Matemáticas en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC), con sede en Tunja”.

23.0802. En San Eduardo, Boyacá, paramilitares desaparecieron al joven, NELSON FERNANDO MORA GALINDO, de 22 años de edad, quien se encontraba trabajando en un vehículo de transporte público como ayudante de un bus. Según la fuente: “Cuando en horas de la tarde el bus fue detenido por un grupo de paramilitares en el cruce de San Eduardo, donde se subieron los hombres armados preguntando por el joven Nelson, él se presentó, pero opuso resistencia a bajarse, sin embargo, fue amenazado, lo obligaron a bajarse del bus y se lo llevaron. La víctima había prestado el servicio militar hacía poco tiempo, y en el momento estaba haciendo un curso para ser escolta. Pocos días después de la desaparición, la madre del joven pudo hablar con uno de los hombres que lo bajó del bus, quien le dijo que su hijo volvería en ocho días, pero hasta el día de hoy, no se han tenido noticias de él”.

05.II.02. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Sur del Casanare, amenazaron con reclutar forzosamente al estudiante CAMILO ANDRÉS HEREDIA, de 18 años de edad. Según la fuente: “El hecho sucedió hacia las 17:15 horas, cuando Camilo Andrés salió del colegio Sergio Camargo, sobre la calle del Alto del Cogollo y bajaba hacia el parque central de Miraflores, en ese momento afirma la víctima que, un paramilitar que manejaba un taxi le atravesó el carro la última vez. En tres ocasiones lo intentaron secuestrar, pero él se escapó. Finalmente decidió salir de Miraflores, en enero de 2003, dada la situación. Era una práctica común, que algunos taxistas de Miraflores colaboraran con los paramilitares de alias ‘Martín Llanos’. Los paramilitares pagaban 500 mil pesos a los jóvenes que informaban nombres de personas para reclutar. A quienes no querían colaborar con los paramilitares, los asesinaban. Todo lo anterior era del conocimiento

de las autoridades”. Continúa la denuncia: “En el año 2001 Camilo estaba en décimo. Y para ese entonces era muy famoso el Alto de la Buenavista (una barranca). Ahí empujaban a la gente unos 400 metros hacia abajo. Cogían a los muchachos por vicios de fumar o por permanecer mucho tiempo en la calle. A los que veían con vicios, les echaban el ojo, los fichaban. En ese tiempo algunos del pueblo que estaban desempleados se metieron a trabajar con los paramilitares. Pagaban más o menos como 500 mil pesos al mes o 500 mil pesos por persona que lograran que ingresara a las filas del paramilitarismo. En esa época, no se podía estar más allá de la 6:00 de la tarde en la calle, porque era peligroso, ya que los paramilitares podían llevárselos a trabajar con ellos”. Seis meses antes, el 20 de mayo de 2002, se llevaron al esposo de la mamá de Camilo, el señor Geovani de Jesús Catalán Salcedo, de 28 años de edad, quien laboraba como vendedor de tintos en Miraflores. Asimismo, el 21 de julio del 2002, se llevaron a su hermana Sandra Patricia Gámez Heredia, de 15 años de edad”. Concluye la denuncia: “En esa época, a algunos de los jóvenes que fueron reclutados por los paramilitares los soltaron y otros se lograron escapar. Muchos regresaron en ese tiempo a Miraflores. El sitio estratégico que tenían, según lo que dicen los que volvieron, estaba ubicado sobre la vía principal, que va de los municipios de Yopal- Aguazul-Monterrey (Casanare) y que comunica con Bogotá, ahí tenían los paramilitares un centro de mando, en el lugar que se llama El Secreto. Es un sector donde el río Lengupá se une con el río Upía. Los militares del Ejército Nacional también llegaban ahí. Ellos tenían conocimiento de este lugar”.

09.0204. En Berbeo, Boyacá, guerrilleros de las FARC-EP asesinaron a LUZ MARINA PARRA MORENO y causaron heridas al alcalde de este municipio, JOSÉ GABINO RODRIGUEZ GAMEZ, y a WILDER VEGA PEÑA. Según la fuente: “Luz Marina, José y Wilder se encontraban en una reunión, cuando un guerrillero le disparó al alcalde y en la huida, disparó para intimidar a los asistentes a la reunión, hiriendo a la señora Luz Marina, quien murió a causa de los disparos. En esa época, los alcaldes de esta zona estaban amenazados por la guerrilla, acusándolos de tener relaciones con los grupos paramilitares”.

II.04.04. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares comandados por alias ‘Martín Llanos’ desaparecieron al obrero, JOSÉ EDILBERTO CHACÓN CRUZ, de 22

años de edad, y a tres JÓVENES SIN IDENTIFICAR. Asimismo, extorsionaron a la FAMILIA CHACÓN CRUZ. Según la fuente: “Edilberto y tres amigos más se encontraban en una tienda comercial, ubicada en el barrio El Progreso, cuando llegaron los paramilitares y los subieron de manera brusca a un campero Toyota. Se fueron por la vía a Páez (Boyacá) hacia las 21:00 horas. El 8 de mayo de 2004 apareció el cadáver de un hombre y dijeron que era José Edilberto. El 10 de mayo se realizó el sepelio, sus familiares asistieron sabiendo que no era José Edilberto. Hubo asistencia masiva al sepelio”. Continúa la denuncia: “La mamá de José Edilberto se atrevió a viajar a Monterrey (Casanare). Fue a preguntar a los propietarios de las fincas que los paramilitares frecuentaban. En una de las fincas le informaron que a José Edilberto lo tenían cargando provisiones para un grupo paramilitar. El 8 de agosto de 2004 lo dejaron en libertad, después de que sus padres pagaron una extorsión al grupo paramilitar”.

12.04.04. En la zona urbana de Miraflores, Boyacá, paramilitares autodenominados Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC), desaparecieron a cuatro personas, entre ellas al joven obrero OSCAR JULIÁN SALAMANCA VARGAS, a quien ejecutaron. Según la fuente: “A las 21:00 horas, los jóvenes querían ir a una discoteca ubicada en cercanías del Colegio Sergio Camargo. Los paramilitares estaban dentro de la discoteca y salieron a coger a cuatro compañeros. Solo dejaron regresar a tres y a Oscar Julián no lo liberaron, a él lo mataron. No sé si eran cuatro o seis paramilitares los que los recogieron; los amarraron y los llevaron a un carro. Los llevaron a la vereda Mocacia, que es cerca al pueblo de Miraflores. Los cambiaron

de un carro a otro y los llevaron por las praderas de Páez (Boyacá), allá por la Buena Vista. El vehículo era un Nissan de color naranja. Se bajaron dos hombres armados y nos metieron a un carro donde había dos más, que también estaban secuestrados. Los llevaron a la vereda Guamal y caminaron varias horas hasta el campamento, al amanecer se dieron cuenta que eran paramilitares de las Autodefensas Campesinas del Casanare (ACC)”. Agrega la denuncia que: “Oscar Julián era muy obediente y juicioso en el estudio. Era muy trabajador, noble y sencillo. Es un dolor tener que recordar. A él no se lo llevaron por algún motivo en particular, lo cogió la mala suerte. En el 2008 lo incluyeron el Registro único de Víctimas. En el 2012 la mamá se presentó ante la Fiscalía para abrir la investigación con la declaración de uno de los tres jóvenes desaparecidos, pero que fue liberado. El cadáver de Oscar Julián está en la parte de arriba de la finca del señor Hernando Ramírez, que es un paisa de Miraflores y que no tiene nada que ver con los hechos, el problema de ellos es que dónde los mataban, ahí los sepultaban [...]”

???.05. En la vereda Villanueva de San Eduardo, Boyacá, paramilitares desaparecieron a la niña campesina, NIDIA HERNÁNDEZ FRANCO, de 13 años de edad. Según la fuente: “Nidia tenía 13 años de edad cuando salió de su casa ubicada en la vereda Villanueva (San Eduardo), hacia el casco urbano. Se dirigía al restaurante donde trabajaba, pero nunca llegó a su destino. Desde que salió de la casa nadie la volvió a ver. En esa época hacían presencia grupos paramilitares en la zona, y se presume que fueron ellos, porque se tenía conocimiento de que se llevaron a muchas personas”.

Violencia paramilitar en Miraflores: un pasado que se filtra en el presente

Paula Mariana Carvajal y María Galvis*



Fotografía: Carlos Julio Molano Caballero. Vereda el Guamal, Miraflores Boyacá

* Antropólogas

Introducción

Al llegar a Miraflores, un municipio ubicado en la provincia de Lengupá (Boyacá), se logra percibir un ambiente tranquilo y familiar entre sus habitantes. Es usual ver a los transeúntes saludarse entre sí, encomendarse razones o enviarse encargos. Hay diferentes puntos de encuentro, en su mayoría ubicados en la plaza central, donde los mirafloreses se reúnen a tomar café mientras ven la tarde caer y, cuando se esconde el sol, aún se les ve pasando el tiempo entre las vías públicas. En ocasiones, entre los pobladores de Miraflores, se pueden observar soldados con rifles cruzados en el torso y equipo de campaña, al igual que hombres con cascos protectores y overoles, marcados con los logos de Ocesa o Ecopetrol —petroleras instaladas en el municipio alrededor de los noventa. Es difícil imaginar que Miraflores sufrió las consecuencias de la violencia ejercida por diferentes grupos armados.

A partir del trabajo de campo realizado para la elaboración del presente artículo, se encontró, que detrás del transcurso de una cotidianidad aparentemente apacible, existe una serie de memorias sobre hechos violentos que perduran y permean las dinámicas de las relaciones comunitarias en Miraflores. Estas memorias son perceptibles en las prácticas diarias de la gente: en los silencios que guardan en sus narrativas, en las precauciones que toman, en los miedos y justificaciones que le atribuyen a la violencia. La metodología de este trabajo de investigación estuvo dirigida a rastrear estas prácticas con el objetivo de reconstruir los hechos victimizantes de la violencia armada en Miraflores y sus implicaciones en la vida diaria de la comunidad.

Durante la presencia paramilitar, los habitantes de Miraflores fueron víctimas de diferentes actos violentos: desapariciones, homicidios, secuestros, reclutamientos y persecuciones políticas. En medio de estos eventos, la comunidad mirafloresna construyó una *gramática del sufrimiento*, un concepto propuesto por Espinosa (2007) para referirse a la manera en que las experiencias y representaciones del dolor asociado con el conflicto armado “[moldean] las formas en que la colectividad y los individuos se comportan y asumen las reglas que impone la situación de guerra en que viven” (Espinosa, 2007, 44). A pesar de que la situación de violencia en Miraflores es considerada por sus pobladores como una cuestión del pasado y los hechos victimizantes ya no hacen parte del día a día, argumentamos que esta *gramática del sufrimiento*, construida durante la presencia paramilitar en el municipio, lejos de quedarse en el pasado, se

extiende a las dinámicas cotidianas y actuales de la comunidad.

Como lo propone Das (2008), las comunidades que han estado expuestas a manifestaciones de violencia, sufren experiencias con una temporalidad que va más allá del momento preciso en el que ocurren los hechos victimizantes. Es decir, los acontecimientos violentos pasados “se [filtran] en las relaciones continuadas y se [convierten] en una especie de atmósfera que no puede expulsarse hacia un ‘afuera’”. (Das, 2008, 222). Este documento busca darles una interpretación a los modos en que los hechos victimizantes ocurridos durante la violencia paramilitar se filtran en la cotidianidad, en el *presente* de los habitantes de Miraflores. A partir de la *gramática del sufrimiento* y teniendo en cuenta la temporalidad que propone DAS (2008), ubicamos y analizamos los testimonios que retoman las memorias de tales sucesos.

Para desarrollar este planteamiento, el presente artículo se dividirá en tres secciones. Primero, hablaremos sobre la metodología y planteamos algunas reflexiones sobre el acercamiento investigativo que se hizo en Miraflores. Segundo, hablaremos de los efectos concretos que tuvieron las acciones de actores paramilitares en las historias de vida de dos personas que han decidido contar, en escenarios privados, cómo vivieron, sufrieron y aprendieron a sobrellevar la violencia. Las narraciones de las historias de vida las analizaremos a partir de dos ejes: la desconfianza generada entre los habitantes de Miraflores y las justificaciones que le encontraron a la violencia. Tercero, planteamos las conclusiones y algunas preguntas que quedan abiertas para futuras indagaciones.

Reflexiones metodológicas

El trabajo de campo realizado en Miraflores¹² fue de corte cualitativo y etnográfico. Este se basó en observaciones, conversaciones informales y algu-

nas entrevistas semi-estructuradas. La observación estuvo dirigida a seguir las prácticas cotidianas en el pueblo, específicamente en relación con los recuerdos que las personas mantienen sobre la violencia. De este modo, la observación prestó especial atención a los lugares de interacción de los habitantes del pueblo; qué espacios, personas o situaciones les evocan recuerdos sobre la violencia; qué tipo de relaciones de cercanía o confianza podrían observarse entre la comunidad. Con las entrevistas y conversaciones informales, por su parte, se buscó una aproximación a la experiencia de la violencia vivida por los habitantes de Miraflores, a partir de sus narraciones y silencios —ellos mismos significativos—. A partir de estos testimonios, se habla de normas y principios que tenía la comunidad durante la presencia paramilitar.

En el momento en que se realizó el trabajo de campo en el municipio de Miraflores, fue recurrente que las personas no hablaran sobre la violencia paramilitar en espacios públicos —como en las cafeterías o establecimientos— y en caso de comentar algo al respecto, lo hicieran de manera acelerada y en voz baja. Algunos mencionaban que preferían olvidar dichos sucesos, no solo porque causaron mucho daño entre la comunidad, sino porque “uno no sabe quién todavía siga por acá [*refiriéndose a presencia paramilitar*]. Por eso es mejor cerrar la boca, porque por ahí como dicen ‘en boca cerrada, no entran moscas’. Uno ya se siente tranquilo, pero no puede confiarse”. El silencio presente en los testimonios de las víctimas en los discursos, y la búsqueda del olvido, permite pensar en las condiciones de *enunciación del testimonio*. Aranguren (2010), tomando como referencia a Pollack (2006), plantea este concepto para anclar el testimonio de las víctimas sobre los hechos violentos y el sufrimiento vivido, a las condiciones sociales que lo hacen comunicable: las variables que vuelven a un individuo capaz de dar testimonio; lo que hace que se le solicite a la víctima contar lo ocurrido; y lo que le permite que la persona que habla se sienta socialmente autorizado para hacerlo en algún momento. Estos tres factores se conjugan, trazando los límites y las posibilidades de lo enunciable.

En cuanto a la primera variable, la que se refiere a cómo un individuo puede sentirse capaz de

¹² Es importante resaltar que este fue realizado únicamente por Mariana Carvajal, una de las autoras de este escrito. La parte escrita y analítica fue planteada por ambas investigadoras.

dar a conocer su testimonio, es importante aclarar los riesgos a los que podían someterse las víctimas de Miraflores al enunciar lo ocurrido en su comunidad. Los habitantes de este municipio hacen parte del saldo de víctimas del conflicto armado en Colombia, mayoritariamente, por la presencia de grupos paramilitares en el municipio. El informe del Centro Nacional de Memoria Histórica *¡Basta Ya!* afirma que entre 1958 y 2012 el conflicto armado dejó a su paso 220.000¹³ víctimas. En Miraflores, según la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, se han reportado 1466¹⁴ casos derivados del conflicto armado. Cifra que no deja de ser una aproximación, en la medida que los testigos prefieren no denunciar en un contexto donde: “el grado de continuidad de estructuras de autodefensa o de personas vinculadas a ellas, está lejos de predicarse exclusivamente en el pasado” (CNMH, 2012, p. 96). Si bien la ley de Justicia y Paz (ley 975 de 2005) creó la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), orientada a la construcción de una política de reparación para las víctimas de la violencia, varios integrantes de los grupos paramilitares siguen operando en diferentes regiones del país; las acciones de reparación han tenido corto alcance; y, algunas víctimas han sido asesinadas o amenazadas (Aranguren, 2010).

Sumado a estas condiciones sociales que dificultan la enunciación del *testimonio judicial*¹⁵, como investigadoras reconocemos que la misma experiencia de situaciones de violencia y sufrimiento, traza el límite de la posibilidad misma de lo narrable y, en esta media, la condición de *enunciación del testimonio* (Aranguren, 2010) Miraflores, además, es uno de esos espacios donde los agresores, las víctimas y los testigos de hechos violentos, comparten

el mismo espacio social (DAS 2008). En este sentido, si bien reconocemos el importante papel de la narración, también consideramos que no es la única forma de resistencia y reparación.

Respecto a la segunda variable, ponemos en consideración nuestra condición como investigadoras jóvenes, oriundas de la ciudad y desconocidas para los habitantes de Miraflores. Solicitar información que, en este contexto en particular, según la percepción de algunos habitantes, podría poner en peligro la seguridad de quien está enunciando su experiencia. Este es uno de los motivos por los que los nombres de las personas entrevistadas, han sido modificados.

La tercera y última variable de la que habla Aranguren (2010), se refiere a lo que hace que una víctima se sienta socialmente autorizada para dar su testimonio. En el contexto de esta investigación, esto fue posible gracias al apoyo de la organización “Tejiendo”. Sus miembros consideraban importante hacer un ejercicio de reconstrucción de memoria histórica como un gesto de dignidad y de resistencia y, en especial, para dar a conocer que “*en Boyacá, a diferencia de como lo dicen los medios y todo el mundo, sí se vivió la violencia*”. Hacemos énfasis en que las demandas de Tejiendo, por una narrativa del conflicto, no deben ser entendidas como opuestas a los silencios que deciden guardar otras personas. La enunciación del testimonio, como hemos mencionado reiterativamente en este apartado, debe situarse en su dimensión social y en la misma experiencia de dolor y sufrimiento que lo hace posible. La narrativa, al igual que el silencio —como lo menciona DAS (2008)— son caminos para rehabitar los lugares de la memoria que fueron atravesados por el dolor.

Tomando estas tres variables planteadas por Aranguren (2010), se puede decir que, metodológica y analíticamente, las narraciones y los silencios de las víctimas, marcaron los alcances y reflexiones del trabajo de campo y la escritura del presente informe.

¹³ Cifra que no deja de ser una aproximación en la medida que “gran parte de la dinámica y del legado de la guerra es el anonimato, la invisibilización y la imposibilidad de reconocer a todas sus víctimas” (CNMH, 2012, 20).

¹⁴ Si bien las cifras reportadas en la base de datos de la Unidad para la Atención y Reparación Integral de las Víctimas tienen en cuenta las diferentes modalidades de violencia denunciadas: acto terrorista, amenaza, delitos sexuales, desaparición forzada, homicidios, secuestro, tortura, no se especifica el inicio del registro de tales sucesos, ni el actor armado que causó la afectación.

¹⁵ El *testimonio judicial*, menciona Aranguren basado en Pollack es “*aquel que se rinde ante instancias jurídicas, solicitado por un juez como parte de un proceso*” (Aranguren, 2010, 3).

Felipe y Rocío: víctimas y testigos de la violencia paramilitar

Felipe

Felipe se considera víctima de la violencia paramilitar por tres motivos. Primero, por el secuestro de su hermana. Tenía 16 años cuando la *“cogieron de la puerta de la casa”*. Ese día, comenta, *“hicieron una abatida”*, al referirse a que también se llevaron a otras jóvenes. Recuerda que su madre comenzó a circular la información en la familia buscando que algún pariente tuviera conexiones con políticos o con la Policía; la madre de Felipe guardaba la esperanza de que alguna de estas personas le pudiera proporcionar información sobre su hija. Esta información, como cuenta Felipe, era muy delicada. Razón por la que solo se trataba entre adultos y lejos de los oídos de los niños, porque *“usted sabe cómo son los chinos de imprudentes”*. Debido a la presencia paramilitar del momento y a los vínculos que las personas percibían entre estos grupos con las fuerzas armadas estatales (Policía y Ejército) y las autoridades municipales, los reclamos públicos no eran constantes. Felipe después de una pausa silenciosa, recuerda: *“mi hermana era muy bonita, tal vez la belleza pudo haber jugado en su contra”*.

Un segundo motivo por el que Felipe se considera víctima, tiene que ver con el homicidio de su padrastro. Él cuenta que su padrastro solía vender tintos, conocía y hablaba con mucha gente. Un día fue asesinado. Felipe y su madre no saben cuál fue el motivo: *“De pronto sabía algo o vio algo sin querer. En esa época entre menos uno supiera, mejor”*. El tercer motivo que hace que Felipe se identifique como víctima del conflicto armado, es que cuando cumplió 18 años, temió correr con la suerte de muchos jóvenes que eran reclutados por los paramilitares; por ello, decidió irse de Miraflores. Sin embargo, mientras organizaba su partida, tomaba ciertas precauciones. Salir con dos amigos, por ejemplo, era una medida preventiva para evitar *“chismes”* o malentendidos. Según Felipe los chismes fueron causales de muchas desapariciones y muertes. Además, el ser visto con alguien extraño despertaba sospecha: *“Uno veía a ese man con alguien extraño, que no era del pueblo y uno ya sabía, o se creía, que era paraco [sic]”*.

Rocío

En 1999, Rocío tenía 16 años. Presionada por los actos violentos que estaban perpetuándose en Miraflores, decidió irse de su municipio. Cuando cumplió 23, regresó a Miraflores para ayudarle a sus padres con el trabajo que tenían en la finca. Durante las horas de la mañana, se dedicaba a colaborar en la finca, y en las noches, de seis a diez de la noche, estudiaba. Sin embargo, la jornada nocturna se interrumpió: *“a los muchachos los reclutaban. Eran a los que más les echaban mano”*. Para el reclutamiento de jóvenes, los grupos armados habían generado diferentes estrategias, y una de las más conocidas era ejercida por las *“marcadoras”*. Estas eran mujeres jóvenes, mirafloreñas, que llegaban a los sitios donde los estudiantes solían reunirse después de las clases para tomar un café o una cerveza. Las *“marcadoras”* coqueteaban con ellos y acordaban citas con los jóvenes. Después de estos encuentros *“a muy pocos los volvimos a ver. Muy pocos regresaron”*, comenta Rocío. De hecho, hoy en día hay varios casos de personas desaparecidas, que no se han resuelto.

Hubo un caso muy conocido entre la comunidad, en el que un joven desaparecido, después de un encuentro con una *“marcadora”*, que ya la comunidad daba por muerto, apareció un día *“caminando otra vez por el medio de la plaza”*. La gente lo miraba con extrañeza y lo llamaban *“el muerto resucitado”*. Posteriormente, el hombre se tuvo que ir del pueblo porque, como lo indica Rocío, *“no pudo con el trauma de lo que vivió”*, ni con la actitud de desconfianza que la gente mostraba hacia él. Hoy en día, comenta Rocío, algunas de las *“marcadoras”* siguen viviendo en Miraflores. Incluso, *“algunas son todas unas señoras con familia y todo”*. Actualmente hay personas que tienen investigaciones en proceso por nexos con el paramilitarismo, y son *“personas que uno conoce. Yo tengo uno acá al lado, otro allí. Uno sabe quiénes son y qué hicieron”*, dice Rocío.

Frente a la situación de las *“marcadoras”*, el horario nocturno de clases se trasladó para los fines de semana. Entre semana, Rocío consiguió un trabajo como administradora de una finca, donde *“se hacinaron los paras”*. Rocío recuerda que, en esa finca, durante un año y medio aproximadamente, los paramilitares se reunían para comer, dormir y

llevar a sus rehenes. Rocío recuerda que este grupo paramilitar venía de los Llanos. Su rutina empezaba a las cinco de la mañana cuando ponía a hacer el tinto y preparaban el desayuno. Después, Rocío “recogía el ganado, los terneros. Alistaba los caballos pa’l [sic] transporte de la leche”. A lo largo de la semana, los paramilitares llegaban con nuevas personas: “A la gente la cogían acá [en Miraflores] y allá [en la finca] los amordazaban y los masacraban”.

Uno de los casos que más impactó a Rocío, tuvo que ver con un hombre al que le tocó cavar su propia tumba. Ella recuerda que era un señor que los paramilitares trajeron desde el Llano y estuvo amordazado a un árbol durante una semana. Ella se acercaba a darle comida y en estos espacios él le pedía que lo soltara, que lo ayudara a escapar. Rocío recuerda que en algunas ocasiones pensó en ayudarlo, pero siempre se retractaba, al pensar en las consecuencias que esto podría acarrear para ella: “me podría estar costando mi propia vida”. Transcurrieron los días y al señor le hicieron cavar un hueco en la tierra. Luego lo mataron y en ese mismo hueco lo sepultaron, “de hecho allá sigue enterrado”.

Rocío dice que ella podría identificar el lugar en el que se encuentra el cuerpo, y que le gustaría hacerlo, para que los familiares del señor puedan saber qué pasó con él. Sin embargo, por temor a que la Fiscalía le abra una investigación, o que la culpen de complicidad por callar lo sucedido durante tanto tiempo, prefiere dejar las cosas como están. En el momento en que ella presencié este suceso, también guardó silencio. Como lo explica Rocío, “Policías y paras hablaban como en el mismo idioma y comían en el mismo plato. A veces hasta pienso que la Policía les tenía miedo”.

Después de la desmovilización de los grupos paramilitares, en el año 2005, indica Rocío, “se comenzó a saber de gente implicada que uno no se imaginaba. De personas que habían ‘sapiado’ a alguien”. Algunos pagaron su condena en la cárcel y volvieron a Miraflores a vivir. “Él, dice Rocío, —refiriéndose a un habitante de Miraflores— era un demonio, un diablo. Él mandaba a descuartizar a la gente. Lo metieron preso a la cárcel, se volvió cristiano y ahora uno lo ve y maneja un bajo perfil”. Rocío dice que la relación entre quienes fueron victimarios y los demás habitantes del pueblo aún es complicada, sobre todo

porque la memoria y el conocimiento de los mirafloresños sigue estando presente: “la gente les tiene cierta cosa por lo que fueron. Les tiene cierto recelo, pero igual, siguen siendo del pueblo, siguen siendo de la sociedad. Acá todos somos víctimas porque todos sentimos eso. Por ejemplo, yo ver lo de ese señor del hueco. Eso nunca se me olvida. Mi hijo no me pregunta y yo tampoco le cuento. Ese tema no se toca. Fue como borrón y cuenta nueva”.

Análisis de los casos

A partir de las experiencias de Felipe y Rocío, examinaremos cómo los hechos victimizantes que ambos relatan se han filtrado en su cotidianidad, a través de esas lógicas y normas sociales que hemos entendido desde la *gramática del sufrimiento*. Nos concentramos en dos ejes en los que se conectan ambas historias: en la desconfianza generalizada entre los miembros de la comunidad y en las justificaciones que tienen los mirafloresños para explicar lo que les pasó. Ambos ejes presentan afectaciones en dos niveles: en la esfera más individual de los sujetos y en el tejido social que se genera entre ellos.

La desconfianza en Miraflores: El enemigo está en todas partes

El concepto y la definición de “enemigo” ya han sido discutidos en la literatura sociológica sobre el conflicto. Para Schmitt (1999), uno de los primeros teóricos en discutir este concepto, el ejercicio de la política está completamente ligado a la diferenciación entre “amigo” y “enemigo”. La distinción de las personas entre estas dos categorías permite que un Estado se pueda consolidar y unificar como un pueblo que se diferencia de un “otro”. En ese sentido, esta categorización define el grado de vinculación o de separación entre individuos (o el grado de amistad y enemistad, respectivamente), y esto lleva al esclarecimiento de un aspecto fundamental: la posibilidad de conflicto. Entre más extraño sea el “otro” y, se posicione como un enemigo político,

más posibilidad hay de que existan conflictos entre estos dos pueblos.

La propuesta de Schmitt (1999) sería una mirada viable en Miraflores, si el contexto del que partimos tuviera una homogeneidad en cuanto a este “otro” victimario que le hace daño a una colectividad. Pero ¿qué pasa cuando ese enemigo no tiene límites claros, sino que se difumina entre diferentes actores? Otros autores, en el marco del conflicto armado colombiano, han mostrado cómo las comunidades afectadas por la violencia armada empiezan a sentir incertidumbre y desconfianza frente a las personas que las rodean, sin tener claros los límites entre los grupos armados, civiles, e incluso funcionarios estatales (Pécaut, 1999; Madariaga, 2006; Espinosa, 2007). Los testimonios de Rocío y de Felipe le apuntan precisamente a esta fragmentación de un enemigo unitario y homogéneo: el reclutamiento de jóvenes para la guerra, las alianzas entre el Ejército y los grupos paramilitares, o el fenómeno de las “marcadoras” —mujeres de Miraflores que contribuían al reclutamiento forzado— son algunos ejemplos que muestran cómo este “otro” puede convertirse en alguien que antes era un vecino o conocido. Si seguimos la idea de Schmitt (1999), la posibilidad de conflicto también se difuminaría hacia otros actores: el “enemigo”, aquel con quien tengo una mayor posibilidad de entrar en conflicto, puede estar en todas partes.

Esta ampliación de la noción de un enemigo “unitario”, moldea las formas en que las personas en Miraflores se comportaban durante la presencia paramilitar. Esta ampliación del “enemigo” se termina traduciendo en uno de los factores que caracteriza la *gramática del sufrimiento* en Miraflores, y es la desconfianza. Como lo indica Das (2008), en contextos de violencia emerge algo que podemos entender como *sufrimiento social*, definido como el “ensamblaje de problemas humanos que tienen sus orígenes y consecuencias en las heridas devastadoras que las fuerzas sociales infringen a la experiencia humana” (Das citada en Ortega, 2008: 54). De esta forma, el sufrimiento social vivido por los mirafloreses durante la guerra, dejó heridas que influyen en sus experiencias cotidianas, expandiendo la desconfianza que se tenía ha-

cía los perpetradores de actos violentos, hasta los demás miembros de la comunidad. Esto es lo que hace que, por ejemplo, Felipe sintiera la necesidad de salir siempre acompañado; o que Rocío conozca de los crímenes de ciertas personas, pero que, aún hoy, prefiera no hablar del tema, por el temor a que instituciones estatales —particularmente la Fiscalía— e incluso sus mismos vecinos, supongan posibles nexos entre ella y grupos armados. Esto cobra especial pertinencia en el caso de Miraflores, puesto que después de la desmovilización paramilitar, sus pobladores conocieron nuevos vínculos entre estos grupos armados y “gente que uno nunca se imaginó”. De esta manera, la desconfianza es uno de los ejes que componen aquello que entendemos como la *gramática del sufrimiento* (Espinosa, 2007) en Miraflores, puesto que esta guía comportamientos y lógicas que muestran cómo la violencia se filtra en la cotidianidad de la comunidad.

A pesar de que hoy en día ya se conozcan varios de los responsables de los hechos victimizantes —como la persona que Rocío señalaba de “diablo” por sus actos sanguinarios— y esto hace que los victimarios (o el “enemigo”, como diría Schmitt) se señalen de manera más directa, el proceso de desmovilización ha hecho que las personas que tenían alianzas con grupos paramilitares, continúen con sus rutinas previas al ejercicio de la violencia, haciendo que Miraflores sea un espacio donde los agresores, las víctimas y los testigos de hechos violentos, compartan el mismo espacio social (Das, 2008). Rocío habla de cómo en el pueblo se les tiene “recelo” a los ejecutores de hechos violentos, “pero igual, siguen siendo del pueblo, siguen siendo de la sociedad”.

Ahora bien, si los actos de violencia configuran una *gramática del sufrimiento*, en la cual se enmarca la experiencia vivida e imaginada de los sujetos, las personas no son pasivas a tales sucesos. Como enfatiza Das (2008), la agencia humana está inscrita en contextos estructurantes, pero no sobredeterminados. En este sentido, cuando nos preguntamos por los efectos de la violencia a nivel colectivo e individual, hay que tener en cuenta las formas en que las personas negocian y resisten a las lógicas impuestas por el conflicto. Esta resistencia no se

entiende necesariamente como un acto de oposición directo a las dinámicas opresivas que generó la violencia paramilitar, sino también al poder de la voz y el testimonio, y al proceso de vivir el “día a día como el ‘sitio’ donde se repara el lazo social” (Ortega, 2008:18). Es en este tipo de resistencia donde ubicamos el “recelo” pero la paralela aceptación de las personas que solían ejercer la violencia, como lo menciona Rocío.

Además, la creación de estrategias como la que tenía la madre de Fulgencio, cuando intentó crear una red de información entre sus allegados para tratar de encontrar a su hija secuestrada, o los cambios en los horarios de estudio de Rocío para evitar que más jóvenes fueran reclutados, no son solo prácticas enmarcadas en las reglas y comportamientos derivados de la situación de guerra. Son prácticas que les permiten a las personas diferenciarse de un “otro” que perpetúa la violencia; marcar una barrera entre sus acciones y las de quienes ejecutan los hechos victimizantes. Por ello, aunque los límites de un “enemigo” sean difusos, los mirafloreses crean también prácticas que les permiten cuestionar la *gramática del sufrimiento* y separarse de los actos violentos. Esto, en sí mismo, es un acto de resistencia.

Las justificaciones de la violencia

En este punto queremos resaltar un segundo eje que compone la *gramática del sufrimiento* en Miraflores: las justificaciones de la violencia. Estas se originan en una normalización de la violencia, originada en la búsqueda de lógicas que la llenan de un sentido cotidiano: la rutinizan. “*Acá todos somos víctimas porque todos sentimos eso. Por ejemplo, yo ver lo de ese señor del hueco. Eso nunca se me olvida. Mi hijo no me pregunta y yo tampoco le cuento. Ese tema no se toca. Fue como borrón y cuenta nueva*”. Rocío aún siente el temor de contar lo que ella atestiguó, incluso por encima de su deseo de ayudarle a la familia de la persona que tuvo que cavar su propia tumba. Felipe afirmaba, teniendo la misma precaución de Rocío, que “*En esa época entre menos uno supiera, mejor*”. Es decir, para estos dos habitantes de Miraflores, el hecho de conocer un acto violento traía consigo la carga

de temer por el bienestar, o incluso por la vida del testigo. Estos silencios en los testimonios, o la prevención de hablar sobre los hechos victimizantes en la privacidad del hogar, hacen parte de lo que Espinosa entiende como *gramática del sufrimiento*. “La gramática social ha significado que la memoria se haga selectiva y oculte, colectiva y subjetivamente, algunos sucesos sobre los que “es mejor no hablar”. [...] [Estas historias hacen] parte de un pasado que [...] [encarna] un carácter de ‘conocimiento venenoso’”. (Espinosa, 2007, 63)

Los *conocimientos venenosos*, aquellos de los que no se habla ni se denuncian, hacen parte de las formas en que las personas aprenden a sobrevivir en el contexto del conflicto armado. Esta supervivencia, en medio de un contexto de guerra, implica volver a habitar el mundo y reconstruir las relaciones comunitarias quebrantadas en el conflicto. Si publicar esta información implica inseguridad para mí y mis allegados, la mejor forma de subsistir y proteger mis redes con las personas es mantener mi silencio. Esto, además, se agrava con los nexos que se identificaban entre la Policía y los paramilitares, como lo atestiguó Rocío. Es en este marco que las víctimas de Miraflores creaban justificaciones que les permitían darle una explicación a los hechos de violencia, sin tener que enfrentarse al peligro de denunciar los hechos vividos. Por esta razón, Felipe hablaba de cómo la belleza de su hermana pudo motivar su secuestro, o que seguramente su padrastro conocía una información que no tenía por qué saber, y por eso fue asesinado. Esta búsqueda de razones, de lógicas en medio de la violencia, son también efectos de su rutinización: cuando los hechos victimizantes se convierten en algo cotidiano, la gente deja de cuestionarlos, y más bien busca explicaciones de la vida diaria.

Madariaga (2006) habla de la vida cotidiana como una serie de conocimientos rutinizados, “no problemáticos”, que guían situaciones esperables en el día a día. Es un acervo construido desde la experiencia, que hace que las personas encuentren salidas comunes a situaciones que se caracterizan como ordinarias. En contextos de guerra, la violencia comienza a ser lo esperable, lo rutinario (Madariaga, 2006; Espinosa, 2007; Das, 2008), y a partir de ahí, las

personas “constituyen un conjunto de prácticas no reflexivas, más bien mecánicas o semi-automáticas [que les permiten habitar el mundo, estar presentes en él]” (Giglia, 2012: 16). Es en este sentido, donde nacen las justificaciones de la violencia, esta se asume como un orden esperable, y se empiezan a construir patrones o lógicas que la explican.

No obstante, esto no quiere decir que la cotidianidad se trate de un orden cerrado e inmutable, en el que no ocurren eventos extraordinarios (Madarriaga, 2006). Por el contrario, la vida cotidiana también está hecha de actos que, como lo indican (Schutz y Luckman 1975, citados en Madarriaga, 2006, 3), están rodeados de incertidumbre, pues siempre dejan un margen para la improvisación. Es esto lo que hace que las personas no dejen de sentir dolor por los hechos victimizantes, ni empatía por el sufrimiento que atestiguan. Así, aunque Rocío no haya sido capaz de ayudar al hombre que estaba atado al árbol, conoce la importancia de, eventualmente, darle esta información a la familia del señor. Es decir, aunque las personas encuentren justificaciones que explican las lógicas de la violencia, eso no quiere decir que no encuentren formas de transgredirlas.

Conclusiones

Por medio del presente artículo, quisimos mostrar cómo la violencia vivida en el municipio de Miraflores ha generado órdenes y lógicas que se filtran en la vida cotidiana y en el presente de las personas. Los hechos victimizantes, lejos de quedarse en eventos pasados, tienen una temporalidad que se extiende hasta el presente mirafloreño, en el que aún quedan muchos acontecimientos por esclarecer. Es esto lo que genera la *gramática del sufrimiento*, aquella que exploramos a partir de dos ejes que articulan los testimonios de Felipe y Rocío: la desconfianza entre la comunidad de Miraflores y la búsqueda de justificaciones ante los hechos violentos. Quisimos mostrar cómo esta gramática es interiorizada por la población, pero a la vez, es cuestionada y contradicha por las víctimas. La violencia nunca es completamente normalizada, siem-

pre existen márgenes de acción y resistencia que permiten crear nuevos tejidos sociales y nuevos caminos para habitar en el mundo.

Con esto, claro, quisiéramos plantear dos últimas reflexiones. La primera tiene que ver con la justicia transicional en Colombia, la cual abanderará la verdad como uno de los pilares para garantizar la reparación y la justicia de las víctimas. Sin embargo, es necesario poner en consideración las condiciones sociales y el dolor y sufrimiento vivido por parte de las víctimas, que son finalmente quienes hacen posible la enunciación de su testimonio (Aranguren, 2010). En esta medida, y teniendo en cuenta que en Miraflores aún hay muchas historias por contar, las narrativas o denuncias no solo deben ser entendidas en el espacio de su dimensión jurídica, sino que deben ser analizadas desde los contextos sociales particulares donde se han vivido. En este sentido, consideramos que las aproximaciones etnográficas son fundamentales antes de escuchar a las víctimas, para saber por qué quieren hablar y qué efectos implica esta denuncia. Así, y reconociendo una de las limitaciones de este escrito, creemos que es necesario pensar en un trabajo de campo prolongado, necesario para tener una inmersión significativa en la cotidianidad de la gente y fortalecer lazos de confianza.

Para terminar, la segunda reflexión que queremos resaltar es acerca de la falta de visibilización que ha tenido el fenómeno paramilitar en Boyacá¹⁶. Datos cualitativos y análisis cuantitativos sobre la violencia en dicho departamento y, particularmente de la provincia de Lengupá, son escasos. Esto puede interpretarse desde la jerarquización dada tanto por el Estado, medios de comunicación y la academia, a la experiencia de conflicto armado en ciertas regiones y a la escucha diferenciada que han tenido las víctimas en esta realidad. Estos vacíos despiertan interrogantes sobre las conceptualizaciones y representaciones que sobre el conflicto armado colombiano tienen agencias estatales, la

¹⁶ Un ejemplo concreto de lo mencionado es el caso particular de la masacre del Páramo de la Sarna, municipio de Aquitania, por parte de las Autodefensas Campesinas del Casanare. Si bien ocurrió en el 2001, solo fue visibilizado por medios de comunicación y la academia, hasta hace poco.

academia y los medios de comunicación. Sugerimos que investigaciones sobre la dinámica de conflicto armado en Lengupá y en los Llanos —región con la cual colinda y uno de los factores a los que sus habitantes sugieren la llegada paramilitar a la provincia— son necesarios para analizar la dinámica de las estructuras paramilitares en Colombia y para generar un entorno de confianza y respaldo entre los habitantes de Miraflores, que posibilite mejores condiciones para la enunciación del testimonio de las víctimas.

Bibliografía

- Aranguren, J. P. (2010). De un dolor a un saber: cuerpo, sufrimiento y memoria en los límites de la escritura. *Papeles del CEIC*, 2 (63), 1-27.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2012). *Justicia y Paz: ¿verdad judicial o verdad histórica?*. Bogotá: Taurus.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Das, V. (2008). El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad. En: F. Ortega, *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 217-250). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.
- Espinosa, N. (2007). Política de vida y muerte. Apuntes para una gramática del sufrimiento de la guerra en la Sierra de la Macarena. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 2 (1), 43-66.
- Giglia, A. (2012). Habitar, orden cultural y tipos de hábitas. En: A. Giglia. *El habitar y la cultura: perspectivas teóricas y de investigación* (pp. 9-26). Barcelona: Anthropos Editorial.
- Madariaga, P. (2006). *Matan y matan y uno sigue ahí: control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Ortega, F. (2008). Rehabitar la cotidianidad. En: F. Ortega, *Veena Das: sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 15-71). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar.
- Schmitt, C. (1999). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.



Monumento a las víctimas de la violencia en San Eduardo, Boyacá.



Reino de los Países Bajos



Con el apoyo de:

